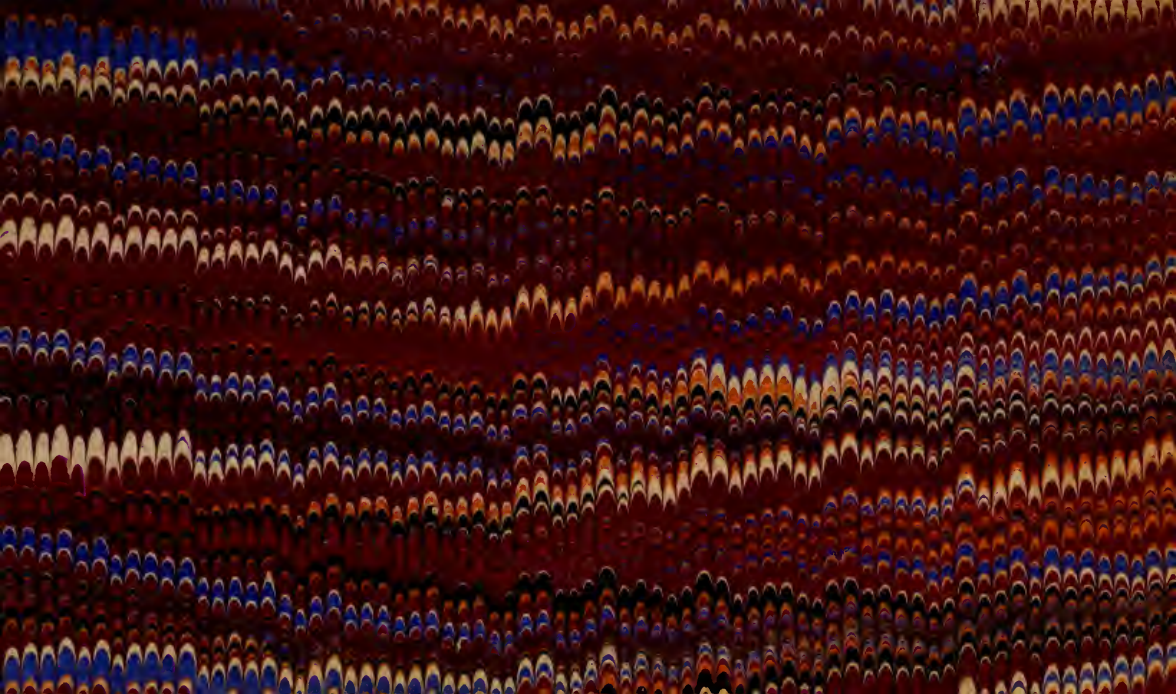
UARES
CIADOS 48
MADRID



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

HISTORIADORES

EX LIBRIS.

DE LA CONQUISTA

Y

PÉRDIDA DE PORTUGAL,

POR

D. SERAFIN ESTÉBANEZ CALDERÓN

TIRADAS ESPECIALES

100	ejemplares	en papel de hilo.....	*1* á *100*
25	»	en papel China.....	*I* á *XXV*
25	»	en papel Japón.....	*XXVI* á *L*

HSp
E79d

COLECCION DE ESCRITORES CASTELLANOS

DE LA CONQUISTA

Y

PERDIDA DE PORTUGAL

POR

D. SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON

(EL SOLITARIO)

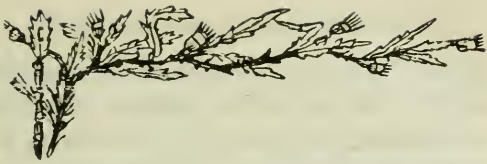
TOMO II

257677
4-8 31

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
1885

HISTORIADORES

EJEMPLAR NÚMERO 10



CAPÍTULO XIV.

SEGUNDA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1663).

Intento de cercar á Lisboa por mar y tierra.—Confíase la armada al duque de Aveiro.—Incorpóranse al ejército los tercios españoles é italianos de Milán.—Aprestos de los portugueses, dirigidos por D. Alfonso de Braganza, ya de mayor edad.—Schomberg.—Los aventureros extranjeros ayudan á Portugal.—Excelente estado del ejército portugués, debido á su disciplina.—Dilación de la guerra.—Generales que se incorporan á D. Juan de Austria.—Determina el de Austria internarse en Portugal.—Perspicacia del general portugués Sancho Manuel.—Acomete Villaflor á la retaguardia española.—Llegada del ejército á Évora.—Nombramiento de D. Manuel de Miranda para Gobernador de Évora.—Salida de las tropas de Évora.—Huída de la caballería portuguesa.—Toma del monasterio de San Antonio.—Distribución y mandos de las fuerzas para el sitio.—Asaltan los italianos el convento de Carmelitas.—D. Rodrigo Mogica.—Intímase la rendición.—Dilátase por las exhortaciones del obispo Sousa.—Nuevos esfuerzos para expugnar la plaza.—Condiciones de los sitiados rechazadas por D. Juan.—Entrega de la plaza de Évora.—Entrada de D. Juan de Austria.

DESEOSA la corte de Castilla de asegurar prontamente el resultado de una guerra tan larga cuanto costosa, consagrando á ello todo su empeño y fuerzas, pues-

to que los sucesos favorables de la campaña anterior y la reputación del nuevo General ofreciesen esperanza de mayores ventajas, resolvió primeramente dar principio á la nueva campaña con cercar á Lisboa por mar y por tierra, enviando para ello una armada considerable y un ejército no menos crecido.

Pero este audaz pensamiento hubo de desecharse al fin, entre otras causas, por falta de recursos, porque ni el apuro del Erario, ni la dificultad de exigir nuevos impuestos á los pueblos, ya fatigados con tantos á que habían dado lugar las guerras anteriores y la sobrada prodigalidad del Monarca, permitían ya acudir á los enormes gastos que reclamaba tan vasta empresa.

Por lo mismo, todo el negocio de la guerra fióse al arbitrio y prudencia de D. Juan de Austria, mas no sin aparejar la armada, cuyo mando se dió al duque de Aveiro, joven de grandes ánimos, y, aunque portugués, rival y enemigo, por motivos públicos y personales, de la casa de Braganza.

Mandóse también venir para esta campaña los viejos tercios de españoles é italianos que estaban en Milán, y ya no prestaban allí servicio alguno por haberse hecho la paz con el

francés, haciéndose además grandes levas de gente por toda España.

En tanto los portugueses no hacían menores preparativos, puesto que Alfonso de Braganza, que acababa de salir de la menor edad con unos alientos que desmintió después, ardía en deseos de mostrarse gran Monarca, señalando los principios de su gobierno con prósperos y gloriosos sucesos.

Dió, pues, el mando general del ejército á Sancho Manuel, conde de Villaflor; á Dionisio Melo el cargo de General de la caballería; á Luís de Meneses el de la artillería, y, por último, el conde de Schomberg, que por ser extranjero no podía ser levantado á más alto puesto, así como tampoco degradado á otro inferior, conservó el cargo de Maestre de campo general.

Pero este Schomberg, francés de nacimiento, hugonote en la religión, por inclinación aventurero, y experto capitán entre los más experimentados de aquel tiempo, era el alma verdadera del ejército; y educado en la guerra, en las campañas de Flandes, soldado por afición y gran General por estudio y experiencia, introdujo tal disciplina en las tropas portuguesas y las endoctrinó de manera, que se

puede confesar sin rubor que llevaban gran ventaja á las tropas de no igual calidad que acaudillaba D. Juan.

Por otra parte, al nombre de Schomberg y al aliciente de los tesoros de Portugal y del Brasil, que largamente se derramaban en aquella guerra, habían acudido, instigados á más con el aborrecimiento que profesaba la España á todos, los aventureros de los diversos países, que, habiendo dado de mano á las armas por las paces verificadas en aquel tiempo, se alistaban para esta campaña, como para un recreo, útil para su acrecentamiento personal, y provechoso para los intereses de sus príncipes.

La Francia, que acababa de celebrar con nosotros la paz de los Pirineos, siguiendo siempre en su política de hacernos mayores males con su amistad que con la guerra, era la que mayor contingente daba para esta cruzada, de oficiales y hombres entendidos en la guerra. La Inglaterra, por los lazos contraídos por el matrimonio con la casa de Braganza, acudió con dos mil infantes y mil caballos escogidos, gente hecha á la guerra y curtida á todos los trabajos y fatigas que las disensiones civiles prestan á la milicia

del país que pasa por tan terrible prueba. Estos eran los soldados de Cromwell, y con tal moneda nos pagaba Carlos II de Inglaterra las muestras de benevolencia que de nosotros había recibido en sus aventuras y en su destierro.

Con tales elementos y con sus propias prendas de capitán experimentado, puede concebirse fácilmente el terrible enemigo que la mala suerte de España le había deparado en la persona de Schomberg.

Este hombre singular, que alistándose en empresas arriesgadas era á un tiempo mariscal en Francia, grande en Portugal y después Duque, Par y Generalísimo en Inglaterra, fué el salvador de Portugal, y á él le debe la casa de Braganza haber afirmado en su cabeza la corona de aquel reino, bien que poderosamente coadyuvado por los desaciertos de nuestra corte, el carácter flojo de Felipe IV, y, últimamente, la imbecilidad del gobierno que se formó en Madrid después de su muerte.

Schomberg había principiado por establecer la más severa disciplina en las tropas portuguesas, confiándolas á los hombres experimentados en las guerras con Castilla, y á

los capitanes y oficiales que, habiendo servido en los ejércitos de España en diversas regiones y provincias, acudían á tomar parte en aquella lucha, sin que el favor ni los manejos tuvieran influencia en aquella elección. También, por esta manera, era muy superior al de España el ejército de Portugal.

Éste constaba en gran parte, como ya dejamos apuntado, de tropas auxiliares de Francia y de Inglaterra, por más que en lo tocante á Francia hubiese procurado evitarlo nuestro Embajador en París, quejándose justamente ante aquella corte de que con tales socorros se violaban los conciertos de paz ajustados entre aquella potencia y España. Villaflor acudió, con parte de su ejército, á reforzar las guarniciones de las plazas fuertes y proveer todo lo necesario en punto á reparos y vituallas, y llegando á Évora, puesto que viese que esta plaza se hallaba con escasa guarnición y sus fortificaciones ruinosas, además de que lo numeroso de su población hacía más peligroso un cerco, todavía, mirándose falto de recursos y de tiempo, nada hizo en su defensa, fiando en que, mirándose tan adentro de Portugal, no llegaría á probar los azares de la guerra.

Entre tanto, D. Juan de Austria, por más que fuese su propósito el renovar prontamente las hostilidades, vióse forzado á dilatarlas con la tardanza de los tercios que se esperaban de Italia, y que el Rey Católico mandó se detuviesen allí en ayuda del Papa, que á la sazón se veía amenazado de una guerra por parte del rey de Francia. Al cabo, cesando este peligro, aquellos tercios dieron la vuelta á España, donde se incorporaron con el ejército de D. Juan, quien, haciendo muestra de él, halló que tenía sobre las armas quince mil de á pie y cerca de seis mil caballos.

Con D. Juan mandó el Rey Católico que fuesen, en clase de tenientes generales, D. Melchor Portocarrero; Juan Jácome Mazacán, italiano; Alejandro Moreda, portugués, y D. Diego Caballero, á quien se dió juntamente el cargo de General de la caballería y el de Maestre de campo general. El mando de la artillería se confió á Luís Terreiro, conde de Almenara, y al duque de San Germán se le conservó en el nombre y cargo de Gobernador de las armas. Los demás jefes eran por la mayor parte capitanes viejos y experimentados.

Con tales tropas marchó, pues, D. Juan,

siguiendo el propio camino que el año anterior cuando fué á expugnar á Jeromenha, pero sin revelar á ninguno, sino es al duque de San Germán, el término y propósito de su expedición.

Sancho Manuel, que, sabido el gran número y aparato de nuestro ejército, había sacado las guarniciones de muchas plazas fuertes para reforzar el suyo, observaba, no sin sobresalto, la marcha de D. Juan, temiendo que viniese á acometer, ya á Villaviçosa, ó ya á Extremoz. Pero cuando lo vió dejar á su espalda estas plazas é internarse en el país, cobró mayores alientos, con ver el mal consejo con que nuestro ejército se empeñaba en una tierra extraña y enemiga, donde sería fácil hacerle perecer á hierro ó con hambre.

Sancho Manuel, puesto que fuese hombre en extremo avisado y sagaz, observando atentamente, desde que D. Juan tomó á su cargo aquella guerra, sus intentos y natural condición, había conocido que este General buscaba siempre ocasiones en que con poco trabajo y riesgo pudiese mantener, si no acrecentar, su nombre y reputación militar. Con que, ayudado de este conocimiento, é inda-

gando la causa de la presente temeridad, ya no dudó que el propósito de D. Juan fuese el de tomar á Évora, ciudad que por lo considerable aumentaría el ruído de su victoria, dejando atrás otras plazas mejor presidiadas y fortalecidas.

Había á la sazón en Évora más de cinco mil hombres en estado de tomar las armas, y con ellos, y con un cuerpo de tres mil infantes y cerca de mil caballos que envió en su socorro, creyó el portugués que la plaza podría muy bien sostener un cerco hasta que hubiese ocasión de enviarle mayores auxilios. En efecto: D. Juan marchaba con su ejército la vuelta de Évora, talando y quemando cuanto hallaba en su camino.

El de Villaflor, que se hallaba á poca distancia de los nuestros con un ejército de harto menor número, acometió de improviso á nuestra retaguardia, donde iban los bagajes; y aunque lo repentino de la carga causó alguna turbación en nuestros soldados y algún cuidado á nuestro General, porque el grueso de las tropas marchaba bastante adelantado para acudir en socorro de la demás gente, todavía D. Juan mandó que nuestra retaguardia hiciese alto, manteniéndose en bue-

na ordenanza y haciendo frente al enemigo.

Luego mandó á alguna gente de á caballo, armada á la ligera, que acometiese á los portugueses por la espalda y por el frente, trabando una escaramuza, con que dar lugar á que con la llegada de nuevas tropas se reforzase nuestro escuadrón de retaguardia.

Por tal manera, los nuestros rechazaron la primera carga de los portugueses; visto lo cual por el de Villaflor, que en ella ponía su mayor esperanza, y observando también la solicitud y diligencia con que D. Juan lo proveía todo, y manteniendo en buena disposición su escuadrón de vanguardia, hacía venir los demás del ejército en su socorro, no quiso aventurar la pelea, y retiróse hacia Extremoz con algún destrozo.

El ejército castellano, fatigado con una marcha penosa de tres días, llegó á vista de Évora. Al punto D. Juan ordenó los preparativos del cerco, enviando á D. Diego Caballero con gran parte de la caballería á ocupar los caminos y puestos cercanos, así como también á tomar las poblaciones y plazas vecinas que por su poca defensa pudieran entrarse sin gran dificultad.

Hízolo así D. Diego Caballero, señoreando

todos los pasos y tomando muchas aldeas y plazas de menor importancia, ya por voluntaria entrega de los moradores, ya por fuerza, por terror ó por ardid, si no es la llamada de Evoramonte, que situada en un lugar alto y casi inexpugnable, se negó á rendirse, no insistiendo en tomarla nuestro capitán, por considerar que en aquel empeño el riesgo era harto mayor que podía serlo la ganancia.

Llegados los nuestros sobre Évora, tomaron gran copia de ganado que los portugueses habíanse descuidado en recoger en la plaza, presa que regocijó en extremo á nuestros soldados, aumentando sus mantenimientos. La plaza, como dejamos antes apuntado, se hallaba en mal estado de defensa, no siendo poca parte para ello el descuido é impericia de Luís Mezguita, su Gobernador, hombre noble, pero de escasas prendas militares.

Y como al temor de la venida de los nuestros urgiese al caso hacer todas las prevenciones de defensa posibles, los capitanes y gente principal que allí había se negaron á obedecer á Mezguita; por lo que Villaflor nombró para el gobierno militar de aquella plaza

á Manuel Miranda, antiguo Maestre de campo, que en ella estaba. Pues como D. Juan de Austria, meditado ya su plan de ataque, quisiese señorear los lugares más á propósito para combatir desde ellos la plaza, y sobre todos, los monasterios inmediatos, salieron de Évora los portugueses formados en escuadrón con más ostentación y aparato que poder, agitando sus armas con estrépito, revolviendo sus caballos y levantando espesas nubes de polvo.

Inquietaba á los nuestros el no alcanzar la resolución del enemigo, dudando si por ventura querría empeñar la pelea ó sólo impedirles que se apoderasen del monasterio de San Antonio, situado por aquella parte extramuros de la ciudad, y muy importante, por su posición y ancho rodeo que abarcaba, para combatirla.

En medio de esta irresolución, el conde Boetto, sin orden alguna de sus superiores, sino llevado sólo de su propio ardor, acometió con un pequeño tropel de caballos á algunos jinetes enemigos que andaban derramados, poniéndolos en fuga; y como la demás caballería portuguesa que estaba ordenada en aquella parte, creyese que en

pos de Boetto venía el grueso de nuestras tropas, llenos de terror volvieron las espaldas, corriendo hasta ampararse dentro de los muros de la plaza.

Huída la caballería portuguesa, y libre por allí el campo, Boetto se llegó al monasterio, y viéndole guardado solamente por alguna gente de á caballo, dió al punto aviso de ello á D. Diego Caballero, advirtiéndole que aquella era la ocasión de apoderarse del monasterio, antes que los portugueses enmendasen su error ó negligencia. Caballero envió para el caso á los Maestres de campo Acisclo de Guzmán y Luís de Frías, con dos tercios de españoles, marchando él mismo en pos con la caballería.

Tomóse, en fin, el monasterio, arrojando de allí desbaratada y destrozada la caballería portuguesa que le guardaba. Animosos con el buen suceso, marcharon luego los castellanos á ocupar un monasterio de Carmelitas que se miraba más cercano á los muros, y por lo mismo con mejor defensa. La acometida fué poderosa y encarnizado el combate que allí se trabó entre sitiados é invasores; pero fatigados, al fin, de la pelea los nuestros, se retiraron del monasterio, des-

pués de batirle reciamente, aunque en balde, por espacio de seis horas.

Asentáronse luego las estancias en derredor de toda la plaza, repartiéndose el cargo de ellas por la manera siguiente: D. Juan de Austria y el duque de San Germán, tomaron el mando de las situadas á la parte de Oriente; D. Diego Caballero, General de la caballería, de las del Mediodía; y su teniente D. Diego Correa, con muchos trozos sueltos de caballos, ocupó el camino de Villaviçosa.

En cuanto á las baterías y puestos avanzados, los españoles ocuparon los que hacían cara al baluarte mayor de Évora, y al lado de ellos, sobre una altura, se situaron los alemanes, y por último los italianos se colocaron enfrente de la puerta del Mediodía de la plaza y opuestos al monasterio de los Carmelitas.

No creyó necesario D. Juan que se alzasen trincheras ni otros reparos contra esta plaza, que, por la flaqueza de sus murallas y por el gran número de gente inútil para las armas que encerraba, no podría resistir por mucho tiempo el cerco; pero la hizo batir reciamente con la artillería. Los italianos, que tenían sus estancias, como ya dijimos, con-

tra el monasterio de los Carmelitas, después que con los frecuentes disparos de su artillería le aportillaron por varias partes, subieron al asalto repetidas veces, unos con escalas y trepando por las tapias, otros con tal furor y osadía, que los defensores, no pudiendo resistir por más tiempo, se retiraron á la ciudad.

Ocupado el monasterio, los italianos asentaron al punto sus piezas de batir, que, asestando de improviso contra la plaza, lograron por medio de las ruínas del muro y de las casas, hacer gran estrago en la gente de toda edad y sexo que discurría por las calles de la ciudad. Entonces los castellanos, alentados, bien por su propio valor, ó bien por el ejemplo de los italianos, acometieron reciamente á los de la plaza por la parte donde tenían sus estancias, cuyo choque los portugueses, puesto que aquella fuese la de mayor peligro, resistieron con gran brío.

Mas, al cabo, el valor inaudito del Maese de campo D. Rodrigo Mogica, que se metió osadamente entre el fuego y las espadas, provocando contra su persona todo el furor de los enemigos, fué parte, no sólo para renovar una y otra vez la pelea, volviendo á la carga

con su gente desbaratada y manteniendo el lugar causa de la reyerta, sino también para rechazar á los enemigos poniéndolos en fuga, y todavía, sin cesar en el combate, tomar con una recia acometida la iglesia de Santo Domingo, donde, asentándose nuestra artillería, pudo con gran ventaja dispararse contra la ciudad.

En tanto Villaflor, que por el escaso número de sus tropas no osaba venir á levantar el cerco, envió una noche á la plaza un pequeño socorro de cien caballos, que, al abrirse paso por nuestras estancias, descubriéndolos los nuestros, les mataron algunos, y otros les tomaron prisioneros, entre ellos su capitán Xovet, francés de linaje.

Grande fué el desmayo que tomó á los de Évora al ver, no sólo la escasez del socorro, sino también su desventurado suceso, siendo así que la plaza, batida fuertemente por nuestra artillería, colocada en los monasterios del Carmen y Santo Domingo, y por las demás estancias asentadas contra ella, se miraba ya en el mayor aprieto, penetrando los nuestros por todas partes entre las ruínas de los muros. En tal estado las cosas, D. Juan de Austria envió un trompeta á los sitiados, sig-

nificándoles que no debían aguardar, para entregarse, el que, llegado al último extremo de peligro, fuese menor la clemencia de los vencedores. Rehusólo, empero, obstinadamente Luís de Sousa, obispo electo de Oporto y administrador de la iglesia de Évora, que en ella á la sazón estaba, diciendo á voces que si la gente de armas, enflaquecidas sus fuerzas por el miedo, no se miraba ya en estado de defender la plaza, que á él y á sus clérigos fiasen este cuidado: de esta suerte la entrega de la plaza se dilató algunos días, en que los moradores, con ímprobo é inútil trabajo, se ocupaban en reparar los daños que incesantemente causaban los nuestros con sus baterías y minas.

Entonces D. Juan, entendiendo por sus descubridores que Villaflor, aumentado su ejército, venía con gran diligencia con intento de levantar el cerco de la plaza, hizo adelantar las minas por la parte de los italianos y alemanes, y las baterías por la de los españoles, arrojando también contra la población cantidad de bombas, con que, reducidos los sitiados al último apuro, el día 20 de Mayo hicieron llamada, pidiendo ocho de tiempo para capitular.

Negóseles este plazo, prosiguiéndose en el trabajo de las baterías y minas, no sin grave cuidado de D. Juan, que se veía precisado á calmar á cada instante el furor de los nuestros, pues temía que si en un arrebato repentino se hacían dueños de la ciudad, no sería posible estorbarles que lo diesen todo al pillaje, si no á la matanza, azar funesto, pues aumentado el odio de los moradores, pudieran aprovecharse de aquel desorden para destruir en todo ó en parte nuestro ejército.

Dos días más se pasaron en el cerco de la plaza, hasta que, abierta ya por la batería de los españoles una brecha de más de treinta pasos de frente, y grandes minas por los italianos y alemanes, los sitiados volvieron á pedir capitulación; pero como pusiesen condiciones demasiado ventajosas para ellos, aunque se hallasen en menos apuro, D. Juan les respondió en estos términos:

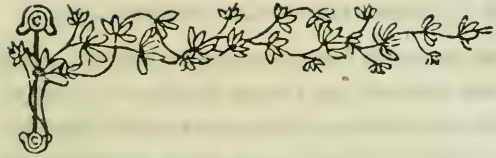
«Su Majestad no capitula con sus pueblos, »y así, á todos los puntos que tocan al de esta »ciudad, se responde con decir que se les con»cede perdón general, vidas, honras y ha»ciendas libres.»

En cuanto á la gente de guerra, se concedió que la infantería saliese por la brecha y la caballería por la puerta; aquélla con bala en boca y los demás honores acostumbrados, y que sacasen una pieza de artillería, la cual se remitiría á Extremoz; que la gente de la guarnición se tendría acuartelada; los cabos podrían ir á Extremoz; á los capitanes de caballería se les concedió que pudiesen irse á caballo, cada uno con un criado montado, no más, permitiéndose también que saliesen tres enmascarados.

Con tales condiciones se entregó la ciudad el día 23 de Mayo de 1663, y á los nueve de cerco, saliendo, según lo pactado, la infantería, compuesta de dos mil novecientos cincuenta y cinco hombres, y la caballería de quinientos setenta y tres, contando en uno y otro número los oficiales y soldados, al toque de las trompetas, pero sin banderas, las cuales se cree que quemaron los portugueses porque no sirviesen de juguete y mofa á los nuestros.

D. Juan de Austria, con gran aparato y pompa, hizo luego su entrada en Évora, visitando con sus capitanes y acompañamiento la iglesia principal, donde se cantó el *Te*

Deum, y después, poniendo orden en todo, prohibió que ninguno de los suyos causase á los de la ciudad vejación ni molestia, castigando al punto severamente á algunos pocos que, llevados de la codicia, desobedecieron tales mandatos.



CAPÍTULO XV.

CONTINUACIÓN DE LA SEGUNDA CAMPAÑA DE DON JUAN DE AUSTRIA.

Difícil situación del ejército castellano después de la toma de Évora. — Instrucciones del Rey Católico.— El parecer de D. Juan de Austria para su cumplimiento.— Observaciones en contrario del duque de San Germán.— D. Juan de Austria saca sus tropas de Évora.— Avístanse los dos ejércitos junto á Extremoz.—Es herido el Maestre de campo D. Gonzalo de Córdoba.— Encárgase la defensa de Évora á D. Francisco Galtinara, conde de Sartirana.— Retirada de don Juan de Austria.— Combate de caballería.— Es herido el general portugués Manuel Freire por el conde de Espinardo.— Heroico comportamiento del conde Boetto y Bruno Borgoñés.— Combate de la infantería.— Schomberg anima á sus soldados.— Causas de la vergonzosa huída de los nuestros.— Oportuno socorro del duque de San Germán, que salvó al de Austria.— Refúgiase el ejército en Arronches.— Quiere resarcir las pérdidas el general Jácome Mazacán.— Número de víctimas por ambas partes en la batalla de Extremoz.

Conquistada Évora, D. Juan de Austria hizo reparar con toda diligencia sus muros y baluartes, proveyendo en todas las demás cosas necesarias para ponerla en el mejor estado de defensa posible. Pero ya el desacierto de aquella empresa co-

menzaba á dar de sí sus malos efectos, pues iban faltando los víveres al ejército, y no se ofrecía medio de allegarlos en medio de aquella tierra enemiga y á tanta distancia de nuestras fronteras.

Además, el General portugués, conde de Villaflor, que acrecentando sus tropas había acudido, aunque tarde, á socorrer á Évora, cuando la vió ya perdida, asentó su campo no lejos de la plaza, con un ejército de doce mil infantes y cuatro mil caballos, con resolución, ó de venir á las manos con los nuestros, ó al menos de interceptarles los convoyes con que pudiesen ser socorridos de vituallas y municiones.

En aquel apuro recibió D. Juan instrucciones del Rey Católico, en que se mandaba severamente, que así á los moradores de Évora como á los de otros pueblos que en adelante se redujesen á su dominio, se les tratase con gran clemencia y benignidad, que era cabalmente lo que había hecho D. Juan, porque esto importaba mucho para conciliarse la benevolencia de aquellos naturales, asegurando en su obediencia á los rendidos y atrayendo los ánimos de los demás; ordenábasele también que aprovechase la pri-

mera ocasión favorable para venir con los enemigos á batalla campal, puesto que el excusarlo por temor del peligro, antes estuviese bien á los portugueses, que en ello aventuraban todo su reino, que á los castellanos, que sólo arriesgaban un ejército que fácilmente podría renovarse después.

Consultado el caso con los principales jefes, Diego Caballero, General de la caballería, fué de parecer que, mandando salir los moradores, se arrasase enteramente aquella plaza, cuya conservación era tan difícil y costosa, cuanto de ningún provecho, sirviendo además esta ruína de escarmiento y terror á los portugueses.

Desechóse esta sentencia como demasiado rigurosa y contraria á las órdenes del Rey, proponiendo otra D. Juan, que se reducía á que, asegurando la plaza con suficiente guarnición, se viniese á las manos con el enemigo á la primera oportunidad. Tal pensamiento era, en verdad, el que presentaba mayores inconvenientes, puesto que, dividido el ejército, ni bastaría el trozo que quedase en Évora para mantener en su fidelidad aquella población enemiga, ni el restante número sería suficiente para venir con los contrarios

á un empeño campal, que era lo que más importaba.

Pero como este parecer era conforme á las instrucciones del Rey, ninguno se atrevió á desaprobarle sino es el duque de San Germán, quien, advirtiendo con razón que los mandatos del Rey debían acomodarse, y aun enmendarse, según lo exigían el tiempo y las circunstancias, fué de opinión que nuestro ejército no se apartase de Évora, sino que, mandando salir á los moradores, se emplease en sustento de las tropas el trigo y provisiones que allí había y lo que la caballeria pudiese recoger por aquellas inmediaciones, con lo que indudablemente tendrían mantenimiento para muchos días, dando lugar á que les llegasen de Castilla nuevos socorros de gente y de víveres.

Por lo demás, observaba el Duque, que si el ejército portugués se empeñaba en desalojarlos de la plaza, se expondría á perecer allí en gran parte con la dilación, la fatiga, la escasez de mantenimientos y los ardores del sol, que son extremados en aquella tierra árida y de propensión grande para pestilencias.

Pero D. Juan de Austria, que en todos

estos consejos veía grandes embarazos y dificultades, al cabo creyó que, si no lo más seguro, lo menos reprensible era ajustarse á los mandatos del Rey, consultados por él en su Consejo de Estado. Con esta resolución, al cabo de quince días de descanso sacó sus tropas de la ciudad en disposición de pelea, dejando en ella pocos soldados para la guarda de los muros. El ejército enemigo estaba á la distancia de media legua, y había fortificado sus reales en la ribera opuesta del río.

D. Juan, resuelto á atravesar el río para presentar la batalla á los portugueses, mandó asentar en la orilla que él ocupaba hasta diez y siete piezas de artillería, con que proteger el paso de los suyos, despejando de enemigos la ribera contraria. Villaflor, por su parte, habíase propuesto no venir á trance decisivo hasta que, fatigados los nuestros con la escasez de mantenimientos y con continuas escaramuzas y correrías de los suyos, ó bien disminuyese su número y fuerzas, ó bien los atrajese á algún lugar desventajoso para ellos, donde poderlos derrotar á poca costa.

Los castellanos comenzaron á disparar su artillería; pero viendo que no hacía efecto

alguno en los enemigos por estar fuera de su alcance, se retrajeron un poco, asentando sus reales cerca de aquella orilla. En estos intentos sobrevino la noche, y en toda ella ardieron grandes lumbradas en uno y otro campo, que con los repetidos disparos de la artillería y los clamores de los soldados, tuvieron en alarma hasta la mañana siguiente á la gente de ambas partes.

Luego que despuntó el nuevo día, D. Juan de Austria, á caballo, ordenó sus tropas en guisa de pelear, compartiéndolas en dos grandes escuadrones, protegidos por la caballería y las mangas de bocas de fuego, y dando lugar entre ellos á un trozo de caballería escogida, á cuya cabeza tomó puesto el mismo D. Juan. Con el ejército ordenado por esta traza, intentó D. Juan pasar el río; pero apenas los delanteros pusieron el pie en el vado, cuando los portugueses, que se miraban igualmente formados en la orilla contraria, entráronse también en el río, encontrándose los unos y los otros en medio del cauce.

Trabóse allí reñida pelea, en que se derramó harta sangre de una y otra parte; pero como la ventaja del lugar favorecía á los por-

tugueses, y su artillería, mejor asentada que la castellana, hacía gran estrago en nuestra gente de á pie y de á caballo y nuestros bagajes, D. Juan mandó á los que habían entrado en el río que se retrajesen á la orilla con el resto de las tropas.

Muchos de los nuestros fueron muertos ó heridos en aquella pelea, y entre ellos cayó, mortalmente herido de una bala de cañón, el Maestre de campo D. Gonzalo de Córdoba, hermano del duque de Sessa y mancebo de grandes esperanzas. D. Juan de Austria, á quien este revés, si bien poco considerable y debido á la ventajosa posición de los enemigos, había dado indicios, hasta entonces ignorados para él, del esfuerzo y destreza de los portugueses, procuró, desistiendo ya de sus intentos de pelea, evitar el presente peligro.

Resolvió, pues, dejar á Évora con buena guarnición, y retirarse él con el resto de las tropas á la frontera, donde, procurándose nuevos socorros de Castilla, poder volver á la campaña con mejores prevenciones. Don Juan inmediatamente puso por obra su plan. fiando la defensa de Évora á Francisco Galtinara, conde de Sartirana, con tres mil infantes y seiscientos caballos, y él, con el

resto del ejército, el bagaje y los soldados portugueses que traía prisioneros, enderezó su camino para la frontera, echando por los atajos y senderos más desviados, y entre los lugares más ásperos y fragosos de aquellas sierras, para evitar el encuentro de los portugueses. En el primer día de marcha no se ofreció riesgo alguno, porque Villaflor, ignorante de la resolución de los nuestros, se había adelantado mucho, para ocupar un puesto favorable, donde, llegado el caso de la pelea, los castellanos no pudiesen hacer empleo de su caballería, que era en donde parecía cifrarse su mayor ventaja.

Á la sazón aconsejaron á D. Juan muchos de sus capitanes que acelerase aquella noche la marcha del ejército, para alejarse del enemigo, porque no le acaeciera verse forzado á pelear con su gente notablemente disminuída y con el impedimento de los numerosos prisioneros que traía consigo. Pero D. Juan, que temía antes que todo lo que perdería su reputación si el enemigo tomaba por fuga su marcha precipitada, excusó de seguir aquellos consejos, dando á entender que no era conveniente fatigar mucho al soldado marchando toda aquella noche, puesto que á la

mañana siguiente podía ofrecerse trance inevitable de pelea.

Apenas despuntó la nueva aurora, sus descubridores le trajeron la nueva de que el ejército enemigo se acercaba prestamente por detrás de las alturas que le ocultaban. Don Juan, puesto que se viese embarazado con la muchedumbre de los prisioneros, con los bagajes y con el gran aparato casi regio que como á príncipe le seguía, resuelto todavía á no proseguir su retirada á vista del enemigo, por evitar el deshonor de la fuga, determinó esperarle y aventurar el riesgo de la batalla.

El ejército de D. Juan constaba de once mil ciento y veintidos infantes y seis mil ciento y cincuenta y cuatro caballos. Mientras que nuestro General ocupaba un lugar acomodado para la pelea, salieron al encuentro los enemigos, cuya carga rechazó esforzadamente D. Diego Caballero con algunas compañías de caballos. Al fin, después de algunos encuentros y escaramuzas, con que en vano porfiaron los portugueses desalojar á los nuestros de su posición, pudo D. Juan, retrayéndose algún tanto, ocupar con la infantería dos cerros altos y escarpados que se

miraban á sus espaldas en el camino de Extremóz.

La caballería mandó que se ordenase compartida en cuatro trozos en la llanura erizada de quiebras y malezas que de las raíces de los cerros arrancaba. Detrás de los caballos se colocó el bagaje, y, por último, en los cerros se asentó la artillería.

Villaflor, con sus portugueses, ocupó la falda de otro collado que habían desamparado los nuestros para mejorar de posición; pero ello es que los portugueses hallábanse situados con más ventaja que los nuestros, porque, cubierta y protegida la mayor parte de sus tropas, por ser muy doblado el terreno de la ladera donde tenían puesto, recataban la ordenanza y movimientos de los suyos, al paso que oteaban las operaciones de nuestros escuadrones.

Fiados los unos y los otros en la ventaja de su puesto, rehusaban abandonarle para acometer á los contrarios en el suyo, pasándose en tanto gran parte del día sin que diesen muestras de venir á las manos.

D. Juan, vista esta dilación, y porque deseaba evitar la pelea, resuelto á proseguir su marcha, mandó al duque de San Germán

que se adelantase con algunas tropas para prevenir un lugar donde asentar los reales aquella noche. Ya los nuestros comenzaban á recoger, aprestándose á la marcha, los bagajes y prisioneros, cuando los portugueses, más animosos con ver que el enemigo se les escapaba de las manos, como si no osase entrar con ellos en batalla, ardían en deseos de empeñar el trance.

Villaflor no sabía qué partido tomar, pues el poco tiempo que quedaba de día, y la fortaleza del lugar que ocupaban los nuestros, eran dos inconvenientes notables para acometer la pelea con esperanzas de buen resultado.

Pero Schomberg, con mayores ánimos y más experiencia, porque en la vacilación de D. Juan encontraba grandes anuncios para su victoria, arengó á sus soldados, representándoles que ni la posición de los nuestros era tan ventajosa, ni sus alientos bastantes para resistir á sus contrarios. Y esforzando más la voz, el terrible aventurero añadió: «Aplace por ventura la pelea quien tenga esperanza de mejor ocasión y fortuna; que el que se mira en los últimos términos de la necesidad, rodeado de mayores peligros por todas par-

tes, si la elección puede valerle, ha de escoger el pelear, pues allí la salvación se encuentra adonde se intenta y arrostra el mayor peligro. Y si este no perturba ahora la serenidad de nuestro pensamiento, bien se echará de ver que la fortuna se brinda con sus favores á las banderas lusitanas, reparando en el temor y vacilación que hiere el ánimo de los castellanos, que procuran excusar la pelea, excusación que es fuga en este trance, no dándose por seguros ni en las cumbres y puestos ventajosos, ni aun en los alcázares y castillos, si por dicha á mano los encontrasen. Y esos parajes que ocupan los enemigos cuánta es la ventaja que nos ofrecen, pues los infantes que se miran en las alturas difícilmente podrán bajar al llano, ni la caballería que se ve al pie, por la desigualdad del terreno, puede acudir allá, y así, apartados unos de otros, dan indudable comodidad y favor para sojuzgarlos á entrambos. Y porque aquellos trozos de caballos que cubren el ala izquierda, hollando un terreno desigual, cubierto de movedizo césped y maleza, han de ser de tarda ayuda, si no inútiles, cuando quieran acudir al socorro del ala opuesta. Y parte también de la caballería

enemiga, gran parte, ha desaparecido de nuestra vista, porque creyese remitida la pelea para otro día, ó yendo á cumplir algún mandato de su General.

»Todo es signo cierto de que el Dios que cegó á esos hombres para entrar en Évora, los mantiene en su imbécil ceguedad, para que por sí mismos vengan inevitables á manos de sus enemigos, á sufrir así la pena de su presunción y de su temeridad. Y es cierta señal de que Dios quiere quitar la victoria cuando quita la sanidad de la mente. En fin, lusitanos; si os atrevéis á pelear, acaso seréis vencedores, cuando de otro modo, no ya sólo por vencidos, sino por desbaratados, os podéis contar, y esclavos para siempre.»

La autoridad de Schomberg y sus buenas razones, aumentando los ánimos de los portugueses, resolvieron también á Villaflor á emprender al punto el combate, sacando de improviso sus tropas de la espalda del collado y desplegándolas enfrente de nuestra caballería. D. Juan de Austria, que por tantas horas había mantenido ordenadas sus tropas para la pelea mirando tan cerca á los enemigos, hizo leer entre las filas por los capitanes cierto razonamiento, en que, entre otros

consejos y exhortaciones, se le decía al ejército que aquella era la ocasión, cual en mucho tiempo no se había ofrecido, en que el honor y reputación de nuestras armas y gloriosos hechos de cada jefe ó soldado iban á levantarse muy alto ó abatirse torpe y vergonzosamente.

En suma: se les encomendaba mucho cuidado sobre estos puntos principales; á saber: que ninguno se separase de sus filas ni desbaratase la ordenanza, aunque viese á los enemigos rotos y vencidos en los primeros encuentros, ni se entregasen al despojo mientras no estuviese asegurada la victoria; y, por último, que se concederían grandes mercedes de parte del Rey al que tomase á vida la persona del conde de Villaflor, generalísimo de los portugueses, además de proveerle en el acto para el empleo inmediato.

Ya la caballería portuguesa, compartida en dos trozos, uno en éste y otro en aquél costado, se adelantaba contra la nuestra, que venía en la propia disposición, encontrándose luego el ala izquierda de aquellos con la derecha de los castellanos. En aquel ala de los portugueses se encontraba lo más aventajado y escogido de su caballería, con los ge-

nerales Dionis Melo y Manuel Freire, y el Maese de campo general Pedro Jaques Magallanes, con otros muchos capitanes señalados.

Los portugueses habían colocado de intento en este ala el trozo más crecido y poderoso de su gente de á caballo, para oponerlo á nuestro escuadrón de la derecha, donde se miraba la flor de nuestra caballería, compuesta de la guardia de D. Juan de Austria y la del duque de San Germán, con lo mejor de la caballería y de toda nuestra gente, al mando del teniente general Juan Jácome Mazacán.

La pelea se trabó reciamente de ambas partes, ya cejando el portugués, ya volviendo una y otra vez á la carga, disparándose primero la arcabucería, viniéndose después á las espadas, luchando jinetes con jinetes y caballos con caballos con gran furor, gran estrépito de las armas que se chocaban y espantosos alaridos de los que se esforzaban mutuamente para la pelea ó caían heridos de muerte.

Pero en pelea tan obstinada y sangrienta ninguno quería cejar, sino antes morir conservando su puesto, manteniéndose así por

mucho tiempo dudoso el resultado, hasta que Manuel Freire, sacando alguna gente de á caballo del ala derecha de los suyos, y con otros jinetes que halló sueltos, vino á herir de repente en el flanco de los nuestros.

Desbaratando fácilmente á aquellos soldados desprevenidos, acometió con mayor brío á aquel trozo de nuestra caballería que sostenía esforzadamente el combate. Y se echa de ver que este primer azar que nos fué contrario, fácilmente se hubiera contrastado, si otro igual tropel de caballos de nuestra ala izquierda, en digna emulación de Freire, hubiera acudido á oponérsele, reforzando nuestra ala derecha.

El conde de Espinardo, capitán de la guardia de D. Juan de Austria, y el señor de Santa Cristina, italiano, que mandaba la del duque de San Germán, se hallaban en aquel ala cuando vieron que sus soldados, acometidos juntamente por la frente y por el costado, daban muestras de cejar, hicieron grandes esfuerzos para mantenerlos en buena ordenanza; pero no pudieron conseguirlo, pues desbaratándose los unos con el recio choque de los contrarios, otros tomando parte en su desmayo y turbación y deján-

dose arrastrar por los que se desbandaban, poseídos de pánico terror, no se detuvieron hasta ponerse gran parte de ellos en fuga.

En tanto, sus capitanes, para esforzarlos juntamente con la voz y el ejemplo, se entraron denodadamente cada cual por una parte del escuadrón enemigo, hiriendo ó matando á cuantos encontraban. El conde de Espinardo, español, rompiendo las filas enemigas y sembrando su senda de cadáveres, penetró hasta donde se hallaba el General de la caballería portuguesa, Manuel Freire, con quien trabó un combate singular, en que el portugués, atravesado por el nuestro de muchas y mortales heridas, cayó al fin derribado de su caballo, y sacándole los suyos de la pelea, murió á poco rato.

Espinardo, muerto su caballo y él también gravemente herido, recogióse á los suyos, donde, como sus familiares le llevasen cubierto de su sangre y casi exánime, aumentóse con tal vista el espanto de los nuestros, cuando con su ejemplo y la muerte del General contrario debieran animarse, siendo esto mucha parte para que se desbaratase enteramente aquella caballería. La misma suerte cobijó á la guardia del duque de San Germán cuan-

do su capitán, el señor de Santa Cristina, después de dar grandes muestras de valor, no sin derramar su sangre, le tomaron á vida los enemigos.

Ya no se mantenía firme en este costado sino el trozo de caballería de Milán, cuyo Comisario general era D. Francisco de Aguiar; pero este trozo, que formaba como la reserva de aquel ala, acudiendo demasiado tarde al socorro de la demás gente, en parte fué arrebatado por la fuga de la demás caballería, y en parte deshecho por el recio ímpetu de los enemigos, poderosos y firmes en aquella parte.

Entonces D. Diego Caballero, que no sin gran embarazo ejercía los dos cargos de Maestre de campo general y de Comisario general de la caballería, desde la cumbre del cerro, donde mandaba á la infantería, envió sus órdenes á la caballería del ala izquierda, que aun no había entrado en combate, para que fuese á socorrer á el ala derecha, deteniéndola en su fuga y restaurando en aquella parte la pelea. Tales mandatos ejecutáronse con harta dilación, á causa de lo áspero y difícil del terreno, embarazado, como ya dijimos, por zarzales y quiebras.

Así es, que cuando llegaron, viendo toda aquella ala destrozada, y cubierto el campo con gran número de hombres y caballos muertos de los suyos, viendo que ni podían restaurar á los que huían rotos, ni bastarse á sí propios para resistir al enemigo, cada vez más numeroso y esforzado por aquella parte, desmayaron en sus ánimos y desordenáronse también, huyendo los unos, y resistiendo los otros con ligeras escaramuzas.

Entre los que en aquel apuro dieron más señaladas muestras de valor, son dignos de memoria el conde Boetto, italiano, y Bruno Borgoñés, de los cuales el primero, peleando esforzadamente y todo bañado en propia y ajena sangre, y ya enteramente rendido de la refriega, fué tomado prisionero, y el segundo, combatiendo con no menos brío, fué derribado de su caballo, y muerto finalmente.

Mientras que así era destrozada nuestra caballería, empeñábase otra lucha, no menos obstinada, entre la infantería de ambas partes, situada la nuestra en la ceja, y la enemiga al pie de los dos cerros. Este fué verdaderamente el mayor trabajo y más grave dificultad con que lucharon los portugueses

en aquella batalla, debiéndose el vencimiento al ánimo y esfuerzo increíble que supo inspirarles el conde de Schomberg, que mandaba su infantería.

Porque para venir á las manos con nuestra infantería era forzoso escalar aquellas alturas, trepando por la escarpada ladera con gran fatiga y no menor riesgo de caer despeñados los que lo intentasen, ó perecer á las descargas de nuestras bocas de fuego, que con gran ventaja se disparaban desde aquel lugar superior.

Pero las exhortaciones de Schomberg pudieron tanto en el ánimo de los soldados, que, despreciando la muerte, ó alentados del deseo de la gloria, emprendieron la subida, siendo los ingleses los primeros que, con ferocidad en apariencia salvaje, y prestándoles su entusiasmo poderosas fuerzas, treparon por lo escarpado de las peñas, apoyados más en sus manos que en sus pies, é incitando con su ejemplo el arrojo de los demás. De ellos, muchos, perdiendo el pie, se despeñaron; no pocos fueron precipitados por los nuestros, arrastrando tras sí á los que venían en pos, y todos mostraban sus miembros más heridos con la caída ó con la aspereza

de las peñas que procuraban asir, que con las pelotas de nuestra arcabucería.

Al fin, algunos que con gran trabajo tocaron la cumbre, peleando reciamente con los que la defendían, dieron lugar á la subida de otros, con que, por lugares más ó menos escabrosos, llegaron salvos á aquellas alturas tres tercios portugueses, que, poniéndose al punto en buena ordenanza, acometieron impetuosamente nuestro primer escuadrón de infantería, que ocupaba aquel cerro, al mando de D. Acisclo Guzmán y D. Luís de Frías.

Los nuestros, después de disparar una sola descarga con su arcabucería, tomaron al punto vergonzosamente la fuga, arrojando sus armas. Esta flaqueza de nuestros soldados atribúyenla algunos historiadores al sobresalto que les tomó cuando vieron de repente á los enemigos, que habían escalado aquellas alturas que se tenían por inaccesibles; pero otros, fundándose en el relato de testigos oculares del caso, dan por causa á tan extraño desaliento la voz que corrió de improviso en las tropas, proferida por un capitán demasiado medroso ó cobarde; á saber: que ellos se miraban ya á merced de

los enemigos, que los tenían cercados por todas partes, privándoles de toda esperanza de socorro.

Para explicar el súbito desmayo de los nuestros, debe tenerse en cuenta, además de las ya apuntadas, otra razón de no escasa valía, y es que aquellos soldados eran por su mayor parte gente bisoña y de la recogida en las nuevas levas, y por lo mismo sin experiencia alguna militar y casi sin disciplina, error grave en nuestro General, puesto que en aquel, como en el lugar de más peligro, debió colocar lo mejor de sus tropas.

D. Juan de Austria, cuando miró á la gente que formaba aquel escuadrón rota y derramada, saltó lleno de ira de su caballo, y tomando una pica á uno de sus soldados, y amagando con ella al pecho de los fugitivos, en vano procuró con exhortaciones, con ruegos y con amenazas detenerlos en su torpe huída, porque el pavor les crecía con ver á los enemigos, que, más animosos con el buen suceso, los perseguían y estrechamente acosaban.

Esta gente, desbaratada, arrastró en su fuga y confusión á nuestro escuadrón de en medio, que formaban los alemanes, y los unos

los otros, turbados y revueltos, y perseguidos de cerca por los enemigos, desordenaron al fin nuestro último escuadrón, compuesto de los italianos. Entonces la caballería portuguesa, ya vencedora de la nuestra, rodeando por un camino, si más largo, más llano y practicable, vino por mandado de Villaflor á acometer nuestra infantería ya desordenada; con que, acrecentado el terror de los nuestros, los que todavía ponían alguna resistencia á los enemigos, peleando como podían en medio de la confusión y desconcierto general, desmayaron ya de todo punto.

Los portugueses, insolentes con su fortuna, como tenían á los nuestros rodeados por todas partes con su gente de á pie y de á caballo, cebáronse en la matanza de los que halló desarmados y fugitivos, dando allí numerosos ejemplos de torpe crueldad.

El general San Germán, que, como más arriba apuntamos, habíase adelantado por orden de D. Juan de Austria para buscar un sitio á propósito donde asentar aquella noche los reales, volviendo al horrible estrépito de los escuadrones que luchaban y al fragor de las descargas de la artillería que aumentaban repitiéndolos los ecos de aquellos montes, lle-

gó á tiempo que, derrotados los nuestros, ya todo era en ellos muerte ó fuga.

Entre los montones de los cadáveres y armas desamparadas por los nuestros, halló á D. Juan de Austria que resistía casi solo, con vano aunque heroico esfuerzo, á gran muchedumbre de enemigos, mirándose ya en grave riesgo de perder la vida ó la libertad. San Germán sacóle de aquel peligro, y ambos Generales, recogiendo los restos del desastre sufrido, con grandes marchas vinieron á refugiarse en la plaza de Arronches.

En tanto Jácome Mazacán, que del desbarate de la caballería había escapado con una compañía entera, después de hacer esfuerzos inútiles por reparar aquel desastre volviendo á la pelea, reunió mucha gente de á caballo del ala izquierda, que andaba desordenada, y con ella, formando un tropel, acometió á los enemigos, que, ya asegurada la victoria, se miraban más sueltos y descuidados. Pero aunque aquella caballería, animada por las exhortaciones de Mazacán, cargó reciamente sobre los contrarios, éstos, reuniéndose en considerable número, rodearon á los nuestros, los estrecharon é hicieron en ellos gran mortandad, salvándose algunos pocos que

pudieron huir ó que los enemigos, hartos ya de sangre, quisieron más tomarlos prisioneros.

La pérdida de nuestro ejército en esta desastrosa batalla subió á más de cinco mil hombres entre muertos y prisioneros: el resto de las tropas, en número de doce mil soldados, recogióse con D. Juan de Austria en Arronches. Entre los prisioneros que nos tomaron los enemigos, contóse mucha gente principal, entre ellos el marqués del Carpio, hijo mayor de D. Luís de Haro, mancebo que peleó esforzadamente, derramando harta sangre suya y de los enemigos; el Maestro de campo D. Acisclo de Guzmán, hijo del duque de Medina de las Torres, y otros muchos Maestres de campo y señalados capitanes, puesto que no pocos perecieron en la refriega.

Perdiéronse también las banderas, muchas armas y toda la artillería, bagaje y municiones, con el rico ajuar y vajilla de D. Juan de Austria. De los portugueses perecieron hasta mil hombres, y de sus jefes y capitanes casi todos fueron muertos ó heridos en la pelea. Tal fué el resultado de esta batalla, de funesto recuerdo para nosotros, en que son de admirar los grandes bríos y constancia

de los enemigos, ya en resistir una y otra carga de nuestra poderosa caballería hasta desbaratarla al fin, y ya en ganar con tanta dificultad y fatiga las escarpadas y casi inaccesibles alturas que ocupaba nuestra infantería.

CAPÍTULO XVI.

TERCERA CAMPAÑA DE D JUAN DE AUSTRIA (1664).

Regocijados los portugueses por la victoria, tratan de recuperar á Évora.—Disposiciones del conde de Sartirana para la defensa de la plaza.—Interceptan los portugueses las comunicaciones de San Germán con Sartirana.—Fingen los portugueses una carta.—Intentos de D. Juan de Austria de tomar por sorpresa la plaza de Elvas.—Retíranse los españoles con sensibles pérdidas.—Voladura del depósito de pólvora en Arronches.—Descargos de D. Juan de Austria ante la corte de Castilla, y formación de un consejo para mejorar la suerte de nuestras armas en Portugal.—Renueva en 1664 el duque de Osuna la campaña.—Baluarte de Almeida.—Escaramuzas entre ambos ejércitos.—D. Juan de Ayala acomete el campo enemigo y salva la caballería castellana.—Irrupción de la caballería portuguesa por nuestras fronteras.—Opónense á estas correrías los capitanes Fuentes y Olea, y son derrotados.—El Gobernador de Jerez sorprende á los portugueses.—El duque de San Germán viene á la corte.—Cumplida defensa de sus actos.—Es desposeído del mando.—Sustituye á San Germán en el mando de la caballería Alejandro Farnesio.

Pues como llegase á Lisboa la nueva de nuestra derrota y el triunfo de los portugueses, dando extremo regocijo á aquellos naturales, el de Braganza juzgó ue tal ocasión debía aprovecharse para re-

cobrar á Évora. Por lo mismo, dispuso que el conde de Cantañeda, con algunas tropas que había en aquella capital, viniese á juntarse con el ejército de Villaflor, para que ambos Generales fuesen á poner cerco á Évora.

Defendía esta plaza el conde de Sartirana, con una guarnición formada en su mayor parte de italianos, que el de Austria había dejado en ella, como ya queda apuntado, antes de la jornada de Extremóz. El conde de Sartirana, cuando ya se miró cercado, mandó salir de Évora toda la gente inútil ó sospechosa; ésta, para que no volviese sus armas contra los defensores, y aquélla, porque no consumiese sin provecho los víveres; y haciendo juntar todo el trigo que había, así de dominio público como de los particulares, mandó que de ello se diese su ración diaria de pan á todos los que en la plaza quedasen. Prohibió, además, por todo el tiempo que durase el sitio, que se juntase la gente en público para comidas, festejos, procesiones y otras solemnidades de los días festivos, por quitar así la ocasión de que en una población, como lo era aquella, de fidelidad dudosa, intentasen los moradores alguna per-

fidia contra los nuestros. En todos estos preparativos de defensa siguió el Conde las prácticas militares en que le había instruído la experiencia de las armas, particularmente en la guerra del Piamonte. Tomadas, pues, estas y otras prevenciones, el de Sartirana apercibióse esforzadamente á la defensa de Évora, rechazando briosamente las acometidas de los enemigos, y causándoles, con continuas salidas y rebatos, notable estrago y mortandad.

Todavía ignoraba aquel capitán la rota de Extremóz, cuando Sancho Manuel interceptó ciertos pliegos que el duque de San Germán enviaba ocultamente al conde de Sartirana, dándole cuenta del desastre sufrido; pero añadiéndole, como para consuelo, que con los restos del ejército y nuevos refuerzos, se trataba de levantar prestamente otro ejército, y que, por lo tanto, no desmayase en defender una plaza cuyo cerco daría ocasión para reparar, con una nueva victoria de los suyos, la pérdida pasada.

Villaflor fué de parecer que estos pliegos se enviasen á nuestro Gobernador de Évora, puesto que las nuevas de la derrota de D. Juan no podrían menos de abatir sus áni-

mos; mas Cantañeda, por el contrario, fué de opinión que debía mantenerse á los cercados en la ignorancia de aquel suceso, porque, creyendo menor el peligro, se mirasen menos cuidadosos y prevenidos. Mas al fin, después de mucho consultar, para no desechar enteramente ninguno de estos dos consejos, resolvióse que se diese, en efecto, aviso á los sitiados de la derrota del ejército castellano; pero sólo cuando, después de muchos combates y largo tiempo, las tropas de la guarnición hubiesen sufrido grandes bajas y consumido sus provisiones, porque de esta suerte los acosasen al par el hambre y la desesperación de hallar prontos socorros.

Pasáronse en tanto algunos días, en que los defensores de Évora, con las frecuentes acometidas de los sitiadores y continuos combates que se veían forzados á sostener, miraban disminuirse considerablemente su número, y cada vez se hallaban en mayor aprieto, pues los portugueses, no sólo habían ocupado los monasterios cercanos á la plaza, sino que ya, con el recio batir de su artillería, abrían grandes brechas en los muros.

Así las cosas, á los once días de cerco, el conde de Sartirana recibió la carta del duque

de San Germán, retenida hasta entonces por los enemigos, y otra, además, fingida, á nombre de D. Juan de Austria, en que se le decía que pues el desastre de Extremoz y otros azares sobrevenidos dilataban, contra su voluntad, el socorro que él mismo había pedido para Évora, si ya no podía defenderla, cuidase al menos de salvar su excelente guarnición.

El Gobernador, todo turbado con tan infaustas nuevas, y considerando con terror el peligro en que nuestras cosas se miraban, derrotado ya nuestro ejército, y él en medio de un país enemigo, sin recurso de gente, ni mantenimientos bastantes á socorrer la plaza, y reconociendo por otra parte el espíritu y miras de D. Juan, en el interés con que le encargaba sacase á salvo las tropas, resolvióse á entregar á Évora, capitulando con Villaflor y Cantañeda, con las siguientes condiciones: Que nuestras tropas, con sus armas, saldrían formadas de Évora, debiendo, sin embargo, permanecer en Portugal hasta que pasase el estío. Que no sacasen de la plaza más que sus armas y lo que cada cual pudiese llevar consigo. Y, por último, que ocho soldados, escogidos por su Jefe, pudiesen salir enmasca-

rados, dirigiéndose libremente donde mejor les placiese.

D. Juan de Austria, en tanto, luego que recogió en Arronches los restos de la pasada derrota, puesto que no se mirase con fuerzas bastantes para socorrer á Évora, todavía hallábase solícito por reparar con algún suceso favorable la afrenta de Extremoz. Intentó, pues, tomar por interpresa la plaza de Elvas, queriendo aprovechar la ocasión de estar el ejército enemigo ocupado en el cerco de Évora. El cargo de esta expedición le dió á D. Diego Caballero, con muchos trozos de caballos y razonable número de infantería, que, después del desastre de Extremóz, había llegado, aunque tarde, de Galicia.

D. Diego, con su gente, salió una noche de Badajoz, á favor del silencio y de la oscuridad, y llegando á vista de Elvas mucho antes de que se mostrase la luz del nuevo día, ocupó los caminos, y mandó prevenirse la gente con sus armas y escalas para intentar de repente el asalto. Pero el Gobernador de Elvas, conde de Sabugal, que con gran cuidado y diligencia atendía á librar á la plaza de todo peligro, había penetrado los designios de los nuestros, y aquella misma

noche había doblado las centinelas, dando orden á los vecinos, que si escuchaban toque de rebato, dado con las campanas ó las trompetas, acudiesen todos armados á los muros, juntándose con la gente de la guarnición. Así fué que, cuando los nuestros, fiados en el descuido de los de la plaza, se llegaron temerariamente al asalto, al punto fueron descubiertos por los centinelas y recibidos con una recia descarga de artillería, que los obligó á retirarse, burlados en sus propósitos, á Badajoz.

Por el mismo tiempo acaeció otro desastre á los nuestros, más lamentable en medio de tantos otros que les afligían, y fué la causa el volarse, por azar ó por perversa intención de alguno, un gran depósito de pólvora que los castellanos tenían en el alcázar de Arronches, porque no sólo la violencia del fuego convirtió en ruínas el castillo y otras fortificaciones y casas vecinas, sino que hizo gran estrago en la guarnición y los moradores, contándose en número de más de dos mil personas las que fueron muertas ó gravemente heridas, ya alcanzadas por las llamas, ó ya sepultadas por los edificios que se desplomaban.

Poco después D. Juan de Austria, deseoso de dar sus descargos al Rey su padre, puesto que las acusaciones de sus rivales, esparcidas en palacio y en la corte, le achacasen los sucesos desgraciados de la presente campaña, y aun se hablase de proveerle de sucesor, pidió y obtuvo del Monarca que se le diese licencia para venir á Madrid.

Disculpóse D. Juan con el Rey, protestando haber sido contrariado en su empresa por la falta de la armada, que, bajo la conducta del conde de Castrillo, debía llevarle socorros de víveres y municiones por la parte de Portugal. Y aun corrió la voz por aquel tiempo que el Austriaco, para excusarse él, había acusado al duque de San Germán, por su poco acierto en los consejos que le había inspirado, y que él no había dudado en admitir de General tan veterano y práctico en aquellas mismas campañas, donde asistía de tiempo atrás.

Sea de esto lo que quiera, ello es que el Rey, aunque mostrando á D. Juan hallarse completamente satisfecho de sus descargos, no debió estarlo tanto, puesto que le mandó que con seis ministros escogidos del Consejo de Estado y Guerra, consultase del modo de

mejorar la suerte de nuestras armas en la campaña de Portugal.

En tanto, aunque ya era entrado el invierno, los sucesos acaecidos tenían tan exaltados los ánimos de castellanos y portugueses, ansiosos de vengar sus derrotas aquéllos, y de acrecentar sus ventajas éstos, que la guerra volvió á encenderse de nuevo. El duque de Osuna, que desde Ciudad Rodrigo, con el mando del ejército de aquella frontera, y más alentado por el ardor de mancebo y por el deseo de rivalizar con el de Austria, que ayudado de sus fuerzas mandó levantar un formidable baluarte, no lejos de la plaza enemiga de Almeida, con lo que dió recelos á los portugueses de que intentase tomar esta plaza.

Esta obra, empero, adelantaba con gran dificultad y trabajo, puesto que en su construcción había que luchar al propio tiempo con un invierno rigurosísimo y con el enemigo, siempre feroz é infatigable. Por este tiempo el de Braganza había dado el gobierno de Almeida á Alfonso Hurtado de Mendoza, en lugar de Pedro Jaques Magallanes, á la sazón enfermo, encargándole que cuidase de burlar lo más prestamente posible los in-

tentos del de Osuna. D. Juan de Austria, que acababa de volver de la corte á Badajoz, conociendo la mala ocasión que el duque de Osuna había escogido para aquellos aprestos de guerra, que darían motivo al portugués de volver á las armas en tiempo poco favorable á los nuestros, todavía, para remediar el peligro en lo que de su parte estuviese, mandó al conde Boetto, vuelto poco antes de manos del enemigo, que con algunos trozos de caballos fuese á guardar las cercanías de nuestra plaza de Alcántara, y dar socorro, en caso necesario, al duque de Osuna.

Éste, que tenía bajo su mano un ejército de cerca de siete mil infantes y más de dos mil caballos, había fortificado sus reales en un lugar ventajoso, teniendo á sus espaldas el baluarte, y enfrente de él, á distancia de un tiro de artillería, se miraba asentado el campo de los enemigos [1]. El intento del duque de Osuna no era ciertamente de venir á las manos con el ejército portugués; pero sí el de proteger las obras del fuerte. Pues como el enemigo conociese esta resolución, y por otra parte no creyese conveniente acometer

[1] Año de 1664.

á los nuestros en sus trincheras, resolvió mover de allí para hacer una diversión sobre la frontera, talando y quemando nuestros campos, con que obligar á los castellanos, con la vista de aquel estrago y la escasez de mantenimientos, el salir á la pelea ó interrumpir la construcción del baluarte.

El Hurtado, pues, con esta resolución, envió desde su campo algunos tropeles de caballos á Almeida para que sacasen vituallas con que sustentar el ejército por algunos días en tierra de enemigos. Acertólos á ver el duque de Osuna desde una atalaya, y, creyendo buena ocasión para derrotar aquella gente separada de su ejército, salió al punto de su campo con la mayor parte de la caballería y con el refuerzo que le había enviado el de Austria.

Con estas tropas, compartidas en tres escuadrones, el de Osuna acometió al punto al enemigo. Como los nuestros eran superiores en número, á la primera y repentina carga desbarataron á los portugueses; pero éstos, viendo que no podían sostener con sus contrarios un combate igual, no trataron de rehacerse, sino, derramados como estaban, se defendían escaramuzando, con lo que die-

ron lugar á que, observando su peligro, su General les enviase un buen refuerzo de infantería y caballos.

Llegado este socorro, los portugueses rehicieron sus filas y se pusieron en buena ordenanza de pelea, interpolando con los caballos la arcabucería, y asegurando la frente y costados de su escuadrón con la infantería de picas, para que rechazasen con ellas las cargas de la caballería contraria. En tal disposición, cerraron reciamente contra los dos escuadrones que formaban el cuerno derecho y el siniestro de nuestra ordenanza, y los desbarataron.

Quedaba todavía un tercer escuadrón de castellanos, que, como de reserva, aún no había entrado en la refriega, y por cierto que la fuga de los otros dos escuadrones le hubiese asimismo envuelto, á no ser por D. Jerónimo García y el conde Boetto, que mandaba aquella gente, y con buena precaución habían cuidado, al ordenar el ala de caballos, de que quedasen entre ellos intervalos suficientes para dar paso á los que viniesen huyendo, sin turbar la ordenanza.

Ya los portugueses, seguros de su victoria, habían deshecho su formación, para entre-

garse al despojo y alcance de los fugitivos, sin tener en cuenta que quedaba en pie un escuadrón de castellanos, que era más fuerte todavía, por componerse de gente veterana. Verdad es que pudo dar motivo á este error de los portugueses el que nuestro escuadrón de reserva se miraba casi oculto por las asperezas y alturas que embarazaban aquel terreno y encubrían en la mayor parte su número.

Pues como muchos de los nuestros, que andaban huyendo y retraídos por aquellos lugares, ignorantes de los caminos, volviesen al mismo paraje y advirtiesen estar allí formado aquel fuerte escuadrón de castellanos, recogiéronse á él. Entonces el conde Boetto, viendo reforzado su escuadrón, mandó acometer al enemigo, que se miraba derramado, y por tal manera renovóse el combate con mayores bríos y furor que antes, ansiosos los castellanos de mejorarse y vengar el revés sufrido, y los portugueses de completar su vencimiento.

En tanto D. Juan de Ayala, que mandaba un trozo de nuestra caballería, y había quedado en la guarda de nuestros reales, había ido, por mandado del duque de Osuna, con la

infantería y algunos caballos que tenía consigo, á acometer el campo cercano de los enemigos, que creía casi desamparado, sin defensa, por haber acudido el portugués con bastante gente al socorro de su caballería. Proponíase con esto el de Osuna, ó bien atraer á los portugueses á la defensa de sus reales, ó bien, en otro caso, apoderarse de ellos. Y por cierto que no le engañó su previsión, porque el General enemigo, Hurtado de Mendoza, cuando supo que su campo era acometido, y considerando su pérdida como caso de gran afrenta y ruína, en lo más encarnizado de la pelea comenzó á retirarse con sus tropas.

El de Osuna no quiso hostigar al enemigo, porque, estando sus tropas harto fatigadas, temió correr de nuevo los azares de la fortuna, bastando para su gloria la gran reputación de valor y audacia que ganó en aquel trance metiéndose en el peligro con desprecio de su vida, y para la de todo el ejército el haberse librado de una derrota cierta. También son dignos de grande elogio el esfuerzo y heroica resolución de los jefes de nuestro escuadrón de reserva, D. Jerónimo García y el conde de Boetto, que, después de rotos nues-

tros primeros escuadrones, supieron renovar la pelea é igualar la fortuna de las armas, hasta que, gracias al ardid prevenido por el duque de Osuna mandando acometer á Ayala el real enemigo, se retiraron los portugueses, dejando por tal manera á los nuestros señores del campo.

El número de muertos fué casi igual de una y otra parte, calculándose en ochocientos caballos y algunos infantes de cada una; pero de los portugueses perecieron los mejores soldados, y además se les tomaron muchos prisioneros, entre ellos el General de la caballería, que luego se huyó, ganando con dinero á sus guardas. En cuanto á Ayala, se retiró del campo enemigo luego que vió el grueso del ejército portugués, que acudía en su socorro.

Después de este suceso, el duque de Osuna prosiguió protegiendo con su ejército las obras del fuerte, y cerca de él mandó levantar otros tres menores, trabajos todos que se seguían con gran dificultad y dispendio, no solo por ser en país enemigo, sino también porque las tempestades y aguaceros deshacían con frecuencia lo fabricado. El mayor inconveniente consistía en que, siendo la

tierra enemiga y mirándose tan cerca el ejército portugués, no podían tener treguas las hostilidades.

Acaeció por entonces, que muchos trozos de caballería portuguesa, desde los términos de Serpa y Moura, hicieron una irrupción en nuestras fronteras por la parte de Jerez de los Caballeros, entrándolo todo á sangre y fuego, quemando hasta las arboledas, llevándose los ganados y dando muerte á cuantos castellanos encontraban. Gobernaba á la sazón en Jerez D. Pedro de Rueda, que tenía consigo dos trozos de caballería, el uno español, mandado por D. Pedro de Fuentes, é italiano el otro, bajo la conducta de don Domingo Olea, además de un tercio bien completo de infantería, de que era Maestre de campo el mismo Gobernador.

Éste, pues, viendo el estrago que hacían por todas partes los enemigos, dispuso al punto que Fuentes y Olea saliesen con aquellas tropas de Jerez, para castigar la insolencia de los portugueses y arrancarles la presa. Pues como los nuestros alcanzasen á los enemigos y los acometiesen con gran esfuerzo, ellos, que eran muy superiores en número, formáronse luego en escuadrón, dejando la

presa á cubierto á sus espaldas, y cargando reciamente sobre nuestra caballería, la desbarataron fácilmente, matando á algunos y forzando á huir á los demás.

Nuestra infantería, que se había quedado atrás, llegó tarde para hallarse en la pelea, y viendo el trance perdido, retiróse como vino. El portugués entonces, considerándose más seguro con este buen suceso, conduciendo su presa, tomó poco á poco el camino de la frontera.

Sorprendióle en ella la noche; y como los soldados se mirasen en extremo fatigados con la refriega y la marcha, y embarazados con la copiosísima presa que llevaban, se echaron á dormir, parte sobre sus mismos bagajes y cargas, y parte en las chozas y cobertizos que allí tenía la gente del campo. Pues el Gobernador de Jerez, avisado de esto por sus descubridores, mandó que saliese luego la caballería para acometer á aquellos portugueses en tanto que les embargaba el sueño y la fatiga. Con que ejecutada con gran priesa esta orden, no tardaron los nuestros en llegar adonde estaban los enemigos, hallándolos tirados en tierra y dormidos los más, con las armas, los caballos, la presa, todo derrama-

do por una y otra parte y como abandonado; pues ni aun habían tenido la prevención de poner centinelas. Y por cierto que fué para los portugueses caso espantable y de extremado peligro el que ocasionaron con su descuido; pues nuestra gente de á caballo, por mandado de sus capitanes Olea y Fuentes, echando todos pie á tierra, y armados con sus espadas y con mechas encendidas, corrieron á prender fuego en las chozas y cobertizos donde reposaban los enemigos, y juntamente se arrojaron á darles muerte con sus aceros.

Las llamas, ayudadas por el viento, prendieron rápidamente en aquellas cabañas, hechas de ramaje y hierba seca; por manera que los portugueses, al volver en sí al ruído y al resplandor del fuego, se miraron á un tiempo amenazados por el incendio y por las espadas de los enemigos. Y aunque lo grave del riesgo les hizo volver pronto de su espanto, acudiendo á la defensa, como los unos no pudiesen dar ayuda á los otros, separados por las llamas y por el enemigo, no fué parte el esfuerzo desesperado de todos para evitar que muchos pereciesen abrasados en el incendio y gran número

rindiese la vida á los aceros castellanos.

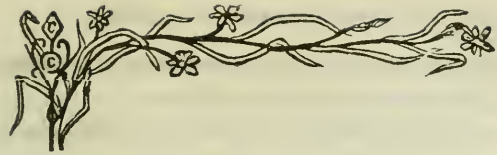
Todavía algunos que se pudieron juntar en medio de aquel estrago, prestándoles fuerzas la desesperación, cerraron con gran furor contra los nuestros; y aunque flacos para vencer, supieron al menos vender caras sus vidas, muriendo todos, pero matando á muchos é hiriendo á no pocos de nuestra parte. Entre estos últimos se contó el cabo de los italianos, Olea, que recibió en un brazo una herida de harta gravedad, pues le costó, si no la vida, la pérdida de aquel miembro, que fué forzozo después cortarle. Derrotado así el enemigo, recobróse toda la presa, que era riquísima, y que con gran regocijo de todos se trajo á Jerez, bien que no fué restituída á sus primitivos dueños.

Por este mismo tiempo nuestro Teniente General, duque de San Germán, alcanzó licencia del Rey para ir á la corte, adonde responder á las acusaciones con que le acriminaban sus émulos, y que se sospechaba había fomentado D. Juan de Austria, haciendo caer sobre él, delante del Rey, la culpa de la derrota de Extremoz.

El Duque dió sus descargos ante el Rey y su corte, probando que la empresa de Évora,

causa de todo el desastre, no se había acometido por persuasión suya, y que, en cuanto á la batalla, ni se había empeñado con su asentimiento, ni aun él había tomado parte en ella. Satisfaciendo, en fin, con buenas y fundadas razones todos los cargos que se le habían dirigido, creyó el de San Germán haber hecho bastante en su defensa; pero acaso porque suponerle ajeno de toda culpa era echar el peso de ella sobre D. Juan de Austria, pareció al Gobierno que con este último, como hijo al fin del Monarca, debían guardarse mayores miramientos.

Con que, mostrando quedar cumplidamente satisfecho de los descargos del duque de San Germán, todavía los Ministros le exoneraron del cargo que tenía en la milicia, prohibiéndole volver á la campaña de Portugal. Poco después, otro capitán italiano, Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, que vino expresamente á la corte del Rey Católico para que se le permitiese hacer sus armas en aquella guerra, fué nombrado General de la caballería extranjera, con cuyo cargo marchó á Badajoz.



CAPÍTULO XVII.

CONTINUACIÓN DE LA TERCERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1664).

Nuevas operaciones en la primavera de 1664.—El General portugués Cantañeda delante de los muros de Badajoz.—Sitio de Valencia de Alcántara.—Fabricio Rosseo, defensor de Alcántara.—Socorros enviados por D. Juan de Austria.—Frústranse los intentos de socorrer la plaza.—Heroica defensa de Valencia de Alcántara.—Treguas.—Correa enviado por D. Juan.—Condiciones para la entrega.

Entre tanto, como llegase la primavera [1], el General portugués conde de Cantañeda salió de Extremoz, con un ejército de quince mil infantes y cerca de cuatro mil caballos. Era su intento el de comenzar la campaña con suceso favorable, tomando alguna plaza de las que tenían los castellanos, ó bien dentro del mismo Portugal, ó bien en la frontera, antes que ellos,

[1] Año de 1664.

recobrándose de los pasados reveses, volviesen á la guerra con nuevas fuerzas.

Al fin resolvió acometer á Valencia de Alcántara, plaza de nuestra frontera, que, si bien situada en lugar ventajoso y defendido por la naturaleza, hacía ya mucho tiempo que no se había hecho reparo alguno en sus viejas fortificaciones. Con esta resolución, y deseando conocer antes los ánimos y fuerzas de los nuestros, vínose para Badajoz, y haciendo alto junto al puente de Caya, desde allí comenzó á provocar á los de la plaza.

D. Juan de Austria, que se encontraba en ella por este tiempo, aunque tenía sobrada caballería, mirábase falto de gente de á pie y demás aparejo de guerra, y por lo mismo, no pudiendo salir á campaña contra el ejército enemigo, había cuidado de poner en buen estado de defensa las plazas vecinas. Pues como viese de repente aparecer al enemigo á vista de Badajoz, mandó que al punto saliese la caballería para estorbar al portugués el talar nuestros campos, cubiertos de mies á la sazón, pero con orden de evitar trance formal de pelea.

Pero ya Cantañeda, según su propósito, había tomado con su ejército la vuelta de Va-

lencia de Alcántara, y, llegado á ella, mandó disponer los preparativos del asedio. Defendía esta plaza su Gobernador Fabricio Rosseo, italiano de nación, y capitán valeroso y experimentado, que tenía consigo una excelente guarnición, de italianos por su mayor parte.

Los Maeses de campo, italianos y españoles, que mandaban estas tropas, á pesar de la rivalidad que solía suscitarse entre las naciones, esta vez, olvidando sus diferencias á vista del peligro, se concertaron para defender la plaza con grandes ánimos y con emulación, antes que de vana ostentación, de valor y lealtad. Estas tropas, y con ellas muchos de los moradores, animados con su ejemplo, hicieron algunas salidas contra los sitiadores, en que les causaron gran mortandad, y por esto, y por conocer que la plaza, por la dureza de la roca en que se miraba asentada, apenas podía ser batida con minas, determinó el General portugués proseguir el cerco lentamente, pero sin interrupción, para dar lugar á que el hambre abatiese el valor de aquellos defensores.

Apoderóse fácilmente del monasterio de San Francisco, situado fuera de la ciudad,

pero al alcance de una bala de cañon, por lo que pudo asentar allí una batería contra ella. En tanto el austriaco, entendiendo el peligro de Valencia de Alcántara, mandó al General de la caballería, D. Diego de Correa, que acudiese á socorrerla con casi toda la gente de á caballo, pero con instrucciones secretas de que, si no podía entrar en la plaza aquel refuerzo, procurase animar á los sitiados con su vista y con la promesa de mayor auxilio.

Entre esta caballería contábase la extranjera que acaudillaba Alejandro Farnesio, quien, rehusando someterse á la obediencia de Correa, en razón del cargo superior que tenía en la milicia, rehusó tomar parte en esta expedición. Pero aunque de esta manera cesó la competencia de los Generales, suscitóse otra entre nuestra caballería y la italiana sobre el lugar, puesto que cada nación quería llevar la vanguardia.

Al fin se arregló esta diferencia, con que marchando alternativamente españoles é italianos, se fuesen sucediendo en llevar, ya la vanguardia, ya la retaguardia. Llegados al fin á vista de la plaza, y consultándose entre los capitanes en qué manera se daría el socorro que corriese menos riesgo á las tropas, algu-

nos más valerosos fueron de parecer que á la madrugada siguiente, la caballería, que eran en todo dos mil hombres, subiendo cada dos en un caballo, penetrando osadamente por medio de las líneas de los enemigos, entrasen en la plaza.

Pero D. Diego de Correa desechó este consejo por demasiadamente aventurado, y así se contentó con desplegar toda su caballería delante de las trincheras de los enemigos, como para dar terror á éstos y ánimo á los de la plaza, á vista del socorro.

El General portugués, aunque la venida de los nuestros le inspiró al principio algún temor, por creer mayor su número, luego que teniéndolos cerca de sí vió que no traían consigo ninguna infantería, ni aun daban muestra de ánimos y buena resolución, prosiguió en estrechar el sitio, dando todo aquel día á nuestra gente de socorro el espectáculo de la ruína y mortandad que hacía en la plaza sitiada.

Llegada la noche, envió Correa al conde de Boetto con un tropel de caballos en busca de víveres; y como á poco se viesen grandes nubes de polvo que alzaba el viento, y hacía parecer mayores la oscuridad, creyó nuestra

caballería nada menos que estaba rodeada por los enemigos, y aumentando el temor con la ausencia del trozo de Boetto, se dió á huir en desorden por las alturas inmediatas.

Cuando Boetto volvió con el convoy, vió con admiración que los nuestros habían desamparado sus reales, arrojando con el temor una parte del fardaje. Á la mañana siguiente los halló detrás de un monte, donde se habían recogido, y juntos todos, pero frustrado el socorro, dieron la vuelta á Badajoz. Los de la plaza, reducidos á sus propias fuerzas y perdida la esperanza del socorro, prosiguieron defendiéndose con gran esfuerzo, que raya en lo increíble, á pesar de verse ya casi envueltos en ruínas; y entre todos, el gobernador Fabricio Rosseo, á la cabeza de sus tropas, escarmentaba á los sitiadores con frecuentes rebatos y salidas, por lo que los portugueses, desesperando de entrar la plaza por la fuerza, y derramada harta sangre de los suyos, resolvieron proseguir el sitio más lentamente, para dar espacio de que los cercados consumiesen enteramente sus vituallas y municiones.

Y en verdad que la escasez de pólvora y demás municiones era ya considerable, y,

por lo mismo, la poca pólvora que quedaba repartíase con gran economía; pero todavía los enemigos ignoraban que el apuro fuese tan extremado. Pues como un día en que se dieron treguas para enterrar los cadáveres de ambas partes, el General portugués, aprovechando aquella ocasión, viniese á conferencia con el Gobernador de la plaza, dió á entender á éste que, si no dilataba más su entrega, se le concederían condiciones razonables y ventajosas.

Rosseo, puesto que á cada momento temiese que un asalto de los enemigos los hiciese dueños de la plaza, que no se sostenía ya sino con los desesperados esfuerzos de él y los suyos, supo valerse mañosamente de aquellas proposiciones disimuladas. Con que, dando á entender al General portugués que le sobraban víveres y municiones para muchos días, y que la guarnición y los moradores estaban con grandes ánimos, al fin, como el Cantañeda insistiese en sus ofertas, convino en que si dentro de cuatro días no era socorrido, entregaría la plaza, concediéndosele condiciones muy ventajosas.

Cierta especie de contagio que comenzó á extenderse en el ejército portugués, fué mu-

cha parte para que su General concediese á los nuestros tales ventajas para capitular, agregándose á esto, como queda apuntado, el ignorar los enemigos que fuese tan grave el apuro de la plaza. El Gobernador, con esta tregua, envió al punto un mensajero al austriaco, dándole cuenta del estado de las cosas, y pidiéndole prontos socorros.

D. Juan de Austria, entendiendo esto, al punto mandó á D. Diego de Correa que con un cuerpo de mil infantes, que hizo sacar de algunas plazas fuertes, y con la caballería, fuese á socorrer á Valencia de Alcántara, obrando empero en esta empresa, según su prudencia le aconsejara. Correa hizo esta vez lo que antes, contentándose con llegar á vista de los enemigos y hacer vano alarde de sus fuerzas.

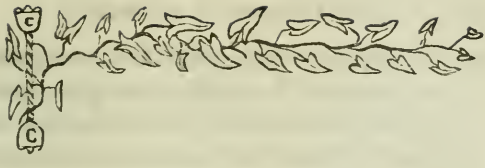
Con que pasado el tiempo estipulado entre el Gobernador de Valencia de Alcántara y el conde de Cantañeda, General del ejército portugués, se concertó la entrega de la plaza, con estas condiciones.

Que la guarnición castellana saliese en libertad de la plaza, con sus banderas, armas y toda honra de guerra.

Que á los moradores no se les haría agra-

vio alguno en sus personas ni en sus bienes, si querían permanecer en la plaza; pero que si preferían salir, se les dejaría sacar sus haciendas, señalándoles además plazo de dos meses para recoger la que no pudiesen llevar al presente, facilitándoles los portugueses carros y bagajes para transportar á los enfermos y heridos; y, por último, que pudiesen salir dos enmascarados.

Entregada la plaza, el General portugués cumplió todas estas condiciones. Por tal manera se perdió Valencia de Alcántara, á pesar de la heroica defensa de su Gobernador. Revés fué este de gran sentimiento para D. Juan, y de mucho menoscabo para la causa de Castilla, debiendo achacarse la falta de socorro á los pocos ánimos de D. Diego de Correa, que si sus antiguos merecimientos fueron muchos, en las últimas operaciones de estas campañas dejó mucho que desear á la reputación de buen soldado y de capitán entendido.



CAPÍTULO XVIII.

DA FIN LA TERCERA Y ÚLTIMA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA, CON LA DERROTA DEL DUQUE DE OSUNA. (1664).

El duque de Osuna.—Sus cualidades.—Frontera portuguesa llamada de la Vera.—Fuerzas y recursos de que disponía el de Osuna.—Ataca la plaza portuguesa de Castel-Rodrigo.—Asalto de esta plaza.—Cobardía de los soldados.—Retirada del duque de Osuna.—Encuentro con los portugueses.—La Ermita de Aguiar.—Disposiciones del Duque para la batalla.—Conducta del villanaje.—Funestas consecuencias para España de esta deserción y derrota.—Proceso contra el duque de Osuna.—Los cinco cargos por el hecho de Castel-Rodrigo.—Examen de los cargos diez y once.—Cargos doce y trece.—Cargo catorce, fundado en la imprevisión de la retirada.—No recayó calificación por los cargos militares.—Cargos administrativos.—Examen del quince, que trata de los sustitutos por moneda.—El cargo diez y seis sobre la forma de reclutar las compañías.—Absolución del Duque por estos cargos.

En tanto el duque de Osuna, cuya resolución, buena voluntad y servicios en estas campañas se han dejado notar en varias ocasiones, mandaba las tropas españolas en la raya de Portugal, por la parte

de Castilla. La buena voluntad de este grande, su juventud, la largueza con que acudía al socorro de los soldados, el no excusar los peligros y el deseo de gloria que le animaba, son partes ciertamente de alabar, pues si tan noble ejemplo lo hubieran seguido los demás grandes, y el resto de la nobleza le hubiera imitado, cada cual según sus fuerzas, otra pudiera haber sido la suerte de Castilla en aquella lucha.

Pero la fortuna no ayudaba á sus buenos intentos, y cuantos favores le prodigó por nacimiento, juventud y riquezas, se los cercenaba las más veces en los trances de la guerra. Y era que, Capitán y General sin haber arrastrado la pica el tiempo suficiente, adolecía siempre de inexperiencia y sobrada confianza; y como por grandeza, estado y hazañas quisiese emular con D. Juan de Austria, atrayendo sobre sí los ojos de la opinión del pueblo y el favor del Rey, le movía á acometer empresas arriesgadas, sin prevenir medios y recursos adecuados para llevarlas á buen cabo.

Era nuevo aliciente para su ambición, en el caso presente, ver que se eclipsaba la buena estrella de D. Juan, presumiendo aumentar

los propios con el desmayo de aquellos poco antes envidiables reflejos. El buen efecto que había logrado meses antes contra Hurtado de Mendoza, no sin propio descalabro, había aumentado su confianza, y quiso acometer empresa tal, que, abriendo grande brecha en las fronteras de Portugal, lisonjease las esperanzas de la corte y fijase en su persona el favor público, que desde la de Extremoz había perdido el Príncipe á quien emulaba.

El duque de Osuna mandaba en toda esa frontera castellana que linda con la comarca ó provincia de Portugal, que, llamada la Vera por los castellanos fronterizos, no es otra que el distrito llamado de la Beira, país abierto hasta muy dentro de aquel reino, y preferible para entrarle la guerra, más que no por Galicia y Extremadura, según el dictamen de los hombres entendidos y de guerra de aquel tiempo [1].

El mal suceso que obtuvo la campaña de D. Juan de Castilla cuando la de Aljubarrota, conquista intentada entonces por aquella parte, y la esterilidad de la tierra, habían hecho desechar todo intento y campaña formal por tal frontera, contentándose la

[1] Opúsculos del marqués de Buscayolo.

corte con tener allí algunos tercios de la milicia, más defectuosos y mal compuestos que los demás, que antes servían para asegurar la tierra que para otro efecto de mayor importancia.

Estos pocos aprestos por nuestra parte, autorizaban á los portugueses para no tener tanto en cuenta aquella frontera, poniendo todo su cuidado en el Miño y el Guadiana; mientras estos territorios los erizaban de castillos, puestos y plazas fuertes, en este de la Vera no contaban más que tres plazas, á saber: la de Almeida, Castel-Rodrigo y los Alfayates, esta última de ninguna importancia. El de Osuna, poseído de los intentos que hemos apuntado, quiso dar un golpe de mano sobre Castel-Rodrigo, que, fuerte por naturaleza, podía ser presa, sin embargo, de un intento arrojado, por el mal estado de las murallas, que fácilmente podían aportillarse, y por la mala calidad del presidio, villanaje por la mayor parte

Y, como veremos muy pronto, tal interpresa hubiera logrado cumplido resultado, si el de Osuna hubiese tenido consigo razonable número de soldados de alguna experiencia para llevarla á cabo; pero de tiempo

antes lo mejor de sus tropas eran mil quinientos caballos y quinientos buenos infantes, que los había dirigido en socorro á la parte de Extremadura, pues el gobernador de Alcántara, D. Luís de Ulloa, creyendo tener sobre sí todo el poder de Portugal, le había solicitado tal socorro, que había retenido allá, no creyéndose fuera del riesgo.

El de Osuna, sin embargo, no cejó de su propósito, sin tomar en cuenta la mala calidad de sus soldados, porque su arrojo y buena diligencia habían de ser parte para darle toda la ventaja en el trance. Era base para todos estos proyectos del Duque, y servíale como de plaza de armas, el fuerte de la Concepción, puesto frontero á Almeida, levantado por su cuidado, y casi á expensas suyas, como ya queda apuntado. En éste, que era como el padrastro de Almeida, y en sus alrededores, tenía el duque de Osuna tres mil quinientos infantes, gente que, si bien era de mala calidad, todavía podía contar entre ellos con algunos soldados más ejercitados y con doscientos caballos, aparte de otros cuatrocientos que podían quedar guarneciendo el fuerte.

Y es de este lugar señalar, que para el

sustento y entretenimiento de esta gente, con pocos ó ningunos recursos contaba el Duque del Erario Real, sino que todo corría á cargo suyo; y como no era posible acudir con su tesoro particular á tan largo gasto, fuerza era librar el sostén de aquella gente armada en las esperanzas del botín y en la presa del país enemigo, cosas ambas que se ajustaban mal para la buena disciplina y para transformar en soldados aquellos aldeanos, que sólo esperaban un pretexto para arrojar las armas.

Pues el intento del Duque reducíase á dejar de presto las cercanías de Almeida, llegar en una noche con la artillería á Castel-Rodrigo, aportillar los muros, y asaltar y entrar en la plaza antes que el Gobernador de aquella, Pedro Jacques de Magallanes, que mandaba las armas en la provincia, cayendo en la cuenta, pudiera estorbar tal propósito.

Alentábale, además de su buena diligencia, el recordar que aquellos mismos soldados, meses antes, habían mantenido razonablemente la campaña, y que algunos de ellos habían peleado con grandes ánimos. Así, pues, disponiéndolo todo con gran prontitud, salió del fuerte de la Concepción con

las tropas ya relatadas, nueve piezas de artillería y provisión suficiente de guerra y boca.

Al pasar por la aldea de Malpartida, á una legua de Almeida, el Gobernador portugués salió de la plaza con doce batallones de á caballo y trece escuadrones de infantería, con intento de atacar á nuestra retaguardia; pero D. Antonio de Isasi, por orden del Duque, cerró con ellos con tal resolución, que los obligó á retirarse al abrigo de la plaza, dejando prisionero á un capitán de corazas llamado Carlos Torres, muy nombrado partidario.

Las tropas castellanas llegaron antes de anochecer á tomar los puestos de Castel-Rodrigo, y el duque de Osuna, de acuerdo con el General de la artillería, D. Juan Salamanqués, y con el marqués de Buscayolo, que hacía oficios de Ingeniero general, y reconocidas las avenidas y parajes, se escogió para cuartel de la caballería é infantería sitio tal, que, á cubierto de las ofensas de la plaza, ofreciera reconocida ventaja contra los intentos del enemigo, si osaba venir de Almeida.

La misma noche se dispusieron las baterías, asestándolas contra la parte más flaca

del recinto, que era mirando á Almeida. Como en estos golpes de mano es forzoso ajustar el tiempo con las ocasiones que pueden ofrecerse, el Duque echó fuera de sus cuarteles varias partidas de caballos, para tomar lenguas del enemigo, tener noticia si ajuntaba sus fuerzas, poniéndose más cuidado por la parte de Almeida, hasta cuyas puertas llegaban nuestros corredores.

No se podía dar de mano tanto cuidado, porque, siendo escaso el número de nuestras fuerzas, no había sido posible circunvalar la plaza. Siguiendo disparando la artillería por camaradas, se notó al tercer día que la muralla cedía fácilmente, y que, cayendo la barbacana y un pedazo de la cortina, se dejaba ver una espaciosa brecha de no difícil acceso, según algunos, pero cuyo reconocimiento no hubo de hacerse con la escrupulosidad conveniente, pues por ser impracticable se le formó después cargo al duque de Osuna.

Éste, de acuerdo con los demás Cabos, resolvió dar el asalto aquella noche, que era domingo. Daba alientos para esta facción haber notado la flojedad con que los enemigos habían defendido un reducto exterior puesto sobre peña viva y á cal y canto, y defendido

con una buena estacada á puerco espín, sólo al fragor de cinco ó seis granadas que un atrevido granadero nuestro les había metido dentro del recinto, señal cierta de la mala calidad de la guarnición. Y era indispensable acometer la interpresa, por ser arriesgado mantenerse sobre la plaza, sabiendo que el enemigo intentaba el socorro; para lo cual juntaba las tropas de Alentejo, sin que por nuestra parte hubiesen llegado los socorros de infantería que, aunque demandados y ofrecidos con todo encarecimiento, no acababan de llegar. Resuelto el asalto, el Duque ordenó atalar todas las piezas, para dejarlas en la plaza si la fortuna permitía entrar en ella, ó tener facilidad de retirarlas si el intento no se conseguía.

Para aumentar más la turbación en los defensores, se practicó una mina en lugar que parecía acomodado, al propio tiempo que se preparó un petardo para aplicarlo á cierta puerta apartada, porque, acudiendo la guarnición á la defensa de la brecha ó del portillo que abriese la mina, era fácil creer que descuidasen el otro peligro y que, sobrecogidos de turbación y espanto, no acertasen adónde acudir para la defensa. Para que estos ama-

gos y diversiones produjesen mayor efecto, por ejecutarse á un propio tiempo y punto, se dió la señal con un tiro de artillería.

Fácilmente nuestras tropas desalojaron al enemigo de los puestos del recinto; con que adelantándose nuestros granaderos, arrojando algunas granadas en la barbacana, después de oirse muchos alaridos y quejas de los heridos, se notó profundo silencio, señal cierta de que el villanaje había abandonado la defensa. Con tan buena oportunidad, el marqués de Buscayolo ordenó el asalto, enviando delante una manga sostenida por otra de los mejores soldados, que fácilmente se acercaron y subieron á la brecha, porque solo recibieron algunos mosquetazos de los torreones inmediatos. El tercio de D. Juan Flores se adelantaba al mismo tiempo para coronar la obra.

No podía darse más fausto principio para esta empresa, cuyo cumplido vencimiento parecía ya tenerse en la mano; pero la mala calidad y flaqueza de nuestra gente nos atrajo la mayor perdición. Ya los oficiales señoreaban la brecha y animaban á sus soldados para que les siguiesen, cuando algunas granadas que, mal dirigidas por los de nuestro partido,

reventaron en la misma brecha, les inspiró miedo tan vil á nuestra gente, que desapoderadamente abandonaron el puesto, dejando solos en la brecha á sus oficiales. Ni los ruegos, ni las amenazas, ni el ejemplo de los Cabos principales, fueron parte para dar valor á aquellos infames.

Más de dos horas se perdieron en esta que puede llamarse antes reyerta femenil que pelea de varones, sin ser posible superar el vil temor que cobijaba á aquella gente; con que reconociendo el de Osuna y demás Generales, que si reparando los de la plaza lo que sucedía en nuestro campo venían á la defensa con algún brío, podían causarnos grave daño, pareció forzoso tocar á recoger.

Aunque no hay duda que en este trance vergonzoso los Cabos y Generales satisfarían á las obligaciones de su sangre y de sus puestos, para que los soldados conservaran la brecha ganada, todavía nos contentaría saber que alguno de ellos quedase muerto sobre el puesto, ó bien por las balas enemigas, ó bien por las picas de aquella miserable soldadesca. La verdad es que aquellos ejércitos eran muy diversos de los que cien años antes eran el asombro de Europa y del mundo entero.

Y como las desdichas jamás vienen solas, ya venía preparándose otra para acabar de cubrir de ignominia nuestras armas en aquel mismo día. Fué que nuestros corredores y partidas de descubierta, divertidos con la infamia del pillaje, ni tuvieron en cuenta su obligación, ni se cuidaron de saber los intentos y las operaciones del enemigo. Así, no pudieron avisar que Magallanes, conociendo el peligro de la plaza, había salido de Almeida, que distaba tres leguas, con su ejército, y que se acercaba á dar socorro á Castel-Rodrigo.

Ya nuestra artillería caminaba retirándose de las trincheras, siguiéndola nuestra infantería y caballería, excepto el tercio de D. Juan Flores, que había quedado guardando los puestos, cuando á las primeras luces del día se dejó ver al enemigo, que con cuatro batallones de caballos se venía acercando con el mayor recato para cortar la tierra al tercio de D. Juan Flores, que, como hemos dicho, se retiraba el último de las trincheras.

El de Osuna, conociendo el intento, los mandó cargar por nuestra caballería, de modo que, arredrados los enemigos, fueron á buscar el abrigo de su plaza. Nuestra gente, en tanto, caminaba en batalla en razonable orden la

vuelta de cierta ermita llamada Nuestra Señora de Aguiar, por haberse allí reconocido un sitio ventajosísimo para esperar al enemigo. Conocido por éste el intento nuestro, quiso anticiparnos; con que, dejando la marcha acompasada que traía, empeñó á su caballería para que nos detuviese, al mismo tiempo que aceleró el paso de su infantería para cortarnos tierra, como práctica que era en ella mucho más que nosotros.

Á pesar de que se trabó valiente escaramuza sobre su posesión, al fin el puesto quedó por nosotros. Ninguno podía ofrecerse con mayores ventajas para conseguir un buen suceso. Porque era un monte por tal manera abierto y llano en su cima, que prestaba espacio holgado para que pudiera escuadronarse toda la infantería, y la falda y laderas se desdoblaban tan suavemente, que la caballería no hallaba embarazo para correr y moverse de una parte á otra.

El costado siniestro se miraba al abrigo de tres setos altos y espesos, que corrían como tres recintos ó defensas, y el derecho era una asperita inaccesible, con que ofreciéndose en la frente cortada con un arroyo profundo, teniendo por subida un desfiladero agrio y

capaz solo por todo el rodeo del monte para una ó dos hileras, puede concebirse fácilmente cuánto tenía de ventajosa la posición de los castellanos.

El marqués de Buscayolo acudió al costado de los setos como el más accesible, para guarnecerlo de mampuesto con arcabuceros y mosquetes, y el mismo duque de Osuna le condujo las mangas convenientes para el caso. En tanto, nuestra infantería se doblaba en el rellano del monte, á una mano las compañías que gobernaba el sargento mayor Colmenero y el tercio de D. Diego de Ledesma, y á la otra el tercio de D. Juan Flores y el de D. José Moreno, todo al parecer con buena disposición y gallardo continente.

El enemigo, como era de presumir, ladeó sus intentos al costado de los setos, y su caballería se precipitó con resolución sobre ellos; pero recibida por nuestra mosquetería de mampuesto y á tiro certero, hubo de retirarse á paso largo, caminando á doblarse en batalla por nuestro frente. El duque de Osuna andaba solícito y cuidadoso de esta á la otra parte, dando órdenes, colocando las mangas, reforzando los puestos y haciendo ocupar otros setos que señoreaban el campo,

y de donde podíase causar gran daño al enemigo si acometía.

Con la artillería, pues, asentada en lugar bien á propósito, se podía barrer el frente de sus escuadrones al propio tiempo que contar uno á uno con las balas de la arcabucería, á los que osasen penetrar por el desfiladero, con que podía esperarse que tomara por mejor partido el retirarse, por considerar sin fruto otra tentativa.

Y en la retirada podíase esperar grande efecto, porque, si bien su infantería era más numerosa, no toda era de buena calidad, y nuestra caballería, reputada por superior á la suya, se miraba pronta á ser reforzada, pues las compañías de las guardas, que habían ido á reconocer á Escallón y otros pueblos, debían venir á incorporarse de un momento á otro.

Esto de haber divertido parte de nuestra caballería, y la mejor, que se componía de las compañías de los guardas, en trance tal, que demandaba la concentración de todas nuestras fuerzas, fué otro desacierto del Duque, del cual se le formó justo y merecido cargo, no sólo por los jueces diputados al efecto, sino por los soldados entendidos.

Todo, al parecer, hacía esperar el resultado más favorable, ya acometiese el enemigo, ya retirándose desistiese de tal empeño.

El General de nuestra artillería, Salamanqués, hizo jugar nuestras piezas, y los pocos enemigos que habían pasado el arroyo se retiraron, sacudidos por nuestros arcabuceros, ocultos entre los setos y maleza; y aunque con sus mangas intentaban desalojar á los nuestros con sus rociadas, ningún daño causaban en ellos, por mirarse muy bien apostados y cubiertos.

En punto y trance tan solemne, sin ocasión de acometimiento ni de esfuerzo, tal vileza de temor cobijó al villanaje y mala milicia que formaba nuestra infantería, que, desbaratando filas é hileras, se dió á huir, despojándose de sus arcabuces y picas, ni más ni menos que si se le hubiese dado orden de arrojar las armas. La caballería, con la propia infamia, y siguiendo el ejemplo de la otra soldadesca, se desbandó, sin cruzar una espada ni hacer amago alguno. Los oficiales se miraban en derredor como quien vuelve de un profundo sueño, viéndose como por encanto, si antes rodeados de un ejército, ahora enteramente solos.

El de Osuna y los demás Cabos y oficiales, irritados consigo propios al ver tanta flaqueza é infamia, excusaban ponerse en salvo, corriendo singulares peligros, por si podían, á trueque de la vida, redimir en algo la general vergüenza: al fin, las razones de los más prudentes, haciendo conocer que era aquello aumentar á un tiempo la pérdida propia y la jactancia de los enemigos, lograron reducirlos á que se pusieran en cobro.

La caballería portuguesa seguía á toda rienda el alcance de los fugitivos, que con su temprana huída burlaban la solicitud de ella; pero los jinetes hubieron de tropezar en las colinas de Águeda con el de Osuna y su pequeño séquito, y el Duque hubiera sido muerto irremisiblemente, si los enemigos no se hubiesen propuesto cogerle á vida para mayor trofeo, y por ello pudo salvarse, dejando muerto el caballo. La infantería portuguesa se entretuvo desbalijando el carruaje y bagaje, y así no hizo mayor destrozo en aquel villanaje descompuesto, que no tercios ni soldados.

Por lo mismo, si la de la honra fué grande, la pérdida de hombres se redujo á cuatrocientos prisioneros y corto número de muertos en la infantería, y á cuarenta ó pocos

jinetes más en la caballería. De gente de cuenta, sólo quedó sobre el campo el sargento mayor Peña; y prisioneros, el Teniente General de la caballería, D. Antonio de Isasi, el sargento mayor Colmenero y el capitán D. Juan de Chaves. Este desbarate de Castel-Rodrigo se verificó el seis de Julio.

El duque de Osuna, en la desesperación que se deja considerar, para dar explicaciones sobre la infamia del caso, hizo venir á la corte al marqués de Buscayolo. Por sus cartas, enviaba á suplicar al Rey que le descargase del mando de aquella milicia bisoña y quintada todos los años, y que se le proveyese de soldados veteranos; petición excusada, por no haber término para venir en ello.

Á tal estado había llegado la situación de España. Los fugitivos se vinieron á sus aldeas y casas, trayendo con su descrédito tal espanto y desaliento, que hizo difícil por mucho tiempo el traerles á sus tercios y formar cuerpo de ejército, con que no fué ya posible intentar nada por aquella frontera. Así acabó esta campaña, no menos desastrosa para nuestras armas que la del año anterior, sirviendo de pretexto para ello los rigurosos calores con que se dejó venir la estación.

Pero la corte, sin tomar en cuenta la escasez de recursos y laya de soldados con que contaba el Duque, que no sólo hacían probables, sino que aseguraban semejantes efectos y reveses, vino en sujetarlo á las resultas de un proceso, nombrándose para ello una junta ó tribunal de consejeros y hombres de guerra.

Y era lo extraño que no se le hicieron cargos sólo por la pérdida ó las malas disposiciones tomadas para el asalto de Castel-Rodrigo y rota sufrida en la retirada, sino que se le ampliaron á muchas cosas y sucesos de las campañas anteriores, que por el tiempo corrido podía suponerse que habían alcanzado aprobación. Los áulicos y cortesanos de un Estado que decae y degenera, no preven ni quieren prever, sino que dejan pasar los hechos, para calificarlos después según sus resultas. Porque así, con buen seguro se puede alabar al afortunado y condenar al caído.

Á nada menos que treinta se ampliaron los cargos levantados contra el duque de Osuna; y de ellos, unos eran militares meramente, y los otros sobre el gobierno y administración de aquel ejército y frontera.

Desentendiéndonos de los capítulos de culpa que se le acumulaban sobre las campañas anteriores, por la capciosidad en que iban envueltos, recayendo algunos sobre el combate que sostuvo el Duque en el mes de Enero anterior cerca de la ermita de Aguiar con mucha gloria suya y no sin ventaja de nuestras armas, vamos á presentar los cargos que se le hicieron por la derrota de Castel-Rodrigo, porque son los que vienen á nuestro propósito, y que hacen ver que, no sólo hubo desaliento vergonzoso en nuestros soldados, sino que hubo sobrado aturdimiento y olvido general de toda práctica de guerra en las más de aquellas operaciones, y sobre todo en la retirada.

La calificación de este hecho de Castel-Rodrigo se comprendía en cinco cargos, que corrían desde el diez al catorce. Por el décimo se echa de ver que el Duque, confiado en su buena fortuna, y deseoso de ganar fama haciendo algún gran servicio y logrando algún gran hecho de armas, quería llevar á cabo sus intentos de invasión, en contra de las instrucciones que se le daban y de los mandatos de la corte.

Así fué, que sin embargo que en 7 de

Julio se le prohibía el que se entrase en Portugal con el pretexto de hallar sustento para su caballería, invadió el país enemigo, siendo así que ni le faltaban granos para el caso, ni los podía encontrar en aquella frontera portuguesa, pobre y estéril por demás. El cargo, por lo mismo, era legítimo, y sólo podía desvanecerse con el buen efecto, si la fortuna hubiera coronado los intentos del Duque.

Por el once, se le amplía este cargo á que no oyó como debiera el parecer de los Cabos del ejército para su salida del 2 de Julio, y á la desacertada medida de llevar, con sólo tres mil infantes y quinientos caballos, nueve piezas de artillería, que, llegado el trance de guerra, apenas pudo cubrir ni maniobrar con ellas.

El cargo doce se funda en que, habiéndose puesto el Duque sobre Castel-Rodrigo, y colocado en batería la artillería que llevaba, al tercer día de esta actitud dió orden para que se diese el asalto por una brecha que había abierto, sin enviar previamente persona práctica que la reconociera de cerca é informase sobre la capacidad que ofrecía para el asalto. De aquí se originó el que nuestros soldados, después de grandes padecimientos, no

pudieron vencer los obstáculos que les oponía la estrechez de la brecha, y que entrase en ellos el desaliento y la confusión, sobreviniendo el triste suceso de que ya hemos dado cuenta.

De este mismo cargo nace el trece, y á su vez se funda en que, hallándose el Duque en empeño de tanta monta como era este de Castel-Rodrigo, y con tan corto número de soldados para llevarlo á cabo, distrajo doscientos caballos de quinientos ó seiscientos con que á lo sumo contaría, para que con cincuenta infantes, y bajo la mano de D. Pedro Legaso, fuesen á Escallón para intimarle que se rindiese.

La falta de esta gente es forzoso que le hiciera falta, y con tanta más razón puede asegurarse, cuanto que eran las de mejor calidad que componían su ejército. No se atina, por otra parte, la causa de este empeño de Escallón. Si ganaba á Castel-Rodrigo, perdido estaba aquel fuerte; y si no lo ganaba, tampoco debía deplorarlo mucho, toda vez que, demolidas sus fortificaciones, no podía servirle de retirada ni de defensa.

Sigue á este cargo el catorce, que copiamos á continuación, tanto por la importancia que

tiene, cuanto para que pueda formarse idea de la fórmula que se usaba para acusar al Duque.

«Hácesele cargo, dice, que habiendo tenido aviso la noche del asalto de que el enemigo traía la vuelta de Villartarpín, para socorrer á Castel-Rodrigo, dió orden se atalajase el carruaje y artillería y que marchase el carruaje delante, á cargo del Teniente de Maestre de campo general D. Agustín Pacheco, y le siguiese la artillería, á cargo del Teniente de Maestre de campo Gasvarra, y luego los tercios, unos tras otros desfilados, sin que para una cosa de tanta importancia como esta retirada á vista del enemigo, juntase á consejo los Maestres de campo, de donde nació que, habiendo dado orden al Teniente de Maestre de campo general, marqués de Buscayolo, que doblase el ejército antes de Navarredonda, junto á Nuestra Señora de Aguiar, y habiendo propuesto Buscayolo era más conveniente que pasase el arroyo y se doblase allí, se aventuró al pasar el ejército y no se pudo conseguir el doblarle, porque la infantería iba tan apresurada, que en el mismo arroyo dejó atrasada la artillería; y aunque subió un repecho que había, fué

ya tan amedrentada y con tal confusión, que no se pudieron poner los tercios en forma; y eso lo vió Pedro Jacques de Magallanes, General del rebelde, con que dió orden á la caballería, con alguna infantería que le seguía á la grupa, acometiese sin que llegase el grueso de su ejército, ni arriesgase nada, por la confusión en que estaba nuestra gente; y es cierto que en cualquier tiempo y lugar que nuestro ejército se hubiese acampado y hecho cuerpo de batalla con su artillería y carruaje, el enemigo no hubiera acometido, como se lo oyeron decir después á los prisioneros, y que el intento sólo fué socorrer á Castel-Rodrigo, sin más empeño; y por no haber puesto el ejército en batalla, lo perdió todo, matándonos más de trescientos hombres, y quedando prisioneros más de mil quinientos, la mayor parte de ellos heridos, y por las listas consta faltaron dos mil ciento veinte y un soldados y ciento noventa y siete oficiales de la infantería, además de la gente que salió del Abadengo y del fuerte de la Concepción, que serían mil hombres, los cuales no consta hayan vuelto, y de la caballería faltaron ciento quince caballos y toda la artillería, pertrechos y carruajes,

que consta de la certificación de los oficios.»

Es indudable, por la lectura de este cargo, como ya tenemos apuntado más arriba, que en aquel trance desastroso hubieron de cometerse graves faltas, no sólo por parte del Duque, sino por los demás jefes y Maestres de campo. Como á pesar de declararse legítimos los cargos, no fueron graves las penas que se le impusieron al Duque, y se pasó por alto el calificar la conducta de los jefes de tercio, capitanes y jefes de cuenta que se hallaron en aquel empeño, puede sacarse en claro, y teniendo presente otras relaciones de que hemos compuesto el texto más arriba relatado, que si el Duque y demás oficiales no procedieron con pericia de soldados en aquel trance, nuestra gente debía ser de tan mala calidad y venir tan amilanada y con tan poca disposición para pelear, que al menor amago de Jacques de Magallanes se desbandó vergonzosamente. Los amigos y defensores del Duque quisieron achacar toda la culpa á los soldados; pero, en justicia y en razón, si bien los jefes cometieron graves faltas, no fueron menores la flaqueza y el vilipendio con que se condujo la gente menuda.

Después de los cargos militares siguen los

administrativos ó civiles, que tratan del manejo de fondos y caudales, de la sustitución por dinero, enganches, contratas, bagajes y suministros. Fuera tarea, por prolija demasiado pesada, el extendernos en hacer una reseña de todos estos cargos, mucho más, cuanto en su mayor parte pertenecen á campañas anteriores á la que nos ocupa; pero, así para que pueda tenerse una idea de su naturaleza, como porque retratan perfectamente la situación de España en aquella época, vamos á copiar á continuación los cargos quince y diez y seis, que son acaso de los de más importancia, y que bastan para nuestro propósito.

Dice así el quince:

« Hácesele cargo, que siendo así que á los soldados añales que estaban disgustados para servir á la guarnición y defensa de las plazas y fronteras, se les admitían sustitutos que sirviesen por ellos, depositando para cada sustituto ciento treinta reales, y los que más quince reales de á ocho, habiendo ido el Duque á servir el puesto de Capitán General, creció tanto estos depósitos, que los subió á trescientos reales, desde la muda que empezó por Octubre del año pasado de sesenta y

uno, que con este crecimiento, y lo que les llevaban los capitanes y oficiales que iban á sacar las compañías, le costaba á cada soldado á cuatrocientos cincuenta y quinientos reales en cada muda, y esto se ocasionaba de que en aquel gobierno nunca se admitió sustituto sino es en la misma plaza de armas, por decreto de los Generales, con que, pagando allí los dichos quince reales de á ocho, se volvían á sus casas sin otra costa; y por haber dado orden para que en las ciudades y lugares se admitiese dinero para sustitutos, se ha causado todo este exceso, y lo más gravoso para dichos soldados, que siendo así que hasta que fué el Duque sólo servía á cada soldado añal dos mudas de á dos meses, el Duque lo creció desde el principio, á que sirviesen tres meses en cada una de las dichas dos mudas, con que por excusar este gravamen crecieron el dinero que queda dicho, y después en la ejecución, no tan solamente sirvieron las dos mudas de á tres meses, sino que los obligaba á servir y á pagar tres mudas en cada uno de los tres años que el Duque sirvió aquel puesto, de que ha sido la común queja de los pueblos de Castilla, y que en especial el año de seis-

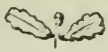
cientos sesenta y cuatro, habiendo enviado al ayudante Gregorio Mateo por la compañía del capitán D. Jerónimo Calderón, que la llevó en dinero y la entregó en 16 de Junio de dicho año, dentro de ocho días volvió á enviar por la misma compañía al capitán D. Jerónimo Calderón para que llevase los soldados en ser, sin embargo de que hubiesen pagado, como con efecto los llevó y entregó en trece de Julio del dicho año á los que no quisieron volver á depositar otra vez, y lo mismo sucedió en otras compañías, aunque con poca diferencia de tiempo, en especial en las diez y ocho compañías de tercio del partido de Ciudad Rodrigo.»

He aquí ahora el diez y seis:

«Hácesele cargo que enviando así capitanes, como otros diversos oficiales y personas, á sacar las compañías, estas órdenes las despachaba por cartas, sin que en los oficios se tuviese intervención ninguna, con que devuelta no se les podía pedir cuenta, y sólo se pasaba por lo que ellos decían que traían, así en ser como en dinero para sustitutos, y de ordinario faltaba un tercio de gente, y en las ciudades cabezas de partido tampoco se ha podido ajustar esto, porque aunque la for-

ma antigua era juntarse las compañías en las cabezas de partido ó de cuartel, y allí hacer pie de lista ante escribano, con asistencia de la justicia y del Cabo que iba por la compañía, por donde constase la gente que se entregaba, y por el mismo pie de lista debían dar la cuenta en los oficios; todo esto ha faltado en tiempo que ha gobernado, con que no ha sido posible averiguar qué gente ha ido en ser ó en dinero; con que ha sido grande el menoscabo, así en la gente como en el dinero, que consta de las compañías del tercio de las tres fronteras de más de cinco mil hombres, y de milicia otros tantos, nunca se habrá juntado la mitad de la gente con las guarniciones que quedaban en el partido de Zamora y de la Puebla, con que es una gran suma lo que ha faltado, siendo así que contra los fugitivos se despachaba con gran puntualidad, y por poco tiempo que faltasen se cobraba de ellos enteramente como si no hubieran ido ni servido tiempo alguno.»

De estos dos cargos fué absuelto el Duque, atenta la junta á su descargo.



CAPITULO XIX.

PRIMERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA (1665).

D. Juan de Austria deja el mando del ejercito. — El conde de Marsin le sustituye interinamente. — Destrucción del fuerte de la Concepción y plaza de Arronches. — El marqués de Caracena. — Sus antecedentes y cualidades. — Nombramiento de D. Diego Caballero para Maestre de campo y de D. Diego Correa de General de la caballeria. — Revista Caracena el ejército. — Resuelve, después de oir á los Generales, atacar á Villaviçosa. — Situación de esta plaza. — El gobernador Brito fortifica los lugares próximos. — Lucha encarnizada. — Excesos de la soldadesca. — Conducta de Caracena. — Continúa con nuevo ardor el sitio de la plaza. — Voladura de las minas y hornillos. — Bravo comportamiento de los italianos. — Los castellanos en las murallas del Alcázar. — Brito, arenga á los portugueses. — Se suspende el asalto. — Pérdidas numerosas en ambos ejércitos. — Las nuevas de socorro. — Redóblase el esfuerzo para ocupar la plaza. — Samuel Carrafa gana por su valor la plaza. — Intimase la rendición. — Brito, refugiado en el alcazar, trata de sacar partido de la idea religiosa. — Penetra en el castillo el capitán Carnero, emisario del General portugués Cantañeda. — Cargo que por este hecho resulta contra Caracena. — Consejo de los Generales portugueses. — Nuevos refuerzos de los portugueses.

Poco tiempo después de estos sucesos, D. Juan de Austria dejó el mando del ejército, solicitado por una carta que le escribió el Rey su padre, induciéndolo á ello con aliñadas razones, para que la suavidad de las palabras hiciese mejor pasar lo

áspero de la determinación. Felipe IV quería que á los ojos del pueblo apareciese como voluntario el sacrificio que se le mandaba como forzosa obligación.

Entró en el cargo interinamente, mientras llegaba General de más autoridad, el conde Marsin, que de Flandes había venido poco antes á Badajoz. Éste, con el parecer del Monarca, mandó echar por tierra el fuerte levantado por el duque de Osuna cerca de Almeida, y arrasar asimismo la plaza de Arronches, puesto que en el grave aprieto que estaban nuestras cosas y la escasez de soldados, convenía incorporar las fuerzas para acudir á lo más necesario y reparar el peligro más cercano. Poco después, hechos en España nuevos preparativos de guerra, el Rey encargó del mando de nuestro ejército contra Portugal al marqués de Caracena.

El marqués de Caracena era Benavides y Carrillo, soldado por afición y experiencia, pues siguió las armas desde muy mancebo, y con la práctica ganó la fama y el nombre de buen General, alcanzando á veces buenos efectos en ellas. Su aprendizaje militar hízolo con el cardenal Albornóz y con el marqués de Leganés contra los franceses, los

saboyardos y otros príncipes italianos enemigos á la causa de España. Manifestó mucho arrojo con unas compañías de á caballo junto á Plasencia, haciendo frente con ellas á otras superiores enemigas, y cayendo gravemente herido, rotas las suyas, dejó conocer que la mala fortuna no pendía de su propia persona.

En las guerras contra el príncipe Tomás y bajo la mano del marqués de Leganés, dió mayores aumentos á su fama en la entrada y toma de Turín. Después, como los españoles tuviesen sitio sobre Casal, y el francés Harcout viniese á socorrer á los sitiados, entrando por nuestras líneas, desordenando á muchos de nuestros escuadrones, el Caracena, que con sus trozos de caballos se miraba en una colina, conociendo lo arduo del trance, cerró tan valientemente con los franceses, que, haciéndoles cejar, restauró la pelea, no sin recibir otra gravísima herida.

Este y otros hechos valiéronle el mando de la caballería en Flandes, de donde volvió á Milán, harto apurado con la invasión de los franceses y las ayudas del duque de Saboya, logrando poner coto á los progresos del enemigo, aquí fortificando las plazas y castillos, y

allá prestando confianza á los soldados y naturales. Buen hombre de guerra, y no inhábil para los negocios, supo mantener en Italia la preponderancia española contra las insidias francesas y las veleidades del príncipe Tomás; y aunque escaso de recursos, supo rechazar el ejército francés que al mando de Quincy venía de nuevo á hacer mella en las posesiones españolas de Lombardía. Pasó después á Flandes, bajo las órdenes de D. Juan de Austria, de donde vino á la guerra de Portugal, como última prueba y cierto escollo de todos los capitanes de España en aquella época. Por lo relatado se ve que el Caracena tenia títulos para merecer tal confianza, y acaso no teniendo al frente adversario tan terrible como Schomberg, hubiera salido airoso en su empresa.

Pero como ello fué, que en sus manos se desgració el último intento del poder de Castilla, al perder la postrera apelación en aquel obstinado y sangriento litigio. Y por fuerza, tal habia de ser el resultado; porque si entendido en la guerra y buen calificador en ella de las cuestiones y dificultades por una y otra haz, al resolverse no era tan determinado como pudiera, y la variedad de los nie-

dios dañaba la ejecución del propuesto y acometido; valiente y arriesgado como se ha visto, desconocía el punto y trance en que le es útil á un General ponerlo todo al tablero y arriesgar su persona.

Á pesar de sus dotes de General, no inspiraba en los demás Cabos aquella confianza y buen ánimo, base la más segura de la disciplina y origen de los buenos sucesos, y supremo remedio en los últimos conflictos. En fin: sabiendo proveer, como práctico, á los preliminares de un día de batalla, no era nimio, exquisito y diligente lo bastante y cuanto la importancia de la ocasión lo requería, para ver cada cosa ejecutada como era razón, y llevada á cabo con la debida perfección, como se echará de ver muy pronto en la relación de esta de Villaviçosa.

Caracena, pues, luego que de la corte vino á Badajoz á tomar el mando de nuestro ejército, según órdenes del Rey, nombró Maestre de campo general á D. Diego Caballero, y General de la caballeria á D. Diego Correa. De Badajoz marchó con el ejército á la otra parte del Guadiana, acampándose enfrente de Campo Maior, junto al río Jevora, en un lugar ameno y cubierto de frescas arboledas,

cual lo pedía el ardor del estío, que es extremado en aquella tierra. Allí, pasando muestra á las tropas, halló que tenía bajo su mano cerca de doce mil infantes y seis mil y quinientos caballos. Pues como le importase proveer al punto en las cosas de aquella campaña, trayendo á consejo á sus Maestres de campo y capitanes, oído el parecer de cada cual, replicando á los unos y aprovechándose de las buenas ideas de los más prácticos y entendidos, resolvió atacar á Villaviçosa, dejando á Extremoz por punto interior y difícil, y despreciando el ponerse sobre Valencia de Alcántara, que nos ocupaban los portugueses, por empresa sobrado fácil para sus fuerzas y lo alentado de sus intentos.

Villaviçosa era ciudad noble y rica, y cabecera de los antiguos duques de Braganza, en cuyos palacios y estancias es fama que la varonil doña Luísa de Guzmán, colmada, para mal de su patria, con tantos dotes de ánimo y de grandeza, había concebido, alimentado y llevado á cabo sus ambiciosos pensamientos de la desmembración de Portugal.

Por la fertilidad de sus campos, por lo vicioso de sus valles, por la frescura y lozanía de sus bosques y jardines, y por lo sobrado y

pingüe de sus términos y pastos, traía desde antiguo el nombre de Villaviçosa, como si el vicio de la tierra y el aliciente que allí encontraba el regalo y el placer por la naturaleza y el arte, se revelase y pregonase al viajero y al peregrino por tan significativo nombre.

La villa se alza en aparente colina, distinguiéndose por su diversa traza y asiento en tres partes ó recintos muy señalados, porque en lo ínfimo del collado, formando su barrio ó arrabal, se miraban los edificios municipales, espaciosos monasterios, soberbias calles y los mismos palacios de Braganza; después, en lugar más eminente, se dejaba ver el antiguo recinto, rodeado de antiguos muros y poblado de algunas casas, y luego, como corona á un tiempo y custodia de todo, se levantaba el castillo ó alcázar, más que razonablemente fortificado por la industria militar, con camino cubierto, ancho foso, alta muralla y guarnecido de medias lunas y demás obras de fortificación.

Gobernaba la ciudad Cristóbal Brito, capitán experto y de fama en la milicia portuguesa, teniendo por presidio, además de las milicias del pueblo prácticas en la guerra, otros mil soldados escogidos y de los que lla-

maban de paga. El portugués Brito, conociendo por las operaciones de Caracena el punto por donde intentaba la acometida, para atajar sus intentos y oponerles obstáculos donde se estrellase la primer furia de los castellanos, fortificó fuera de los muros tres lugares señalados, que fueron el palacio de Braganza, un monasterio de San Benito, convertido en fortísimo castillo, y la puerta llamada de No por la gente del país.

Tales puestos, sin empeñar el cuerpo de la plaza, entendió Brito que eran suficientes para entretener al castellano, si sus intentos no eran de entera resolución, así como viniendo con ánimos de acometer reciamente, en cosa de poca monta estrellase gran parte de su furia, y con el gasto de sus fuerzas en aquellos asaltos, dar mayores esperanzas de sustentarse á los del castillo y los muros. En esto Caracena destacó diez y ocho compañías de arcabuceros contra los tres puntos ocupados por los portugueses, sufriendo y recibiéndose unos á otros con furiosas rociadas y descargas, en medio de atroz gritería y espantoso estrépito.

Aquel terrible espectáculo de muerte y sangre, señalado en horrendas escenas, según

eran diversos los tres puestos que se defendían ó se asaltaban, ganándose y perdiéndose por muchas veces cada pie de terreno, duró desde el mediodía hasta bien entrada la noche, probando uno y otro bando, por tan obstinada porfía y sangrienta lucha, así el propio valor como el odio intensísimo que se profesaban.

Pero en la noche, considerando el gobernador Brito, que si bien en la pelea no hubo asomo de flaqueza por parte de los suyos ni muestra alguna que pudiera tomarse á mal agüero, ni que pudiera infundir recelo alguno ó desconfianza, todavía, considerando el poder y porfía de los castellanos, que recogiéndose en puesto más reducido sin dar superioridad á los contrarios, adquirían así grandes ventajas, abandonó en las últimas horas de la noche los tres lugares que con tal denuedo había defendido, y recogiéndose en el ámbito de los muros y del alcázar, dejó entregado lo demás á los acasos de la fortuna y al furor de su enemigo.

Al amanecer, como los soldados del tercio de Diego Mogica, acercándose á los puestos, conociesen por el silencio que nadie los defendía, sin obstáculo alguno que vencer, pero

recordando con rabia la anterior pelea, ellos primero y la demás soldadesca después, se entraron por aquella parte de la ciudad, sin que freno alguno pusiese coto ni á la lascivia, ni á la codicia, ni á la sed de sangre. Ni el sexo ni la edad encontraron piedad en aquella soldadesca, si de opuestas razas y naciones, unánimes, sin embargo, en los instintos de la ferocidad y de la destrucción, y ni el tálamo ni el claustro de las vírgenes fué coto para la encendida sensualidad de aquellos soldados.

Y ni el deseo de ponerse en cobro, ni lo temprano de la fuga, eran parte para encontrar salvación, porque, apoderado el enemigo de las plazas y calles, sacrificaba más á su salvo á los fugitivos. Algunas personas religiosas, y de las más granadas de la villa, arrostrando mil peligros y pisando ruínas y cadáveres, pudieron llegar hasta la presencia del marqués de Caracena, echándole en cara la crueldad de sus soldados, relatándole la iniquidad de sus hechos, la profanación de los santuarios y el ludibrio cometido en las mujeres, y que si por el derecho terrible de la guerra se suelen quebrantar á veces los fueros de la justicia, cuando se tocan y pro-

fanan las cosas de Dios, la misma Divinidad no tarda en tomar venganza de sus injurias por su propia mano.

El de Caracena, antes con gentílica ironía que con la circunspección y severidad que pudieran cuadrar á un General celoso de la disciplina, les respondió que no era de extrañar la barbarie y licencia de soldados tan diversos, puesto que los moradores, con algún buen acomodamiento, no habían querido estorbar los males y los sacrilegios, mitigando así el enojo y la furia militar. Poco después, ó pasado el primer ímpetu, ora por los mandatos y autoridad del General, ó porque después de tanto desorden llega al cabo la repugnancia y la saciedad, cesaron en un todo el incendio, la violación y la rapiña.

Señoreados los arrabales de la villa, creció en los castellanos el deseo de entrar en la ciudad y el alcázar sin levantar mano. Por lo mismo, con la mayor presteza se asentaron y asestaron las baterías, se llevaron los ataques, se practicaron minas, empleando todo medio posible para dañar, arruinar y afligir á los cercados, y aun no contento con esto el de Caracena, como si tan poderosos medios prestasen poca ayuda al deseo vehemente que

le asistía de rendir á los cercados, acudió á demostración más ejecutiva, intentando forzar una de las puertas de la muralla, ordenando arrimar escalas á los muros allí por donde la fuerza de la batería sufrida pudiera esperarse que, ya cascados, se derruyesen abriendo brecha.

Los portugueses, en tanto, acudían por todas partes, ya á la defensa de la puerta, y ya donde más inminente era el peligro, lanzando granadas, carcasas y otros artificios preñados de fuego y muerte, ó bien se valían de todo linaje de armas para herir de lejos ó matar certeramente á los castellanos que presumían quebrantar las puertas, ó que se adelantaban osadamente hasta tocar las almenas.

De tal manera quedó burlado el efecto del petardo aplicado á la puerta, repelidas y quebrantadas las escalas del asalto ó reducidas á pavesas, y sin efecto el intento de los nuestros. Entonces, el de Caracena, recogidas las tropas del empeño, llevando siempre adelante su conato por otra vía, mandó que, perfeccionados los hornillos y minas, se les pusiese fuego. Pero la mala estrella que nos cobijaba en todas aquellas empresas, también nos fué fatal en el trance, porque, no siendo adecua-

do el suelo ó imperita la mano que había llevado y trabajado las minas, al estallar éstas, y reventando por las mismas bocas practicadas, menos daño hicieron á los enemigos que lástimas y muertes á nuestros castellanos.

En tanto, cediendo los muros á la incesante batería de los cañones, vinieron por grandes trechos en ruinas al suelo, levantando montes de escombros que con ellos igualaban, por donde ordenó el de Caracena que subiesen sus soldados para señorearse de la villa.

Cúpoles a los italianos el acometer por aquella parte. Á su avance salieron á recibirlos los portugueses con feroz denuedo, trabándose allí la más encendida pelea, porque éstos coronando la cúspide de las murallas, y aquéllos afirmándose por los montes de los escombros y ruínas, formando escuadrones y dejando todo reparo, y combatiendo á pecho descubierto y brazo á brazo, recibiendo el golpe enemigo si se lograba herir al contrario, cubiertos todos de sangre, era común, evitando el triunfo de alguno, el empuje de éstos y la resistencia de aquéllos. Pero los italianos, si iguales en valor, superiores por el número y por la disciplina, hubieran llevado

la ventaja y la victoria en aquel trance, si las escalas, cediendo al peso de los que subían y al voraz rigor de los artificios y fuegos, no se quebrantasen y consumieran; y si pronto se reemplazaban, con más presteza quedaban rotas é inútiles. Con tal azar, burlado el valor de los italianos, lograron sólo llegar al pie de los cascados muros, tomando allí su alojamiento.

Mientras que con tal constancia y ferocidad se peleaba en el recinto de la villa, no era menos vehemente (porque también allí rebosaba la furia y el valor) la porfía con que acometían los castellanos las murallas del alcázar, levantaban nuevas trincheras, aparejaban otros reparos, procurando sojuzgar, con incesante batería y asaltos por una y otra parte, los tiros de las almenas y la jactancia de sus defensores.

Y esta sangrienta porfía se igualaba con la otra; sino que, acudiendo allí el Caracena con su propia persona, como quien le interesaba más de cerca el honor de los castellanos, exhortando, increpando, mezclándose en la refriega sin excusar los mayores peligros, haciendo acudir allí los soldados y capitanes de mayor cuenta, con lo más florido

de los tercios, la pelea se encrudeció sobre todo encarecimiento.

De cerca y de lejos se peleaba, y mientras unos defendían la barbacana y la parte interior de las defensas, otros combatían desde la cumbre de las almenas y como envueltos todos en una nube de fuego: tantos eran los de artificio y las granadas y arcabuces que de entrambas partes se disparaban. Con que después de razonable tiempo que duró tan encarnizada pelea, con harto estrago de los unos y los otros, los portugueses, no pudiendo resistir á las recias cargas de los nuestros, que cada vez los apretaban más de cerca y ya los rodeaban, comenzaron á desmayar y á retirarse.

Mas al punto Brito, arengando con animosas razones á los Maestres de campo y capitanes que cerca de él estaban, acudió con ellos á ponerse al frente de sus soldados, esperando que la vergüenza aún les prestaría un resto de valor, en medio de tanto desaliento y fatiga. Y pudo tanto su ejemplo, que al punto todos los portugueses volvieron á ponerse en ordenanza, renovando el combate con tales bríos, que á su vez forzáron á los nuestros á cejar. Acrecentados con está ven-

taja sus ánimos, no parecía sino que entraban de refresco en la pelea, prestando el entusiasmo y la confianza en el triunfo fuerzas á sus brazos, y el ardor de la refriega olvido de su cansancio y sus heridas.

Entonces el de Caracena, creyendo irresistibles á los enemigos en aquel esfuerzo desesperado y casi increíble, mandó tocar recogida, lo que celebró en extremo Brito, harto satisfecho de haber evitado con su arrojo la afrenta, si no todo el daño de la derrota. Porque, si bien grande de ambas partes, para los portugueses fué mayor el estrago y la mortandad, puesto que para arrancar á los nuestros la gloria del triunfo no dudaron lanzarse á una muerte cierta.

No hubo ninguno en la flor del ejército portugués que escapase de la muerte ó de graves heridas, siendo tres las que recibió el mismo gobernador Cristóbal Brito, y semejante suerte cupo á los demás Cabos y capitanes. Los nuestros, aunque quebrantados en alguna parte también sus ánimos y fuerzas con haber perdido no escaso número de gente, prosiguieron todavía en la expugnación de Villaviçosa; pero con menos ardor, y contentándose con batir el castillo desde

lejos con continuos disparos de su artillería.

En tal estado las cosas, llegaron nuevas de que el ejército portugués, desde Extremoz, acudía á dar socorro á los cercados de Villaviçosa. Caracena, que con doble cuidado y fatiga acudía á un tiempo al cerco de la plaza y de la ciudadela, teniendo en ambos empeños repartida su gente, sobresaltado con esta noticia, resolvió convertir todas sus fuerzas contra Villaviçosa, reservando para más adelante la expugnación del castillo, como empresa más dilatada y difícil.

Prometiéndose, pues, que con buena diligencia se desembarazaría del cuidado de la plaza antes que llegase el ejército enemigo, para estrecharla y ceñirla por todas partes, recogiendo su gente, la dividió en tres cuerpos; hizo luego juntar gran copia de haces de mimbres verdes, para burlar el efecto de los artificios de fuego que fuesen arrojados por los sitiados, aprestándose además gran número de escalas para cuando fuese oportuno subir al asalto de los muros. Esto era tanto más fácil, cuanto que, aportillada ya por muchas partes la muralla, ofrecía entre sus ruínas fácil acceso y entrada á los sitiadores.

De los tres trozos en que estaba compartido nuestro ejército, el uno, compuesto todo de italianos, aprestóse contra las brechas del muro; otro, menos numeroso que el anterior, tomó puesto en la estacada, teniendo además cercado el castillo para cortar las comunicaciones y el auxilio entre sus defensores y los de la plaza, y el último trozo volvió con gran ímpetu á la tarea, tantas veces, aunque en balde, intentada, de derribar ó romper la puerta mayor de la plaza.

Comenzado el ataque, los portugueses, obligados á acudir á la defensa por muchas partes á un tiempo, aunque quebrantados ya y fatigados del largo asedio, y siendo tan pocos, que cada uno de ellos tenía que pelear contra muchos enemigos, sosteníanse, más que por sus fuerzas, por sus ánimos é indomable fiereza.

Andaba más reñida y revuelta la pelea por la parte de los italianos, quienes, penetrando á través de las ruínas, aplicaron sus escalas contra los muros, comenzando el asalto con gran valor y desprecio de sus vidas. Pero, rechazados no menos animosamente por los defensores, ya cuerpo á cuerpo con sus picas, ya con todo linaje de tiros y fuegos de arti-

ficio que lanzaban sobre ellos, los unos eran precipitados en la subida, y pocos que llegaban á señorear la cima de la muralla, ó desprovistos del socorro de sus compañeros perecían á manos de los enemigos, ó ellos mismos, sin fuerzas para sostener el puesto, se derribaban á saltos ó de descompuesta manera de aquella altura por entre montones de escombros.

Hombres y escalas, todo era lastimosamente tronchado y barrido, y puesto que los italianos peleaban con harta desventaja, descubiertos á las cargas que les daban sus contrarios desde lugar superior, todavía no cejaban en su empeño, reemplazando sin cesar con gente de refresco á los muertos y heridos. Mas como los sitiados, que cifraban en aquel combate y defensa su última esperanza, resistían con desesperado esfuerzo, y además les favorecía, como hemos observado, la ventaja del lugar, los italianos, aunque á costa de tanta pérdida, nada adelantaban.

Entonces Manuel Carrafa, con una compañía de italianos, se llegó á acometer á cierta parte del muro que los portugueses, ó por imaginar que allí era menor el peligro, ó

porque su escaso número no les dejaba acudir á todos los parajes, se miraba apenas con presidio y custodia. Estos italianos, pues, corriendo arrebatadamente al asalto de aquella parte del muro, y subiendo con gran presteza unos tras otros, ayudados de sus escalas, luego le señorearon, arrojando de allí á los pocos que osaron resistirles.

Pues los portugueses que aún defendían la demás parte del muro, al verle aportillado, destruídos los reparos y trincheras, y á los nuestros, llenos de confianza y de ánimo, que habían penetrado en gran número entre las ruínas y montones de cadáveres, y señoreaban la otra parte de la muralla, desesperaron ya de todo punto de defender la plaza, y huyeron con precipitación á guarecerse en la ciudadela.

Persiguiéronles los nuestros, matándoles y tomándoles no pocos prisioneros en su fuga. Poco antes los castellanos, que formaban otro de los trozos de nuestro ejército, al ver que los enemigos de la plaza no podían ya dilatar su defensa por mucho tiempo, habían comenzado á batir los reductos exteriores y estrada cubierta del castillo, sin que todavía hubiesen logrado echarlos por tierra

con su incesante batir, ni abrasarlos con los artificios de fuego que en gran copia sobre ellos arrojaban.

Pero acudiendo á reforzar á aquellos combatientes los italianos, ya vencedores de la plaza, al fin, entre el tumulto y terror de los portugueses que acudían á refugiarse en el castillo, fué tomada por los nuestros la estrada cubierta. Entonces, el de Caracena, viendo que ya toda la esperanza y medios de defensa de los portugueses hallábanse reducidos en los límites del castillo, y como hubiese tomado también un pozo, de donde creía que únicamente podían surtirse de agua los sitiados, envió un trompeta que intimase la rendición á Brito en estos términos: que la ciudadela iba á ser combatida poderosamente; por lo tanto, que mirase por sí, pues siendo dañosas las dilaciones, si dejaba pasar la ocasión de la clemencia, vería llegar después de su victoria la del rigor y el castigo.

Pero Brito, animosamente, replicó al trompeta que no debía presumir tanto el Caracena por haberse apoderado fácilmente de la plaza, ventaja que debía atribuir, antes que á sus fuerzas y poder, al ruinoso estado de aquellos muros y fortificaciones; que las del

castillo eran excelentes, y que en él había un aljibe de buen agua y bastante á proveer de ella por largo tiempo á los defensores.

Esta resolución de Brito empeñó más y más á Caracena en estrechar el cerco de la ciudadela, mandando levantar contra ella una batería en la cima de una iglesia titulada de la Concepción. Brito, en el principio de este cerco, había tenido el cuidado de trasladar á la ciudadela la imagen que se veneraba en aquel templo, famoso por su antigüedad, porque siendo la Patrona de las Españas, la soldadesca, en medio del bullicio y el desenfreno que suele reinar en tales ocasiones, no cometiese en aquella estatua algún desacato. Pero como después de entrada por los nuestros la plaza, viese que se aprovechaban de aquel santuario para batir la ciudadela, mandó á los suyos, bajo severas penas, que ninguno arrojase contra aquella batería tiro ni proyectil alguno, como para echar en cara á los nuestros tal profanación, convirtiendo en oficina y arsenal de guerra el templo de la misma Virgen su Patrona, y que él con ser enemigo respetaba.

Por tal manera quiso el portugués llamar á la religión en favor de su causa, tomando

él como por su cuenta el desagravio del cielo y conminando con su venganza á los castellanos. Cuenta un historiador casi ocular de tales sucesos [1], refiriéndose á la fama que por aquel tiempo corría entre los portugueses, que los del castillo sacaron en procesión la Santa Imagen, en medio del diluvio de tiros que desde lo alto de aquel templo lanzaban los nuestros con su artillería, y que cayendo muchas balas en medio de la muchedumbre que asistía á aquel acto de devoción, á ninguno causaron el menor daño.

Ni hemos querido pasar en silencio este suceso real ó fabuloso, porque prueba hasta qué punto supieron aprovechar los portugueses los menores puntos y accidentes, que haciendo odiosos á los castellanos, les prestasen ayuda á su causa y al cobro de su libertad.

Mientras que así apretaban los nuestros el cerco del castillo, el conde de Cantañeda, General del ejército portugués, que, como dijimos antes, se aprestaba á venir al socorro de Villaviçosa, teniendo junto ya razonable número de gente, quiso avisar de ello secretamente al gobernador, Cristóbal Brito, para

[1] Cayetano Passaro: *De bello Lusitano.*

que, cierto de aquel auxilio, no desmayase en su defensa.

Para comunicarle este aviso, puesto que el castillo se mirase tan estrechamente sitiado, y no queriendo obligar á ninguno á que se encargase del mensaje á riesgo de una muerte cierta, acudió á pulsar esos resortes que nunca desmienten su fuerza cuando se abriga fe y entusiasmo por una causa. Porque razonando el Cantañeda, como entre chistes y burlas, con sus capitanes y familiares, dijo que dudaba encontrar hombre tan animoso ó desesperado entre sus oficiales y soldados, que sin vista en el peligro se atreviese á penetrar por los cuarteles y alojamientos del enemigo hasta llegar á la plaza, para llevar aquella nueva al gobernador Brito.

Fácilmente se encontró, tal era el entusiasmo, quien aceptase aventura tan peligrosa. Éste fué un capitán llamado Francisco Carnero, que, con dos soldados de su compañía, y yendo todos á caballo, cumplieron esforzadamente su encargo, llegando hasta el castillo, en donde, entrando el capitán para cumplir su mensaje, dejó volver á sus dos soldados, según era consigna, quienes, desha-

ciendo el camino, volvieron á sus reales incólumes, con harta maravilla de los castellanos, que, atónitos ó descuidados, no acertaban á señalarlos ó distinguirlos, si enemigos ó si camaradas; tal era la desesperada velocidad con que anduvieron y deshicieron su camino.

Hecho semejante es suficiente para agravar los cargos de Caracena. Puede sufrirse el que en una plaza de ancho recinto, y no todo ceñido por los cuarteles de los sitiadores, se deslicen, salgan y entren algunos confidentes; pero no merece absolución tal descuido en plantas de diámetro estrecho, como era esta ciudadela ó alcázar. Ó Caracena era sobradamente descuidado, ó sufría mucha relajación en el servicio y disciplina: harto caro lo pagó, como vamos á ver dentro de poco.

Asegurada, pues, con aquel mensaje la esperanza y el ánimo del gobernador Brito, Cantañeda llamó á consejo al conde de Schomberg, al conde de San Juan, á Dionís de Mello, General de la caballería, al de la artillería D. Luís de Meneses, á Pedro Jacques de Magallanes, y á los Sargentos Mayores de batalla, para consultar con ellos si convendría acudir luego al socorro del casti-

llo, que ya en tan extremo peligro se miraba, y por lo tanto venir á las manos con los nuestros, que, supuesta su soberbia jactancia, á todo trance se empeñarían en estorbarlo.

Representábase llena de graves dificultades esta empresa, porque había que pelear con un enemigo fuerte y numeroso, arriesgándose en aquel trance de armas supremo y decisivo toda la suerte de la guerra, y también porque el llegar á Villaviçosa con el ejército ofrecía no poco embarazo y riesgo, á causa de lo estrecho y difícil de los caminos, que no eran sino valles y quebradas, rodeados de alturas ocupadas por los nuestros, y por donde no podía marchar la gente en ordenanza de batalla.

Pero como los ánimos de los portugueses venían muy levantados con los favorables sucesos de las últimas campañas, en que habían adquirido la certeza de que los castellanos no eran invencibles, fácilmente se inclinaban á la pelea. Pero otra consideración de amor propio los llevaba irresistiblemente á tal resolución. Era empeño que les tocaba en su honra el no dejar en manos de los castellanos aquella de Villaviçosa, joya de la casa de Braganza, principal patrimonio suyo,

cuna del levantamiento y taller en donde se fabricaron los medios y las insidias para la separación de Castilla.

Resolvióse, pues, y con aplauso de toda la soldadesca, que el ejército se pusiese en marcha el día diez y siete de Junio, yendo á hacer alto en el sitio de Montes-Claros, á una legua de Extremóz y otra de Villaviçosa, y de donde se abrían y separaban dos caminos para la villa.

Eran sus intentos mantener en incertidumbre á los nuestros y obligarlos á repartir sus tropas para acudir á la defensa de los dos baluartes que habían levantado, el uno sobre la sierra llamada en portugués Laora de Noite, y el otro sobre el otero de la Mina, que dominaban, aquélla la villa y el camino de la derecha, éste el fuerte de San Benito y el camino de la izquierda.

Dispúsose, además, que andando el día y entrada la noche, un trozo del ejército portugués fuese á ocupar la sierra de Vigaira, contrapuesta al otero de la Mina, y logrando este intento, se ocupase también en la misma noche la sierra de Barradas, distante de la anterior un tiro de pistola.

Con esto se aseguraba la marcha del ejér-

cito hasta aquellos puestos; y como desde allí hasta Villaviçosa era el terreno muy quebrado y embarazoso, confiaban los portugueses en que las mismas asperezas y cumbres por entre las cuales marchaban, asegurarían sus costados, así como su frente la superioridad con que contaban en fuerzas de infantería; por manera, que si los castellanos que se miraban acampados en medio de montes poco distantes entre sí, con sobrada confianza en su poder, no sabían estorbar el paso del ejército enemigo, quedarían expuestos irremediablemente al fuego de su artillería.

Tomadas estas disposiciones, el día antes de su partida de Extremóz se pasó muestra al ejército portugués, para cuyo acrecentamiento se había echado mano de las guarniciones de todas las plazas y de casi las fuerzas restantes de Portugal, capitaneadas por sus mejores Generales: tan aventurada y decisiva se les representaba aquella jornada.

Sumaba todo el ejército quince mil infantes, compartidos en veinte y ocho escuadrones, no habiendo llegado todavía los tercios de Setubal y Valença que se esperaban, y de cinco mil y quinientos caballos, que se mi-

raban compartidos por esta forma : la caballería portuguesa de la provincia de Alentejo en nueve trozos, mandados por otros tantos Comisarios; la extranjera de la misma provincia en cinco regimientos, cuatro de franceses y uno de ingleses, y por último la de Tras os Montes , Beira y Lisboa, en ochenta y dos batallones.

CAPÍTULO XX.

FIN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA (1665).

Disposiciones de Schomberg para la batalla.—Diverso parecer de los historiadores sobre el aviso que se dice dió Cantañeda á Caracena.—Consulta Caracena con sus Generales.—Influyen en las determinaciones de Caracena las órdenes recibidas de la corte.—Separa la infantería de la caballería.—Schomberg acude con refuerzos.—Orden del ejército dispuesto por Caracena.—Arenga de Caracena.—Distribución del ejército portugués.—Alocución de Cantañeda.—Comienza la batalla.—Toca el honor de atacar primero á las fuerzas mandadas por Farnesio.—Previsión de los portugueses en el manejo de la artillería.—Dispersión de las tropas castellanas.—Arenga del conde de Rebat.—Renuévase la batalla con nuevo ardor.—Valor del tercio de los alemanes.—No cumple Correa las órdenes de Caracena.—Arrecia el combate por ambas partes.—Cae prisionero el general Correa.—Se pasa al portugués el tercio de los suizos.—Declárase la victoria en favor de los portugueses.—Desesperado esfuerzo para la retirada. Son heridos Carrafa y el conde de Castrillo.—Entrégase al enemigo un cuerpo de cuatro mil hombres.—Pérdidas del ejército español.

Hecho el alarde de la gente, luego el conde de Schomberg concertó por la manera siguiente la traza y disposición de batalla que llegado el trance había de tomar el ejército. La primera línea de infan-

tería la formó de doce escuadrones, comenzando en la derecha por el tercio que mandaba el Maestre de campo Tristan de Acuña, prosiguiendo después los de Francisco de Silva de Moura, Juan Hurtado de Mendoza, Pedro César de Meneses, Agres de Saldaña, Manuel de Sousa Castro, Jacques Alejandro Tolón, Manuel Ferreira Rebello y Diego de Caldas, siguiendo luego un regimiento de franceses del conde de Schomberg, dividido en dos cuerpos, ambos al mando del teniente coronel Defugeré, y cerrando el lado izquierdo el otro regimiento de ingleses del mismo Conde.

La segunda línea de batalla la ocupaban, comenzando igualmente por la derecha, el Maestre de campo Gonzalo de Costa Meneses, en lugar de Fernando Mascareñas, á quien correspondía, Agres de Sousa, D. Francisco Enríquez, Martín Correa de Sá, Alejandro de Moura, Jacinto de Figueiredo, Baltasar Lopez Tavares, el coronel Jeveri con un tercio de franceses, cerrando el lado izquierdo de esta línea Clarán, con su regimiento de alemanes é italianos.

La reserva se formó de dos tercios de auxiliares, el uno de la comarca de Évora,

mandado por Manuel de Lemos Moura, y el otro del territorio de Avis, al mando de Antonio Vélez Castello Branco, debiendo asistir también en ella el Maestre de campo Francisco Méndez, que se esperaba con el tercio de Valença.

Adelantado con sus gastadores, precedía al ejército Antonio de Saldaña, Maestre de campo de los auxiliares de la comarca de Thomar, con quinientos infantes sacados de todos los tercios de auxiliares, armados con zapa y pala para desembarazar y allanar los pasos dificultosos y deshacer los tapiales que cercaban y distinguían aquellas colinas y heredamiento.

Ordenó asimismo el conde de Schomberg, que los cuatro tercios de los Maestres de campo Matías de Acuña, José de Sousa, Manuel Pacheco de Mello y Person, inglés, se formasen entre las líneas de caballería de la vanguardia que se miraban distribuídas en dos partes iguales, por manera que los dos primeros ocupasen el lado derecho, y el izquierdo los dos segundos.

En cuanto á la caballería, el costado derecho de la vanguardia se formó de diez y ocho batallones, á cuya cabeza asistía el General

de la caballería Dionís de Mello, con el Teniente General de la misma arma Roque de Costa Barreto. En el lado izquierdo asistía Simón de Vasconcelos, Gobernador de la caballería de Lisboa, con D. Juan de Silva, quedando los respectivos trozos á las órdenes de los Comisarios generales Juan de Crato, Bernardo de Faria, Antonio Coello, y otros.

Al frente de la segunda línea de caballería estaba el Teniente General D. Luís da Costa con dos Comisarios y las compañías del cuartel de Moura, que mandaba el capitán Luís de Sanclá. El mando del lado izquierdo de la vanguardia dióse al General de la caballería del Miño y Tras os Montes, Pedro César de Meneses, y al Teniente General de la misma, Francisco de Tavora; el de la segunda línea al Teniente General D. Antonio Maldonado, y el de la reserva al Comisario general Antonio de Sigueira Pestana.

De las veinte piezas de diferentes calibres con que contaba su artillería, las seis más ligeras acompañaban la vanguardia de la infantería, y las catorce restantes la retaguardia de la segunda línea, debiendo ir en pos de ellas las acémilas y bagaje.

Señalados por tal manera los puestos que

á cada cuál correspondían, y comunicadas las demás órdenes necesarias, el ejército portugués salió de Extremóz la mañana del diez y nueve de Junio, dándosele á la gente por grito de pelea el nombre de la Concepción de Nuestra Señora, en memoria de la que se veneraba en Villaviçosa.

Para descubrir el terreno adelantáronse el conde de San Juan y el General de la artillería con el primer batallón de la vanguardia de la caballería, que llegados á una eminencia, oyeron resonar, repetidas por los ecos de aquellas montañas, las descargas de la artillería del castillo, lo que fué de grande aliento para los portugueses, con la certeza de llegar á tiempo todavía para el socorro. Al mismo tiempo descubrió aquella gente al Comisario general Bartolomé de Barros, que debía haber salido la noche anterior de Extremóz para ocupar la sierra de Vigaira, y que dilatando su partida hasta aquella misma mañana, dió lugar á que señoreasen aquellas alturas las compañías de la guardia del marqués de Caracena, que por la traza y librea se diferenciaban de lo restante de nuestras tropas.

Observado esto por el conde de San Juan

y el General de la caballería, mandaron á Barros que hiciese alto, y avisaron luego al conde de Schomberg, que con parte del ejército acudió sin tardanza adonde se miraban aquellos dos Cabos, siguiéndole el conde de Cantañeda con la demás gente. Llegados á aquel puesto, descubrieron los trozos de nuestra caballería, que hasta entonces habían estado cubiertos con la sierra de Vigaira, y que se iban formando apresuradamente, como con resolución de pelear.

Un historiador de esta guerra [1] cuenta que el conde de Cantañeda, con la arrogancia propia de su nación, había enviado de antemano á Caracena aviso de su llegada, declarándole que tendría notable satisfacción en venir á la batalla con tan afamado Capitán. Pero Luís de Meneses, conde de Ericeira, que en su *Portugal restaurado* relata con harta prolijidad todos los sucesos de estas campañas, no hace mención de tal alarde y provocación, antes cuenta que Cantañeda puso gran cuidado en encubrir y disimular su marcha á los ojos de Caracena, mostrándose á él como de sorpresa, ya muy cerca de sus puestos avanzados.

[1] Cayetano Passarelo: *De bello Lusitano,* libro IX.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el marqués de Caracena, luego que tuvo noticia de la venida é intentos de los enemigos, dudoso de la resolución que debía tomar, puesto que no se prometía mucho de las fuerzas con que contaba, congregó á sus Cabos, consultando con ellos si por ventura debía marcharse contra los portugueses, desamparando el cerco del castillo, ó más bien dividirse las tropas, para acudir al mismo tiempo á uno y otro empeño.

Ni el número de nuestra gente era bastante para acudir juntamente al cerco del castillo y para salir al encuentro á los enemigos, ni todavía estaban terminadas las trincheras y demás obras de fortificación á cuyo abrigo pudiera el soldado sostener con menos riesgo el cerco, supliendo lo escaso de la gente con la seguridad y buena planta de los ataques.

Tomando en cuenta tales dificultades, muchos fueron de parecer, entre ellos el Sargento Mayor de batalla, D. Manuel Carrafa, que sin dejar las estancias y alojamientos que tenían sobre Villaviçosa, se ocupasen con el ejército todos los puestos y pasos por donde pudieran llegar los portugueses para socorrer á los sitiados.

Y como todo aquel terreno se miraba cortado por cerros y cuestas que embarazaban toda buena ordenanza, opinábase, con razón, que señoreadas estas alturas y bien fortificadas, podía llevarse á cabo uno y otro intento: el de rendir el castillo cortándole todo socorro, y el de frustrar el designio del ejército portugués, puesto que éste, encerrado entre montes y valles, ni tenía comodidad para ordenarse en forma de batalla, ni para volver atrás, y mucho menos para dar socorro á los del castillo.

Desechó, empero, esta opinión el marqués de Caracena, fundándose en que la escasez de víveres no permitía á los nuestros hacer asiento por mucho tiempo en las cumbres de los cerros, cuando el portugués, en su propio suelo y reino, abundaba en mantenimientos. Otra razón era que el cerco del castillo iba á quedar como abandonado, siendo así que por su ventajosa situación, el esfuerzo de sus defensores, y en aquella ocasión más por la esperanza de prontos auxilios, era peligrosísimo dejar tales enemigos á la espalda, y para rendirlos ó refrenarlos, al menos, era forzoso contar con más gente que la que podía quedar después de señoreadas

las alturas que se hallaban al paso del ejército de Cantañeda.

Juzgaba por lo mismo el Marqués, como más acertado, antes que exponer sus tropas á peligros ya previstos y que eran indudables, fiarlo todo en manos de la fortuna, que había de ser igual para los unos y los otros, y correr el riesgo de la pelea, en que al menos aún quedaba alguna esperanza de buen trance y de victoria. Pero lo que podía más en el ánimo de Caracena, y que no le permitió poner por obra otra resolución más prudente, fueron las órdenes que había recibido de la corte de Madrid, firmadas por el Rey, oído el parecer de su Consejo de Estado, y que casi no le dejaban otro arbitrio que el de venir con el enemigo á un trance campal.

Por manera que aquel General temió menos correr los riesgos de la pelea que correr el riesgo de caer en la desgracia de los cortesanos y ministros. Con que ya resuelta la batalla, Caracena subió á la cima de un cerro cercano para señalar un paraje á propósito en que ordenar sus tropas, luego mandó á la mayor parte del ejército que bajase al campo que desde allí se dominaba, para salir al encuentro del portugués.

Para el cerco del castillo dejó á cerca de mil y quinientos infantes, mandados por el duque de Cansano, italiano de nación, y el español D. Juan de Carrera, número de tropas que se creyó suficiente para entretener aquel cerco mientras duraba la pelea, atendido el corto rodeo del castillo, y que, ocupados los portugueses en la batalla, no podrían socorrerle.

Dilatábase cerca de Villaviçosa una llanura llamada de Montes-Claros, nombre derivado quizás de un monasterio que se alza en una altura inmediata, titulado *Nuestra Señora de la Luz*.

Esta llanura, limitada por collados y escarpadas rocas, á la sazón se miraba amenamente cubierta de arboledas y viñas, y embarazada por muchas quebradas y cercas de piedras que amojonaban las heredades. En este ámbito y campo penetró primero el ejército de Cantañeda, compuesto ya de más de diez y seis mil infantes y seis mil caballos, toda gente de refresco, llena de ánimo para la pelea, por el contrario de la nuestra, á quien el cerco de Villaviçosa había disminuído considerablemente, así en el número como en los alientos.

Caracena, entendiendo que cuanto más se acercase el enemigo, hallaría lugar más favorable para la pelea, determinó desbaratarle en la marcha, antes que viniera á terreno donde pudiese ordenar desembarazadamente sus tropas. Con este intento, separando la infantería de su ejército de la caballería, dispuso que ésta, como más ligera, corriese por la derecha á atajar á los portugueses en su marcha, y á romperlos, mientras que la infantería, caminando por la ladera de los collados que se miraban á la izquierda, llegaba poco después á completar el desbarate del enemigo y su derrota.

Este movimiento y resolución de los nuestros aterraron en el primer momento al conde de Cantañeda, y con tanta más razón, cuanto que aún no había llegado la infantería, y con ella la artillería; además, que la desigualdad y estrechez del terreno no permitía ordenar desembarazadamente las filas é hileras. Pero avisando prestamente al conde de Schomberg, que venía atrás con el resto del ejército, de tan buena diligencia y maña usó este General en apresurar la marcha de la infantería y la conducción de los cañones, que, antes que los nuestros pudieran

acometerle, ya los portugueses, saliendo de aquellas angosturas, se habían formado en razonable ordenanza en lugar más abierto y ventajoso.

Llegado ya el trance de la pelea, el marqués de Caracena ordenó sus tropas por la siguiente traza: formó la infantería en dos escuadrones, y á la caballería en cinco trozos, que por falta de terreno fué forzoso situar unos en pos de los otros, y presentando escasa frente. El ala izquierda de nuestra ordenanza formóse toda de la caballería extranjera, italianos por la mayor parte, franceses algunos, y muchos alemanes, contándose entre estos últimos los trozos de veterana y esforzada caballería, que mandaba el conde Rebat y habían servido largo tiempo y con gloria en la guerra de Hungría contra los turcos.

Capitaneaba toda esta ala Alejandro Farnesio, General de la caballería extranjera, y en ella no se dió puesto á fuerza ninguna de infantería, por creerse bastante fuerte y firme con sola la caballería, confianza temeraria, como el suceso lo acreditó después. En el ala derecha se formó toda la infantería de nuestro ejército con la caballería castellana, mi-

rándose allí muchos Capitanes de gran nombradía al frente de sus tercios, como D. Diego Vera, D. Rodrigo Mogica, Fabricio Rosseo y otros, y por cabo de toda el ala el Teniente General D. Diego Correa. La artillería se repartió en los costados, y algunas piezas se asentaron en las cumbres de los cerros que dominaban á entrambos ejércitos. Ya formada nuestra gente, Caracena discurrió por entre los tercios y compañías, animando á los combatientes con esta arenga:

«La experiencia militar adquirida en largos años de guerra, ha sido parte, valerosos soldados, para confiárseme la conquista de Portugal; empresa que interesa no menos al honor que á la prosperidad y justo engrandecimiento de la monarquía castellana. Generales de mayores partes y autoridad, así naturales como extranjeros, me han precedido en este empeño, y no hace mucho el señor D Juan de Austria, que vino á coronar dignamente las glorias militares que ganó sosegando á Nápoles, socorriendo á Valenciennes y recobrando á Barcelona, con la toma de Arronches, Jeromenha, Évora y otras plazas que rindió y sojuzgó en estas provincias. Es cierto que las ventajas conseguidas

por estos Generales no correspondieron, con raras excepciones, á lo que se esperaba de sus grandes prendas; pero esto achákquese, no á falta de inteligencia en ellos y de esfuerzo en sus soldados, sino á que se quiso remitir el logro de esta empresa á una guerra larga y llevada con poco ahinco, antes que á un golpe poderoso y repentino, que, como era razonable, abatiese las fuerzas y arrogancia de los rebeldes, antes que tomasen mayor incremento y bríos. Porque es el Portugal provincia harto considerable para poderse ganar plaza á plaza, y harto débil para recobrarse de una derrota campal, puesto que, rodeada en su mayor parte de nuestras fronteras, sólo puede esperar socorros por el mar, que son siempre tardos é inseguros. El trance supremo que requiere la naturaleza de esta campaña es llegado, pues, y con esperanzas de ganar mucho, es asaz poco lo que arriesgamos, porque si logramos la victoria, podemos dar por hecha la conquista de todo Portugal, y si la perdemos, pequeño será el daño para que no pueda resarcirse de él una Monarquía tan poderosa como la de Castilla. Con tantas ventajas, pues, de nuestra parte, y cuando la disposición en que vamos á presentar la

batalla es casi fianza segura del vencimiento, fuera locura cejar de nuestro propósito, y puesto que los portugueses, según lo manifiestan en la marcha que traen, no imaginan que hoy hemos de atacarlos por no desamparar nuestros puestos contra Villaviçosa, tan ventajosamente situados, por lo mismo debemos no aplazar el trance para mañana, para desconcertar así sus intentos. Estos son, á no dudarlo, los de señorear con su infantería, que no es por cierto inferior á la nuestra, en el número, á lo menos, alguna de las alturas que rodean nuestros alojamientos, valiéndose de la artillería gruesa que traen aparejada. Que su ejército no marcha en forma acomodada para la pelea, es de presumir, puesto que han salido de sus cuarteles de Extremóz sin intento de venir hoy á las manos. Añádase á esto que las tropas extranjeras y los refuerzos de las provincias, que hace poco se han incorporado á su ejército, no pueden conocer bien por las voces de mando los puestos que á cada cual corresponden, porque esta ciencia, de que tanto depende el resultado de las batallas, se aprende solamente á fuerza de ejercicios y de experiencia. La diligencia y acierto de sus dos

primeros Generales no puede remediar tales inconvenientes, porque al uno de ellos, ufano con las ventajas pasadas, con la sobra de confianza le faltará cuidado y cautela; y al otro le cegarán los errores de la herejía en que vive, para que no acierte en sus disposiciones, por justo castigo de la divina Providencia, cuyo favor tendremos de nuestra parte en esta empresa; de suerte que, con cuanta más presteza nos lancemos á la pelea, tanto más pronto será la victoria.»

En tanto, el ejército portugués habíase ordenado en disposición de pelear con toda la brevedad y presteza á que la obligó la cercanía de los nuestros, los cuales, al penetrar en la mencionada llanura, se ofrecieron á sus ojos como de improviso, marchando ya formados hacia ellos. Pero remedióse aquel riesgo por la buena maña y experiencia militar del conde de Schomberg, ayudado de los Generales Pedro César de Meneses y Francisco de Tavora, que se dieron tanta priesa en ordenar las tropas, y supieron aprovechar tan bien los momentos, que apenas acababan de formar el último escuadrón, cuando se vieron acometidos por los nuestros.

La aspereza del terreno, todo atravesado

por cuestas y quebradas, no permitió á los portugueses asegurar con la caballería los dos costados de su ejército; así que, se vieron obligados á formar con ella el ala derecha, dividiéndola en tres líneas: con la primera, puesto que había de afrontar el primero y más recio choque, interpolaron dos tercios de infantería escogida, y la ordenaron con frente harto dilatada. El ala izquierda formóse del resto de la infantería, compartida en dos grandes escuadrones de mucho espesor y profundidad, por abundar los portugueses en gente de á pie.

En un caserío que se miraba á la derecha de la vanguardia se asentaron dos piezas de artillería, y tomaron puesto cien mosqueteros á las órdenes del Teniente General Marcos Raposo Figueira.

La mayor parte de las piezas ligeras de artillería se asentaron en los claros que dejaban entre sí los tercios de la vanguardia de la infantería, y las gruesas en un altosano que se miraba á la retaguardia de todo el ejército, oteando la campiña.

El conde de Cantañeda tomó puesto en la vanguardia de la segunda línea de la infantería, acompañado de varios Maestres de cam-

po y D. Pedro Opessinga, General de la artillería del Brasil, pronunciando en aquel punto la siguiente arenga:

»Por segunda vez, valerosos soldados, Dios es servido de que os dirija mi voz para animaros á saber alcanzar, arrostrando los peligros de una campal batalla, las glorias del triunfo. Y si la vez pasada, que fué en las líneas de Elvas, os alentaron mis razones á conseguir la victoria, justo es que os aliente ahora á no perderla, porque, en verdad, tales pruebas de valor habéis dado después y tal ventura las ha cobijado, que podemos en la ocasión presente considerar el vencimiento como un tributo que nos ha de pagar forzosamente la fortuna. Componíase el pequeño ejército con que forzamos las líneas de Elvas, de pocos soldados de paga, siendo los más auxiliares y bisoñas milicias, y á pesar de esta desventaja de nuestra parte, supimos vencer á un ejército, cual era el contrario, fuerte, numeroso y veterano. Los gloriosos sucesos alcanzados después por nuestras armas son tantos, que la brevedad del tiempo no me permite emprender ahora su larga relación: baste á cada uno recurrir á su memoria, que es el mejor libro, donde con caracteres de

gloria los han grabado vuestra lealtad y amor patrio. Echad una mirada á las pasadas campañas, y ora en la batalla de Canal [1], ora en la recuperación de Évora, ya en la pelea de Castel Rodrigo, ya en la toma de Valencia de Alcántara y en otros hechos de armas acaecidos en las provincias de entre Duero y Miño, Beira y Tras os Montes, os vendrán á la memoria tantas hazañas y tan gloriosos sucesos, que bien á las claras os explicarán cómo nuestros enemigos, no queriendo ceder de su arrogancia, ya que nos juzgan invencibles en batalla campal y ordenada, han tratado de fundar su victoria en nuestro desorden y en lo desventajoso de este puesto y campo. Mas superando nuestra experiencia y prontitud de ánimo hasta á la misma incontrastable velocidad del tiempo, ya hemos conseguido formar el ejército en perfecta y bien concertada ordenanza, con notable ventaja en el puesto que ocupamos. Me lisonjeo de que sabremos rechazar la primera acometida de los castellanos, seguros de que este primer efecto nos ha de asegurar la victoria. Porque siendo tanta la distancia que queda

[1] Este nombre dan los portugueses á la batalla de Extremóz.

entre la caballería y la infantería de los enemigos, y tan embarazado el terreno, con dificultad podrá su ejército volver á la ordenanza, quebrantado el ímpetu del primer combate. Y como es tanta vuestra destreza y valor, que ellos solos han de endoctrinaros antes que órdenes ó mandatos algunos, confío en que sabréis hacer uso, para los diversos trances que hoy han de ofrecerse, de la experiencia y práctica que habéis adquirido en los pasados sucesos, alcanzando en el presente una victoria más gloriosa y merecida que todas las anteriores.»

Estas palabras fueron recibidas por los portugueses con grande aplauso, y ya pronta á trabarse la pelea, los demás Cabos ocuparon los puestos más importantes de su ordenanza. El conde de Schomberg no escogió lugar cierto, sino que con el Sargento Mayor de batalla, Miguel Carlos de Tavora, discurría ante las filas, dispuesto á acudir donde fuese necesaria su presencia. El General de la caballería, Dionís de Mello, ocupó el costado izquierdo de la primera línea de vanguardia de la caballería, pues aunque en la orden dada en Extremóz se le había señalado puesto en el lado derecho, no se creyó necesario

después, por estar asegurado este costado de todo acometimiento, por las asperezas del terreno. El conde de San Juan y el General de la artillería tomaron puesto en el costado derecho de la infantería, y en el izquierdo Pedro Jacques de Magallanes. Los Sargentos Mayores de batalla, Diego Gómez de Figuereido y Juan Silva de Sousa, tenían el mando de la segunda línea de infantería, donde asistía el conde de Cantañeda, además del cuidado que por sus cargos les correspondía de acudir á todos los lugares donde amenazase algún grave peligro.

Hechas estas prevenciones, y disparada con gran fragor y estruendo la artillería de ambas partes, el marqués de Caracena dispuso que el ala izquierda de nuestro ejército, que mandaba Alejandro Farnesio, fuese á acometer á la derecha de los portugueses, y nuestra ala derecha á su izquierda. Y es de observar, que ésta fué la primera ocasión en que los españoles cedieron un puesto de privilegio, para pelear, á las naciones extrañas, en fuerza de las continuas reyertas que mantuvieron por mucho tiempo italianos y españoles. Porque el ala que mandaba Farnesio, y que entró la primera en el combate, mirábase

toda formada, como ya apuntamos, de la caballería extranjera.

El de Caracena, tomadas ya las medidas que le parecieron convenientes para la batalla, según el plan que tenía trazado, subióse á la cima de la cuesta inmediata, llamada de Vigaira, para observar desde allí, sin riesgo alguno personal, el resultado de sus disposiciones, cosa por cierto harto desairada. Alejandro Farnesio, con su caballería, cerró al punto con el ala derecha de los portugueses, con tales bríos y tal ímpetu, que, desbaratando repentinamente su primera línea en aquella acometida, la forzó á retraerse hasta las últimas líneas de la misma ala.

Nuestra caballería, persiguiendo á los derramados y fugitivos, y desbaratando cuanto se les oponía al paso, llegó á dar finalmente en las picas enhiestas de la infantería que aseguraba aquella ala, y que con gran esfuerzo salió á detenerla, acudiendo al propio tiempo mucha caballería de los portugueses á amparar y sostener á los que en tal aprieto se hallaban. Por tal manera, deteniendo la infantería enemiga con los hierros de sus picas á nuestra gente de á caballo, dieron lugar á ser socorridos, y á que los dispersos se fuesen

poniendo en orden, hasta que, reuniéndose prestamente muchas compañías de infantería y tropeles de caballos, ellos á su vez cargaron reciamente á los nuestros.

También fué de gran efecto para los portugueses el cuidado que tuvieron el conde de San Juan y el General de la artillería, de mandar que las piezas, cargadas con sacos de balas menudas, no se disparasen en la primera carga, sino se aguardase á que llegaran los nuestros á distancia de cincuenta pasos; hízose así, causando notable daño á los de Alejandro Farnesio aquellas espesas rociadas de la artillería portuguesa.

Así fué, que los nuestros, poco antes vencedores, trocada de repente la fortuna, comenzaron á desmayar y á cejar, y huyendo muchos, y siendo no pocos muertos ó heridos, el terror y el desaliento se apoderaron de todos. Y como el conde Rebat, que mandaba un cuerpo de caballería alemana, viese que los suyos, también atropellados por los que venían huyendo, comenzaban á retraerse y casi á desbandarse y huir, recorriendo á caballo las filas, con rostro indignado y amenazador, increpó en estos términos á sus soldados:

«¿Qué es de vuestra vergüenza, de vuestro valor, de vuestra fidelidad y los deberes de la militar disciplina? ¿Creéis que huyendo podréis conservar sin lesión la honra y la vida, y que es más seguro y más glorioso presentar al enemigo la espalda y el cuello, que no el pecho y el rostro? Y ya que sea forzoso el perecer, ¿juzgáis más honroso el perecer huyendo y con heridas recibidas por detrás, que no afrontando al enemigo y vendiéndole caras las vidas? Vosotros, un tiempo valerosísimos soldados, que habéis envejecido venciendo en la Alemania, y contáis acaso más gloriosas y cumplidas victorias que años de vida, ¿qué conjuros os sobrecogen, qué pánico temor os subyuga, qué fuerza invencible embota vuestros aceros y entorpece vuestras manos delante de esos flacos y rudos portugueses, que antes pelean por bárbaro y frenético furor, que por arte, consejo y fortaleza? Vencer ó morir es, soldados y camaradas míos, lo que nos cumple en este trance, y entregar á una muerte honrosa estas vidas que en nuestra juventud, peleando juntos tantas veces, hemos despreciado, y que aún conservamos menos colmadas de años que de victorias, antes que no redimirlas con

una fuga afrentosa, al par que llena de peligros.»

Esta arenga, y las exhortaciones que por otra parte dirigía á sus soldados Alejandro Farnesio, afrentándoles su huída y forzándolos á volver cara al enemigo, fueron parte para que los nuestros, rehaciéndose y concertando sus filas, con mayores ánimos y más recia carga, diesen sobre los contrarios, que llevaban entonces lo mejor de la refriega. Con esto la pelea hízose tanto más empeñada y sangrienta, cuanto más era el furor de que se hallaban poseídos todos, pues así con acciones como con palabras manifestaban el ardor que los consumía.

Al cabo el valor con que pelearon los nuestros volvió á ladear la fortuna de su parte, rechazando á los portugueses en tres recias cargas consecutivas, con que, arrollando á los escuadrones enemigos que tenían delante, llegaron á penetrar hasta la vanguardia de la segunda línea de la infantería portuguesa y de la tercera de su caballería. Señaláronse en esta ocasión los alemanes, que rompiendo por mitad del ala derecha de los enemigos, y desbaratando cuanto hallaban á su paso, llegaron á embestir en los portugueses del ala

izquierda. Mas á tal riesgo acudió prestamente Dionís de Mello, General de la caballería portuguesa, con nuevos trozos de caballería que sacó de la retaguardia, con que mejoró el partido de los suyos.

Hasta mil caballos de los nuestros penetraron por en medio de los tercios de Tristán de Acuña y Francisco de Silva, en cuyos claros se hallaban el General de la artillería portuguesa y el conde de San Juan; y atropellando algunas mangas de la guarnición del lado derecho del tercio de Francisco de Silva, mataron á muchos cabos y soldados, quedando herido de gravedad el mismo Maestre de campo.

Al punto, Dionís de Mello y el General de la artillería acudieron á reforzar aquella parte con algunos tercios y compañías que sacaron de otros lugares donde era menor el peligro; pero no bastando este socorro á contrastar el ímpetu de los nuestros, que con esforzada resolución siempre pasaban adelante en su embestida, llegaron á penetrar en la segunda línea de infantería, donde se miraba el mismo conde de Cantañeda, causando gran destrozo en el tercio del Maestre de campo portugués, Gonzalo de Costa, que en-

vano trató de detenerlos. Pero con la llegada del conde de Schomberg, del de San Juan y otros Generales, con muchos tercios sacados de la reserva, y no pocos trozos de caballos y compañías de infantería llamados del ala derecha á la izquierda, que era á la sazón la parte acometida por los nuestros, los portugueses mejoraron notablemente la pelea.

Ya casi sus dos alas habíanse juntado en una, y los nuestros, fatigados con tan obstinado y azaroso combate, y apenas pudiendo resistir al gran poder con que los enemigos cargaban sobre ellos y por todas partes los rodeaban, comenzaron áflaquear y áceder. Entonces el de Caracena, echando de ver, desde el lugar en que se hallaba retraído, la superioridad de los portugueses y el grave aprieto de los nuestros, envió una y otra orden á D. Diego Correa, que desde nuestra ala derecha, donde mandaba, era mero espectador de la desigual contienda, para que socorriese al punto á Farnesio, ó, acometiendo por la espalda ó el costado al ala izquierda de los enemigos, los forzase á resolver, descargando así en alguna parte á aquel General del grave peso de la pelea, que todo cargaba sobre él.

D. Diego Correa no cumplió, como fue-

ra justo, aquellas órdenes, ya fuese por flaqueza ó poca lealtad, ó por impedírselo lo áspero del terreno, con lo que acreditó la mala fama que había comenzado á adquirirse en otros sucesos anteriores, como en su lugar queda apuntado, concluyendo por hacer olvidar enteramente los buenos y leales servicios prestados en los primeros pasos de su carrera militar.

Desamparados, pues, los de nuestra ala izquierda en medio de la innumerable muchedumbre de los enemigos, á quienes animaba más la presencia de sus principales Cabos y Generales, que habían acudido todos á aquel lado, mirando ya forzoso el morir, trataron al menos de vengar sus muertes.

De ellos, muchos perecieron atropellados por los caballos de los enemigos, gran número acabados á fuerza de heridas y casi despedazados, mientras que peleaban valentísimamente, siendo deshecho todo el trozo de los alemanes y muerto al par con ellos su esforzado Capitán el conde Rebat.

Y ciertamente que fué afrenta y mengua notable para nuestros españoles el dejar perecer de tal suerte, sin socorro, á sus aliados italianos y alemanes.

No fué, sin embargo, tan lisonjera para los portùgueses la fortuna de este combate, que no les costara gran mortandad de los suyos, y entre ellos muchos Cabos y gente de cuenta, corriendo el mismo riesgo el conde de Schomberg, que peleando al frente de los suyos esforzadamente, escapó casi por milagro, muerto su caballo.

Rota así nuestra ala izquierda, al fin entró en batalla la derecha; pero al lanzarse contra el enemigo les estorbaban el paso los montones de cadáveres, las armas que rotas y abandonadas yacían en gran copia sobre la tierra, y los charcos de sangre, que así en los hombres como en los caballos ponían grande desmayo y pavor.

Además, muchas compañías de infantería portuguesa, con sus picas enhiestas y enristradas, oponían un muro de hierro á la caballería castellana, y ora derribando, ora desjarretando á los primeros que se acercaban, rechazaron repetidas veces sus embestidas.

Al fin, llegando nuestra infantería veterana en refuerzo de la caballería, los unos y los otros cargaron tan reciamente á los piqueros portugueses, que los desbarataron de todo

punto. Pero en pos de ellos estaba todo el grueso del ejército portugués, con que reforzados volvieron una y otra vez á la carga, trabándose de nuevo la más encarnizada y revuelta pelea.

Porque si de una parte los nuestros acudían de refresco y con las fuerzas y los ánimos enteros, y además tenían suficiente infantería mezclada con su caballería, cuya falta había sido fatal en el ala izquierda, de la otra los portugueses eran en gran número, y aunque ya fatigados de la larga refriega, dos alas de ellos combatían contra una sola de los castellanos. Estos, sin embargo, suplían con la entereza de sus bríos y su valor lo que les faltaba en el número, y acometiendo con grande ímpetu, introdujeron el terror en las filas enemigas, que dieron muestras de comenzar á desordenarse.

Mas el conde de Cantañeda acudió al punto á remediar aquel peligro con la caballería de su guardia, y desempeñando á un tiempo los cargos de General y soldado, mezclándose con la muchedumbre, juntamente arengaba y peleaba, esforzando, á los que desmayaban, con su ejemplo y con sus palabras. Y como un capitán le advirtiese, deseando sin

duda retraerle del peligro, que no era aquel puesto el que como á Generalísimo le correspondía, replicó Cantañeda que los trances extremos trastornan el orden natural de las cosas, y que él debía participar antes que ninguno de los azares de la suerte, que para todos estaba jugada.

Este arrojo del principal de los Generales, llamando sobre él la atención de todo el ejército portugués, volvió á infundirle nuevos alientos, añadiendo como por encanto fuerza á los cuerpos fatigados y estímulos de entusiasmo y gloria á los ánimos, poco antes aterrados y abatidos.

De esta suerte, arrebatando á los nuestros las ventajas que habían vuelto á obtener sobre sus contrarios, igualóse otra vez la fortuna de las armas. Mirábanse entrambos ejércitos frente á frente cuando ya eran pasadas muchas horas de encarnizado combate, mas con los mismos bríos, y no peleando por cierto menos ahincada y denodadamente los castellanos por la gloria, que los portugueses por la libertad. Mas al fin la fortuna, que tenía reservada la victoria á los portugueses, vino á declararse por ellos con dos azares tan funestos cuanto repentinos, y que acabaron

por abatir y postrar enteramente las fuerzas de los castellanos.

Fueron éstos, el haber caído prisionero en poder de los enemigos el General de nuestra caballería, D. Diego Correa, y el haberse pasado inesperadamente á los portugueses los soldados de la nación suíza, quejosos por no habérseles satisfecho, ó más bien dilatado demasiadamente sus pagas. Por lo mismo, falta nuestra caballería de caudillo en lo más encendido de la refriega, y disminuída con la deslealtad de los suízos, al instante comenzaron á flaquear las fuerzas de los restantes, á desmayar en las cargas y á desbaratarse, acabando por volver pie atrás los que poco antes le habían adelantado contra sus enemigos.

Los portugueses, al ver el desaliento de los nuestros, acrecentaron sus ánimos, y acometiéndolos más reciamente, los forzaron á huir, pero sin seguir adelante en su persecución, según orden que recibieron de sus Cabos, por no hallarse asegurado todavía el suceso de la batalla, antes sujeto á las contingencias y azares de la suerte. Por tal modo, más bien derramada que rota nuestra caballería, se puso fuera de combate, quedando

ya sola nuestra infantería, para quien esta pelea fué harto desfavorable, porque el conde de Schomberg, ocupando con su infantería el monasterio mencionado de la Virgen de la Luz y una casa inmediata, desde allí, superior en lugar y en número, peleaba con mayor ventaja, como desde un baluarte.

Desde este lugar hacía salir á cada instante compañías sueltas, que acometían á nuestra infantería, ya por el frente, ya por la espalda y por el costado, volviéndose con facilidad á recoger á sus puestos, sin que pudieran hacerle gran daño los nuestros, cuyos esfuerzos y cargas se estrellaban en los reparos y trincheras de aquel recinto fortificado. Ya eran pasadas siete horas de incesante pelea, siendo las tres de la tarde cuando nuestra artillería, que cesó en sus disparos, y la infantería, que comenzó á desbandarse, dieron claros indicios de que los nuestros miraban ya como imposible cualquier resistencia, y que todo había acabado para ellos.

El breve tiempo que aún se prolongó el combate no fué sino una matanza ejecutada cruelmente por los vencedores sobre los desarmados y fugitivos. Y aunque el cansancio de tan larga y reñida refriega, los montones

de cadáveres y armas que cerraban el paso, y el gran número, en fin, de los nuestros que habían perecido, pareciese que debían poner raya al furor de los portugueses, vióse, por el contrario, que el mirar satisfecha su crueldad y deseo de venganza no hizo sino encenderlos más y más. Porque mucha de nuestra gente, dispersa y escapada de la derrota, reuniéndose en su fuga á la otra parte del monte donde se alzaba el mencionado monasterio, había formado un cuerpo crecido, bastante, si no para restaurar la batalla, al menos para recogerse con alguna seguridad.

Echólo de ver el conde de Cantañeda, y no queriendo que de tanta mortandad y estrago aún quedasen reliquias, mandó á Simón de Vasconcellos y á D. Juan de Silva, Teniente General de la caballería, que marchando aquél con algunas compañías ligeras de infantes, y éste con trozos de caballería, diesen alcance á aquel cuerpo de nuestros fugitivos, forzándole á detenerse, y entreteniendo con ellos la pelea hasta que él llegase con el resto del ejército.

Hízose esto con toda diligencia: los nuestros, detenidos en su marcha, procuraban pro-

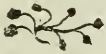
seguirla rechazando á los enemigos con ligeras escaramuzas; pero alcanzados por el grueso del ejército portugués, al mando de Cantañeda, y encerrados entre los montes y sus contrarios, siéndoles imposible el huir, y menos aún el salvarse combatiendo, pelearon desesperadamente, provocando ellos mismos su muerte, hasta quedar deshecho y postrado todo aquel escuadrón.

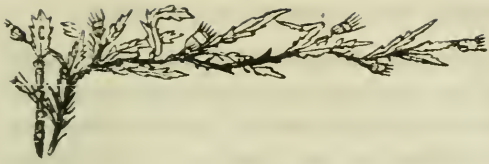
En esta, antes matanza y carnicería que no combate, quedaron mortalmente heridos D. Manuel Carrafa, uno de nuestros Sargentos Mayores de batalla, y D. Gaspar de Haro, hijo del conde de Castrillo y yerno del de Caracena, los cuales murieron poco tiempo después. Quedaban todavía de nuestro ejército un cuerpo de cuatro mil hombres de todas naciones, que antes de ser rodeada en la batalla nuestra infantería habíanse puesto en salvo, fortificándose como pudieron en una especie de baluarte que hallaron no lejos del sitio de la pelea. Éstos, al saber la completa derrota de los nuestros y el desastre de los que habían sido atajados en su fuga, queriendo rescatar con la esclavitud sus vidas, entregáronse á la merced del vencedor, con cuarenta banderas y estandartes.

Por último : de unos mil hombres que durante toda la pelea habían escapado de nuestro ejército escondiéndose en las quiebras y en la espesura de los bosques, muchos, hallados por los enemigos, fueron llevados prisioneros á Lisboa, no pocos perecieron agravadas sus heridas, y algunos murieron de hambre en el lugar oculto y desamparado á que se habían retraído.

La pérdida de los nuestros en esta desastrosa batalla se calculó en más de cuatro mil muertos en el campo, y hasta cinco mil que quedaron prisioneros. Entre estos últimos se contaron el General de nuestra caballería D. Diego Correa, los Tenientes Generales de caballería D. Melchor Portocarrero y D. José de Larreategui , los Comisarios generales de la misma arma D. José Roquera y D. García Sarmiento, el Príncipe de Jelé, Coronel de un regimiento de caballeria francesa, y otros muchos Cabos y gente granada, entre ellos D. Gaspar de Haro y D. Manuel Carrafa, que, como ya dijimos, murieron después de sus heridas. De los portugueses murieron más de dos mil, y quedaron heridos muchos Cabos y gente principal, pérdida que hizo menos lisonjera su victoria.

Tal fué el resultado de la famosa batalla de Villaviçosa (llamada por los portugueses de Montes-Claros), de infausto recuerdo para Castilla, y que después de tan dilatada guerra, vino á asegurar la corona de Portugal en la familia de Braganza.





CAPÍTULO XXI.

PROSIGUE EL MANDO DEL MARQUÉS DE CARACENA.

Retirada de Caracena á Villaviçosa. — Continúa el ataque del castillo. — Es herido traidoramente Nicolás de Langres.— Socorro á los sitiados. — Retírase todo el ejército á Jeromenha. — Terror y consternación que la noticia produce en la corte de Castilla. — El duque de Pastrana engaña al pueblo. — Consideraciones deducidas de estos hechos. — Cartas de Caracena á Felipe IV.— Efecto que producen en el ánimo del Monarca.—Trátase en la corte de remediar este desastre.— Dificultades que se ofrecen.— Muerte del Rey.—Prosigue la guerra lentamente. — Entrada de los portugueses en Galicia al mando del conde del Prado. — Jefes de esta expedición.— Asalto del fuerte de la Guarda. — Saqueo de Busas. — Se opone á las devastaciones del ejército portugués el virey de Galicia, D. Luis de Poderico. — Queman los portugueses la villa de Porriño.—Cercan el castillo de la Guarda.—Heroica defensa de los sitiados. — Capitulación del castillo. — Incomprensible conducta de D. Luis de Poderico.

En cuanto al marqués de Caracena, luego que conoció que la victoria se declaraba por los portugueses, retiróse á Villaviçosa con el duque de Osuna, que como particular se halló en esta

batalla, y con algunos Oficiales y gente principal. En tanto, no habían cesado de combatir reciamente el castillo los mil quinientos hombres que con este intento había dejado allí Caracena y Nicolás de Langres, francés de nación, que mandaba la artillería; había hecho una llamada á los sitiados, para intimar á su Gobernador que se rindiese, si no quería sufrir el castigo de su obstinación si la victoria quedaba por los nuestros. Pero los del castillo, no queriéndole escuchar, y viendo que proseguía en su demanda, por toda respuesta le dispararon una bala, que, entrándole por el pecho, le causó una herida de harta gravedad, de que murió al siguiente día.

Confiados los del castillo en que la victoria quedaría por Cantañeda, hicieron animosamente varias salidas contra los sitiadores, y como al propio tiempo les llegase un pequeño socorro de sesenta mosqueteros, que con los capitanes Antonio de Abreu y Cristóbal Dornellas había enderezado allí Cantañeda, en uno de aquellos rebatos, á pesar de la porfiada resistencia de los nuestros, señorearon parte de sus trincheras, y les tomaron algunas piezas de artillería.

Caracena, viéndolo todo perdido, no se detuvo en Villaviçosa, sino que, llamando á sí al conde Boetto, que con alguna caballería presidiaba la plaza de Borba, levantó al punto con el resto de su ejército el cerco de la ciudadela. Retiróse con gran presteza la artillería, y rechazando repetidas veces al ejército enemigo, que procuró en vano detener la marcha de los nuestros, lograron llegar al fin á Jeromenha, antiguo cuartel general de esta guerra, donde acudieron también los pocos que pudieron salvarse de la rota de Villaviçosa.

Llegadas á Madrid las nuevas de tan lastimoso suceso, el terror y la consternación se apoderaron de todos. El pueblo especialmente, que no podía darse razón cómo los portugueses en reino tan pequeño y pobre podían hallar fuerzas para trabajar á los castellanos con tantas pérdidas y desastres, achacaba el de Villaviçosa á deslealtad de nuestros Cabos y Generales, como si, vendidos al oro extranjero, no hubiesen hecho lo que debían en favor de la causa de su nación.

Otros acusaban al Gobierno de dilatar de intento la guerra para aprovecharse los que

en él tenían parte, y sus allegados, de los impuestos con que para sustentar la campaña se gravaba á los particulares. Y como gran muchedumbre del pueblo acudiese en tropel hasta las puertas de palacio, prorrumpiendo en gritos y quejas contra los Ministros, los hombres de guerra, y contra la misma flojedad y descuido del Rey, que toleraba aquellos desmanes, el duque de Pastrana, que á la sazón salía del aposento del Monarca, asomóse, al escuchar aquel ruído, á un balcón de palacio. Y viendo al pueblo casi amotinado, para quebrantar el primer ímpetu del dolor y la ira, quiso consolarle engañándole; y agitando una carta que tenia en la mano, exclamó que eran en vano aquellas quejas, pues los nuestros habían quedado vencedores en Villaviçosa, de lo que era testimonio cierto aquella carta que poco antes había recibido el Rey su señor.

Y por cierto que era mengua á un grande de Castilla emplear tal superchería para desviar la indignación justa del pueblo, cuando él y sus iguales todos deberían haber asistido en el ejército, ó caminar allá con sus criados, vasallos y familiares, para restaurar la causa de la Monarquía ó perecer en la de-

manda. Este sólo rasgo explica las causas y motivos de la pérdida de Portugal.

Con este engaño, pues, se mitigó por lo pronto el dolor público, bien que no tardó en volverse á acrecentar con tantas cartas como se recibieron de Badajoz, y que, cubriendo de luto á innumerables familias, á quienes anunciaban la muerte de un hijo ó de un hermano, vinieron á contradecir la desvergonzada mentira del duque de Pastrana.

Tal es el descaro y la mala fe con que los hombres de Estado suelen jugar con el pueblo, ora para obligarle á favorecer á sus miras y propios intereses, ora para consolarle mañosamente, y como en burla, en los males de que han sido causa sus malas pasiones y desaciertos. Y en verdad que lo fué muy grande el que cometió nuestro Gobierno en no haber ayudado, así á Caracena como á los Generales que le precedieron en aquella campaña, con todos los recursos y fuerzas necesarias para llevarla á cabo, que fué ocasión de tantos desastres y de la pérdida definitiva de Portugal.

Debió al menos servir de vergüenza y de estímulo el ver los desesperados esfuerzos con

que los portugueses acudieron al cobro de su libertad, siendo sus recursos y poder infinitamente menores, sobre todo desde que, desembarazada España de las otras guerras, pudo emplear todas sus fuerzas en sojuzgar aquella rebelión.

El marqués de Caracena, luego que, como ya dijimos, recogió en Badajoz los restos desbaratados de su ejército, los repartió por las plazas fronterizas más importantes, para asegurarlas contra los intentos del enemigo vencedor. Al punto envió una y otra carta al Rey [1], donde, dándole cuenta del desastre sufrido, le decía que él se había aventurado á la batalla con todas aquellas seguridades que ofrece la observancia de los buenos preceptos militares y con esperanzas del triunfo; que había sostenido el combate con grande esfuerzo y todo el tiempo que le fué posible; que al fin, después de grandes muestras de valor de parte de todo su ejército, al cabo de muchas horas de pelea, la suerte le había sido adversa; que en los contrapuestos portugueses no había encontrado la recluta bisoña de que se hablaba en Madrid, sino soldados vie-

[1] Véanse los Apéndices.

jos y resueltos, y que medían su pica con lo más fino de nuestra infantería; por último, que la pérdida de los portugueses, aunque vencedores, había sido tan grande, que determinaba llevar en breve la guerra á la provincia de Alentejo, con lo que se prometía reparar ampliamente el revés pasado, artificio retórico con que los Capitanes vencidos suelen endulzar las malas nuevas que dan de sus derrotas, pero que para ello necesitaba ser socorrido inmediatamente con hombres y dinero.

Las cartas que contenían estas razones enviólas Caracena por medio de un confidente suyo, con orden expresa de ponerlas en las propias manos del Rey. Llegado el confidente á Madrid, entregó las cartas al Rey, á quien halló en su palacio del Buen Retiro, y cuentan algunos historiadores contemporáneos [1], que al leer Felipe IV la carta de Caracena, llegando al punto donde le anunciaba la derrota de su ejército, como abatido de un golpe mortal, la dejó caer, exclamando: *Parece que Dios lo quiere;* y al punto, sin dar otra respuesta al mensajero, con grandes muestras

[1] Meneses: *Portugal restaurado.*

de sentimiento se recogió á los aposentos interiores de palacio.

Pasados los primeros instantes del dolor y el abatimiento que causó la nueva de pérdida tan lastimosa, comenzóse á tratar por el Rey y su Gobierno en la manera de remediar el daño pasado, y acudir con mano pronta y eficaz á la prosecución de la guerra.

Ofrecíanse para ello gravísimas dificultades, porque además del desaliento que ocasionaba lo dilatado de la campaña, muchas veces renovada, y vuelta á interrumpirse casi siempre con suceso desgraciado de nuestra parte, era grande la falta de soldados y de dinero, no siendo posible exigir nuevos impuestos á los pueblos, harto trabajados con sostener durante el reinado de aquel Monarca el peso de tantas y tan largas guerras.

Sentíase también la falta de un buen General á quien fiar el cuidado de aquella empresa, no hallándose ya ninguno de quien echar mano que reuniese la experiencia, reputación y esfuerzo necesario para reparar las derrotas pasadas y abatir la arrogancia portuguesa, puesto que Generales de grandes partes habían desmerecido de sus antiguas proezas y crédito en esta malhadada campaña.

El Rey, aunque rodeado de tantas contrariedades, deseaba ardientemente la prosecución de la guerra, y sus Consejeros y Ministros, aunque no abundasen en el mismo parecer, le empeñaban, no en lo que ellos querían por flaqueza, sino en lo que halagaba la voluntad y propósitos del Monarca. Porque á éste, hablando con justicia, si le faltaron resolución y acierto para sojuzgar á Portugal, le asistió siempre la grandeza y elevación de sentimientos, que tan bien cuadraba á su alto poder y dignidad.

Persuadíanle, pues, que no era tanto el desastre sufrido para que debiese desmayar España, cuyo imperio era tan poderoso y dilatado, cuanto pobre y reducido el de Portugal; por manera que éste, poco á poco quebrantado en sus fuerzas y más arruinado con las costosas victorias que alcanzaba, al cabo vendría á dar en tierra. Por lo mismo, debía allegarse dinero á todo trance, hacerse nuevas y grandes levas de gente, y acopio de trigo y otros mantenimientos; disponerse, en fin, los demás aprestos para hacer la guerra con grandes fuerzas y poder. Pero la muerte de Felipe IV, que acaeció pocos meses después, en 7 de Setiembre del

mismo año de 1665, vino á atajar aquellos intentos.

La guerra prosiguió todavía, mas con poco calor, y reduciéndose de ambas partes á ligeras excursiones y rebatos, llevando siempre en ella nosotros la peor parte. El mando de nuestras tropas siguió en manos del marqués de Caracena, disimulando el Rey su descontento, por no hallar otro General de más inteligencia ó autoridad con que reemplazarle. El suceso más importante que aconteció hasta fin de este año, fué la entrada que hizo en nuestras fronteras por la parte de Galicia el General portugués conde del Prado. Este General, Gobernador de armas que era en la provincia de entre Duero y Miño, entendiendo que de parte de Galicia se intentaba una expedición contra aquella frontera, y conociendo que el designio de los nuestros era divertir á los portugueses de la provincia de Alentejo, donde amenazaba Caracena, comenzó á hacer grandes aprestos para salir á la campaña.

El mancebo de Braganza, á quien el del Prado envió á pedir socorros, dispuso que marchasen á aquella provincia el conde de Schomberg con las tropas extranjeras, y otros

Generales y Cabos con refuerzos sacados de varias provincias, con lo que se formó un ejército de hasta doce mil de infanteria y dos mil y quinientos caballos. Iba por General de la caballería Pedro César de Meneses; de la artillería, Fernando de Sousa Coutiño; por Maestres de campo generales, el conde de San Juan y D. Francisco de Acevedo, que alternaban en el mando por semanas, y por Sargento Mayor de batalla Miguel Carlos de Tavora: el mando superior de todos le tenía el conde del Prado, como Gobernador de armas de aquella provincia.

Acompañaba á este ejército un tren, compuesto de catorce piezas de artillería, con gran copia de víveres, municiones y demás aprestos militares. Estos preparativos se hicieron con tanto secreto, que pareció que sólo se enderezaban á la seguridad y defensa de aquella provincia. Mas como, en realidad, el intento de los portugueses era tomar por interpresa alguna plaza del vecino reino de Galicia, á lo que convidaba el descuido y desamparo en que tenían los nuestros aquella y otras fronteras, con esta resolución salieron en campaña el 28 de Octubre, pasando el Miño junto al fuerte llamado de Gayón.

Su primer intento, y el parecer de los más prácticos, fué acometer á la ciudad de Tuy, plaza de armas de los nuestros, que se miraba á la sazón poco fortificada. No llegó, sin embargo, á tal punto el atrevimiento de los enemigos, sino que, como empresa más fácil, resolvieron talar y robar aquella tierra, asaltando el fuerte de la Guarda, puerto de mar, aunque de los menos importantes de aquella costa. Marchaba el ejército portugués en tres escuadrones: componíase el primero de ocho tercios de infantería y diez y seis batallones de caballería, el segundo de siete tercios y catorce batallones, y el último, ó reserva, de cuatro tercios de auxiliares y tres batallones de caballos.

Entraron ya por nuestras tierras, llevando todo á sangre y fuego; saquearon la villa de Busas, población que se levanta junto al mar, cerca de Vigo; rica, abundante y habitada por setecientos vecinos, quemándola después. D. Luís de Poderico, que era á la sazón virey de Galicia, al ruído de esta invasión y estragos, juntando arrebatadamente un cuerpo de cinco mil infantes y ochocientos caballos, ocupó la Portela de San Colmado, lugar por donde era forzoso que pasase el

enemigo si se empeñaba en proseguir su marcha.

Pero luego que descubrió al ejército enemigo, no mirándose con fuerzas suficientes para resistirle, se retiró hacia la población de Redondella, pasando á la otra parte del puente de San Payo, y los portugueses, señoreando el puesto de San Colmado, al siguiente día quemaron la villa de Porriño, y en ella las fábricas de harina y bizcochos de que se proveía nuestro ejército. De esta manera, talándolo y estragándolo todo, y recogiendo por campos y poblaciones gran presa y despojo, llegaron á la villa de la Guarda, cuya defensa se cifraba en un castillo de cuatro baluartes, con diez piezas de artillería y una guarnición de mil y setecientos infantes y dos compañías de caballería. Como la población no era capaz de defensa, recogióse al punto la guarnición al castillo.

El General portugués tomó luego todas las disposiciones necesarias para el cerco del castillo; asentáronse las tiendas y cuarteles para las tropas, alzáronse las plataformas y baterías, repartiéronse las estancias y puestos, y comenzóse, en fin, á combatir furiosamente el alcázar. Para número tan crecido

de soldados y de aprestos de expugnación como contaban los portugueses, no era, por cierto, grande hazaña el cerco de aquel castillo. Y, aunque pocos y sin esperanzas de ser socorridos, todavía los sitiados resistieron por ocho días, haciendo con gran esfuerzo continuas salidas contra los sitiadores, y causándoles no poca pérdida y estrago.

La noche del octavo día, los portugueses llegaron con sus ataques hasta la estrada cubierta, asaltándola reciamente por tres partes; y aunque los nuestros la defendieron con heroico valor, matando á más de ochenta soldados enemigos y á un capitán de infantería llamado Benito Vieira, además de muchos soldados y gente de cuenta que salieron heridos, entre ellos un Maestre de campo y un Sargento Mayor, al cabo tal golpe de portugueses cargó sobre los defensores de la estrada cubierta, que la ganaron al fin.

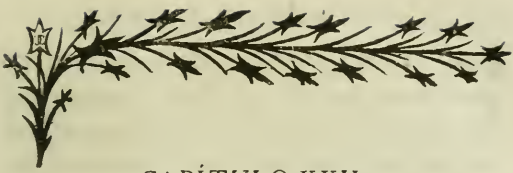
Inmediatamente desde ella comenzaron á picar la muralla, y los del castillo, viendo que ya era inútil toda defensa, capitularon al cabo con honrosas condiciones, un sábado á veinte de Noviembre. Ajustóse que el Gobernador, llamado Jorge de Madureira, pu-

diese salir con seiscientos soldados de paga y quinientos auxiliares, además de cien heridos, resto de aquella esforzada guarnición; que los soldados llevasen sus armas y una pieza de artillería; y, por último, que fuesen escoltados con seguridad hasta la plaza de Tuy.

Cumplióse todo según lo pactado, y los caballos y demás que quedaba en el castillo se entregaron al General de la artillería portuguesa, Fernando de Sousa Coutiño. Ganada esta plaza, el General portugués dejó el gobierno del castillo al Maestre de campo Baltasar Fagúndez, con una guarnición de novecientos hombres, dando la vuelta á Portugal con su ejército, porque el rigor del invierno no consentía seguir más adelante en la campaña. La pérdida de los portugueses en este caso fué considerable, pues no bajó de doscientos muertos é igual número de heridos.

Y fué cosa extraña, por cierto, que D. Luís Poderico, con seis mil infantes de paga, dos mil caballos y crecido número de gente de las milicias que contaba ya bajo sus órdenes, dejase sin oposición á los portugueses apoderarse de la Guarda y causar otros muchos

daños en aquella parte de Galicia, que arrasaron y saquearon á su sabor. El desaliento que se había apoderado de los nuestros, y el haberse apagado ya en los españoles aquel sentimiento de superioridad y valeroso espíritu que los animara cincuenta años antes, solamente pueden dar explicación á tanta negligencia y descuido, ó, por mejor decir, á tal flaqueza y vergonzoso abatimiento.



CAPÍTULO XXII.

SEGUNDA Y TERCERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA. — FIN DE LA GUERRA (1666 Y 1667.)

Entrada de los portugueses, al mando de Schomberg por la parte de Niebla. — Saqueo de Puebla. — Traición del Gobernador de la villa de Paimogo. — Vengan la afrenta los castellanos con la muerte del capitán Salomón.—Schomberg sitia á Sanlúcar de Guadiana — Deshonrosa capitulación. — Sumisión á los portugueses de varios pueblos de Andalucía. —Invaden los portugueses las tierras de Gibraleón.—Saqueo de Trigueros, Gibraleón, Cartaya y Lepe.—Alboroto del pueblo en Sevilla.—Salida de Cádiz de la armada española. — Rendición de varios fuertes. — Desaciertos del Gobierno. — Nueva entrada de Schomberg en el condado de Niebla. — Schomberg es nombrado conde de Mertola. — Esfuerzos de Caracena.—Conciertos entre Caracena y el duque de Medinaceli.—Defráudanse sus intentos.—Alejandro Farnesio derrota al General portugués Silva.—Los portugueses le forman proceso por esta derrota.—Son arcabuceados los culpables.—Su escasa importancia.—Pequeñas ventajas para los españoles.—Escaramuzas de Elvas. — D. Carlos Tasso acomete al General portugués Crato.—Salidas á campaña de D. Iñigo Fernández de Velasco.—Talas de los campos por españoles y portugueses.—D. Baltasar Pantoja destruye villas y lugares.—Capitulación de Umbrales.—Termina la campaña.

La campaña del año entrante, que se contó de mil seiscientos sesenta y seis, dió principio por una entrada que hizo el conde de Schomberg por la parte de Niebla. Era la voz ó el pretexto tomar ven-

ganza de estos naturales, cuyas fronteras los portugueses no habían infestado hasta entonces con sus incursiones y robos, respetando el deudo que unía con el de Braganza al duque de Medina Sidonia, señor de aquellos estados, y que, sin embargo, tenían alojados cuerpos de nuestra caballería, que causaban notable daño en aquella raya.

El 27 de Enero salió de Serpa el conde de Schomberg con un tropel de hasta dos mil caballos é igual número de infantería, y caminando de una jornada nueve leguas, llegó á la Puebla sin ser sentido de sus moradores. Ganó fácilmente por interpresa un castillo que la defendía, le desmanteló, saqueó la población y tomó prisioneros algunos caballos alemanes del regimiento de Rebat, que nuevamente remontado presidiaba aquella villa.

Revolvió después el Conde contra la villa de Paimogo, que razonablemente defendida con altas trincheras y con un castillo de cuatro baluartes de excelente fortificación, pudiera oponer larga resistencia, á no ser por la perfidia de su Gobernador, que entregó al punto la fortaleza y la villa con una compañía de caballos que en ella tenía.

Pareció al Conde aprovechar aquel fuerte

castillo para tener una acogida y un presidio en aquella tierra, á cuyo abrigo poner á contribución á muchos lugares abiertos que cerca se miraban, y por lo mismo dejóle guarnecido con cuatro compañías de infantería, dando después la vuelta á Portugal con ricos despojos. Pero los nuestros, á quien daba gran cuidado la pérdida de aquella villa y castillo, que allanaba toda aquella tierra á las incursiones de los enemigos, no tardaron en vengar este desmán, trayendo al Gobernador que en Paimogo había dejado Schomberg, á una emboscada, donde perdió la vida.

Era este Gobernador cierto capitán de caballería, llamado Salomón, de nación francés, y hombre de extraordinario valor y arrojo, con que, ejecutando frecuentes salidas del fuerte, causaba harto estrago en los pueblos vecinos, hasta que pagó su temeridad en esta ocasión. El barón de Santa Cristina, que mandaba en aquel condado un cuerpo de tropas castellanas, envió al Salomón un espía encubierto, quien le aseguró venir conduciendo un grueso convoy de los nuestros de los montes de San Benito, á seis leguas de distancia de Paimogo. Á Salomón, ante cuyo valor temerario se desvanecía toda idea del riesgo,

bastó este aviso para salir al punto del fuerte con ciento y cincuenta infantes y veinticinco caballos. Llegado al lugar de la presa, halló que en efecto era considerable, y tomándola sin trabajo, pues iba escoltada por pocos, volvíase ufano con ella, cuando, pasando ante un pueblo llamado Malagón, dió en la celada que le tenía aparejada el barón de Santa Cristina, con quinientos infantes y doscientos cincuenta caballos. Á vista de aquel peligro, todavía el Salomón se mantuvo en su resolución de jugar el resto, y ordenó á su alférez que retirase los veinticinco caballos á Paimogo, y que desde allí fuese á avisar á la plaza portuguesa de Moura, para que se acudiese á asegurar el fuerte contra todo intento de los enemigos, puesto que él (tales fueron sus palabras) «quedaba peleando con la infantería hasta dar su vida como bueno por el servicio del Rey.»

Tomada esta resolución, que á primera vista pudiera parecer dictada no más por la arrogancia, pero cuyo saludable efecto se vió después, luego el Salomón apeóse de su caballo, y con su infantería señoreó un pinar, desde donde peleó esforzadamente con los nuestros por espacio de cuatro horas. Mas

al cabo, faltándoles las municiones, muerta la mayor parte de sus oficiales y soldados, y atravesado él mismo por seis mortales heridas, fuéle forzoso rendirse. Los nuestros, no queriendo ensañarse en los pocos enemigos que quedaban, ó rindiendo tributo á su valor, diéronles cuartel, con que salvaron sus vidas, si no es el capitán Salomón, que retraído de la pelea, murió á las pocas horas.

Su muerte, sin embargo, y la derrota de los suyos, no fué parte para que los portugueses perdiesen el castillo, merced al aviso que, á trueque de quedar desamparado en medio del peligro, envió aquel capitán á Moura. Así fué, que cuando el barón de Santa Cristina acudió con toda la gente que pudo recoger en aquel distrito á apoderarse de Paimogo, ya el Teniente General de la caballería, D. Luís de la Costa, avisado por el alférez de Salomón, se había metido en el fuerte con mucha infantería, víveres y municiones. El Barón, viendo frustrado su intento, retiróse con su gente, y el Costa dió la vuelta á Moura, dejando en el fuerte algún presidio, y por su Gobernador al capitán Manuel Rodríguez Covas.

En tanto, pasada gran parte de la prima-

vera, lo favorable de la estación, y el descuido y desaliento de los nuestros, daban osadía á los portugueses para renovar con más ardor las hostilidades. El conde de Schomberg, deseoso de vengar la muerte de Salomón, que habia sentido en extremo, porque, además de ser su compatriota, hacía gran estima de su valor, se previno á tomar por interpresa nuestra plaza de Sanlúcar de Guadiana, en el desagüe de este río, y frontera á la provincia portuguesa del Algarbe.

Avisado por las inteligencias que en aquella plaza tenía, que se miraba á la sazón en tan mal estado de defensa, que á poca costa podría tomarla, hechos los aprestos convenientes, salió de Extremóz el día 23 de Mayo. De allí llegó por sus jornadas á Beja, donde, recogiendo los tercios de infantes y las compañías de caballería que en esta plaza de antemano mandó juntar, enderezó su camino la vuelta de Sanlúcar con tres mil de infantería y hasta mil y doscientos caballos.

Llegado á vista de la plaza, envió delante una banda, compuesta de razonable número de infantes y caballos, para que, rodeándola luego y señoreando los pasos y puestos inmediatos, estorbasen la entrada de todo so-

corro con que pudieran acudir los nuestros al tener nuevas de su marcha.

Ocuparon aquellos portugueses el arrabal, saqueándole, y los moradores recogiéronse luego al castillo, desde donde comenzaron á asestar su artillería, bien que con poco daño de los expugnadores. El Gobernador del fuerte, por conducto de un portugués prisionero que había tomado al retirarse de la población, envió á los sitiadores un papel, donde decía que les estaba muy obligado por darle ocasión de ganar honra, cumpliendo como leal en la defensa del castillo. Pero su lealtad no pasó de aquel vano alarde; porque al responderle los portugueses con otro escrito en que le amenazaban de hacerle ahorcar á él y á los suyos si no se rendían luego, tomóle tal espanto, que mandó á un oficial á enterarse si era el conde de Schomberg el que mandaba en el campo enemigo.

El oficial, visto que era en efecto Schomberg, volvió á decirlo al Gobernador, que, aterrado por la gran reputación que alcanzaba aquel General, desesperado de la defensa, entró al punto en tratos. Ajustóse que el Gobernador saliese para Ayamonte con su guarnición, y al día siguiente, veintinueve de

Mayo, Schomberg tomó posesión del castillo.

Con la pérdida de Sanlúcar, y los daños con que sin oposición trabajaban los enemigos aquella tierra, cundió el terror en todo el Andalucía, libre hasta entonces de los estragos de la guerra, con que algunos lugares pequeños, inmediatos á Sanlúcar, siguieron su ejemplo, prestando obediencia al portugués.

Los enemigos, satisfechos del buen resultado de estas entradas, llevaron á cabo otra nueva por la parte de Gibraleón con mil caballos y algunos infantes, mandados por el Teniente General D. Luís de la Costa y el barón de Schomberg. Éste, que mandaba la retaguardia, batió y forzó á retirarse al Coronel de nuestras tropas, Rugemont, que con trescientos caballos salió á estorbarles el paso del río la Coronada, que corre cerca de Gibraleón, y siguiéndole luego el alcance, llegó tras él al pueblo de Trigueros. Saqueáronle los portugueses, y revolviendo sobre Gibraleón, que había quedado cerca de tres leguas á la espalda, como no hallasen resistencia alguna, dieron al saco la población, quemándola después en gran parte y recogiendo tan abundante despojo, que asegura un historiador de esta nación, que fué el más rico que

los suyos tomaron jamás á los castellanos [1].

El mismo estrago ejecutaron en los lugares de Cartaya y Lepe, con lo que retiróse satisfecho el enemigo, siendo tal el daño y el terror que derramaron sus entradas en aquella tierra, que llegadas las nuevas á Sevilla, levantáronse graves alborotos entre el pueblo, irritados los ánimos contra el Gobierno, que con mano poderosa no acudía á atajar aquellos desmanes y vejaciones, síntoma triste de la decadencia de los pueblos el alborotarse á la presencia del mal para dormirse después cobardemente pasado el peligro, y dejándose aletargar por las engañosas razones de sus regidores y magnates.

En el mes de Junio salió del puerto de Cádiz, según de mucho antes estaba ordenado, la armada de Castilla, compuesta de quince naves, y por su Almirante el duque de Aveiro. Pero no hizo progreso de importancia, reduciéndose todo á tomar un pequeño fuerte en la costa del Algarbe, llamado Baleyeira; pues como quisiese saltear la fortaleza de Sagres, que señorea el cabo de San Vicente, fué rechazada por la numerosa artillería de la plaza. Prosiguiendo después su navegación,

[1] Meneses: *Portugal restaurado*, tomo IV.

llegó la armada á la pequeña isla de Berlanga, tres leguas apartada de la costa de Peniche, y rindiendo un fuerte que con escasa guarnición defendía la isla, luego le desmantelaron, retirándose la armada poco tiempo después á nuestros puertos, sin efecto de más importancia.

Puede computarse el desquiciamiento de nuestro Gobierno por aquella época, advirtiendo que estas demostraciones de la armada de Castilla debieran haberse ejecutado cuando la toma de Évora por D. Juan de Austria, como para secundar sus movimientos en el interior de Portugal. En cuanto á Schomberg, antes de dar la vuelta á Extremóz, hizo otra entrada por el condado de Niebla, causó nuevos estragos, y dejando con suficiente presidio la plaza de Sanlúcar, pasó con gran presteza á reparar las fortificaciones de Arronches.

Á esta sazón, el duque de Braganza, reconocido á los grandes servicios de aquel General, concedióle el título de conde de Mertola, con diez y ocho mil cruzados de renta para mientras viviese.

En tanto, el marqués de Caracena, que seguía con el mando de nuestro ejército, aun-

que falto de medios para continuar con calor la campaña, procuraba hacer cuanto estaba de su parte, si no para remediar las derrotas pasadas, que á esto no alcanzaban sus fuerzas, para sostener en lo posible su crédito y reputación militar, y al menos para no estar ocioso y no tener en balde el nombre y cargo que se le había confiado.

Pero la fortuna le era siempre contraria, y como por su escaso poder no le era posible llevar á cabo ningún intento contra Portugal, llamó en su socorro al duque de Medinaceli, Capitán General que era de Andalucía, concertándose con que ambos entrarían á un tiempo en el vecino reino, el uno por la parte de Extremadura, y el otro por la del Algarbe.

Con este acuerdo, el Duque, aunque no pudo juntar sino escaso número de gente, pasó la frontera; y acometiendo un lugar llamado Deleite, á tres leguas de Castromarín, entráronse en él en número de doscientos infantes y cuarenta caballos, que inconsideradamente entregáronse al punto al despojo y saqueo.

Pero no tardó en llegar un socorro de portugueses, que aprovechando el desorden de los nuestros y entrándose sin ser sentidos por

la parte opuesta de la población, acometieron á los castellanos, los forzaron á retirarse, y acudiendo á la guarda de las trincheras y reductos, pusieron la población á cubierto de nueva embestida. El de Medinaceli, malogrado este intento, dió la vuelta al Andalucía, sin sacar ventaja alguna de su expedición.

Caracena, al mismo tiempo, según lo concertado con el Duque, entró en Portugal con unos tres mil infantes y dos mil quinientos caballos, y llegado al pueblo llamado Cabeza de Vide, rindió con pocos esfuerzos el castillo que le defendía. De allí pasó á cercar el pueblo de Alter do Chao, cuyo castillo, que se miraba bien fortificado, combatió por diez horas, hasta que, sabedor que el portugués Dionís de Mello venía á socorrer á los sitiados con buen número de gente, desistiendo de su empresa, dió la vuelta á Badajoz.

No mayores ventajas sacó de otra nueva entrada que hizo poco después por Jeromenha y Monzarás, dividiendo sus tropas en dos trozos, pues redújose todo á quemar algunos lugares poco fortificados ó abiertos. Más afortunado fué Alejandro Farnesio, General de nuestra caballería extranjera, en un encuentro que tuvo con el General nuevamente pro-

movido de la artillería portuguesa, Juan de Silva de Sousa.

Éste, con mil y doscientos caballos, partió á emboscarse entre Campomaior y Badajoz para saltear las bandas de nuestra gente que salían de esta última plaza, enviando delante cien caballos mandados por los capitanes Ignacio Coello y Francisco Galván, para que robasen algunos bueyes que andaban por aquella campiña. Pero, al ejecutar su intento, cargaron sobre ellos algunos trozos de caballería que salieron de Badajoz, lo cual visto por Juan de Silva, envió en socorro de los suyos más fuerza de caballería, con que los portugueses, poco antes desbaratados, volvieron de nuevo á la carga. Nuestra caballería mirábase ya en algún aprieto, cuando llegó Alejandro Farnesio con mil y quinientos caballos, ordenados en dos líneas, situadas á la distancia conveniente y con claros razonables.

Entonces Juan de Silva, con el resto de la caballería portuguesa que quedaba atrás, acudió á reunirse con los que marchaban delante; pero la falta de tiempo ó la buena resolución con que Farnesio se llegó á cargar al enemigo, no dejaron á Silva ordenar

sus tropas en forma conveniente para la pelea.

Los nuestros, en fin, acometieron tan reciamente, que, sin poderlo sufrir los contrarios, se pusieron luego en desordenada fuga, fiando su salvación á la ligereza de sus caballos. Siguiéronle los nuestros el alcance hasta Campomaior, matando á muchos y haciendo prisioneros á más de trescientos y cincuenta portugueses, entre ellos siete capitanes y gran número de oficiales inferiores. En este buen suceso de Alejandro Farnesio tuvo gran parte, sin contar el esfuerzo de aquel Capitán, la acertada disposición con que supo ordenar su caballería: de tanto provecho es el orden y la disciplina en los trances de la guerra.

Los portugueses sintieron tanto este revés en la arrogancia con que ya se nombraban invencibles, que Dionís de Mello, que por su cargo de Maestre de campo general tenía el mando de aquella caballería, quiso dar cuenta al Gobierno de Lisboa, atribuyendo aquella pequeña derrota al desorden y poco concierto que guardó la gente de Silva en la pelea. Elevado este caso á la consulta del Consejo de la Guerra, luego se enviaron ins-

trucciones al conde de Schomberg, para que, asistido de Dionís de Mello y del Auditor general, se procediese severamente contra los culpables.

Aplicáronseles á éstos penas proporcionadas á la parte que tuvo cada cuál en el desorden ó flaqueza de aquel día, y sorteados los soldados de los primeros cinco batallones que se pusieron en fuga, cinco hombres, uno de cada batallón, fueron mandados arcabucear, sentencia que se ejecutó, dando una lección tan saludable cuanto terrible á todo el ejército.

Estos fueron, en suma, todos los sucesos de la campaña de 1666: la del año siguiente de 1667 presenta tan pocos acaecimientos y de tan poca importancia, que apenas merecen ser apuntados. En ella alcanzaron los nuestros algunas ventajas, pero tan pequeñas, comparadas con los desastres anteriores, que antes que de remedio y reparo, pudieron servirles de trágico recuerdo de tantas rotas sufridas.

Por este tiempo, el Gobernador de Elvas, Juan Leite de Oliveira, envió á tomar lenguas á un capitán de caballería llamado Antonio Pereira de Acuña, y al Comisario general Juan de Sanclá, con alguna fuerza de

caballería; y como se acercasen demasiado á Badajoz, y aquel día se pasase muestra á nuestra caballería, salió ésta á castigar la insolencia de los enemigos, cargóles reciamente, y desbaratándolos, les siguió el alcance, hasta que, muerto algún número, y otros tomados prisioneros, los restantes se salvaron recogiéndose en Elvas; el capitán Pereira de Acuña fué uno de los que cayeron prisioneros en nuestro poder, é igual suerte cupo á otros oficiales enemigos.

Poco después D. Carlos Tasso, con algunos trozos de nuestra caballería, que sumarían todos quinientos hombres, acometió al Teniente General portugués Juan de Crato, que con las tropas de Villaviçosa se hallaba forrajeando junto al castillo de Terragudo. Perdieron los portugueses en este encuentro buen número de gente de caballería, quedando prisioneros en poder de los castellanos el Teniente General y su hermano Damián de Crato.

La pérdida de los portugueses hubiera sido mayor, á no ser por lo enmarañado del sitio, cubierto de monte bravo, que dió ocasión al resto de su caballería para acogerse en Villaviçosa. Proseguíase al propio tiempo la guerra por la frontera de Galicia, donde era

Capitán General el Condestable de Castilla D. Íñigo Fernández de Velasco.

Éste salió á la campaña con razonable ejército, y lo mismo hizo por su parte el portugués conde del Prado, que mandaba en la provincia entre Duero y Miño; pero atento cada uno de estos Generales á estorbar las resoluciones del contrario, nunca vinieron, sin embargo, á encuentro formal, reduciéndose toda la guerra á correrías, talas y despojos, en que padecieron gran estrago los pueblos de una y otra frontera.

Porque si, por una parte, el conde del Prado lo llevaba todo á sangre y fuego por los pueblos abiertos de Galicia, reduciendo á cenizas las mieses y arboledas de aquellos fértiles valles, y destruyendo las haciendas de aquellos infelices naturales, por otra, nuestro Maestre de campo general D. Baltasar Pantoja, de orden del Condestable, entró en la provincia de entre Duero y Miño, quemando y destruyendo todos los lugares del distrito de Montalegre.

Opusiéronle resistencia los lugares de Fayoeno y San Estéban, que guarnecían algunas tropas, al mando de un Sargento Mayor de auxiliares y dos capitanes; pero apretó

tanto Pantoja el cerco de aquellos lugares, que después de algunas horas de resistencia, los entraron á viva fuerza, matando á muchos de las guarniciones, y tomando prisioneros al Sargento Mayor y á los capitanes.

Desde allí revolvió D. Baltasar Pantoja contra los lugares que se miraban en las dos orillas del río Tamaga, arrasándolos casi todos. En cambio, el Maestre de campo general portugués, Diego de Brito, entróse con cuatro tercios y seis compañías de caballos por el valle de Monterey, quemando á Villaza, población ni pequeña ni pobre, y doce lugares más. Pantoja, con su gente, penetró en Portugal hasta la villa de Viñaes, y como cercándola le opusiese mucha resistencia, retiróse á pasar la siguiente noche en el lugar de Mezquita, quemando al paso algunas aldeas, y de allí dió la vuelta á Tuy.

El General portugués Pedro Jacques de Magallanes, que tenía el mando de las armas en el partido de Almeida, apoderóse de nuestras villas de Redondo y Umbrales, que en vano trató de defender el General de nuestra artillería, D. Juan Salamanqués. Encerrado éste en Umbrales, vióse forzado á entrar en capitulaciones, ajustándose en ellas que el mismo

D. Juan, algunos oficiales, y hasta ciento y sesenta de á caballo, saliesen libremente para Ciudad Rodrigo, quedando á merced del vencedor la villa y todo lo más que había en ella, como en efecto se cumplió. Tales fueron los últimos sucesos de la guerra de veinte y siete años, en que el constante valor, los increíbles esfuerzos y el noble entusiasmo que inspiraba á los portugueses la causa de su libertad, les alcanzaron al fin la victoria, así como los desaciertos de nuestro Gobierno, la flaqueza del Rey, el descuido y flojedad de unos Generales, y la falta de fuerzas y medios que aquejó á otros, después de abatir más y más lá reputación de nuestras armas, arrancaron al fin del señorío de Castilla aquella dilatada provincia.

Mas para ver cómo los tratos y negociaciones políticas dieron fin á esta guerra, ya desesperada para los nuestros, teniendo cumplido efecto con la paz definitiva la separación de Portugal, fuerza es tomar de más atrás la corriente de los sucesos. Porque en tanto que se deliberaba en nuestra Corte sobre la conveniencia de esforzar ó terminar la guerra, con culpable descuido, dejándose correr inútilmente tiempo, prosiguiendo las

hostilidades, pero con harta desventaja de nuestra parte, porque mientras los portugueses llevaban al último extremo su esfuerzo y su constancia, tornándose de acometidos en invasores, nuestras fronteras mirábanse casi abandonadas, como por el relato anterior ha podido conocerse.

CAPÍTULO XXIII.

PAZ DE LISBOA.

La Reina viuda doña Mariana de Austria.—Acusación del vulgo á los nobles.—Causas que movieron el ánimo de la Reina para ajustar la paz.—El duque de Medina de las Torres.—Sométese el asunto á los Consejos de Castilla.—Se opone á la paz el Consejo de Portugal.—Razonamiento del duque de Medina de las Torres ante el Consejo de Estado.—Contestación del P. Nitard, oponiéndose á la paz.—Dudas del Consejo.—Confían á D. Juan de Austria el gobierno de los Países Bajos.—El Rey de Inglaterra.—Decídese la Reina á entrar en tratos de paz.—Es nombrado mediador el Rey de Inglaterra.—Ajústase la paz en Lisboa entre el conde Sandwick y Eduardo Montagut por Inglaterra, y el duque de Cadaval por los portugueses.

Muerto, pues, Felipe IV, como ya apuntamos, en Setiembre del pasado año de mil seiscientos sesenta y cinco, uno de los cuidados más graves que con el Gobierno de la Monarquía española pasaron á manos de la Reina viuda doña Mariana de Austria, fué el de la guerra de Portugal. Varios y encontrados eran los pareceres que andaban sobre este punto, así en la corte

como en el pueblo y en el Consejo de Estado.

En especial, eran opuestos á la guerra, aunque disimuladamente, los grandes y títulos de España, unidos en gran parte al de Braganza con lazos de amistad, parentescos y mutuos intereses, lo cual da cierta fuerza á las acusaciones que les dirigió el vulgo cuando el desastre de Villaviçosa, de que la grandeza castellana favorecía la independencia de Portugal por lo que halagaba su jactancia y autoridad el deudo con aquel monarca, y por tener en él un valedor contra el Rey de España y una acogida en su corte cuando sus desmanes les ofreciesen algún riesgo ó persecución en la de Castilla.

Sea de esto lo que quiera, ello es que la mayoría de la nación miraba con horror el que se prosiguiese esta guerra, pues veían menoscabadas sus haciendas con los enormes impuestos que para ello se exigían, y diezmadas sus familias con la mucha gente que había muerto en las derrotas pasadas.

Pero quien deseaba con más ardor que se pusiese fin á la guerra era la Reina gobernadora, que no podía menos de considerar con espanto que su Gobierno, como el de una mujer al fin, no podría proveer á las cosas

de la campaña ni con más diligencia ni con mejor fortuna que el del difunto Rey, mayormente en el extremo á que había llegado aquella empresa, cuando el suceso favorable de sus armas y el mucho tiempo que contaban ya de independencia, había dado lugar á los portugueses de robustecer y afirmar su poder.

Aquejábala otro grave cuidado, y era el no mirarse con la suficiente autoridad, poder y público favor para no temer las consecuencias de una nueva derrota que pudiera sobrevenir, y que la haría blanco del descontento de la nación y de los tiros de sus émulos. Y si atendidas las graves dificultades que se oponían á llevar adelante la guerra, no podía resolverse á este intento, tampoco le era dado poner en ejecución el de ajustar la paz, temiendo no se la culpase de demasiada precipitación en desmembrar de la Monarquía española tan importante provincia, reconociendo la soberanía del Braganza, resolución que imprimiría un borrón de afrenta en los principios de su gobierno.

Tampoco dejaba de alcanzársele que los mismos cortesanos que á la sazón solicitaban con gran ahinco la paz, después de alcanzada la impugnarían. Por lo mismo, en medio

de tales dudas y zozobras, no quiso tomar de por sí resolución alguna, sino que mañosa, y disimulando su propia opinión, que era más propensa á la paz que á la guerra, sin mostrarse parcial de la una ni de la otra opinión, aguardó á conocer á fondo las miras y parecer de sus ministros y consejeros. Y viendo al fin que los ánimos de todos se inclinaban más á la paz, fingió ella contradecir esta resolución para abrazarla después, como vencida á pesar suyo por las instancias y consejos de aquellos sus Ministros, con que no sólo conseguía su intento, sino que eludía en cierto modo los cargos que por ello pudieran imputársele.

Uno de los Ministros del Consejo de Estado que más favorecía á estos ocultos deseos de la Reina, era el duque de Medina de las Torres, personaje de gran autoridad, cuyo voto, si contrario siempre á esta guerra, en aquella ocasión lo era más, porque teniendo un hijo prisionero de guerra en Lisboa, y no admitiendo los portugueses dinero por su rescate, se prometía que la paz le volvería á sus brazos.

El Duque, con este empeño, no omitía medio alguno para lograrle, ya por instancias

secretas, ya por públicas consultas con la Reina, ya atrayendo á su parecer á los demás Ministros y Grandes, persuadiéndoles con elocuentes razones que tal guerra no podía acabar de otra manera que con la paz, reconociendo al portugués su independencia, ó si no con la ruína de Castilla.

Encarecía, para esforzar sus consejos, los muchos y graves males que de no atenderle, hasta entonces se habían seguido; error funesto, que había costado tantos desengaños á los Ministros y tantas derrotas á España. Resultó de aquí, que muchos, por ser acaso del mismo parecer, ó por adulación al Duque, proponían descubiertamente la paz, como el único medio de atajar los males que con aquella guerra trabajaban nuestra Monarquía; con que viendo la Reina que las cosas habían llegado al punto que ella deseaba, y aunque hasta entonces públicamente había manifestado oponerse á la paz, repentinamente envió una carta á los Presidentes de todos los Consejos, que se hallaban reunidos en palacio *in singulis conciliis,* mandándoles que, sometiendo á la deliberación de cada Consejo la conveniencia de poner término á la guerra de Portugal, ó de proseguirla, remitiesen

después los pareceres de todos y cada uno de aquellos Magistrados, por escrito.

Elevado, pues, tan grave negocio á la consulta de los Consejos, según el precepto de la Reina, los Ministros y personajes que los componían acordaron por la mayor parte, como más conveniente, el ajustar la paz con los portugueses, á excepción del Consejo de Portugal, que, compuesto de naturales de este país, aun después de la alteración habíase conservado con el mismo nombre.

Este Consejo respondió á la consulta de la Reina, manifestando con qué medios y trazas, de no difícil ejecución, por cierto, podría continuarse la guerra, si así pareciese; pero que á lo menos debía aplazarse ó suspenderse, pues sería infame, al par que vergonzosa, la paz ajustada con aquellos vasallos rebeldes. Este parecer del Consejo de Portugal pareció á muchos arrogante, juzgando otros por cosa temeraria, si no digna de burla, el que portugueses, como lo eran aquellos Magistrados, hiciesen alarde, ó de más entendidos, ó de dotados de más celo é interés por las cosas de Castilla que todos los demás, que, con ser hijos de esta nación, eran, sin embargo, de opinión contraria.

Pero lo que parecía arrogancia y temeridad, no era sino disimulación y cautela, según algunos, porque siendo portugueses, y proponiendo la paz para su nación, hubiera parecido interesado ó sospechoso su voto, como dictado por el sentimiento poderoso del suelo natal. No parece sino que en aquel período de degradación castellana, la fortuna le reservaba siempre á los portugueses el hacer mejor figura, así en Madrid como en Lisboa.

Aquellos altos varones que habían sacrificado á la unidad de la Monarquía, y como anteviendo el decaimiento de uno y otro reino, su estado, sus fortunas, y acaso los vínculos de la sangre y los despiques de amor propio, se levantaron muchos codos de altura, con su dictamen y consulta, por cima del apocamiento é innoble flaqueza de los demás Consejos. Y es deuda obligatoria el sacar del olvido este hecho, y consignarlo aquí, para mengua de los unos, gloria de los otros y saludable amonestación para lo futuro. Los Consejeros portugueses, en fin, consultaron como estadistas, y los castellanos como senadores de los tiempos de Augústulo.

Y puesto que llegamos á punto tan importante como lo es el desenlace y término de

tan azarosa y dilatada guerra, creemos á propósito exponer con suficiente detención qué dificultades invencibles, qué razones de importancia y conveniencia resolvieron á nuestro Gobierno á renunciar á todo derecho y esperanza sobre el Portugal; pérdida más considerable que cuantas hasta entonces había sufrido Castilla, por ser en el recinto de la misma Península, y como un girón que se dejaba arrancar de su mismo real manto.

Donde con más calor se debatió este gravísimo negocio, fué en el Consejo de Estado; mas puede asegurarse que no hubo entre sus Ministros uno tan solo que, juzgando la cuestión desapasionadamente, diese su fallo y parecer consultando á lo que más cumplía á los intereses y gloria de nuestra nación: al menos prevalecieron en sus votos ideas y miras particulares. El duque de Medina de las Torres, con un razonamiento más lleno de elocuencia que de virilidad y constancia española, se esforzó en probar los daños y ruína que se seguirían á Castilla de no poner pronto término á la guerra, y esto porque al Duque importábale la paz, como ya hemos observado, para rescatar un hijo que tenía preso en Lisboa, y lo era el Maestre de com-

po D. Acisclo de Guzmán. El Duque habló en esta sustancia:

«Si antes de ahora, y desde los mismos primeros pasos de esta guerra, me he opuesto á ella con tenaz empeño, como es testigo este nobilísimo Consejo, por tomar en cuenta la contumacia de los portugueses, la poderosa ayuda de sus aliados, y la misma fatalidad que parece habernos cobijado en esta empresa, con más razón en el trance á que han llegado las cosas, debo proponer la pronta paz, como el único medio de remediar los males que nos rodean, y evitar el quebranto y ruína inevitable de toda la Monarquía.

»Porque toda guerra es forzoso que tenga su remate, ó en la victoria, ó en la servidumbre y total ruína del vencido, si éste no acude á reparar el daño solicitando con tiempo la paz. Que nosotros no podemos vencer, harto lo han probado los desastres de estas campañas: por lo mismo, la paz es nuestro único remedio y reparo; pues tan distante está nuestra Monarquía de emprender nuevas conquistas ó de recobrar lo perdido, que necesita de todas sus fuerzas para sustentar lo que queda, y que ya se ve amenazado de alteraciones y novedades. Y para proceder

por partes en esta demostración, ¿qué medios nos quedan para lograr con nuestras armas la reconquista de Portugal, que superen á los empleados hasta aquí con tan infeliz suceso?

»En el cerco que pusimos sobre Elvas años pasados con un poderoso ejército, alentado por la presencia del mismo D. Luís de Haro, árbitro entonces de las cosas de España, el resultado de la empresa fué tener que levantar el sitio, después de una afrentosa derrota.

»Después, ajustada la paz con el francés, y recogidas todas las fuerzas de la Monarquía y todos los recursos del Erario para oprimir con gran poder al enemigo, con tantos alientos y con un crecido ejército mandado por uno de nuestros más grandes Capitanes, sólo conseguimos la derrota de Extremóz, dando celebridad á aquellas humildes tierras con la afrenta y la mortandad de los castellanos.

»Perdimos en esta catástrofe la flor de nuestra milicia, los tercios veteranos llamados al intento de Italia y Flandes. Con el resto de nuestras fuerzas, con grandes levas hechas en todas nuestras provincias, y con las tropas

auxiliares de italianos, alemanes y otras naciones alistadas para esta guerra, volviéronse á medir nuestras armas con las portuguesas en Montes-Claros, y nos sojuzgó la misma desventura, sintiéndose todavía los lamentables efectos de tan funesta derrota.

»Á estos daños debe añadirse el trabajo y esfuerzos malogrados de tantas campañas, los cuantiosos é inútiles dispendios que han ocasionado, la reputación oscurecida de nuestros mejores Generales, Torrecusa, Leganés, Garay, D. Juan de Austria, Caracena y otros, y por último la victoria de las armas portuguesas y el abatimiento y mengua de las castellanas.

»Pues ahora, sin recursos en el Erario, sin gente alguna veterana, sin Generales de quien echar mano que alcancen en grandes dotes y aventajen en fortuna á los anteriores, y cuando aqueja al Estado otro grave mal en la menor edad del Rey, fuera por cierto, no solamente difícil, sino también temerario y de resultados funestos, el insistir en un empeño, frustrado antes con mayores fuerzas y con todas las esperanzas de la grandeza.

»Sabido es, y lo atestigua con hartos ejem-

plos la historia, que las minorías de los Reyes son fatales para las naciones, y en ellas más que nunca son necesarias la paz y buena concordia con los pueblos vecinos, para que las guerras de afuera no den calor á las discordias interiores, y, rodeada de este doble riesgo, sucumba irremisiblemente la Monarquía.

» Por otra parte, los grandes aprestos de guerra que hace el francés, la liga y alianza que ha concertado con el rey de Suecia, con el de Inglaterra y con muchos príncipes de Alemania, ¿quién duda que amenazan á España, cuyos Estados de Flandes y ducado de Brabante son objeto de la codicia de aquel Monarca?

» No es necesario encarecer los males que oprimirían á nuestra nación, forzada á sostener á un tiempo la guerra con Francia y Portugal, males que subirían hasta el más alto punto, si Inglaterra y Holanda, cosa no difícil por cierto, se uniesen á la parcialidad de los contrarios, y si en otras de nuestras provincias estallase acaso nueva guerra, fomentada por los enemigos de afuera.

» Dirá alguno que el ofrecer la paz á esos vasallos rebeldes cuando más puede tenerse

por resolución útil y prudente, pero que siempre aparecerá fea y afrentosa á los ojos de la Europa, y que por lo mismo sería más acertado, en vez de paz, ajustar treguas más ó menos dilatadas, con que evitar los daños de la guerra y no incurrir en la ignominia de la paz.

» Yo mismo me inclinaría á este parecer, si bastase la tregua á dar el reposo á nuestra nación, y no abrigar el convencimiento de que los portugueses, aun sin ser acometidos por los nuestros, no habían de cesar en causarnos todo el daño posible con entradas y rebatos. Y, á la verdad, creo más prudente aceptar la paz, ahora que los contrarios se brindan á ella, que no vernos obligados después á pedirla á pesar nuestro, cuando la fortuna, siempre en aumento, de los portugueses, acrecentada con las instigaciones y los socorros públicos ó secretos del rey de Francia, hubiesen empeorado tanto nuestro partido, que nos sería forzoso pasar por las condiciones más duras y vergonzosas.

» En tiempos tan contrarios como los que corren para España, fuerza es mirar antes por la conservación que por la gloria, y preferir los beneficios de la paz, que son ciertos y se-

guros, á las ventajas y remedios aventurados de la guerra; cuyos azares, así como imposibles de preverse, lo son también de remediarse. El mismo Felipe IV, cansado de guerra tan dilatada y funesta, aun cuando las cosas no estaban tan desesperadas como lo están hoy día, deseaba ajustar la paz con condiciones un tanto favorables.

»Esta resolución no la llevó á cabo aquel Monarca, así por estar todavía viva y reciente la ofensa de la deslealtad con que se le había alzado el Braganza su vasallo, como porque sus Ministros y Consejeros, conociendo el enojo del Rey, no tuvieron la suficiente entereza para aconsejarle lo que era razonable.

»Mas ahora que con la muerte ha dejado de existir la ofensa y agravio particular, y cuando, por otra parte, no nos es dado ejecutar la venganza, la paz es más necesaria que nunca, evitando con ella que los daños pasen adelante.

»Una razón tan sola pueden oponernos todavía los partidarios de la guerra, y es el enojo con que verá nuestro augusto Monarca Carlos II, cuando llegue á mayor edad, que esta paz ha arrancado de sus dominios el

Portugal, una de las provincias y señoríos de que se compone su real herencia.

»Pero aun este escrúpulo es fácil de desvanecer, si se tiene en cuenta que el Rey, á la sazón niño, cuando tome las riendas del Gobierno puede invalidar de derecho las disposiciones tomadas por este Consejo y por la misma Reina, su madre; con que si, mirándose con fuerzas bastantes, llega á intentar alguna vez la empresa de recobrar aquellos Estados, celebrará el prudente arbitrio con que en estos tiempos calamitosos, por medio de una paz insidiosa y simulada, se ha acudido á mantener y asegurar el resto de sus dominios, sin privarle de sus derechos sobre Portugal.

»Por todas estas razones, pues, y por tal conjunto de causas, que, como amontonadas por un hado incontrastable, conspiran á hacer forzosa la paz, el mejor partido es acudir sin dilación á este remedio, el único que puede curar los males que padecemos y evitar otros mayores que pueden sobrevenir.»

El de Nitard, confesor de la Reina, y que, en verdad, con sus consejos, así políticos como espirituales, gobernaba aquella vasta Monarquía, respondió al de Medina de las

Torres con las siguientes razones, que si artificiosas ó sinceras, lo cual es fácil poner en claro, siempre aparecerán más dignas que las del grande de Castilla. En este vergonzoso negocio, las sayas y el sayal alcanzaron mayor dignidad que la toga y el bastón. El P. Nitard dijo así:

«Mejor asiento tendría en mis labios en esta ocasión el silencio, que no el arriesgarme á manifestar mi opinión en asuntos tan arduos y cuestión de tal gravedad, por lo mismo que, más familiarizado con el cilicio y la contemplación, puede contárseme como ajeno á los negocios de Estado, y que, no habiéndome endoctrinado en ellos, no puede asistirme aquella sabiduría que presta el haber pasado por los oficios menores, por grados y poco á poco, hasta alcanzar, como sucede á otros varones, toda experiencia y toda sabiduría al llegar á los últimos términos del áulico poder.

»Y, por lo mismo, sólo humillándome á la voluntad y al soberano mandato de la Reina, es cómo puedo resolverme á romper mi silencio en este recinto, ante tanta autoridad y tanta sabiduría como se sientan debajo de esos doseles. Y, falto de práctica, me valdré.

antes que de otros fundamentos, de la autoridad de los ejemplos pasados y de la enseñanza de la historia.

»Si es cierto que los grandes imperios, por humildes principios han llegado siempre á mayor grandeza, fruto, con otras virtudes, del valor y de la justicia, no es menos cierto que su conservación, menos se debe atribuir á la anchura de sus límites y al número de sus soldados, que al uso moderado de su poder y á la constancia en las vicisitudes de la fortuna y de su firmeza en los quebrantos de los tiempos. Allí en donde hay entereza en el ánimo para sufrir reveses, corrigiendo sus defectos con la perseverancia y trabajando con diligencia y confianza, no puede estar lejos el triunfo y el vencimiento.

»Y no es otro que esta tolerancia para resistir los azares de la fortuna, lo que nos conviene ejercitar en esta guerra tan justa que Castilla sostiene contra la sinrazón de Portugal. Si sentimos vida en nuestro corazón, fuerza en nuestros brazos, recursos en el Erario, y la voz de la honra sobresale por encima de toda consideración, no hay respeto alguno que nos haga retraer de luchar con mayor ahinco, no sea que, sobrecogidos nues-

tros ánimos por los reveses sufridos, la flaqueza y la fascinación nos hagan abultar los peligros y nos presenten sin cura y sin remedio lo que puede desvanecerse sólo con nuestra voluntad y nuestro esfuerzo. Recordemos los trances por donde pasó la antigua Roma antes de llegar á su grandeza.

»La batalla de Cannas postró aquella república hasta el último trance. Y no fueron mayores los apuros en que en las mismas guerras púnicas se encontraron los cartagineses cuando fueron vencidos en las islas Egates, y después, en la de Zama, Aníbal por Scipión. Y, sin embargo, Roma se levantó más poderosa después de la de Cannas, al paso que sus rivales no supieron restaurarse de sus desgracias y reveses.

»Y fué que los romanos tuvieron grandeza para no desconfiar y firmeza para resistir; al paso que los otros vacilaban entre el desmayo femenil ahora, para seguir después las inspiraciones de la desesperación. En tal contraste, cuál sea la elección que cumple á varones esforzados, como los que me escuchan, no es difícil de señalar.

»Convengo en la estrechez del Erario, en la diminución de los soldados, en la postra-

ción de las fuerzas y en el apocamiento de todos los recursos. Pero, ¿por ventura es más lisonjera la situación de Portugal? ¿De qué necesita Castilla de que pueda hallarse abundante ese reino enemigo? Comparada escasez con escasez, y pobreza con pobreza, ¿cuál aparecerá más escuálida y menos remediable y convalescente? Compárense el número de moradores de entrambos reinos, las rentas reales, los impuestos y tributos, los recursos en armas y caballos, y demás aprestos de guerra, y resaltará, con la evidencia de la luz, cuánta, comparada con Portugal, sea la ventaja con que sobresale el poder de Castilla; y el decir lo contrario, ó será efecto de ciega parcialidad, ó arranque lastimoso del desaliento y de la postración. Porque las reliquias de las riquezas y recursos de Castilla; han de levantar siempre más colmo á los ojos del estadista entendido, que juntas y amontonadas todas las riquezas y tesoros de la Lusitania. Acaso se me replicará: pues habiendo allí tanta flaqueza en las fuerzas, y tal agotamiento en los recursos, ¿puede aparecer tanta arrogancia, tanta soberbia y aun insólita insolencia, cuanta es la que los portugueses nos ostentan?

»Responderé, pues, que los favores primeros de la fortuna, y el odio con que engendrados vienen al mundo en contra de los castellanos, les prestan fuerzas para su pertinacia, y la pertinacia, furor y constancia para resistirlo todo y cobrar confianza, que es la que engendra los buenos sucesos para hollar todos los obstáculos y lanzarse en una ocasión después de otra, alcanzando en fin cosas mayores.

»Pero la fortuna es veleidosa y loca, y cuando se sufren sus reveses, hay harta esperanza de que sus favores no están muy lejanos, y por ello los varones esforzados que resisten sus desdenes, solicitando sin cesar, al cabo llegan á poseerla, quebrantando su terquedad y sinrazones; y Castilla tendrá siempre mano cierta y ocasión perpetua para asegurarse de Portugal, ciñéndosela inevitablemente, confundiendo con el suyo los retales estériles de su territorio.

»Porque las ramas, desgajadas por acaso ó por capricho, no es difícil el unirlas y soldarlas al tronco común, si una mano hábil preside con estudio y paciencia á tal propósito. Esta contigüidad del territorio, no apartado ni por cadenas de montañas ni por

ríos ú otros obstáculos, es prenda segura de que extintas ciertas causas pasajeras (y todo en el mundo pasa), el ascendiente y la superioridad resucitarán con mayor fuerza allí donde la naturaleza los quiso poner y fijar. Y no hay duda de que en Castilla, entraña principal de este gran territorio, es donde vive el corazón de esta vasta Monarquía. Los odios que dividen ahora á castellanos y portugueses, puesto que en realidad existen, son más bien rivalidades nacidas en una propia familia, que no el aborrecimiento que engendra la diversidad de linaje, la oposición de las creencias y del idioma, y la contrariedad de los usos, de los hábitos y de las leyes.

»Y allí donde hay tal conformidad en estos puntos, el aborrecimiento ha de tener fin, y han de renacer la concordia de la amistad y la dulce piedad de hermanos. La oposición y antipatía que hoy reinan entre ambas provincias, son más bien resultado artificial de las artes de los enemigos jurados de esta Monarquía, los Estados de Holanda, el rey de Francia y el de Inglaterra, que no el resultado natural de causas perennes é inacabables. Cuando tales pensamientos se estudian y califican, el ánimo del estadista se conven-

ce que en el caso presente no hay más que resistir constantemente y esperar con confianza.

»Y, á propósito de esto, y tomando también autoridad de otro ejemplo de los antiguos, repetiré aquí lo que Tito Livio, el historiador romano, resuelve en la cuestión que él mismo se propuso; á saber: qué hubiera acontecido si el Magno Alejandro, en vez de dirigir sus falanges vencedoras hacia las regiones del Oriente, hubiera entrado invadiendo las provincias de Italia para combatir con los romanos.

»Y aquel autor no vacila en resolver que los romanos hubieran alcanzado el triunfo final, porque, vencidos una y otra vez, pudieran reponer sus fuerzas y sus soldados, como luchando allí donde surgían todas sus fuerzas y en el centro de su poder, y porque, una vez vencido Alejandro, no le quedaba otro recurso, al paso que los romanos podrían renovar una y cien veces la propia lucha.

»Esa Lusitania encerrada en un ángulo de las Españas, y como oprimida por éstas las provincias de Castilla, ¿qué recurso le quedará, sufrido el primer revés de la batalla desgraciada? Contad el número de sus veci-

nos, segregad de ellos al anciano, al inútil, al enfermo, al sacerdote, al imberbe y al adscripto á las artes serviles y oficios de vileza; ¿qué número quedará para tomar las armas? Y una vez vencidos estos, y sufriendo una y otra matanza, ¿con qué han de llenar el vacío y con qué reclutas han de reemplazar su ejército?

» Pues, por el contrario, si atendemos al poder de la España, al inagotable tesoro de sus Indias, y al inacabable semillero de sus soldados en Italia, Flandes, Castilla y Aragón, habremos de concluir que su poder es inmortal, y que antes los portugueses venciendo han de encontrar su muerte y su ruína, que no los castellanos, consumidos por las desgracias y las derrotas. Y no se diga que los portugueses han de recibir ayuda y subsidio de los extranjeros, porque es ley cierta en las naciones, que los socorros de afuera son mucho más costosos que los sacrificios de los naturales.

»Los dineros extraños consumen más que los tributos impuestos por la necesidad propia, y al fin devoran y destruyen los réditos y la hipoteca. No hay más que decir sino que, manteniéndose incontrastable Castilla, ó Por-

tugal ha de entregarse como prenda para que se cobren en ella los auxiliares sus anticipaciones y socorros, ó que, postrada, ha de recibir la ley de su poderosa rival.

»Una batalla feliz y que lleve á Lisboa las banderas de Castilla, será parte suficiente para dar al traste con toda esa jactancia y poder mentido de los portugueses. Pero todavía me queda que combatir y reducir al miserable polvo que merecen, esos argumentos deleznables y fútiles que se quieren empinar para darles la grandeza que no tienen, sacados de la menor edad del Rey y de los peligros que siempre amenazan en semejantes trances.

»Viviendo el rey Felipe IV, y cuando mayores peligros nos cercaban, porque el francés nos apremiaba con urgente necesidad, si afortunado en Cataluña, más poderoso en Flandes, todavía se consideraba como afrentoso entrar en tratos con el de Braganza.

»Ahora se abultan los peligros, y los ánimos se inclinan á lo mismo que antes se afrentaba, porque el timón del Estado se encuentra en las manos de un Rey niño, y la nave del Estado combatida por las tempestades, no sólo bélicas, sino las que pueden soplar también las ambiciones de los próce-

res y magnates. Pero á ello responderé con otro ejemplo, no sacado de las antiguas, sino de las modernas historias, y de un Estado cuyo gobierno todos conocemos y con quien tratamos cada día: hablo de la república de Venecia.

»Porque es ventaja y alabanza singular la que alcanza aquel Estado desde su fundación misma, el que la sucesión del Dux ó príncipe no introduzca novedad alguna en el régimen y gobierno, y que las costumbres, derechos y leyes, así antiguas como recientes, permanezcan fijas y estables, aun después de la muerte del Dux, de suerte que con ella no se pierde sino una sola persona, y el Estado sigue gozando de vida inmortal, libre de alteraciones y mudanzas.

»Tal ejemplo es el que debemos imitar ahora que es muerto el rey Felipe IV; que puesto que en su muerte no ha hecho sino devolver el alma á los cielos y el cuerpo á la tierra, así como en su vida firmar y autorizar siempre los decretos y consultas de sus Consejeros y Ministros, ¿qué obstáculos puede ofrecernos el que su cetro haya pasado á otras manos, si la entereza, prudencia y sagacidad de los Ministros y Magistrados que

componen este Consejo, permaneciendo constante é inalterable, puede acudir á todos los graves negocios del Estado, y entre ellos al de la guerra con Portugal, á no ser que se esconda en ello alguna otra causa ó pretexto disimulado, y nacido quizás del mero antojo de los que sostienen la opinión contraria? ¿Por ventura los pocos años del Rey son parte para privaros también de vuestra prudencia y justa estimación en que debéis tener la majestad y grandeza del imperio castellano, á vosotros, altos varones, y á los demás que con vosotros comparten el peso de esta vasta Monarquía?

»Por el contrario, porque nos gobierna un Rey niño nos conviene hacer mayores sacrificios y esfuerzos de valor para evitar males de mayor gravedad que resultarían en esta ocasión, de ajustar esas paces que han de costarnos la pérdida de Portugal. Porque ahora más que nunca, y por esos mismos inconvenientes de la minoría del Rey, que tanto se ponderan, si nos dejamos arrancar esa provincia, autorizando voluntariamente con las paces su separación, ¿qué se puede esperar de la fidelidad y constancia de las demás provincias y reinos, puesto que los malos ejem-

plos, sobre todo cuando los cobija la buena fortuna, sean tan poderosos en los ánimos de los hombres?

»Si es cierto que el Estado se encuentra enfermo, que sus miembros no se ajustan á un movimiento compasado y regular, y que desmaya el vigor del imperio por encontrarse en manos de un Rey pupilo, no busquemos, no, el remedio en el abandono de todo régimen por la no restauración de las fuerzas y por la suputación de partes y miembros principales, sino que apliquemos todo estudio, toda diligencia para reparar los males con mano hábil y entendida. Allí donde hay anchos dominios, también se encuentran mayores recursos para continuar la guerra.

»Creedme, pues, que si nos ahincamos en nuestro propósito con constancia y alacridad, vendrá abajo el poder del lusitano, y sus fuerzas vendrán á extinguirse, como á cansarse los favores de la fortuna. Porque si es cierto que en los abismos de los mares los pequeños vienen á ser tragados inevitablemente por los grandes cetáceos, más pronto y con más facilidad en el continente vienen á ser absorbidos los pequeños territorios por los grandes imperios.

»Pues todas estas bien fundadas esperanzas, todas estas máximas y enseñanzas, y tal perspectiva de futuros aumentos y de triunfo indudable, vendrán á tierra y se desvanecerán lastimosamente, ¡oh varones ilustres! ¡oh capitanes esforzados!, si tocados nuestros ánimos de la flaqueza y del desmayo, consentimos esa paz vergonzosa con Portugal, que, si provechosa y aun gloriosa para ellos, será una eterna afrenta para Castilla. Habéis oido, ilustres Consejeros, experimentados Capitanes: resolved ahora.»

Este razonamiento en nada movió los ánimos de aquellos Grandes y Ministros, por entender que Nitard se expresaba así, no por sus propias convicciones, sino por sujestión y en gracia de la Reina, que fingía oponerse á la paz. Ofendióles también, en cierta manera, una razón en que había insistido Nitard, como en sesgo de acusación; á saber: que le parecía extraño que aquella paz que en tiempos del difunto Rey, y cuando embarazaban á España otras muchas guerras, había parecido detestable y afrentosa, se tuviese á la sazón por decorosa y útil.

Porque con esto daba Nitard á entender, que en la presente ocasión, ó en la pasada, el

parecer de los Ministros de aquel Consejo no había sido imparcial y sincero. Por otra parte, tenía confusos á aquellos personajes y estadistas que la Reina sometiese á su deliberación el negocio de la paz ó de la guerra, cuando tan inclinada se mostraba á favor de las armas, y por ello, aunque sin poder entrar en los ocultos deseos de la Reina, alcanzábaseles todavía que su objeto era descargar en ellos la responsabilidad que pudiese caberla, cualquiera que fuese el partido y resolución definitiva que se tomase.

Con este temor, aquel Consejo dudaba en la consulta que daría á la Reina, y ésta, sin atreverse á tomar de por sí ninguna resolución, proseguía encubriendo sus deseos con el mismo disimulo, lo que fué parte para que se dilatase mucho tiempo el fallo de tan grave negocio. Acaeció entre tanto que la Reina, deseosa de alejar de la corte á D. Juan de Austria, en quien, por ser hijo del difunto Rey, y por el prestigio y autoridad que le rodeaba, miraba un rival temible para sus intereses y los del Rey su hijo, determinó confiarle el gobierno de los Paises Bajos, adonde amenazaba con guerra el rey de Francia.

D. Juan, á quien no podían menos de ser odiosos estos designios de la Reina, respondió con disimulación que aceptaba de buena gana aquel cargo; pero que como los apuros del Erario no permitían á Castilla acudir á un tiempo á dos guerras, era forzoso ajustar antes la paz con Portugal, porque de otro modo él, falto de fuerzas, sería derrotado en Flandes, y los portugueses por su parte nos causarían otras pérdidas no menos lastimosas. Esta excusa de D. Juan pudo tanto en el ánimo de la Reina, que aun cuando ella se hubiera opuesto sinceramente á la paz con Portugal, resolviérase á ajustarla para eludir el pretexto de D. Juan, á quien temía demasiado para obligarle á encargarse á pesar suyo del gobierno y campaña de Flandes. Allegóse á esto para confirmar á la Reina en aquella resolución, la amenaza que hizo el rey de Inglaterra, de que si los castellanos no aceptaban la paz que se les proponía con los portugueses, ayudaría al de Braganza en aquella guerra con todo su poder.

Instigaban al rey de Inglaterra para que esforzase sus amenazas, y, rubor causa el decirlo, los mismos grandes de Castilla, por muchas razones interesados en aquella paz,

como antes de ahora hemos observado, y en especial porque con ella alcanzasen libertad muchos de sus parientes y allegados que se miraban á la sazón presos en Lisboa. Por tal manera, sacando partido la Reina de las mismas contrariedades que la rodeaban, logró que se creyese que se resolvía por fuerza y necesidad á lo mismo que más ardientemente deseaba.

Mandó, pues, que sin más dilación se entrase en tratos y negociaciones con el portugués sobre aquella paz y sobre las condiciones con que debía ajustarse. Al fin, después de muchos días perdidos en altercados y propuestas, resolvióse en el Consejo de Estado, con aprobación de la Reina, que en el ajuste de la paz interviniese el rey de Inglaterra como mediador con Portugal, y que para negociarla de parte de Castilla se enviasen plenos poderes al marqués del Carpio, que prisionero de guerra se hallaba en Lisboa.

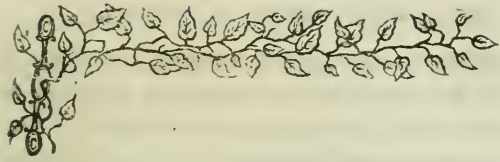
El rey de Inglaterra nombró su Plenipotenciario para esta paz al conde de Sandwick, Eduardo Montagú, su Embajador extraordinario en la corte de Madrid, y el portugués revistió de los mismos poderes al duque de Cadaval.

Reunidos estos Ministros en la corte de Lisboa, discutiéronse los artículos de paz, en que la destreza y gran tino para los negocios, del marqués del Carpio, sacó para Castilla cuantas ventajas pudieron caber en el estado de apuro y calamidad á que en aquella ocasión habían llegado nuestras cosas. Concluyóse y ratificóse el tratado de paz [1] en trece artículos, cuya sustancia es esta: que España reconocería la independencia del Portugal y la soberanía de su Monarca; que todas las ciudades, plazas y castillos pertenecientes á cada uno de los dos reinos, y que hubiesen sido tomados de ambas partes en el transcurso de la guerra, se restituyesen á su natural y legítimo señor, á excepción de la plaza de Ceuta en África, que debía quedar en poder del Rey Católico, ventaja que alcanzó la industria del marqués del Carpio; que á los vasallos de entrambos Monarcas se restituirían, en virtud de la paz, los bienes, herencias y derechos que en uno y otro reino se les hubiesen arrancado en los odios y persecuciones de la guerra, quedando sin fuerza todas las disposiciones dadas en contrario, y señalándose el término de

[1] En 10 de Febrero de 1668.

un año para las demandas y reclamaciones que en esto pudieran ofrecerse; que los naturales y moradores de uno y otro reino, olvidando los daños y ofensas pasadas, guardarían mutuamente buena correspondencia y amistad, pudiendo comunicarse, entrar y salir y comerciar con toda seguridad en las mares y tierras pertenecientes á entrambos dominios; los nuestros gozarían en los dominios de Portugal de todas las libertades y privilegios que se usaban en tiempo del rey D. Sebastián, y los portugueses en los reinos de Su Majestad Católica de las seguridades y privilegios que gozaban en ellos los súbditos del rey de Inglaterra; los prisioneros de guerra de ambas partes serían puestos al punto en libertad, sin excepción alguna de causa ni persona; los daños que contra lo dispuesto en el tratado se hiciesen los moradores de un reino á los del otro, serían castigados y resarcidos por el Monarca á quien respectivamente correspondiese; la corona de Portugal podría entrar en cualquier liga ofensiva ó defensiva que se ajustase entre el Rey Católico y el de Inglaterra; que las tropas castellanas tendrían libre paso por los dominios del rey de Portugal, y las de éste

por los del Rey Católico, por sus tierras, mares y ríos navegables, para perseguir á piratas ú otros enemigos; ninguno de los dos Reyes podría hacer directa ni indirectamente nada que fuese en perjuicio de la paz establecida; y, por último, que todos estos artículos serían ratificados y reconocidos por el rey de la Gran Bretaña, quien, como mediador y fiador de la paz por ambas partes, debía arreglar con igual justicia cualquier diferencia que pudiese resultar en adelante por algún punto omitido acaso ó no explicado con la suficiente claridad en aquel tratado.



EXAMEN

DE

UN OPÚSCULO PUBLICADO EN 1665 EN DEFENSA DEL MARQUÉS DE CARACENA.

Título del opúsculo, su objeto y fin. — Acusación de impericia que se hacía al marqués de Caracena. — Cargo primero, por haber marchado sobre Villaviçosa. — Cargo segundo, fundado en el poco uso que por la naturaleza del terreno se podía hacer de la caballería. — Tercer cargo, por no haber ocupado puesto sobre el Tajo. — Cargo cuarto, el tiempo que estuvo sitiando á Villaviçosa. — Se pasan por alto otros cargos, siendo el décimo el haber dejado tropas fuera de combate. — El undécimo se ocupa de los cuatrocientos caballos que dejó en Ardila. — El siguiente cargo se refiere á la caballería é infantería que dejó en los bagajes. — El décimotercio, por no haber enviado el bagaje á Jeromenha. — Examen de los cargos siguientes, fundados en la vacilación, que dió tiempo al enemigo para prepararse. — El décimoséptimo es el más importante, por referirse á la disposición del ejército para la batalla. — El cargo diez y ocho trata de los cinco cuerpos en que dobló la caballería. — Ligera reseña de los cargos siguientes hasta el vigésimotercio. — El último cargo es una inculpación á Caracena de todo género de desaciertos. — Consideraciones á que se presta la lectura desapasionada de los cargos, y su respuesta.

Entre los papeles que por este tiempo corrieron en la corte censurando la conducta del marqués de Caracena en la pasada campaña, uno hubo de causar

bastante ruído, por lo grave de los cargos ó lo fundado de las razones en que éstos se apoyaban; puesto que para refutarle, el Gobierno, ó los aficionados y amigos de aquel General, imprimieron é hicieron correr un opúsculo de doce hojas en folio, con este título: *Respuesta de un soldado del ejército de Extremadura á una carta de un Ministro de Madrid, en que le pide le diga lo que entiende sobre un papel de cargos que había salido en aquella Corte contra el marqués de Caracena, sobre la campaña de este año de* 1665.

Este opúsculo parece á primera vista, como lo muestra el título y principio, la relación con que un hombre de guerra y testigo ocular de aquellos sucesos, responde á la consulta que se le hace para que dé su parecer desapasionadamente sobre la justicia ó sinrazón de tales cargos, dirigidos á Caracena; pero á los pocos renglones se echa de ver que tal opúsculo no tiene otro objeto que hacer embozada y disimuladamente la apología de aquel General, justificando todas las medidas y disposiciones que tomó para aquella campaña, y achacando lo adverso del resultado á causas ajenas de sus buenos deseos y

acreditada experiencia militar. Nosotros creemos á propósito tomar cuenta en qué se fundan entrambos documentos, puesto que del papel de cargos y de la respuesta y disculpa puede sacarse en luz la verdad de la causa, y examinar hasta qué punto tuvieron parte los descuidos y desaciertos de nuestros Generales y Gobierno, en lo que quiso atribuirse á ley y fuerza rigurosa de la fatalidad, que es la última razón, si no la falta de todas, que llaman en su favor en las ocasiones difíciles y peligrosas los que no tienen el suficiente valor y resolución para reparar los daños ó corregir los desaciertos.

Comenzaba, pues, este papel de cargos por asegurar que los yerros cometidos en esta campaña por el marqués de Caracena eran tantos, que, ó bien probaban que nunca había sido soldado, ó que lo había olvidado de todo punto.

Á esta acusación responde el autor de la apología con recordar los servicios prestados por aquel General en los treinta y seis años que había que militaba en los ejércitos de S. M., y que en la respuesta á los demás cargos probaría cómo el suceso infeliz de la jornada no había consistido en faltar al Ca-

racena partes de buen soldado y entendido Capitán, sino más bien en no haberse cumplido sus órdenes según él las dió.

Hasta treinta y cuatro eran los cargos contenidos en aquel papel, acusando el primero á Caracena de haber marchado sobre Villaviçosa, plaza de poquísima importancia, y que por lo mismo la había desechado D. Juan de Austria, puesto que sólo podía tomarse para demolerse, siendo imposible asegurar su conservación, aun por pocos días. El autor de la *Respuesta* rebate este cargo, con probar que D. Juan no pudo despreciar una plaza que era en extremo conveniente para la conservación de Évora, sino que, después de ocupada esta plaza, se había propuesto tomar á Villaviçosa y Redondo, para tener comunicación con nuestro país, intento que después no le fué posible llevar á cabo. Por otra parte, Caracena no había podido proponerse empresa de mayor importancia, por varios accidentes y dificultades de la campaña, entre otros, por haberse comenzado tarde la campaña, por ser mucho menores las fuerzas del ejército de Extremadura de las que eran menester y había solicitado aquel General, y por no haber salido á tiempo la armada ni el

ejército de Galicia, acudiendo cada uno por su parte á divertir al enemigo y á socorrer á los nuestros.

En especial, dos razones habían movido á Caracena á acometer á Villaviçosa, razones que él mismo había representado en la junta que se hizo en Badajoz antes de salir en campaña: la una era el no contradecir el parecer y opinión de todos nuestros Ministros, que, según él lo había visto en Madrid, era que, si no se ocupaban algunos puestos en Portugal en donde se alojase parte del ejército, sería imposible continuar la guerra. Y por cierto que era Villaviçosa el puesto más acomodado para este fin, porque en ella podían alojarse hasta cinco ó seis mil hombres; en Borba, á media legua de aquella plaza, podían alojarse tres ó cuatro mil, y en Terecena y Landreal, apartados de Villaviçosa una legua, se podían poner dos ó tres mil hombres, con que en el territorlo de Portugal podían tomarse puesto para diez ó doce mil hombres, y comunicaciones fáciles y seguras con Castilla, por Jeromenha y Olivenza. Después, ocupando á Redondo, según era la intención del Marqués, podían correrse los nuestros desde allí hasta la ciu-

dad de Evora y campos de Béjar, dejándoles cortadas á los enemigos las comunicaciones con Mosaras, Morón y Elvas. La otra razón era, que, no siendo posible abatir á los portugueses sin ganarles una ó dos batallas campales, juzgó el Caracena que acometiendo á Villaviçosa, distante no más de dos leguas de Extremóz, sería fácil atraer al combate al enemigo que se hallaba en esta plaza, y que la batalla podía darse en las campañas situadas entre Villaviçosa y Extremóz, como se hizo, aunque no con el buen efecto que se prometía, por no haberse ejecutado convenientemente sus disposiciones.

El segundo cargo que se dirigió á Caracena, fué meterse en país donde por su aspereza, viñas, vallados y angosturas, quedaba inútil la caballería, en que eran superiores los nuestros, y sólo podía hacerse uso de la infantería, que era en donde cifraban los portugueses su mayor ventaja. Pero juzgando desapasionadamente, se echará de ver que no estuvo en manos de Caracena el haber mejorado notablemente de terreno, porque entre las plazas que ocupaba el enemigo en aquella frontera, no había ninguna que por la mayor parte no se mirase rodeada de los

mismos embarazos de montañas, viñas y olivares que Villaviçosa, y marchando el enemigo á socorrerla, naturalmente, siendo más fuerte en infantería que no en caballería, vendría buscando sus ventajas. Por otra parte, el ser la tierra de Villaviçosa doblada y fragosa, era lo que convenía para dejar acuartelado en ella aquel invierno parte del ejército, pues con poco trabajo podían cortarse los caminos, cerrando de manera los cuarteles que no los pudiese penetrar el enemigo.

El tercer cargo se fundaba en no haber ocupado Caracena puesto sobre el Tajo que pudiera con menos riesgo, y era conveniente además para marchar el año siguiente sobre Lisboa. Pero esta empresa no era tan fácil de intentar como á primera vista parecía, porque las montañas que atraviesa el Tajo, y los ríos y arroyos, aunque de caudal escaso, pero despeñados entre quebradas y profundidades que entran en él, dificultaban la comunicación con nuestro país, y la conducción de los carros y artillería. Por manera que el puesto que había de ocuparse sobre el Tajo, ó había de ser en el confín de nuestras fronteras, ó muy adentro del territorio enemigo: si lo primero, los portugueses, ya que nos lo de-

jasen tomar, ocuparían otro á dos ó tres leguas del nuestro, con que, burlando nuestro intento de señorear el paso del río, sería menester irles ganando todos los que él fortificase hasta Lisboa, en una extensión de treinta leguas, si de esta manera quería abrirse un camino por donde en el año siguiente penetrasen los nuestros hasta aquella capital.

Ni tampoco ofrecía menores dificultades el ocupar el puesto sobre el Tajo muy adentro del país enemigo, por la dificultad de conservarle, porque el Tajo no era navegable, y además, los portugueses tenían defendidas con plazas fuertes sus dos orillas á la distancia de una ó dos leguas, puesto que en la misma margen era difícil, si no imposible. Ganar estas plazas antes de seguir adelante, no era posible por lo entrado de la estación, pues saliendo á campaña á 7 de Junio en un país que por Julio es imposible campear, mucho menos quedaba lugar para ocupar el puesto y fortificarle. Dejar atrás las plazas enemigas, si pedía menos tiempo, ocasionaba mayor riesgo, pues consumida por el ejército la provisión que llevase consigo, no tendría de qué mantenerse, pues todos los víveres estaban en Badajoz, distante más de veinte

leguas de la parte del Tajo donde dentro de Portugal pudiera tomarse puesto, y con muchas plazas del enemigo de por medio. Porque, en verdad, esta de los víveres fué una de las principales causas que obligaron al marqués de Caracena á la empresa de Villaviçosa; pues como en la junta que se tuvo antes en Badajoz se tratase de ir sobre Portalegre, fué forzoso desistir de este intento, porque estando los víveres en Badajoz y Olivenza, era muy dificultoso el conducirlos hasta Portalegre, así para el sitio como para conservar después aquel puesto.

El cuarto cargo que se hizo á Caracena fué el haber estado ocho días sobre la plaza y castillo de Villaviçosa, que, según lo escaso de su fortificación, era, cuando más, empresa de dos días.

Á esta acusación satisface el autor de la *Respuesta*, con encarecer la posición casi inexpugnable del castillo, fundado, como en su lugar apuntamos, sobre peña viva, y sin más acceso que una pequeña vena de tierra, adonde se encaminaban los ataques, y además ceñido de excelentes fortificaciones, como lo era un recinto de baluartes, fosos y una fuerte estrada cubierta con sus empalizadas.

Además, defendían la plaza dos mil hombres, los mil quinientos de los que llamaban los portugueses pagos, y eran la mejor infantería del reino, y así ellos como los de la plaza peleaban con gran esfuerzo y obstinación; con que siendo forzoso dar gran número de asaltos y esforzar los ataques hasta señorear la estrada cubierta, no fué extraño que en ocho días de cerco no se pudiese concluir la rendición de Villaviçosa.

Pasando por alto por menos importantes los cinco cargos siguientes, nos ocuparemos del décimo, en que se acusaba á Caracena de haber dejado en los ataques, el día que sacó el ejército para pelear, hasta dos mil quinientos hombres, lo mejor de sus tropas; cuatrocientos en el fuerte de Carrera, y trescientos en Borba, siendo así que no eran menester en ninguno de estos puntos.

Á esto satisface el autor de la *Respuesta* asegurando ser falso que en el fuerte de Carrera quedase hombre alguno el día de la batalla, ni una sola centinela; que en Borba apenas habían quedado ciento cincuenta, puesto que la gente de aquella villa, con el Sargento general Cascar, vino á hallarse en la batalla. Que en los ataques se habían dejado hasta

mil y quinientos infantes, pero que esto había sido cosa de gran necesidad, por no ser posible desamparar la villa, en donde estaban más de mil enfermos y heridos, los hornos en que se fabricaba el pan y mucha cantidad de harina, y además en las baterías la artillería gruesa. Y aun cuando esta se hubiese querido desamparar, era forzoso, en el concepto del autor de esta defensa, el dejar con el tren de la artillería, con las municiones, víveres y bagajes de todo el ejército, por lo menos más de mil infantes y quinientos caballos, contra una guarnición de más de dos mil infantes, puesto que dejando los ataques nuestros, podían los enemigos, desde la gran villa y desde el fuerte que desampararon la noche que se ganó aquélla, destrozar con la artillería y mosquetería nuestro bagaje. Este había sido necesario ponerle bajo la mano y abrigo del fuerte y cerca de la gran villa, así porque se mirase más á cubierto de la artillería del castillo, como para tenerle más recogido y ocupar menos terreno.

Cuando los desastres son inmensos, como el de Villaviçosa, es no querer encontrar la culpa acumular cargos que tienen respuestas más ó menos especiosas, olvidando, y acaso

á cosa hecha, los puntos de verdadera culpabilidad. Decidido por Caracena y sus Generales el salir al encuentro á los portugueses en sitio tal como pudieran ordenarse, y tomada tal resolución con la premura que el caso exigía, no era posible dejar en abandono ni los ataques, ni la artillería, ni las municiones de boca y guerra; y es pueril sobremanera querer hacer un cargo por haber dejado en tal retención soldados más ó menos. Los verdaderos cargos de Caracena eran de naturaleza muy diversa, como ya lo hemos hecho notar.

El undécimo cargo que se hizo, se cifraba en haber dejado Caracena el trozo de Ardila, de cuatrocientos caballos, en Borba, donde no podía prestar servicio ni utilidad alguna. Pero á este Ardila parece que no se le mandó quedarse en Borba, antes al Maestre de campo general le envió repetidas órdenes para que viniese á juntarse con el ejército, órdenes que fueron desobedecidas, como otras muchas que dió Caracena, lo que fué gran parte para su derrota.

Lo mismo puede decirse con respecto al siguiente cargo, en que se acusó á este General de no haber recogido la infantería ni

caballería que se quedó con el bagaje y los cuarteles, que fueron más de dos mil infantes y mil caballos, sin darles aviso para que acudiesen con el resto del ejército á la batalla; de suerte que vino á pelear con cinco mil infantes y mil caballos menos. Mas este cargo prueba á lo sumo que Caracena no atendió cuanto debiera á suplir con su propio cuidado la flojedad y descuido de los que habían de ejecutar sus órdenes, ya que no pudiese hacerlo todo por su propia persona. Caracena fió demasiado en que sus órdenes serían exactamente cumplidas, y, por lo mismo, al salir de sus alojamientos sobre Villaviçosa con una parte del ejército para detener en su marcha al enemigo, creyó que bastaba con dejar las órdenes necesarias para que marchase el restante número, y con enviar, como lo hizo, un Ayudante de Sargento general de batalla, con orden al Auditor y Preboste general, que fuesen por todos los cuarteles recogiendo la gente y haciéndola marchar. Así fué, que se quedó alguna gente retirada, aunque no tanta que con la que dejó para guardar los bagajes y defender los ataques sumasen los cinco mil hombres que decían en el cargo, pues llegando apenas á diez mil los

que se sacaron en campaña, la mitad tan sólo de este número hubiese hallado en la batalla, siendo así que fué mucha más gente, como se ha dejado ver en la relación de esta jornada.

El décimotercio cargo que se hizo á Caracena, fué no haber enviado el bagaje á Jeromenha cuando supo que venía el enemigo, pues estando aquella plaza á dos leguas de Villaviçosa, se hubiera ahorrado el ejército el embarazo del bagaje, y en él no hubieran hallado abrigo tantos soldados cobardes y descarriados.

Á esto satisface el autor de la *Respuesta* con demostrar que para enviar el bagaje á Jeromenha por medio del país enemigo y entre sus plazas, habría sido menester un convoy mayor que la guarda que se dejó en la plaza de armas, que no fueron sino dos batallones de caballería, sin ninguna infantería; y, enviando el bagaje, no sólo hubiese sido necesario mandar con él más caballería, sino número considerable de infantería, porque hasta Jeromenha es el país más á propósito para ella que para la caballería. Además, si no moviéndose el bagaje todavía se quedó mucha gente, mayor número se hubiera retirado con él si hubiese marchado, por el

gran desconsuelo y desaliento que acusa á todo ejército el deshacerse del bagaje cuando va á pelear, y porque cada capitán hubiera añadido más gente á la guardia de su correspondiente bagaje, teniendo que atravesar dos leguas por tierra de enemigos. El bagaje, en fin, no causó otro embarazo para la pelea que el de la gente que se ocupó en su guardia, siendo así que se hubiera necesitado harto mayor número para retirarle.

No haciendo mención del décimocuarto cargo por su escasa importancia, pasaremos á ocuparnos del décimoquinto, en que se acusaba á Caracena de no haber ocupado con tiempo un puesto para plaza de armas, donde pudiese estar en batalla el ejército, cuando lo había excelente; sino que, tomando uno mal situado, tardó tanto en ello, que dió al enemigo lugar de doblarse, cosa que le fué ventajosa en extremo. Pero la causa de este error grande, y que fue el origen principal de perder la batalla, como lo confiesa el mismo autor de la *Respuesta*, no estuvo, según él, en las disposiciones del General, si es que á un General se le puede eximir de cargo si las disposiciones principales de una batalla las fía á otra inteligencia que la suya y á cuidado

ajeno, y si la necesidad á ello le obliga, no vigila, visita y ve cuanto dispuso y cuanto ordenó.

Caracena, al decir de este defensor, con parecer de todos los Cabos, escogió para ponerse en batalla un puesto entre el camino que de Extremóz venía por Borba á Villaviçosa, y el que, partiendo del mismo Extremóz, se unía con el que iba á Redondo; era su designio marchar por uno y otro costado, según la dirección con que viniese marchando el enemigo; si venía éste por el de Borba, para oponérsele, y si por el de Redondo, marchar por el costado izquierdo, doblándose en la colina de la Cruz, que distaba de aquel costado menos de un cuarto de legua, ir de frente á señorear otra colina distante de la anterior otro cuarto de legua, y al pie de esta última colina empezaba campaña rasa, que se abría desde allí hasta cerca de Extremóz. Caracena encargó al Sargento Mayor de batalla, D. Manuel Carrafa, que se adelantase á abrir los pasos necesarios para la ejecución de este intento, confianza de que se dejó llevar con tanta más razón, cuanto que la proposición de elegir aquel puesto por plaza de armas y abrir aquellos pasos, había sido del mismo Carra-

fa; pero éste, con un descuido inexplicable en hombre tan laborioso y vigilante como él lo era, no tuvo allanados á tiempo aquellos obstáculos, error y descuido que fué fatal para los nuestros, porque cuando Caracena llegó á la colina de la Cruz, no sólo el enemigo no había llegado á la que convenía ocupar, sino que el grueso de su ejército tardó dos horas todavía, y si los pasos hubiesen estado abiertos, el grueso de nuestro ejército habría podido salir cuando salió Caracena, y señorear aquella colina mucho antes que el enemigo hubiera podido estorbar. Y aunque no hubiera tomado puesto en ella todo el ejército, bastara con la caballería, como lo procuró el Marqués con gran empeño, enviando un Ayudante tras otro á mandar que apresurase su marcha, porque como el enemigo traía la suya de vanguardia sin ninguna infantería, encerrándola en la campaña rasa que se extiende entre aquellas y las opuestas colinas, inevitablemente habría sido rota por los nuestros.

Y no se diga que faltó tiempo para abrir los pasos, porque Caracena se lo había mandado á Carrafa la mañana anterior al día de la batalla; y como á la tarde le fuese forzoso

acudir á los ataques por haberse ocupado en ella la estrada cubierta y la pequeña villa, no le quedó lugar para volver á reconocer si en efecto se habían acabado de abrir los pasos. De todo esto se colige que el no ocuparse el puesto conveniente para la batalla, consistió en no haber Carrafa abierto, descercando heredades y derribando tapias; en no haber podido Caracena avivar este trabajo y reconocerlo por su propia persona una y otra vez, y, por último, en la lentitud con que marcharon las últimas filas de nuestra caballería, y que dió lugar al enemigo para señorear antes que nosotros aquel puesto, y accidente que, según confesaron los mismos portugueses, fué aquel día la causa principal de nuestra derrota

Cuando la culpa ó el yerro está en todos, como sucedió en aquella ocasión y en otras muchas durante aquella campaña, como ninguno puede culpar á otro sin arriesgarse á incurrir en la misma censura, no queda otro desahogo que achacar el mal suceso á la fuerza rigurosa de la fatalidad; por eso el autor de la *Respuesta*, antes que culpar á Carrafa ni á ninguno de los que se hallaron en aquella jornada, dice que es forzoso con-

cluir que tales yerros, y el revés que de ellos resultó, fueron *cosas dispuestas por más altas causas.*

La misma respuesta y reflexiones pueden aplicarse asimismo al cargo siguiente, cuyo texto, copiado literalmente, es como sigue: «Ya que no ocupó el dicho sitio antes, cuando llegó á él el día de la batalla (fué error), andar mudando plaza de armas y rendir las gentes, y por postre venir á dar en la primera, con que se le dió al enemigo más tiempo de doblarse, (y) luego le embistió, que parece sólo esperaba estuviese doblado.»

El autor de estos cargos llama mudar plaza de armas á las marchas y contramarchas que ejecutó nuestro ejército, forzado á ello, bien por las asperezas y embarazos de los lugares, ó bien por poco conocimiento de la tierra y no haberse tomado de antemano todas las disposiciones y medidas convenientes para no andar vacilantes é irresolutos llegado el momento de entrar en batalla. Porque el Maestre de campo general, como viniese marchando con la infantería, con la nueva que tuvo de que el enemigo no venía por el camino que esperaba, sino por el de Borba, marchó en esta dirección con cinco

ó seis escuadrones de infantería; pero habiendo sido falsa aquella nueva, volvió á marchar hacia la colina de la Cruz, no con el costado izquierdo, sino con el escuadrón del cuerno derecho, con el cual llegó á dicha colina. Pero como en ella no había de ponerse sino el cuerno izquierdo de la infantería, fué forzoso que volviesen los españoles á ocupar el cuerno derecho, para observar y atenerse al orden de batalla que estaba dispuesto y poder marchar de frente á la otra colina, que había de ser la plaza de armas para la batalla. Puesto que Caracena tuviese el intento de señorear la colina más adecuada para oponerse á que los portugueses llegaran á ordenarse, todavía la lentitud con que se ejecutaron estos movimientos, y sobre todo los tapiales y cercas que embarazaban el paso, burlaron la previsión y designio de Caracena.

El cargo décimoséptimo que en pos viene, fué uno de los más importantes y de los más fundados que se hicieron á Caracena, puesto que se le culpó en él de haber colocado en la ordenanza de batalla con que peleó aquel día, por una parte la caballería, privada de todo apoyo de la infantería, cuando

el enemigo había mezclado con su caballería tres escuadrones de infantería, y por otra la infantería sin refuerzo ninguno de caballos, teniendo los portugueses mezclados nueve batallones con el resto de su infantería.

Esto es verdad, que el embarazo del terreno y el no haber podido ocupar nuestro ejército el puesto convenientemente, fué causa de tenerse que colocar separada la infantería de la caballería, siendo forzoso acomodar á la traza y disposición del terreno la ordenanza de batalla. Ello es cierto que Caracena no había olvidado la precaución de asegurar la caballería con escuadrones de infantería, y la otra parte de la infantería con trozos de caballos; pero la mala distribución de las órdenes y los embarazos del terreno, fatalidad tantas veces traída á la memoria, hicieron de modo que sólo unos cuantos infantes y mosqueteros acompañaran á nuestra caballería, y muy pocos caballos dieron abrigo al grueso de nuestra infantería.

En resolución, este desigual reparto de infantes y caballos, más bien demostraba la confusión y poca cuenta que se tuvo en las disposiciones de la batalla, que no la combinación

de ambas armas y el intento de proteger la una con la otra. Porque como en el costado izquierdo de la infantería, donde se dejaba ver algún terreno llano, aunque no muy dilatado, fuese forzoso poner la caballería, no quedó lugar sobrado para mezclar con ella muchos infantes, mandó Caracena poner allí quinientos mosqueteros; y como preguntase después si en efecto se habían colocado, aunque no llegaron á ponerse, le respondieron haberse hecho como lo mandó; no siendo culpa del Marqués que por la desobediencia y descuido del Cabo que había de ejecutar aquella orden, hubiese faltado tal asistencia á la caballería.

Con la infantería del costado derecho debieron ponerse los cuatrocientos caballos que mandaba Ardila, y quedaron en Borba sin necesidad alguna, á pesar de las diversas órdenes que le envió el Maestre de campo general, con que aquel costado hubiera quedado tan guarnecido de caballos cuanto lo consentía lo escabroso y difícil del terreno, que era la falda de una colina. Por lo demás, fué grave error y desacierto, como lo confiesa el mismo autor de la *Respuesta*, el haber puesto nuestra infantería del costado derecho en pa-

raje que demandaba estar sostenida por mayor número de caballería.

Hízose todavía cargo á Caracena, y es el diez y ocho, por haber doblado la caballería en cinco cuerpos, con que presentaron poca frente, y dos de ellos no pelearon por haber mandado que sólo seis batallones embistiesen á la primera línea de la caballería del enemigo, quien tenía en ella dos escuadrones de infantería muy gruesos. Pero el inconveniente que se ofreció de poner tan dotada la caballería, presentando, por lo tanto, frente muy escasa, fué el resultado del primer yerro é inevitable contrariedad de dar puesto á la caballería en lugar tan estrecho y poco llano. El no haber peleado los dos últimos cuerpos de la caballería fué asimismo consecuencia de la angostura en que se hallaba; pues no tomando parte en los primeros trances de la pelea, cuando pudieron entrar en ella aquellos cuerpos, ya habían sido desbaratados los delanteros, y por lo tanto, siendo inútiles en la batalla, no se hallaron en ella sino para participar de la derrota, como acontece siempre á la caballería que toma tan equivocada ordenanza.

Caracena trató de remediar este desmán,

enviando repetidas órdenes para que cerrase aquella caballería, además de las que se habían dado á todos antes de entrar en batalla; él mismo, viendo que se mantenía quieta, bajó por dos veces desde la colina donde estaba con la infantería del cuerno izquierdo, á hacerla cerrar. Una de estas veces llegó al Comisario general, D. García Sarmiento, que se hallaba con cinco tropeles en la retaguardia de la infantería, y habiéndole hecho cerrar con la caballería enemiga que venía cargando la nuestra, fuéle forzoso subir muy aprisa la colina, porque los portugueses habían embestido con nuestra infantería del cuerno izquierdo, que había desamparado algunos de sus puestos. Hizo, pues, que los volviesen á ocupar, y de los cinco tropeles mencionados, mandó que el uno hiciese alto para ponerse detrás de la infantería, con orden de que matasen á los que se retirasen, severidad necesaria, porque había allí un tercio bisoño de italianos y otro de grisones, á quienes el saber que tenían á sus espaldas la caballería aquella y se hallaba no lejos el de Caracena, obligaban á su pesar á mantener aquel puesto. De donde concluye el autor de la *Respuesta*, que Caracena no pudo apartarse más

veces de la colina, acudiendo á animar los soldados que desmayaban en sus puestos ó no cumplían sus órdenes, por evitar que no flaqueasen y se desmayasen las últimas líneas de la infantería del cuerno izquierdo que se miraban inmediatas á la colina que él ocupaba.

De los cargos siguientes hasta el vigésimotercio, no hacemos sino presentar una ligera reseña, reduciéndose por la mayor parte á culpar á Caracena de tener descontentos á los soldados por no haberles acudido á tiempo con sus pagas, ni dádoles algún refresco á los que salieron de los ataques para entrar en la batalla; de no haber tratado con agasajo y blandura, así á ellos como á los oficiales, antes haber ofendido á los unos y á los otros con descompuestas razones, amenazas y sequedades; echándole en cara, por último, la poca esplendidez que usaba en su mesa y en su alojamiento, sin admitir á nadie en aquélla, ni hacer en éste á nadie favor ni regalo alguno. Acusábasele también que con este despego con que trataba á todos, y la poca estima que hacía de los consejos ajenos, había seguido en todo su sólo parecer, obrando sin más consejo que su antojo, allí donde no

conocía la tierra, ni su ejército, ni el enemigo, ni el modo de hacer la guerra en las fronteras de España.

Pero dejando estas últimas acusaciones por demasiado generales y porque en la respuesta á las demás ya se ha podido observar hasta qué punto Caracena, ó no tomó resolución ninguna importante sin consultarla con sus Cabos y capitanes, ú obró en ello según las sugestiones ó mandatos forzosos de la Corte, tomaremos no más en cuenta el descargo que da el autor de esta *Respuesta* á lo de no haber Caracena acudido razonablemente al soldado con sus haberes y pagas.

Esta culpa no debió en verdad atribuirse á Caracena, sino al Gobierno, que no puso en su mano el dinero y recursos suficientes para tener á la gente bien pagada y con algún regalo ó desahogo. Al salir en campaña, la falta de dinero no había consentido pagar todo el ejército, si bien por otra parte no lo necesitaba en tanto extremo la caballería española y la infantería alemana, que venían de sus cuarteles, en donde habían tenido más provecho y se les había acudido puntualmente con sus pagas; á la demás gente que habían estado en las plazas de la frontera,

se les dió una paga al salir en campaña, por no haber alcanzado á más la plata enviada de Madrid. La falta de refresco y las afrentas y asperezas de trato que se acusaba á Caracena de haber usado con soldados y oficiales, las niega terminantemente el autor de esta *Respuesta*, y aun añade que no dijo Caracena tantas sequedades á algunos oficiales, cuantas mereciera su porte de soldados ó de capitanes.

En el último cargo, y como recapitulación de todos, se amontonan tantas culpas, desmanes y desaciertos sobre Caracena, que nos parece copiarle enteramente, no sin apuntar lo que discurre en su descargo el autor de la *Respuesta*, para que, tomando en cuenta las razones de una y otra parte, pueda pronunciarse un fallo tan razonado cuanto imparcial sobre aquel General, cuyos errores ó mala suerte contribuyeron tanto para apresurar la pérdida del Portugal.

«Grande yerro fué el que cometió Caracena, dice el autor de los *Cargos*, el haber ocasionado, con su trato y demás cosas dichas, el que los extranjeros se hayan quedado en Portugal y tomando servicio, y que todos los españoles, Cabos, oficiales y soldados, digan

que si los queman no han de servir debajo de su mano, yendo dejando los puestos los unos, y los otros huyéndose. En fin, este caballero no tiene cabeza, no digo ya para mandar un ejército ni una provincia, pero ni para mantener una aldea ni poner cuatro hombres en batalla, siendo totalmente nulo; y sólo puede haberle mantenido su crédito acá el haber servido fuera de España, donde no le veían, que los que hemos servido acá, bien le conocemos.... Él ha perdido á España con sus obras, con sus resoluciones, con su miseria, con su desagrado, con su imprudencia, con su veleidad, con su ignorancia militar, y con su resolución y cabeza; y estas cosas hacen que el ejército que ha quedado, á toda prisa se deshaga, pidiendo todos licencia y huyéndose. Y si S. M. no pone pronto remedio en esto, no quedará aquí un hombre, y habremos de perder lo poco que ha quedado.»

En verdad que no pueden acumularse más culpas sobre un General que las que le imputa el autor de estos cargos; y aunque se suponga que la pasión y los odios personales abultasen tales culpas para hacer más grave la acusación, todavía parece imposible el que

se hubiese querido mentir y calumniar con tal descaro en un papel que se daba á la luz pública, y cuando el suceso estaba tan reciente; que en presencia de tantos testigos de los sucesos, mal podían estos adulterarse y desfigurarse hasta tal punto. Y si el autor de la *Respuesta* pretendía disminuir la fuerza de estos cargos, acusando á su autor de desvergüenza y pasión declarada, no podía él mismo dejar de incurrir en la nota de apasionado, pues bien á las claras se conoce que no tenía otro intento que el de hacer la apología de Caracena, indudablemente en gracia de su causa y por sugestión suya.

Decía que el tomar los extranjeros partido en los ejércitos de Portugal, sin razón se achacaba á desabrimiento y mal trato de Caracena, pues antes de que él viniese á mandar aquel ejército y campaña, siempre habían hecho lo mismo los extranjeros, y que además eran obligados á su pesar por los portugueses, que en la violencia con que hacían la guerra al que no se alistaba para servir en ella, lo enviaban al Brasil y á otras remotas partes. En cuanto al no querer Cabos ni oficiales militar bajo la mano de Caracena, sólo habían ocurrido los casos de

dejar alguno que otro el servicio, no por hacer ultraje alguno á aquel General, sino por haber corregido su licencia ó indisciplina, ó por no haberles atendido sus pretensiones exageradas ó injustas, como sucedió con dos ó tres ayudantes de Sargentos generales de batalla, que quisieron dejar sus puestos por haber proveído Caracena la Sargentía Mayor de un tercio que pretendían, por más que se la hubiese dado á un caballero de mucha calidad y capitán que era el más antiguo del tercio. Es cierto que habían ocurrido algunas disputas con los Sargentos generales de batalla italianos, sobre el puesto que se había señalado al conde de Torresvedras; pero como toda la cuestión no había estado más que en una cosa mal entendida de uno de ellos, el altercado no pasó del mismo día.

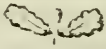
El autor de esta *Respuesta* satisface, en fin, á todos estos cargos de incapacidad dirigidos á Caracena, con que hubiese sido cosa extraña que, no sólo Castilla, sino la Europa entera, hubiesen estado engañadas durante tantos años en el juicio que se hacía del Marqués; añadiendo como última razón, que el poner tales notas en su crédito y reputación como

hombre de guerra, era hacer grande agravio al Rey y todo su Consejo, que por espacio de veinte y cinco años le había confiado varios cargos y puestos de gran importancia, sin que él hubiese pretendido ninguno, dándosele también, desde el año 1659, una plaza en el Consejo de Estado.

En nuestro entender, puede colegirse, después de examinar bien tales cargos y sus respuestas, que ni la culpa fué toda de Caracena, ni él hizo los esfuerzos de valor y de inteligencia militar que fueran necesarios en ocasión tan grave y extrema, con la escasez de recursos y otras contrariedades que le rodeaban, dado que en aquel tiempo la falta de bríos, el desmayo y la imprevisión fueron generales, desde el Gobierno que dirigía y proveía á la empresa, hasta los hombres de guerra y soldados encargados de su ejecución. Y en conclusión por lo que toca á Caracena, podemos decir que todos estos cargos, y otros muchos que le dirigió la pública voz ó la rivalidad de sus enemigos, por más que fuesen en parte apasionados é injustos, debieron tenerse en cuenta para no haber conservado en su puesto á este General después de la rota de Montes-Claros, puesto que no hay cosa que

más desaliente al soldado que el descrédito de su General, así como su fama, buen nombre y prestigio llenan de confianza y le prestan poderoso estímulo para la victoria.

FIN DEL TOMO II.



APÉNDICES

Apéndice *A*.

—

COPIA DE CARTA DEL SEÑOR D. JUAN DE AUSTRIA, PARA S. M., REPRESENTÁNDOLE EL ESTADO EN QUE ESTABAN LAS PREVENCIONES PARA LA CAMPAÑA QUE SE HA DE HACER EN PORTUGAL EL AÑO DE 1663.

Señor:

En repetidas ocasiones, y con este mismo correo, he representado á V. M. con toda claridad lo atrasadas que se hallan las principales prevenciones para la campaña, y cuán indispensable es que estén dispuestas para el tiempo determinado; y habiendo sabido de pocas horas á esta parte que estos asentistas del pan y cebada, no sólo no tienen medios ni forma para poder doblar un día de víveres de reserva en la frontera, pero que aún les faltan para asegurar el cotidiano sustento de las plazas, pues ha sido preciso en Olivenza tomar el trigo de los conventos para dar aquel día el pan á los soldados, y en las demás hay la misma miseria, y que habiendo escrito D. Sebastián Silíceo á su correspondiente, en carta de 30 del pasado, que habían salido de esa corte por su cuenta cien mil escudos para la provisión, dice ahora su correspondiente que no ha recibido más de treinta y tres mil.

No puedo contenerme de decir á V. M., sin ningún embozo, que es sumamente desgracia de su Real servicio, y que materias de tan alta importancia se dejen en semejante descuido y abandono, pues si á Silíceo y Romerate se les han dado los medios y efectos según su contrato, merecen que por estas dilaciones y engañosos informes se les cuelgue de un palo; y si, al contrario, se les hubiese faltado, no sé qué castigo sea condigno á los que suponen lo que es falso; y pues el tiempo que se debía haber empleado en el remedio tantas veces solicitado, se nos ha pasado y pasa en demandas y respuestas, sobre si estos hombres dicen verdad ó no, y si hay harta provisión con la hecha, cuando con evidencia se ha mostrado la que falta, y por estas causas me veo yo reducido á términos tan estrechos, á pique de perder la reputación de estas armas y mía, y el concepto que V. M. puede haber hecho de mi cuidado (que es lo que más estimo), siendo imposible poder obrar nada, ni dar un solo paso en el país enemigo, sin que preceda el tener avanzados anticipadamente en la frontera los víveres necesarios, como tan repetidas veces he mostrado, faltando ya para éstos, granos, bagajes y tiempo; justo será, Señor, que en la forma que puedo me ponga á cubierto de lo que me espera, suplicando á V. M. se sirva permitir que me valga este despacho de protesta y de descargo, para el tiempo en que V. M. me mandare comenzar la campaña, y yo responda que no es posible salga á ella para deshacer el ejército sin hacer nada; y por si en esto tuviere alguna parte ó influencia mi desgracia, desde luego me doy por

satisfecho y contento de desocupar este lugar á quien acierte á obrar en el servicio de V. M. con menos medios y no discurra tan melancólicamente como yo, porque confieso que es imposible en mi celo ver de la manera que V. M. es servido, y que quisiera sepultarme donde aun los ecos de este desorden no me llegaran. Bien veo, Señor, cuánto excedo en este modo de explicarme: pero aunque lo veo y lo conozco, no puedo vencerme á mí mismo, porque amo mucho á V. M. y la gloria de sus armas, y cada cosa que imagino se le puede recrecer á V. M. un cuidado, me saca de mí. Dios guarde, etc.—Zafra 14 de Enero de 1663.

(Colección de Varios de la Biblioteca de Toledo.)

APÉNDICE *B*.

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA CAPITULACIÓN Y RENDICIÓN DE ÉVORA POR D. JUAN DE AUSTRIA EN 1663.

Dice D. Juan en su carta al Rey, que aunque el ejército contrario venía con gran diligencia á levantar el sitio de la plaza, dispuso que se adelantasen los tres ataques que tenía encomendados á las tres naciones, y que aunque en la plaza se hallaban ocho mil infantes con las armas en las manos, y pasados de seiscientos caballos, con un Teniente General, se consiguió el encerrarles tan aprisa dentro de las murallas, ganándoles los puestos que ocupaban fuera, adelantando las minas por la parte de los italianos y alemanes, y las baterías por la de los españoles, y molestando al pueblo con cantidad de bombas, que el día 20 hicieron llamada pidiendo ocho de tiempo para capitular; y habiéndoseles negado, se prosiguió en las baterías y minas, pasándose así dos días, hasta que estando abierta por el ataque de los españoles una brecha de más de treinta pasos de frente, por el de los italianos una mina en estado de cargarse, y por el de los alemanes otra empezada, términos á que nunca creyó llegase su defensa, pidieron capitulación. Pedían en ella, entre otras cosas, que la ciudad no fuese saquea-

da; que fuera libre de tributos extraordinarios; que á toda la gente de guerra se les dejase salvas las vidas y libertades; que la infantería saliese por la brecha y la caballería por la puerta, y que dicha infantería había de salir en la forma acostumbrada, con bala en boca, tambor batiente, banderas desplegadas, *corda azeza dos dois cabos* y con armas y bagajes, y del mismo modo la caballería, con tres piezas de artillería, facilitando los medios de transporte para trasladarse á Extremóz; que habían de salir también tres personas enmascaradas, las cuales habían de entrar aquel mismo día en Extremóz.

D. Juan modificó la capitulación en los términos siguientes:

«S. M. no capitula con sus pueblos, y así á todos los puntos que tocan al de esta ciudad, se responde con decir que se les concede perdón general, vidas, honras y haciendas libres;» y en cuanto á la gente de guerra, se concedió que la infantería saliese por la brecha, y la caballería por la puerta con bala en boca (la infantería), y los demás honores acostumbrados; que saquen una pieza, la cual se remitirá á Extremóz; que la gente de la guarnición se tendría acuartelada, los Cabos podrán ir á Extremóz, y á los capitanes de caballos se les concede que puedan irse á caballo, cada uno con un criado montado, no más; permitióse que saliesen tres mascarados.

Con arreglo á estos capítulos, se rindió la guarnición el día 23 de Mayo de 1663. Salió la infantería, compuesta de dos mil nuevecientos cincuenta y cinco hombres entre soldados y oficiales, y la caballería, de quinientos setenta y tres soldados y oficiales montados.

En los ataques para tomar la plaza perdió el ejército de D. Juan de trescientos á cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos. Los enemigos tuvieron mil muertos.

La muralla de la plaza, dice D. Juan, «es de excelente calidad para antigua, muy alta y entera, con muchas torres y defensas, y una barbacana de la misma forma, sin padrastro ni embarazo por ninguna parte, flanqueadas todas de medias lunas de defensa.»

(Archivo de Simancas.)

APÉNDICE C.

CARTA DE D. JUAN DE AUSTRIA AL REY D. FELIPE IV, DÁNDOLE CUENTA DE LA DERROTA QUE HABÍA SUFRIDO EN EXTREMÓZ.

SEÑOR:

Fácilmente creerá V. M. que quisiera antes haber muerto mil veces, que verme obligado á decir á V. M. que sus armas han sido infamemente rotas de los enemigos, con la ignorancia más sin ejemplo que jamás ha habido; igual solo á mis pecados, que sin duda la han causado; habiendo sucedido esta desdicha en forma tal, que no ha dejado otro consuelo más que el de conocer con evidencia que Dios lo ha querido así, quitando absolutamente la acción á las segundas causas. Dije á V. M. desde Evora los últimos movimientos de los enemigos, y ahora proseguiré, para tomarlo desde el principio, que alcanzándonos ya la cuenta de los víveres, porque no había más que los precisos para mi vuelta, la iba disponiendo, cuando, valiéndose de la ocasión de hallarme con treinta caballos menos, que había enviado á *Alcázar do Sal* para fomentar las inquietudes de Lisboa y recoger algunos ganados, se presentó con su ejército á media legua de la plaza, donde se detuvo todo aquel día y noche. Envié luego á llamar esta caballería, que volvió al si-

guiente día para la mañana, cargada de despojos de porquerías, para que sólo es propia, y al mismo punto dejando en ella toda la artillería gruesa, el carruaje, y bagaje, y solos seiscientos infantes y doscientos caballos, para asegurar dos puertas que quedaban abiertas, y un convento fuera, donde estaban los prisioneros que habían de pasar á Castilla. Comenzé á mover las tropas hacia el enemigo, y él á retirarse hasta pasar una ribera que se llama Degeba, y distancia una legua de allí, detrás de la cual le hallé campado dentro de un bosque; aquella noche se retiró con la artillería continuamente á sus fuegos, y por la mañana se reconoció que había recogido todas las tiendas y bagajes, y él retirádole á su retaguardia, y que había puesto la gente al cubierto de ella en unos valles que había en el mismo bosque; yo hice adelantar el ejército en batalla hasta un paraje donde los veía y no le podía ofender, y dejándolo, hecho alto, me fuí con los Generales á reconocer sobre nuestro costado izquierdo algunas partes por donde poder pasar el río, porque por la frente no era posible, a causa de los bordes altos de sus riberas, y estar mandado nuestro terreno del que el enemigo ocupaba, demás del embarazo del bosque, en que nuestra caballería no podía obrar aunque llegase á él, y desde entonces comenzaron á descubrirse premisas de nuestra fatalidad, porque habiendo yo oído algunos mosquetazos hacia el cuerno derecho del ejército, y que la caballería del enemigo disparaba mucho, acudí á gran priesa á saber lo que era, y hallé que toda nuestra gente se iba descubriendo y acercando al río, sin haber dado ninguna orden

para ello; ni hasta ahora se ha podido averiguar quién ordenase este movimiento, de que se originó que el enemigo nos estropease con la artillería cincuenta ó sesenta hombres, y entre ellos á D. Gonzalo de Córdoba y otras personas particulares, que se retiraron á Evora muy de peligro. Pasado este azar, pareció ir siguiendo la ribera hasta hallar pasajes que se pudieran intentar, y el enemigo nos vino costeando de la otra parte, en batalla, por lo alto de unas eminencias que le eran muy favorables. Marchando ambos en esta forma, quedamos aquella tarde nosotros campados en unas llanuras cerca de la sierra, con la misma dificultad para pasarla, y los enemigos en las eminencias que he dicho, de que acabarían apartadas della como un cuarto legua, y este espacio era llano é igual con el terreno donde estábamos; parecióme á mí y á todos que no era posible intentar el pasaje por aquella parte en tanta cercanía de ellos, porque habiéndole de hacer precisamente deshilados, podrían atacarnos la parte de tropas que quisiesen, sin que las restantes las pudiesen socorrer, y ya á este tiempo comenzaban á mover tierra donde estaban, con que juzgué que nuestra determinación allí era inútil para venir á las manos, pues se había visto que lo imposibilitaban con la ventaja de los puestos en que se mantenían, sin querer apartarse de ellos, y dañosísima por la falta de víveres que teníamos, pues eran solos para los días que habíamos de tardar hasta nuestra frontera, y así resolví acercarme á ella sin perder más tiempo, para juntarme con la gente que había llegado á Badajoz, y ver si podía intentar á Villaviçosa, ó á otro puesto que nos facilitase la

comunicación con Evora. En esta conformidad, se dispuso traer allí todo el carruaje y bagaje que habíamos dejado en ella: ocho piezas de artillería ligeras, municiones precisas para un combate, con lo demás que contiene la relación núm. 1.º de lo que se perdió en esta ocasión, y los prisioneros, y habiéndose incorporado todo esto con nosotros y dejado en la plaza lo que parece por la memoria inclusa núm. 2, se pasó á discurrir en cuál de dos caminos habíamos de hacer, sobre la derecha ó sobre la izquierda: en aquél se encontró con la dificultad dicha de sernos necesario el pasar la ribera que teníamos por delante á vista del enemigo, que sin duda nos costearía, como había hecho hasta allí, ó irle siguiendo hasta Guadiana, donde entra por cerca de Moura, rodeo mayor del que permitía nuestra comida, y de menos crédito; y así tomé resolución de volver por el mismo camino que traje, considerando que, si bien llevaba menos tropas y el embarazo del carruaje y el de los prisioneros, cuya guardia ocupaba cinco batallones de caballería, todavía en el número y calidad de ésta les teníamos tal ventaja, que debíamos desear la ocasión de dar batalla, y en ejecución de esto hice mi primer movimiento, procurando adelantarle para quedar de la otra parte del río Ter, y los enemigos se movieron también, costeándola siempre, con que aquella noche campamos nosotros pasada la ribera y ellos sobre ella, en el camino que va desde Evoramonte á Extremóz; la mañana siguiente proseguí la marcha, la vuelta de aquella plaza, con ánimo de poner el ejército en la misma parte que cuando vino, y el enemigo nos costeó también con

el suyo, y porque no nos ganase unas eminencias que hay cerca de Extremóz, con que nos obligaría á hacer un grande y peligroso rodeo, se apresuró el paso á ocuparlas, y se consiguió, rechazando la caballería, que estaba en ellas, y degollando algunas mangas de mosquetería que la daban calor: habiendo llegado con nuestra vanguardia á estas eminencias, y estando tendido lo restante del ejército en el llano, para cubrir el carruaje y dar tiempo á que fuese doblando, comenzó el enemigo á formarse en batalla en un grande olivar que hay debajo de Extremóz, y nosotros hicimos lo mismo, poniendo á la infantería en las eminencias que dejo referidas, puesto de tan difícil acceso, que era menester subir á ellas gateando, y la caballería se extendió á los dos costados, en unas llanuras cual el deseo las podía pintar; de manera, Señor, que parecía que la naturaleza no podía haber formado mejor plaza de armas, ni más segura, para un ejército muy inferior; y si en mi interior tenía algún escrúpulo, era de parecerme demasiado resguardo para quien iba á buscar al enemigo; viéndonos él en esta postura, se estuvo cerrado en el olivar, habiendo retirado un escuadrón de ingleses y algunos batallones de caballería con que empezó á salir al llano, sólo por haber visto hacerle frente algunos batallones de la nuestra, que por venir de retaguardia no habían aún llegado á mejorarse con el ejército. En esta forma estuvimos desde antes de mediodía hasta las cinco de la tarde, haciéndoles considerable daño con la artillería, sin recibirle de la suya, por tener la gente cubierta; y pareciendo que su intento no era pelear, sino detenernos la marcha, nos

dispusimos á proseguirla hasta el puesto destinado, que sería á tiro de cañón de aquél; y en esta conformidad, di orden para que todo el carruaje y bagaje se fuese retirando por la retaguardia de las tropas, lo cual se había efectuado, y ellas estaban para moverse, cuando reconocimos que el enemigo salía del olivar y se venía hacia nosotros en batalla, con esta orden: La mayor parte de su caballería la había pasado á su costado izquierdo, por donde el terreno era más llano y desembarazado: de ella formaba dos líneas interpoladas de mangas de infantería, y delante de ellas llevaba otra línea de seis batallones, la mayor parte de ingleses y franceses, también con mangas; entre esta primera línea y las otras, traía en el llano, por el pie de la montaña, un escuadrón grueso de infantería inglesa, el cual se venía adelantando al paso que los seis batallones marchaban, y todo lo demás de sus ejércitos quedaba firme ó con poquísimo movimiento. Viendo yo esta disposición, hice que uno de los escuadrones de españoles del cuerno derecho, que estaban sobre la eminencia, bajase de costado al llano para hacer frente al de ingleses, y aunque teniamos en aquella parte menos número de caballería que el enemigo, hice también que del izquierdo viniesen otros doce batallones, para más seguridad del enemigo, y aun llegó á tiempo mayor número, por haberse reconocido que por aquella parte había el enemigo dejado muy poca. Ahora, Señor, oirá V. M. la acción más ignominiosa que hasta hoy se ha visto en hombres, porque viniendo adelantándose hacia nosotros con mucho sosiego estos seis batallones que he dicho, atacaron la parte que corría su frente de

la primera línea de nuestra caballería del cuerno derecho, y habiendo pasado de las bocas de fuego á las espadas, no tardó un credo entero en desordenarse nuestra gente y tomar la fuga en confusión, descomponiendo la segunda línea con su precipitada huída; y aunque á fuerza de más caballería volvió alguna de la nuestra á la carga, fué tan flojamente, que jamás se pudo decir que rompiese la enemiga. Y para mayor conocimiento de que Dios ha querido envilecer los ánimos de todos á un tiempo mismo y castigar por este medio, es de notar que el primer batallón que volvió las espaldas fué el de mis guardas de arcabuceros, que era el primero del costado derecho, componiéndose de más de ciento treinta caballos, y mayor parte oficiales y reformados, de cuya calidad se tenian hechas experiencias de gran valor, y en todas las ocasiones, y no menos que aquella misma mañana en desalojar la gente que dije de las colonias que íbamos á ocupar, sin que aprovechase el buen ejemplo que le dió el marqués de Espinardo, su capitán, á quien retiraron el caballo muerto y con cinco ó seis heridas, las más de espada. A este tiempo el escuadrón de ingleses que dije, y otros tres de la misma nación, que venian de vanguardia de toda su infantería portuguesa, atacaron las dos eminencias de nuestros dos cuernos, trepando por ellas como si no hubiesen de hallar nadie arriba que se lo estorbase; y no se engañaron, pues apenas se asomaron á lo alto de los españoles, que, dando una mala descarga, comenzaron á descolgarse por la ladera opuesta abajo, arrojando las armas, como si tuviesen sobre sí el mundo. Junto este ejemplo, le comenza-

ron á seguir los escuadrones de la batalla, y después los italianos, que estaban en la colina del cuerno izquierdo; de suerte, que en menos de medio cuarto de hora no había cincuenta hombres juntos en orden de toda la infantería, huyendo con una ceguedad jamás vista.

Referir á V. M. las circunstancias de esta infame desdicha, y lo inútil de mis diligencias, sería aumentar el sentimiento y alargar este despacho en infinito, porque no hay imaginación que las pueda comprender todas, y, para decirlo de una vez, ningún hombre en el ejército cumplió con lo que debía, y yo el primero, pues no quedé hecho pedazos en aquel campo, para excusarme esta nueva pena de dar á V. M. la que tendrá con estas noticias al fin. Nuestra infantería ha dejado un ejemplo nuevo en las historias, pues no se hallará en ellas hasta hoy que haya sido roto un ejército (dejo aparte la inferioridad, porque esto se ha visto) por otro que no quiso dar batalla ni tal intención tuvo, y que después de ganada, no lo acertaba á creer. Lo primero se infiere con evidencia, demás de lo que se ha sabido de algunos prisioneros, de la hora á que aguardó á moverse, de retirar la artillería al tiempo de marchar, y de haber adelantado y empeñado solamente las tropas inglesas, como quien echaba aquella capa, que quizás le sirve de embarazo y paso á los cuernos del toro; de suerte, que si las nuestras hubieran obrado como debían, es sin duda que, así por esto como por sobrevenir la noche, retirarían su ejército á Extremóz sin pérdida considerable, y á costa de este corto riesgo quisieron dar una satisfacción al llanto común

del país. Lo segundo también se conoce de que no pudiendo imaginar que nuestra vileza fuese tal, que nos hubiésemos rehecho en algunos de los muchos puestos fuertes que había á mi retaguardia, se quedó afirmando en los que ocupábamos, sin atreverse á pasar adelante, de manera que hasta más de las siete del día siguiente, como ellos mismos han confesado, dudando del suceso, no enviaron un hombre á la parte de bagaje que había quedado por ceguedad, que tuvieron sobrado tiempo de retirarlo todo, para que no hubiese circunstancia que no mostrase ser disposición divina que aquello sucediese así. Y para acreditar más la vileza de nuestra gente, es de notar que ella misma saquea el bagaje y todo lo que no se pudo retirar, con que el enemigo halló sólo carros y carretas vacías. La gente que se le reconoció, serían de nueve á diez mil infantes y más de seis mil caballos, y nosotros tendríamos efectivos, con oficiales, nueve mil infantes y cinco mil quinientos caballos. Lo que se perdió en esta ocasión, de todos géneros, se contiene en la relación núm. 3, y pluguiese á Dios, Señor, que no se hubiese salvado nadie, para que fuese menor la ignominia de haber quedado en pie sobradas tropas para romper á los enemigos muchas veces, cosa que volvió á irritarme de nuevo cuando las vi en Arronches juntas.

Los prisioneros que trajimos, conociendo cuán en su favor iba el día, y que la noche se acercaba, comenzaron á amotinarse con piedras, como podían, contra de la caballería que los guardaba, con que fué fuerza que diese sobre ellos, y habiendo muerto los que pudo, los demás se es-

caparon, y yo supongo que de ellos y dicha gente que el enemigo aguardaba que saliese de Lisboa, que se dice le llegó un día después del suceso, habrá aumentado el número de sus tropas de tres á cuatro mil hombres; pero también es creíble que se les disminuirían los auxiliares mucho, y que de caballería no ha resarcido la pérdida que ha hecho con lo que le ha valido el suceso, porque ha perdido muchos caballos. ¡Pluguiese á Dios, repito otra vez, que hubiésemos quedado todos hechos pedazos en la campaña, pues cuanto mayor es el número que se ha salvado, nos alcanza á todos mayor infamia! Yo, Señor, después de haber procurado hacer volver la cara á veinte hombres solos en todo lo que duró el día, sin poderlo conseguir, junté á la noche cuatrocientos ó quinientos infantes de diferentes naciones y dos batallones de caballería, y afirmándonos en medio del campo de batalla, envié por todas partes á ver si había quedado alguna gente nuestra, para incorporarme con ella, y sólo se hallaron por todas enemigos. Con que habiéndome detenido en aquella forma más de tres horas de noche, y reconocido que la materia no tenía ninguna apelación, me fuí retirando al paso hacia Arronches con esta poca gente, y por el camino se fueron incorporando otras tropas, con D. Diego Caballero y los Tenientes Generales de la caballería, con que entré en esta plaza á mediodía, por haber hecho muchos altos en el camino para recoger y asegurar del enemigo lo que venía desbandado, y en ella hallé al duque de San Germán, que me dijo había llegado al amanecer. Este, Señor, es el suceso. Las circunstancias de mi dolor sólo se pueden es-

cribir con pedazos del corazón: no extraño la pérdida de una batalla, porque Dios, que es Señor de ellas, concede las victorias á quien es servido, y es menester conformarse con su voluntad; lo que me ha llegado al alma es hacer la última experiencia de la vileza de nuestra nación y de la infamia con que se ha portado lo general de ella, descrédito que no se borrará jamás de la memoria de los tiempos; ya guardando para otra casión el hablar á V. M. sobre esto y cuán arruinado veo su Real servicio en esta parte, diré sólo ahora á V. M. que mi fija resolución es de vengar esta bofetada tan ofensiva y dolorosa con lo que hubiere, y habiéndolo juntado y refrescado las tropas ocho ó diez días, volveré á buscar al enemigo, pues la inferioridad de número que ahora tendremos á él importa nada si los que somos hiciéremos lo que debemos, en cuyo caso será el suceso nuestro; y si volviere á reincidir en la deshonra pasada, no harán falta á V. M. hombres tales. En cuanto á mi persona, reservo hablar á V. M. hasta el éxito de esta nueva tentativa: mañana parto á Badajoz, de donde daré cuenta á V. M. de lo que se ofreciere, y entre tanto, suplico á V. M., que al paso de la necesidad, se nos envíe luego alguna infantería y armas, que es irremediable y gran falta la que tenemos de ellas. Y pues el enemigo ha llamado á esta parte todo lo de Ciudad Rodrigo, juzgo no fuera deservicio á V. M. hacer pasar á esta, parte de aquella caballería, en que conviene no perder un punto de tiempo en volver á componer los trenes, siquiera á la proporción que propuse á V. M. desde Evora.

(Colección de Varios *de la Biblioteca de Toledo.)*

Apéndice D.

—

NOTICIA DE LA GENTE QUE SE PERDIÓ EN LA BATALLA DE EXTREMÓZ, OCURRIDA EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1663.

Infantería.

	Oficiales.	*Soldados.*	*Total.*
Número de la infantería, según muestra que se tomó en Evora, ciudad, en 25 de Mayo.....	2,154	8,968	11,122
Número de la infantería, según muestra que se tomó en Arronches en 10 de Junio, después de la batalla.....	1,366	6,307	7,673
Se perdieron (no se dice si muertos ó prisioneros).....	788	2,661	3,449

Caballería.

	Oficiales.	*Soldados montados.*	*Total.*	*Soldados á pie.*
Por la muestra de Evora.	598	5,556	6,154	219
Por la muestra de Arronches.....	295	4,128	4,423	805
Se perdieron (no dice si muertos ó prisioneros).	303	1,428	1,731	131

Artilleria.

Perdió 8 masfeltes, 2 trabucos, 12 afustes de á 5, uno de á 25, 3 carromatos, 14 armones, 4 petardos, 600 quintales de pólvora, 25 bombas, 500 granadas, balas, cuerdas y otros efectos; además, 1,000 mosquetes, 30 partesanas y 58 arneses.

Los mosquetes, partesanas y arneses, eran de los que se habían cogido antes al enemigo.

Del documento anterior se ha tomado lo que sigue:

La infantería que pasó dichas muestras, corresponde á los tercios siguientes:

Tercios de españoles.

Compañías.	
14	del tercio de D. Anielo de Guzmán.
20	del de D. Luís de Frías.
14	del de D. Gonzalo Fernández de Córdoba.
15	del del conde de Escalante.
14	del de D. Rodrigo de Mogica.
6	del de Rui Pérez de Vega.
9	del de D. Lope Gómez de Abreu.
21	del de D. Juan Enríquez.
11	del de D. Diego de Alvarado Bracamonte.
15	del de D. Francisco Tello.
26	del de D. Baltasar de Urbina.
5	del de D. Diego de Vera.
15	del de D. Francisco de Araujo.

Compañías.

12 del de D. Gil de Villalva.
5 del de D. Jaques Gumín.

Tercios de italianos.

7 del de D. Camilo de Dura.
14 del de D. Marcelo Orilla.
14 del de D. Antonio Guindazo.
7 del de D. Andrés Copula.
16 del del marqués de Casín.

Regimientos de alemanes.

10 del del conde de Losestain.
8 del del barón de Casestain.
8 del del conde de Chargni.

Caballería.

2 de la guardia de D. Juan de Austria.
2 de la guardia del duque de San Germán.
1 del Teniente General Juan Jácome Mazacán.
11 del trozo de Borgoña, de que es Comisario general Juan Angelo Balador.
13 del trozo de las Guardias viejas de Castilla, de que es Comisario general D. Jerónimo García, con la del Teniente General D. Alejandro Moreda.
7 del trozo de Milán, de que es Comisario general D. Francisco de Aguiar.
5 del trozo de Fregenal, de que es Comisario general D. Juan Cortés y Linán.
10 del trozo de Milán, de que es Comisa-

Compañías.

rio general D. Juan de Novales, con la compañía del Teniente General D. Melchor Portocarrero.

7 del trozo de las Ordenes, de que es Comisario general D. Antonio Montenegro.

10 del trozo de Flandes, de que es Comisario general D. Luís de Sex.

11 del trozo de Cataluña, de que es Comisario general D. Miguel Ramón.

2 del General de la caballería y el Teniente General D. Diego Correa.

11 del trozo de Feria, de que es Comisario general D. José de Larreategui.

13 del trozo de Extremadura, del Comisario general D. Juan de Ribera.

2 de las Guías y Preboste general del ejército [1].

(Archivo de Simancas.)

[1] No se expresa en este documento copiado, si toda la fuerza anterior se halló en la derrota de Extremóz; pero es de inferir que sí, pues se dice en el expresado documento que esta fuerza era la que se hallaba en campaña, aparte de la que había quedado de guarnición en Evora.

Apéndice *E*.

—

CARTA DE D. JUAN DE AUSTRIA, EN QUE DICE EL ESTADO DE SU EJÉRCITO DESPUÉS DE LO DE EXTREMÓZ.

Señor:

Después que llegué á esta ciudad, se ofrece sólo dar cuenta á V. M. cómo han venido algunos de los prisioneros que están en Extremóz, con los cuales me han enviado á decir aquellos oficiales que el enemigo se va disponiendo para el ataque de Evora, adonde se decía iría dentro de cinco ó seis días, y que me asegurase que con los prisioneros que traíamos y otra gente que le iba entrando (aunque hasta entonces no había llegado el marqués de Marialba con la de Lisboa), se hallaba hoy con catorce mil infantes efectivos de muy buena calidad, y tres mil ochocientos caballos, y que decían habían entrado en aquella barra la armada del Brasil, y que desembarcaron de ella tres mil infantes. Yo no sé, Señor, el estado de la nuestra; pero terrible cosa es que no sirva á V. M más que de gasto en todo el año. Si ahora se pusiese delante de Lisboa, es cierto que llamaría allá mucha parte de estas fuerzas; y si no está para salir, mande V. M. que venga acá aquella gente, pues el esta-

do en que nos hallamos obliga á cualquier esfuerzo, aunque todos los que fuesen de *estas levas* y *milicias de españoles*, es comprar á dinero la deshonra de la nación y de las armas. Esto queda en el desconcierto que V. M. puede considerar; y aunque en su reparo no se dejará diligencia por hacer, las de acá solas no es posible que basten á componerlo, si V. M. no manda que los esfuerzos correspondan al aprieto. Dios guarde la Católica Real persona de V. M., como deseo y hemos menester. Badajoz 14 de Junio de 1663. —Don Juan.

(Archivo de Simancas.)

Apéndice *F*.

—

RELACIÓN DE LO SUCEDIDO Á LAS ARMAS CATÓLICAS EN EXTREMADURA DESDE 6 DE MAYO HASTA 10 DE JUNIO DE 1663.

Excmo. Sr.:

Mi gran sentimiento me había obligado á ocultar hasta ahora el triste suceso de nuestras armas; pero la autoridad de V. E. puede tanto conmigo su siervo, que me obliga á renovar las llagas de mi dolor con esta nueva relación.

La marcha de nuestro ejército ha sido la siguiente. Domingo 6 de Mayo hicimos noche sobre la ribera de Caya, una legua de Badajoz: lunes 7 pasamos el río por un puente de barcas que se hizo, y contando aquí S. A. la infantería, mientras pasaba, halló once mil infantes. Martes 8 fuimos á las torres de Segura, donde volamos dos atalayas muy vistosas, y contando aquí S. A. la caballería, se hallaron cerca de siete mil caballos. Miércoles 9 marchamos á Villaboim, que el año pasado quemó nuestro ejército por no querer rendirse, y así ahora no tiene morador ni casa alguna. Aquí vinieron los de Borba á dar á S. A. la obediencia: recibióles con alegre semblante, dándoles algunas doblas, para que con ellas trajesen víveres á nuestro ejército, que hicieron con puntualidad: aquí volamos otras dos atalayas. Día 10 marchamos á

las ventas de Alcaraviza, donde el enemigo, con cuarenta caballos franceses emboscados, nos prendió un teniente é hirió un alférez, que murió de las heridas, y siendo los nuestros no más que ocho, hirieron algunos y mataron á otros. Día 11 llegamos á Extremóz, donde tuvimos una escaramuza, que duró poco. Viendo á Extremóz inconquistable, así por sus fortificaciones como por seis mil hombres y tres mil caballos que estaban dentro, marchamos hacia Evoramonte, lugar situado en un cerro con un castillo fuerte, y enviando S. A. por medio de un volatín, que se rindiese, respondieron soberbios que no querían, y que D. Juan de Austria no debía saber estaba allí el Maestre de campo D. Lope de Andrade. Disimuló S. A. por no desbaratar sus intentos. Día 13 marchamos hasta las ventas del Duque, no pudiendo pasar adelante por las muchas lluvias: los soldados andaban todos nadando en arroyos de agua, helados y aturdidos con el frío; las tiendas derribadas con el viento, de modo que con cuatro dias de aquel temporal acabaría todo el ejército. Día 14 marchamos á Evora, adonde llegamos el día 15, viniendo á dar la obediencia á S. A., Arroyol, lugar de seiscientos vecinos con un castillo; y D. Anielo de Guzmán, D. Gonzalo de Córdoba y D. Luís de Frías, Maestres de campo, tomaron el fuerte de San Antonio, echando de allí doscientos infantes y cinco escuadrones, con sola pérdida de un capitán, un alférez y un soldado.

El 16 comenzó nuestra batería con dos trabucos y dos medios cañones, y prendimos un capitán. Esta misma noche vino de Extremóz un capitán inglés, y dijo venía el enemigo con

todo su grueso á socorrer la plaza, que tenía, fuera de los moradores, tres mil infantes pagos y mil de socorro, y ochocientos caballos.

El 17 se adelantaron mucho nuestros ataques y baterías, causando en la ciudad mucho daño y mayor confusión nuestras bombas.

Viernes 18 cautivamos treinta caballos: esta tarde hicimos un avance contra el enemigo, que estaba fortificado en el convento de Carmelitas, y se le echó de allí á fuerza de armas: duró el choque más de tres horas, con valor de ambas partes; esta refriega nos costó doce hombres muertos y treinta heridos, perdiendo el enemigo otros tantos, y más.

Día 19 avanzamos nuestra batería hasta el convento, y batimos la muralla con cuatro medios cañones: los ataques de los italianos llegaron esta noche á la misma muralla. Cogiéronse dos correos, uno del duque de Braganza, en que daba gracias á la ciudad, al Obispo, al Corregidor y al Gobernador, por haberse defendido con tanto valor; otro era de D. Sancho Manuel, prometiendo socorrer muy presto la plaza y castigar el orgullo de S. A.

El 21 se atacaron las minas; el martes se preparaba cada uno para la batalla, y trató la ciudad de rendirse con las condiciones siguientes:

Que pudiesen salir de Evora los que quisiesen para cualquier plaza no sujeta al castellano. Que cada uno quedase dueño de su hacienda. Que toda la infantería, que era de cuatro mil hombres, quedase prisionera en Castilla, hasta fin de la campaña. Hecha esta capitulación, tomó S. A. posesión de las puertas, dejando salir tres Cabos con máscara, uno D. Pedro Pechingo, siciliano,

revolvedor que fué de Nápoles y Sicilia; otro un obstinado catalán, y el tercero un napolitano.

Miércoles 23 entramos en esta ciudad, que es la mayor de Portugal después de Lisboa, en que había tanta gente como éramos nosotros: fué nuestra dicha que no tenían balas, porque si las tuvieran, mucho más nos habia de costar.

Jueves 24, día del Corpus, anduvo S. A. en la procesión, é hizo cantar el *Te Deum laudamus.*

Viernes 25 se pensó en fortificar la plaza, y acercar bagaje y municiones.

Sábado 26 despachó S. A. dos mil caballos y seiscientos infantes á Montemor, lugar de mil vecinos, que se rindió luego con los demás inmediatos.

Domingo 27 se hizo cómputo de lo que se encontró, y fué lo siguiente: ochocientos quintales de pólvora, cuatrocientos de cuerda, dos mil balas de artillería con cuatro piezas, dos mil fanegas de trigo, tres mil de cebada, cantidad de tablones, mosquetes, picas y pistolas, y además de esto cuarenta y cuatro mil pesos, y después otros diez mil.

Domingo 3 de Junio llegó á vista de Évora el enemigo, con intento de cortar nuestra caballería. S. A. sacó su ejército lunes por la mañana, y ofreció la batalla: retiróse el enemigo á un puesto fuerte. La ciudad determinó matar aquella noche los castellanos, que no serían setecientos, para lo que tenían hablado á D. Sancho Manuel tuviese gente apercibida para socorrerlos; descubrióse la traición por una mujer, y avisó el Gobernador á S. A., que envió luego ocho tercios de infantería y ochocientos caballos. El enemigo penetró que nuestro intento era marchar, cerca

de lo cual había varios pareceres. Empezamos á marchar al amanecer, cuando sonaba por el ejército que el enemigo había enviado mil caballos para ocupar un puente por donde habíamos de pasar: aquí descubrimos todo el ejército del enemigo metido entre unos olivares, desde donde tenían propósito de acometernos de repente, mientras subíamos descuidados las colinas, y no faltó mucho para cogernos en la trampa, pues habíamos llegado á las faldas de las colinas sin saber del enemigo, hasta que el estruendo de una pieza nos trajo la noticia, y los bagajeros, poseídos del miedo, se atropellaban unos con otros con tanta confusión, que más parecía huída que marcha, y con la misma prisa se dispuso la batalla, en esta forma: el cuerno derecho, colocado en la falda de las colinas, media legua de Extremóz; la misma disposición tenía el cuerno izquierdo: en otra colina apartada de la altura plantamos nuestra batería; atrás de los dos cuernos estaba lo restante de nuestro ejército. Dispúsose la caballería por toda la llanura que estaba entre el enemigo y nuestro bagaje: en esta forma estuvimos cañoneándonos desde las diez hasta la tarde; advirtiendo que nuestro bagaje estaba esparcido por la llanura, y los tres mil prisioneros que traíamos estaban guardados con quinientos caballos; lo restante de nuestra caballería, ó estaba guardando la cumbre de las colinas, ó servía de retén en el sitio que había detrás de la retaguardia y antes de los prisioneros. También advierto que nuestro ejército estaba maltratado con la marcha larga del día anterior, y falto de víveres, principalmente de bebida, en el día presen-

te, con un excesivo calor, sin sombra alguna.

Por la tarde se resfrió la artilleria, pero no las escaramuzas, hasta una hora antes de la refriega, porque tratábamos más de marchar que de pelear; y así, habiendo S. A. mandado desfilase el bagaje, y enviado los Tenientes Generales á señalar los puestos, y alguna caballería había ido también á forraje, todo lo cual notó bien el enemigo, y sirviendose de la ocasión, mandó desfilar poco á poco su caballería, mezclada con mangas de infantería, y al mismo tiempo á los ingleses que bajasen de la colina, cargando sobre el cuerno derecho: entonces S. A., viendo el movimiento de la caballería, mandó á dos Maestres de campo que hacían la línea primera del cuerno derecho, bajasen y se pusiesen delante de la garganta de los dichos dos cuernos para embarazar el intento del enemigo.

Al mismo instante se adelantaron los ingleses, y juzgando que los nuestros volvían las espaldas, les dieron una carga de mosquetería, apresurando el paso con tal gritería, que dejaron á los nuestros tan aturdidos, que ni acertaban á huir ni á pelear. Hubo, no obstante, en el tercio de D. Anielo, por los muchos ruegos de aquel valeroso capitán, quienes disparasen; pero viendo ya á algunos volver infamemente las espaldas, siguieron su ejemplo, dejando á aquel pobre caballero con algunos otros á la discreción de sus enemigos, que cargando, después de haberle hecho prisionero, sobre el cuerno derecho, le desbarataron todo con increible presteza, é infamia nuestra. Yo, volviendo los ojos de este espectáculo sobre el cuerno izquierdo, vi que los portugueses lo desbarataban con el mismo suceso,

sin bastar haberse apeado S. A. con la espada en la mano, para detenerlos y estorbar que le atropellasen, y juntamente la retaguardia, que estuvo más firme; y los italianos se alentaron algo con las exhortaciones del Duque y ejército del conde Losestein, Maestre de campo alemán: mas todo no bastó para darnos la victoria, porque, habiéndose ya los ingleses apoderado de la colina donde estaba nuestra artillería, huyeron los nuestros infamemente por el otro costado hacia nuestro bagaje y caballería: entonces fué cuando nadie paró en sus puestos, y así, descompuestamente, huíamos todos por donde había desfilado el bagaje, que estaba desamparado por los campos.

Muchas veces los mismos prisioneros que habían escapado, mataban entre las tinieblas de la noche, con las armas que hallaban en los caminos, cuantos podían alcanzar: sólo quedaba aún prisionero el Maestre de campo francés que habíamos hecho prisionero sobre Evora: éste iba en el coche del General de la artillería, con su capellán y secretario, los cuales llevó á Frontera, lugar rebelde, aunque está á la obediencia; envió de aquí un paisano para traer un batallón, con que libró á sí mismo y cautivó á los otros dos y diez y ocho galeras que habían parado en aquel sitio. Aquí tiene V. E. una breve pero verdadera relación, pues nada escribo que no he visto. Julio 15 de 1663.

En un punto, en un instante,
Donde hubo instante, y no punto,
Se vió mucho infante junto
Y solo se halló un Infante.

(Colección de Varios *de la Biblioteca de Toledo.)*

Apéndice *G*.

—

COPIA DE LOS CARGOS QUE HICIERON AL DUQUE DE OSUNA, SOBRE ABUSOS DE AUTORIDAD EN EL CARGO DE CAPITÁN GENERAL DEL EJÉRCITO DE CASTILLA.—AÑO DE 1665.

Señora:

Señores que componían la Junta:

D. Antonio Contreras, barón de Anchi.

D. García de Medrano, marqués de Trucifal.

D. Juan de Arce Otálora, marqués de Montalván, barón de Vatevile.

Habiéndose visto en la Junta de la visita del duque de Osuna, los cargos que resultaron de ella, que son los treinta que contiene el papel incluso, se determinó en justicia lo que va notado al pie de cada uno, de que ha parecido á la Junta dar cuenta á V. M., para que, sirviéndose de tenerlo entendido, y no mandando otra cosa, se pueda, en esta conformidad, ajustar la sentencia, y firmar V. M. la cédula que de ella se hiciere. V. M. mandará lo que fuere su real voluntad. Madrid 25 de Noviembre de 1665.—Siguen siete rúbricas.

Memorial de los cargos que se dieron al duque de Osuna y Uceda, Capitán General de las fronteras de Castilla la Vieja, del tiempo que ejerció dicho puesto. Por el licenciado D. José Beltrán de Arnedo, Caballero de la Orden de Santiago, Alcalde de Corte.

CARGO PRIMERO.

Primeramente se le hace cargo al dicho duque de Osuna, de que siendo así que en la instrucción que se le dió para el buen gobierno de la Capitanía general, en el capitulo noveno de ella se le encarga lo que conviene excusar el hacer correrías en Portugal, y que no permita en manera alguna que la gente de guerra ni los naturales de las fronteras las hagan, por excusar los daños que se han experimentado, añadiendo que si por algún accidente fuere menester hacer entrada, pregunte á los Maestres de campo de los tres partidos el tiempo y forma en que conviene ejecutarla, y que con sus pareceres dé cuenta de lo que se ofreciere, para que S. M. resuelva lo que fuere servido. En contravención de dicha orden, en tres años que ha tenido el gobierno de dicha Capitanía general, ha hecho diferentes entradas, y para ellas, no sólo no ha tomado los pareceres de los Maestres de campo, pero ni dado cuenta á S. M. hasta haberse ejecutado.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO SEGUNDO.

Hácesele cargo que en contravención de la misma instrucción y órdenes de S. M., como consta de consulta de 11 de Agosto de 1662 del Consejo de Guerra, en que se dice obró contra orden y se le mandó de nuevo se contuviese en la defensiva por Julio del dicho año, juntó de cuatro á cinco mil infantes y seiscientos á setecientos caballos, y con tan corto número de gente, llevó nueve piezas de artillería de bronce, que no las podían cubrir, y el empleo de esta campaña fué para tomar á Escallón, lugar abierto y sin defensa, que no tenía más que un parapeto de piedra seca y barro alrededor de la iglesia, donde sus vecinos recogían sus haciendas y ganados para defenderse de algunas partidas de caballería que corrían la campaña, porque, yendo infantería, no tenían defensa alguna, como se vió, pues antes que el Duque llegase, desampararon y abandonaron el lugar sus vecinos.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO TERCERO.

Hácesele cargo de que siendo así que por el capítulo de la dicha instrucción que refiere el cargo antecedente, debía tomar los pareceres de los Maestres de campo para las operaciones militares, y más donde se aventuraba el crédito de las Reales armas, determinó por su dictamen, y sin tomar el parecer de los Maestres de cam-

po y de un Cabo tan principal como D. Fernando Miguel de Tejada, del Consejo de Guerra, y que en aquel ejército era Maestre de campo general, fortificarlo, como con efecto fortificó, á Escallón, deteniéndose allí más de quince días, dejando en él para su defensa al Sargento Mayor D. Francisco Mejía, con trescientos infantes y dos piezas de artillería de bronce y otros pertrechos, y esto con tan poco fruto, que en dos días naturales volvió el enemigo á ganar dicha plaza, estando el dicho Duque con todo el ejército que él ganó y fortificó á dos leguas y media en la Fregeneda; de manera que llegó antes á Ciudad Rodrigo la gente que quedó de guarnición en Escallón, que el Duque con su ejército, no siendo dicha plaza defendible sino por muy poco tiempo, por cuya razón no quiso quedar en su gobierno el Sargento Mayor D. Pedro Enríquez, y porque á fin de Setiembre del mismo año la volvió á ganar el Duque sin costa ni detención alguna; y habiendo dejado por Gobernador de ella á D. Cristóbal Guiral, en 12 de Octubre dió cuenta al Secretario D. Diego de la Torre que el enemigo había sitiado á Escallón, pidiendo tercios de socorro; y siendo así que se perdió en cuatro ó cinco días, hasta el día 19 de Octubre no dió cuenta de haberse rendido, y en 24 del dicho mes avisó que el enemigo la había demolido, con que en tres meses se ganó dos veces y se perdió otras dos; cosa que obligó á S. M., á consulta del Consejo de 25 de Octubre, mandar se reformase el ejército de Castilla la Vieja que estaba á cargo de dicho Duque.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO CUARTO.

Hácesele cargo que habiendo hecho causa al Sargento Mayor D. Joaquín Mejía, de que en veinticuatro horas había rendido á Escallón, y dado cuenta el dicho Duque se castigaría, se le ordenó que habiéndola sustanciado, la sentenciase y remitiese al Consejo, otorgándole la apelación, en contravención de esta orden, habiéndole condenado á muerte y en otras penas tocantes á la reputación y honra, le otorgó la apelación solamente en cuanto á la muerte natural, denegándosela en todo lo demás que miraba á su honra y puestos, y lo mismo sucedió con los demás Capitanes que se hallaron en dicha ocasión; y habiéndose visto el pleito en el Consejo de Guerra, por sentencias de vista y revista, revocaron la dada contra los dichos D. Francisco Mejía y consortes, y les absolvieron y dieron por libres, y les mandaron volver sus puestos, con que esta cosa juzgada manifiesta cuán poca defensa podía tener dicho fuerte de Escallón, y es de considerar que en él no quedó cirujano, barbero ni medicinas, con gran desconsuelo de los pobres soldados heridos, que después de haber peleado, para su curación no tenían el menor alivio y remedio.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO QUINTO.

Hácesele cargo de que en la detención que tuvo el dicho Duque para fortificar por su dictamen á Escallón, dió lugar á que el rebelde

juntase fuerzas muy superiores á las nuestras, poniendo á riesgo todo el ejército, artillería, carruajes y demás pertrechos, porque el rebelde se acampó en el teso de Aguiar, media legua distante de Escallón, donde casi imposibilitaba nuestra retirada; y esto lo reconoció el Duque, pues el día 29 de Julio dispuso la retirada, de manera que, poco después de salido el sol, llegó al vado de San Martín á pasar el río Agueda, que dista dos leguas de Escallón, á tiempo que reconocieron los batidores del enemigo, que con la caballería y alguna infantería venía siguiendo nuestra marcha, y antes que llegase tuvieron tiempo de pasar el carruaje, infantería y artillería, quedando D. Fernando Miguel de Tejada con la caballería de la otra parte del río á detener al enemigo, y subieron cuatro piezas á una atalaya que cubría la ribera del río, donde se formó nuestro ejército y ofendía la avenida del enemigo; y habiéndose puesto en batalla nuestro ejército de esta parte del río muy cercano á un cañón entero que el Duque había hecho traer de Zamora, que por ser tan grande se encalló en nuestra ribera y no le pudieron sacar, llegó Manuel Freyle, General de la caballería del rebelde, con la caballería é infantería que le seguía, á cosa de las ocho de la mañana, é intentó pasar el río cinco ó seis veces, peleando todo el día, hasta que fué de noche; de manera que fué menester todo el valor del Duque y la disposición de D. Fernando Miguel de Tejada, para que aquel día no se perdiese su persona y todo el ejército, como sin duda hubiera sucedido si el rebelde hubiera sentido el movimiento de nuestro ejército y le hubiera cogido en marcha, por

ser en fuerza tan superior, que al mismo tiempo que Manuel Freyle obraba lo que queda referido en el vado de San Martin, se puso D. Sancho Manuel con el resto de su ejército sobre Escallón, y para esta retirada hizo abrir el camino del vado de San Martín hasta la Fregeneda con mucho trabajo y costa, que de su naturaleza era tan áspero, que aun después de abierto no podían los bueyes subir la artillería, y fué menester subirla con maromas á fuerza de hombres.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO SEXTO.

Hácesele cargo que siendo así que el Consejo, por consultas de 11 y 13 de Agosto, sobre carta escrita por el dicho Duque en 7 del mismo, dice á S. M. que el Duque obró contra orden en la entrada que hizo y fortificación de Escallón, y que había asegurado que se podía defender, y por resolución de dichas consultas, se le ordenó que hallando fácil el recobro de Escallón, á voto que tome de los Cabos, lo intente, y recobrado le demuela y se contenga después en la defensiva; en contravención de esta orden, habiendo ganado á Escallón por interpresa á los fines de Setiembre, le volvió á guarnecer, dejando en él al capitán D. Cristóbal Guiral, proponiendo á S. M. grandes conveniencias en la conservación de esta plaza, que toda la tierra del enemigo estaba amedrentada, Castilla defendida, y muy fácil de defender, á cuyas instancias S. M., en 9 de Octubre del 62, dió orden al Duque la conservase, si tomase por su cuenta la defensa, en el

interin que iba un ingeniero á reconocer el sitio, y lo que había menester para su defensa, y se conoce cuán fácilmente se desvanecieron las razones que dió para mantener dicha plaza, pues en 12 del dicho mes dió cuenta á S. M. de haberla sitiado el enemigo en 19 del dicho, y de haberse rendido, y en 24 de haberla demolido.

(Absuélvesele de este cargo, atento á sus descargos.)

CARGO SÉPTIMO.

Mas se le hace cargo al dicho Duque que en contravención de las órdenes referidas, por Junio del 63 hizo entrada é intentó tomar por asalto la plaza de Almeyda, donde no se obró nada, antes mataron en dicha ocasión dos capitanes que subieron á la muralla, y de esta salida no se halla carta en que diese cuenta.

(Absuelto, atento á sus descargos.)

CARGO OCTAVO.

Hácesele cargo que el mismo año de 63, por Diciembre de él, y en contravención de las dichas órdenes de que va hecha mención, hizo otra entrada, en la cual tomó á Baldelamula, y en 8 de Diciembre, sin consulta de los Cabos ni orden de S. M., empezó el fuerte de la Concepción, y dió cuenta á S. M. cómo le había empezado á fortificar, y S. M., á consulta de 13 y 14 del mismo mes, mandó se le diese orden precisa para que demoliese á Baldelamula y lo obrado en el fuerte, y se retirase; y sin embargo de esta orden

tan precisa, en 21 y 26 de dicho mes representó á S. M. las grandes conveniencias de la fábrica del fuerte, y que costaría tanto demolerle como ponerle en perfección; y sin embargo de que el Consejo y el Sr. D. Juan de Austria dudaron siempre de la autoridad de él y su conservación, resolvió S. M. se conservase el dicho fuerte por las vivas instancias y conveniencias que el Duque representó, siendo así que los Cabos reconocían el poco fundamento que esto tenía, pues los Maestres de campo D. Ignacio de Zayas y D. Pedro de Ulloa no quisieron quedar gobernando dicho fuerte, y por estar cinco leguas de Ciudad Rodrigo y una de Almeyda, plaza capital del rebelde, estaba imposibilitado de defenderse, y era menester un ejército de pie fijo para ello, como se vió después de la rota de Castel Rodrigo, que habiendo quedado en nuestra caballería seiscientos noventa y dos soldados montados, y ciento cuarenta oficiales, y que sólos ciento nueve caballos faltaron, no había modo de poderle meter los convoyes, y se hicieron unos sacos de media fanega, para que los caballos llevasen en la grupa, saliendo de Ciudad Rodrigo de parte de tarde, y llegasen de carrera á la una y á las dos de la noche, y los echasen en el foso y se volviesén á toda prisa, con que tenían diez leguas de marcha de ida y vuelta sin parar, y esto sin estar sitiado, sino sólo con unas partidas de caballos muy cortas que el enemigo tenía á la vista, para que le avisasen cuándo iban los convoyes y la gente que llevaban para la cercanía de su plaza. Tanto, que Pedro Jaques de Magallanes decía era su quinta, y moría mucha gente, y naturalmente se iba cayendo de

su estado, sin que pudiese mantenerse; con que fué preciso demolerle á fin de Noviembre de 64, trayendo para ello caballería de Extremadura.

(Absuelto, atento á sus descargos.)

CARGO NOVENO.

Hácesele cargo de que, siendo tan repetidas las órdenes de S. M. para que se contuviese en la defensiva, y ordenándole de nuevo, por despacho de 5 de Mayo de 64, que había ido por copia en 30 de Abril, y á este mismo fin en 15 de Junio del mismo año, se le ordenó no saque las milicias por la falta que hacían á sus cosechas; sin embargo, y en contravención de estas órdenes, da cuenta á S. M., en 8 de Junio, de haber demolido unas atalayas al enemigo y segado los panes, ponderando el daño que por aquella parte se les hace, y lo que temían al Duque; y la respuesta de S. M. de 24 de Junio del dicho año fué extrañar lo que decía haberse obrado, por ser contra sus reales órdenes.

(Absuelto, atento á su descargo.)

CARGO DÉCIMO.

Hácesele cargo que debiendo observar y guardar las órdenes referidas, y que el rebelde tenía junta de gente considerable por Junio del dicho año de 64, como lo representa en carta de 19 de dicho mes á S. M., y en otra de 20 al Sr. D. Juan de Austria, dificultando por dicha causa enviar los socorros que se le pedían para Valencia de

Alcántara, porque había menester resguardarse; y se comprueba, porque en 17 del mismo mes de Junio entró el enemigo con tres mil infantes y seiscientos caballos, y quemó y saqueó la villa de Sobradillo, y de este suceso en ninguna de las cartas que envió, que en aquel tiempo eran tan continuas, da cuenta á S. M., y siendo así que en 24 de Junio de dicho año avisa haber enviado á S. A. de socorro mil doscientos infantes y doscientos caballos, y que esta gente le había de minorar mucho las fuerzas, en 30 y 31 de Junio repite á S. M. el socorro que ha enviado á S. A., y que salía en campaña para sustentar los caballos que le quedaban, por falta de cebada; y aunque á estas cartas se le respondió en 7 de Julio del dicho año que no hiciese empeño de riesgo, fué tarde, porque el mismo día fué roto.

(Absuelto, atento á sus descargos.)

CARGO UNDÉCIMO.

Hácesele cargo de haber salido á campaña el día 2 de Julio de dicho año de 654; lo primero, contra órdenes de S. M., como se ha referido; lo segundo, sin haber tomado consejo ni parecer de los Cabos; lo tercero, que siendo así que tenía resolución de ir á Castel Rodrigo, lo calló, y no dió cuenta á S. M. en las cartas de 31 de Junio, que quedan referidas, donde sólo dice sale para sustentar la caballería que le había quedado; lo cuarto, que esta salida fué á lo sumo con tres mil infantes y quinientos caballos, y con este corto número de gente llevó nueve piezas de artillería, que después, en la ocasión, no

las pudieron cubrir, ni aun ponerlas en forma de disparar; lo quinto, que la salida fué para sitiar á Castel Rodrigo, plaza tan dentro del país del enemigo, que dista diez leguas de Ciudad Rodrigo, de donde han de ir los socorros, y cuatro leguas de Almeyda, plaza capital del rebelde, por cuyas puertas han de pasar, y que estaba con las fortificaciones y prevenciones que consta de los autos, y tenía trescientos soldados y veinticinco caballos de guarnición, y mucha gente que se había recogido del país; y todo es menos, respecto del tiempo y sazón en que intentó esta facción, como consta del cargo antecedente, que en las cartas de 19 y 20 de Junio insinúa la junta que hace el enemigo, y que ha menester resguardarse, y por esto dificulta enviar socorro al Sr. D. Juan; y esta junta fué tan cierta, que dos ó tres días antes había saqueado Sobradillo, y que al pasar el Duque por Almeyda, salió con doce batallones de caballería y cantidad de infantería á picarles la retaguardia en 24 del mismo mes; confiesa haber enviado á Extremadura mil doscientos infantes y doscientos caballos, y cuando la infantería no fué tanta, fué el mejor tercio que tenía, que era el de la Puebla de Sanabria, y con tener esta gente menos, hizo mayor empeño; y, últimamente, en 30 y 31 de dicho mes confiesa sale á campaña para sustentar los caballos que le quedan, por falta de cebada, como si en el sitio de Castel Rodrigo, diez leguas de Ciudad Rodrigo, hubiese de hallar la cebada que dentro de nuestra misma tierra le faltaba.

(Los cargos undécimo, duodécimo, décimotercio y

décimocuarto, se califican por legítimos; y por la culpa que de ellos resulta contra el Duque, se le condena en lo mismo que ha padecido con la detención tan larga que en virtud de órdenes ha tenido en diferentes lugares, sin haberle permitido la entrada en la corte, en que ha padecido, teniendo también en cuenta el conocido celo con que en todas ocasiones ha obrado, y la fineza de haber pasado á la de Extremadura esta campaña, y lo que perdió en ella, y gastos que le han resultado desde la salida de Castilla.)

CARGO DUODÉCIMO.

Hácesele cargo que habiéndose puesto sobre Castel Rodrigo, y puesto en batería la artillería que llevaba, al tercero día dió orden para que se diese asalto por la brecha que había abierto la artillería, sin haber enviado persona inteligente que conociera la brecha de cerca, y viese si estaba capaz de asalto ó no, porque todos dicen la vieron desde unos ataques, otros desde la batería, sin que ninguno se arrimase á verla, y es cierto que en la muralla principal no había brecha ninguna por donde pudiese entrar, porque sólo estaban derribadas las almenas, y en la contramuralla ó barbacana, que sería un estado de alto poco más que se derribó, hasta quedar á los pechos para poder estribar con las manos y subir, fué tan poca la brecha, que sería de cuatro varas de ancho, por donde sólo entraron dos hombres de frente, y en todos no pasaron de doce á veinte los soldados y oficiales que con gran facilidad se podían resistir, y cuando se entrase y ganasen la contramuralla, en la villa, cerrando las puertas, no se podía entrar;

y aunque se intentó enviar petardo para abrir la puerta, tablones y picadores para picar la muralla, y minadores para abrir hornillos y volarla, no sólo no se efectuó nada, pero ni aun se puso en estado de poder ser; con que esto sólo sirvió de amedrentar la gente, viéndose empeñados en cosa imposible, con que por la mañana, en oyendo el nombre del enemigo, todo fué confusión, y siendo tantos los que no obraron nada de lo que se les encomendó, á nadie se hizo causa ni se prendió.

(Comprendido en el capítulo undécimo.)

CARGO DÉCIMOTERCERO.

Hácesele cargo que hallándose en operación de tanto empeño como tener sitiado á Castel Rodrigo y con tan corto número de caballería, que no pasarían de quinientos á seiscientos caballos, el día antes de la rota envió á D. Pedro Legaso con doscientos caballos y cincuenta infantes á Escallón, á decir que se rindiesen, y el faltar esta gente sería gran parte de la pérdida, por ser las compañías de las guardias y de la mejor gente que había; y teniendo intento de dar aquella noche el asalto, y no sucediendo bien retirarse luego, no se alcanza el motivo que pudo haber para enviar esta gente, porque si se ganaba Castel Rodrigo, perdido estaba Escallón; si no se ganaba, no podía servir de defensa para la retirada. por estar ya demolidas las fortificaciones; con que esta caballería no sirvió de nada aquel dia, y en la ocasión sólo se hallarian trescientos caballos, pocos más ó me-

nos, y de éstos, muchos de los soldados no lo eran, sino unos pobres labradores que sacó por fuerza de las villas de la Sierra, obligando á las justicias que trajesen los mozos solteros, para remontar ciento cincuenta caballos que había enviado S. M. de remonta, por no haber soldados desmontados, y éstos serían tan inútiles para manejar los caballos como las armas.

(Comprendido en el capítulo undécimo.)

CARGO DÉCIMOSÉPTIMO [1].

Hácesele cargo que siendo así que las órdenes de S. M. y observancia que había habido en aquel ejército para admitir dinero para sustitutos, fué por ser labradores, que faltando sus personas se perdían las haciendas, y era gran conveniencia depositasen una cantidad moderada, porque con ella se socorriese otro soldado que sirviese por él y con la puntualidad de la paga no se huyese, y por esta razón S. M. dió facultad á la ciudad de Zamora para que nombrase depositario de este efecto, que con toda puntualidad pagase los soldados que sirviesen en los presidios de Carvajales y Alcañizar, aun sin libramiento del General ni intervención de los oficios, por ser dinero que contribuían aquellos soldados para la defensa de su tierra; en contravención de estas órdenes y observancia, nombró depositarios con la mano poderosa de General, sin que bastasen instancias de la ciudad de Za-

[1] Á fin de evitar repeticiones, hemos suprimido aquí los cargos decimocuarto, décimoquinto y décimosexto, que pueden verse en las páginas 105, 108 y 110 de este mismo tomo, donde se hallan copiados.

mora, y con repetidas órdenes de S. M., lo más que consiguieron fué que nombrase á D. Alonso Palomino, Regidor de ella; pero dejando á su disposición la distribución del dinero, de donde nació que, habiendo importado lo procedido de este efecto, en tres años que el Duque gobernó, cerca de doscientos cuarenta mil escudos, y siendo así que toda esta cantidad se había de convertir en pagar los soldados que servían por los que dieron el dinero, solos cincuenta y cinco mil escudos se han dado á la infantería, con que se han divertido á efectos ajenos de la consignación ciento ochenta mil escudos, y entre ellos una partida tan excusada con ciento cincuenta y seis mil novecientos treinta y ocho reales en gastos extraordinarios, los cuales no se pueden pagar de dinero que está consignado para pagas del ejército, sino de lo que sobra después de pagado todo, y más en este ejército, donde prohibe S. M. pagar deudas atrasadas, por legítimas que sean, con pena de privación de oficio al veedor y contador, por ser tan limitadas las consignaciones que se dan para defensa de Castilla.

(Absuélvesele de este cargo, atento á su descargo.)

CARGO DÉCIMOCTAVO.

Hácesele cargo que encargándosele, como se le encarga en el capítulo duodécimo de la instrucción, tenga prevenidas las milicias por los accidentes que pueden obligar á sacar gente sin distinción, en el cual se da á entender claramente que los accidentes son las invasiones del rebelde para la propia defensa, ha sacado y movido todas las

milicias de Castilla todos los años, el de 61 á principio de Julio; luego que llegó el de 62, por Mayo; el de 63 dos veces, por Julio y por Diciembre, y el de 64 por Junio, y en ninguna de estas ocasiones ha sido para la defensa de Castilla, sino para hacer invasiones, que tan poco provecho podían traer, siendo el daño tan conocido para Castilla, como sacar tanta gente labradora y traerla desde el reino de León y Campos á Ciudad Rodrigo, con los daños que necesariamente traen consigo tan largas y continuas marchas, y sacando también los tercios de la Puebla y Zamora de aquellos presidios para llevarlos á Ciudad Rodrigo todos los dichos tres años, obligando á las ciudades de Zamora y Toro y sus partidos á acudir con sus milicias á la defensa de sus fronteras, y estarlas socorriendo á su costa temporadas considerables, por cubrir y defender su país, y siendo de la obligación de los soldados del tercio presidiar estas plazas el tiempo que les toca, habiendo ido á Ciudad Rodrigo para la ocasión de Castel Rodrigo, que llegaron después de la rota; no siendo ya necesarios, licenció á todos los que quisieron depositar para sustitutos, con que no volvieron á sus plazas, y fué preciso que las milicias que estaban en ellas se detuviesen hasta otra muda, causando grandes costas á los lugares.

(Este cargo viene á estar comprendido en los militares desde el número 14 arriba, y en lo demás que contiene se le absuelve atento á su descargo.)

CARGO DÉCIMONOVENO.

Hácesele cargo que para la ocasión de Castel Rodrigo, que era de tanto empeño como se conoce y que aventuraba tanto en aquella facción, y que la calidad de la gente no le podía asegurar el suceso, y por esta parte convenía que el número supliese la falta de la calidad, sin atender á esto en la muda que corresponde á aquella campaña, admitió dinero para sustitutos de más de mil quinientos hombres, siendo estos los que real y verdaderamente depositaron, sin los que se defraudan por ministros inferiores, que es cosa inexcusable, con que la falta de esta gente es preciso minorase el ánimo de los que iban á la ocasión, cuando es de creer que serían los más pobres y que no tendrían caudal para dar dinero para sustitutos.

(Lo mismo que el anterior, está comprendido este cargo en los militares.)

CARGO VIGÉSIMO.

Hácesele cargo que encargándosele en el capítulo XI de la instrucción, que de ningún modo haga repartimiento nuevo en la provincia sin dar primero cuenta y esperar resolución de S. M., y estar aquella tierra en costumbre de asistir tan solamente con los soldados del tercio para la guarnición ordinaria, y con los de milicia en las ocasiones de su defensa, y no con otra cosa alguna; en contravención de esto, se han hecho diversos repartimientos de carros, bueyes, acémi-

las, así para las conducciones de granos, como para salir á campaña tantas veces como salió para conducir artillería, desde la Puebla de Sanabria y Burgos á Ciudad Rodrigo; muchas veces no pagando nada, otras muy poco respecto de la carestía de los tiempos, sacando para todo esto los labradores de su trabajo, en que han tenido grandísima pérdida de ganados, siendo así que nunca tuvieron obligación de dar tren de artillería, y S. M. ha proveido esto siempre que ha sido su voluntad mantener ejército. Y así bien ha sacado de los lugares más cercanos, demás de la gente de tercio y milicia, casi todos los vecinos que podian tomar armas, y en los lugares de la sierra de Francia mozos solteros para montar en la caballería, y otras veces los apremiaba á dar caballos ó yeguas con montados y que llevasen bocas de fuego, y todo esto se ejecutaba con tanto gravamen, como ir á la ejecución el Auditor y otras personas, con cuatro y seis soldados de á caballo, y orden para alojarlos, con que por excusar esta molestia hacían los pobres lo que no podían.

(Absuelto, y apercibido que guarde las órdenes.)

CARGO VIGÉSIMOPRIMERO.

Hácesele cargo que habiendo enviado á D. Pedro Casuso, Auditor de Ciudad Rodrigo, á sacar yeguas y caballos, lo que hallase, y habiendo ido sin orden á la tierra de Sayago, y juntado cantidad de yeguas de vientre, cerriles y sin herrar, de modo que no eran de servicio, y habiendo empezado á concertar y recibir dinero

el dicho Auditor por rescatar las yeguas, se le hizo causa por el Teniente de la ciudad de Zamora, y algunos regidores, y dieron cuenta á S. M. y al Duque, que lo llevó tan mal, que escribió una carta á la ciudad, que le fué de gran sentimiento, por parecerle se trataban con algún menosprecio sus capitulares, y volvió á dar orden expresa á dicho D. Pedro Casuso para que volviese á Sayago á sacar las yeguas y caballos; y habiendo hecho instancias al Consejo para que se le cometiese la causa para hacer justicia, la ejecutó, llamando y deteniendo muchos días en Ciudad Rodrigo al Teniente de Zamora y al escribano que escribieron la causa contra el dicho D. Pedro Casuso, hasta que al cabo de mucho tiempo, haciendo instancias la ciudad en el Consejo sobre dicha causa, la cometió el Duque al Teniente de Zamora, y su secretario Juan Antonio Urquiza le escribió una carta pidiéndole por sí y encargándole de parte del Duque hiciese toda gracia al dicho D. Pedro Casuso, con que no obró nada en ella.

(Remítese á la visita de D. Pedro Casuso.)

CARGO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Hácesele cargo que siendo así que el distrito de la Capitanía General está concertado por asiento que se hizo con los Gobernadores de las armas, y aprobado por S. M., de que hicieron escrituras, de contribuir en cada un año con cuarenta mil escudos para que en las plazas de armas se socorriese la caballería de aquellas fronteras y se comprasen los forrajes necesarios para

las invernadas, por excusar los alojamientos y daños que de ellos se seguían, con capitulación expresa de que no habían de alojarse caballos ningunos, ni para forrajes ni otra cosa, habían de contribuir más de los dichos cuarenta mil escudos, y en esta conformidad, nunca se alojó la caballería ni se pidió paja á los partidos; en contravención de esto, envió á alojar cuatro compañías de caballos, que son las dos de sus guardias y otras dos del Teniente General y Comisario general, á la ribera y tierra de Sayago, que por los gastos que hicieron los hizo S. M. refacción á aquellos lugares de cuatro cuentos cuatrocientos y cuarenta y un mil ciento ochenta y dos maravedises en los tributos que debían á la Real Hacienda, y así bien sacó gran cantidad de paja de tierra de Salamanca, obligando á los labradores que la llevasen y porteasen á su costa á Ciudad Rodrigo, y de la misma manera en tierra de la Puebla, de que se han quejado muchos lugares, así del obligarles á ello como de no darles satisfacción, pues aunque los sesmeros de Salamanca acudieron á pedirla, nunca la dió, siendo como son las órdenes de S. M. que se les pague la conducción, conforme lo capitulado.

(Absuelto, atento á su descargo.)

CARGO VIGÉSIMOTERCERO.

Hácesele cargo que habiéndole dado licencia S. M. como Capitán General para que formase dos compañías de caballos para sus guardias, con que no excediesen de cincuenta caballos cada una, por el corto número que había de la caba-

llería, en contravención de esta orden creció la compañía de D. Pedro Legaso á noventa y dos caballos montados y ve intiun desmontados, y la de D. Miguel de Noroña á setenta caballos montados y diez y seis desmontados; siendo tan corto el número de caballería, que para diez y nueve compañías que quedaban, les tocaba poco más de á treinta cada una.

(Absuelto, atento á su descargo.)

CARGO VIGÉSIMOCUARTO.

Hácesele cargo que siendo así que las provincias de Castilla contribuyen con los cuarenta mil escudos referidos para pagar la invernada de la caballería, y que por muchas órdenes de S. M. se manda que este dinero entre en el pagador en arca aparte, y que se invierta solo en pagamentos de la caballería, sin divertirlo en otra cosa y en pagar los forrajes y paja que se sacan para el sustentar de la caballería, no se ha hecho porque siempre ha entrado en poder del pagador en confuso con la Hacienda Real para con más libertad poder librar en ella á quien le pareciese; de donde ha nacido faltar dinero para pagar la paja y forraje que han dado los lugares, y no habérseles dado á la caballería las pagas que se les debían dar y cabían en este dinero, y en particular divirtió para pagar ciento cincuenta y ocho mulas que le quitó el enemigo llevando un convoy á la alberguería el año de 62, que se habían traído de Tierra de Campos sesenta y ocho mil seiscientos setenta y nueve reales, los cuales

libró, en lo que debían contribuir las villas para el alojamiento y paga de la caballería.

(Absuelto, atento á su descargo, y apercibido que guarde las órdenes.)

CARGO VIGÉSIMOQUINTO.

Hácesele cargo que siendo la orden de S. M. que el pan y cebada se diese en mano propia todos los días á los soldados de la caballería, para que con esta ocasión no padeciesen diminución ninguna, y lo que más es, excusar la salida de los soldados de las plazas de armas por las licencias que con facilidad dan los capitanes por ahorrarse la cebada y pan de munición, no se ha dado en esta conformidad, de donde han nacido grandes quejas en toda Castilla por los robos que han cometido los soldados de á caballo que en diversas temporadas han andado derramados por toda Castilla, y la misma omisión ha habido en cuanto á las pagas, que siendo así que se debieran hacer en mano propia, especialmente cuando no están en campaña y pasando muestra, y reconociendo los soldados que verdaderamente sirven, no se ha hecho, antes bien las libranzas se han dado para que las pague el pagador con la intervención ordinaria, y que con recibo de uno de los Ayudantes se haga buena la cantidad: de donde ha nacido que por no haberse de dar en mano propia los oficios que habían de dar fe de la paga, han puesto la intervención antes de dar la paga con presupuesto de que se daría, en grave perjuicio de la Hacienda Real, porque se pueden con esta ocasión defraudar enteramente

pagas enteras, ó á muchos particulares, como se vió en una paga de ciento y cuarenta y seis mil reales que se libró á la caballería en 2 de Agosto de 64, que en confianza de que se daría pusieron la intervención en los oficios, y firmó el ayudante Pedro Núñez, y son muchos los que dicen que no se dió, y siendo así que para dar esta paga se debía pasar muestra, no se pasó, por haber mandado en 4 de Agosto que la dicha paga se diese por una muestra que se pasó en 18 de Julio, siendo así que en la que se pasó á 9 de Agosto, cinco días después que se dió dicha paga, no hubo más de quinientas cuarenta y nueve plazas, y para la paga hubo seiscientas noventa y tres, conforme la muestra de 18 de Julio, en que van ciento cuarenta y cuatro plazas de diferencia, que á ciento veinte reales cada una, cuando todas fuesen sencillas, montan diez y siete mil doscientos veinte y ocho reales.

(Absuelto por ahora, sin perjuicio de lo que resultare del cargo que se hiciere á los oficios que intervienen en la paga de 2 de Agosto, que se cita, y en lo demás que contiene este cargo se le absuelve enteramente.)

CARGO VIGÉSIMOSEXTO.

Hácesele cargo que habiendo orden de S. M. para que no se pagasen deudas atrasadas en aquel ejército, aunque los Generales lo mandasen, como, no obstante, imponiendo á los oficios de veedor y contador pena de privación de oficio si lo sentasen en los libros, por ser tan limitados los socorros, que aun no bastaban para lo

corriente y preciso; en contravención de esta orden, mandó se le pagasen ciento diez mil setecientos veinte y seis reales, diciendo se le debían de sueldo del tiempo que fué General de la caballería de Extremadura, por una certificación que presentó de Jerónimo Gallo, contador principal de aquel ejército, siendo así que la dicha certificación era nula, porque no se pudo dar sin hacer el ajustamiento que refiere y sin orden especial de S. M., lo cual se le representó por el veedor y contador, y en decreto de 23 de Julio de 64, reconoció el Duque debía preceder orden de S. M. para el dicho ajustamiento, y sin embargo dió, no obstante, para que le pagasen los dichos ciento diez mil setecientos veinte y seis reales, como con efecto le pagaron, siendo deuda, no sólo atrasada, sino de diferente situación y en virtud de instrumento dado contra órdenes de S. M.

(Absuelto, apercibido, y se harán las prevenciones que convengan.)

CARGO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

Hácesele cargo que habiéndosele señalado demás del sueldo de Capitán General, que era de mil escudos al mes, quinientos escudos cada mes para un gasto secreto de que no se le había de pedir cuenta, y que corriese desde 2 de Octubre de 660, que se despachó el título, sin embargo de no haber ido á servir en dicho puesto hasta Junio del 61; demás, á más de lo referido, libró para gastos secretos, en tres años y un mes, pocos días más ó menos, que sirvió el dicho puesto,

veintiseis mil escudos, que es un gasto tan excesivo, como se ve, para el corto nervio de aquella guerra, y las pocas asistencias que S. M. daba á aquel ejército, pues de toda esta cantidad solo veintiocho mil trescientos noventa reales fueron de la Hacienda Real, que todo lo demás salió del dinero de sustitutos, que no se debía convertir en este efecto.

(Que dé la cuenta de los gastos secretos á quien S. M. mandare, dentro de cuatro meses.)

CARGO VIGÉSIMOCTAVO.

Hácesele cargo que siendo así que todo el dinero que procediese de sustitutos y otros efectos, debía entrar en los depositarios, para que de allí se distribuyese con intervención de los oficios, para que siempre constase del paradero, mandó entregar diferentes partidas á personas particulares, con que no se puede averiguar para qué efecto se dieron, como son veinticuatro mil cuatrocientos reales, que en diferentes partidas remitió D. Gregorio de Quesada, Sargento Mayor del partido de Avila, procedidas de soldados de milicia que depositaron para sustitutos nueve mil seiscientos reales, que pagó la ciudad de Avila, por la muda de Octubre del año de 61, por treinta y dos soldados que le tocan, á trescientos reales cada uno: quince mil ochocientos cuarenta reales que llevó Juan Núñez, vecino de Celián, por cuarenta y ocho sustitutos de la compañía del capitán Pablo de Aguilar, por la muda de Agosto de 62: cinco mil reales que llevó Francisco Bragado, cuatro de la tierra de Toro, y cuatro mil seiscientos reales que llevó Antonio

de la Puente, procedidos de las milicias de aquel partido, que por todos son cincuenta y nueve mil cuatrocientos cuarenta reales, que no se sabe se hayan convertido en cosas pertenecientes al servicio de S. M.

(Que dentro de cincuenta días dé paradero á las partidas de que se hace mención en este cargo.)

CARGO VIGÉSIMONOVENO.

Hácesele cargo que con la mano de Capitán General envió á la tierra de Toro, á los lugares de Tagarabuena, Villar Don Diego y otros, á sacar ocho carros de cuatro mulas cada uno, con dos mozos, para que fuesen á llevar una compañía de comediantes desde la ciudad de Zamora á Ciudad Rodrigo, donde el Duque estaba, en que ocuparon trece días, y á cada carro con dos mozos y cuatro mulas, por todo este viaje, no se le dieron más de setenta reales, y esto fué en tiempo de sementera, por el otoño del año de 1662, quitándoles á los labradores las mulas y mozos para este viaje, perdiendo la mejor sazón de sembrar, de que se les siguieron de daño muchas cantidades, y dieron quejas algunos de los dueños de los carros, pidiendo satisfacción de los daños.

(Resérvese el derecho á las partes, para la mejor satisfacción que pudieran pedir.)

CARGO TRIGÉSIMO.

Hácesele cargo que en diferentes veces envió soldados de á caballo, estafetas de Ciudad Rodrigo y Salamanca, que quitaban las valijas á los correos, y se las llevaban, y les hacían esperar á que las llevasen á casa del Duque, donde sacaban las cartas y hacían lo que querían, y después la volvían al correo para que la llevasen á la casa del Correo mayor; tanto, que obligó al Correo mayor de Salamanca á enviar los correos por caminos extraviados porque no se los cogiesen, y de esto se han dado muchas quejas, juzgando era cogerles el paso para que no pudiesen acudir á S. M. á representarle las quejas que del Duque tenían, y lo que padecían con la opresión de la guerra.

(Que se aperciba al Duque no incurra otra vez en lo que contiene este cargo, y por él y todo lo que resulta del proceso, se condena al Duque en las costas de la visita, habiéndose regulado la cantidad que le puede tocar en trescientos mil maravedises, á distribución del Sr. D. Antonio Contreras.)

(Archivo de Simancas.)

Apéndice *H*.

COPIA DE UNA CARTA ORIGINAL DEL MARQUÉS DE CARACENA Á S. M., FECHA EN BADAJOZ Á 5 DE JUNIO DE 1665, CON REFLEXIONES SOBRE LA CAMPAÑA DE PORTUGAL.

Señor:

No hay cosa en la guerra más perjudicial que el obrar por necesidad, pues se pierde la elección, y no puede uno con la destreza ni la maña ganar sus ventajas, ni la fuerza puede ejecutar muchas veces aun aquello mismo á que está necesitada; porque es fácil la oposición sabiéndose primero el intento. Esto nos está sucediendo hoy, porque todos nuestros víveres están aquí y en Mérida, y algunos en Olivenza, sin que en otro ningún lugar de la provincia los haya, pues Alcántara vivía día á día, hasta que yo he hecho que del Puente del Arzobispo se encamine alguna cantidad de trigo; añadiéndose á esto el empezar la campaña por Junio, en país que por Julio es imposible estar en ella, y no saberse cuándo podrá salir la armada.

Diversas cosas se propusieron á V. M. en las consultas que se le hicieron se podían obrar en esta campaña, y en un voto se halló en las siguientes: «En Setubal, en pasar á Abrantes, y de allí á Coimbra, ocupando la armada al mismo tiempo á Buarcos;» y también se habló en hacer la

guerra sobre el Duero; pero todas estas cosas se tuvieron por no practicables, á razón del estado en que estaban nuestras fuerzas y el paraje en que se hallan nuestras provisiones; y así, la principal operación que se propuso en el dicho voto, á que siguieron otros, fué el ocupar á Abrantes, llevando cuarenta ó cincuenta días de víveres para fortificar este puesto, echando allí el puente, y fortificándole de la parte del Alentejo, y que las tropas de Castilla viniesen á ocupar algunos puestos sobre el Tajo para la comunicación de Alcántara, y que al mismo tiempo la armada ocupase á Buarcos y se fortificase en aquel puerto, y que, conseguido esto, se podría disponer ganar cuarteles en el país que hay entre Abrantes, Buarcos y Alcántara, donde se podía alojar buena parte del ejército, valiéndose de las ventajas que dan los ríos que hay por los costados y en la frente, que era el camino de la conquista para cuando tuviésemos más fuerzas por mar y por tierra; alargando el discurso sobre las conveniencias de esta operación, las cuales todos las conocemos, si fuera posible, en la forma que se propone; pero habiéndola comunicado al duque de Osuna y á los Cabos del ejército, se han hallado en ella mucho mayores dificultades de las que en Madrid se suponían, pues no hay bastante carruaje para llevar los víveres, y mucho menos para el puente, faltando tres mil bagajes, si han de ser seis mil, como se suponía en el mapa, y más de cuatrocientas carretas, y del asiento para la artillería falta casi la tercera parte; con que no se pueden llevar los víveres que se habían supuesto, y si se quisiese aguardar á que se juntasen los bagajes que se han mandado venir, se pasa-

ría el tiempo de obrar; tampoco hay la gente que se decía, pues aun la que hay de muestra no llega á la que se suponía por efectiva, particularmente la infantería, que es la más necesaria en este género de operaciones; tampoco el armada se juzga está en estado de poder ocupar á Buarcos; pero cuando bien lo hubiere todo, se considera que Abrantes está diez y siete ó diez y ocho leguas de Alcántara y más de veinte de Buarcos; que el enemigo tiene, de una y otra parte del Tajo, muchas plazas fortificadas, y que, si bien sobre el mismo río no tiene ninguna, es porque corre tan profundo y hay montañas tan altas en sus orillas, que cualquiera fortificación sería muy difícil, y no mandaría al río, é imposibilitada de tener agua, sin bajar por ella al Tajo con un trabajo inmenso; y pues el enemigo no ha fortificado ninguna plaza sobre el dicho río al opósito de Alcántara, cuando vemos que ha fortificado tantas y tan bien de una y otra parte, buena señal es de que no debe de haber puesto fortificable.

Las dichas montañas ocasionan el que por las orillas del Tajo no se pueda marchar, y aunque apartándose un poco habría camino para ir al castillo de Herrera, que es de V. M., y con eso se tendría menos camino que hacer, hasta Abrantes hay dos riberas, que pasan una antes y otra después del castillo, tan profundas y de tantas piedras, que casi es imposible pasarlas, y así es fuerza apartarse cuatro ó cinco leguas del Tajo, y aún por este paraje no pueden pasar carros, y se necesitaría de grandes convoyes, mientras el enemigo tiene á Valencia y á Castel-David; por el otro lado del dicho río hay aún mayores dificultades, porque hasta cerca de Alcántara llega

el confín del enemigo, y en todos aquellos parajes tiene plazas fortificadas, que cualquiera obligara á un sitio, pues aunque algunas no están ayudadas del arte, lo están de la naturaleza, por ser sobre peñas; y á dos ó tres leguas de Alcántara tienen muy bien fortificada sobre el río Va (que es fuerza pasar) á Salvatierra y el castillo de Segura, y más atrás á Idañanueva, y en muchos de aquellos lugares hay castillos muy fuertes, como Monsalto, Monforte, Castel Blanco y otros, y siendo aquel país montuoso, es menester ir por las carreteras y ocupar los puestos que hubiere en ellas para asegurar nuestros convoyes; lo cual, ya sea ó fortificándolos ó ganando los que tuviere el enemigo, no parece posible se haga en una campaña, ni el fortificar á Abrantes, con las fuerzas que tenemos, pues para esto sería menester estar allí con todo el ejército, y para abrirse la comunicación dividirse, lo cual es impracticable, á un mismo tiempo: y no se crea que las tropas de Castilla sean hoy suficientes para la operación de abrirnos los pasos hasta Alcántara, por ser tan grande la distancia que hay, y si se quiere hacer lo uno después de lo otro. Si es el fortificar antes á Abrantes, ¿con qué víveres se podría hacer, según se ha dicho? Y si el ocupar los puestos, ¿qué gente podría quedar en Abrantes que no quedase arriesgada ó que no nos enflaqueciese de manera que no pudiésemos ir con la bastante á ocupar los dichos puestos? Pero dado que superásemos estas dificultades y que no sea imposible lo de los víveres, como hoy lo es por la razón que se ha dicho de estar todos en este paraje, y ser fuerza venir aquí por ellos, atravesando veintidos leguas de país enemigo y por entre tantas plazas

fortificadas como tiene, y asimismo se da que nos deje fortificar á Abrantes y todos los puestos para la comunicación; después de haberlo hecho, es fuerza que nos retiremos, porque el pensar que puede quedar el ejército alojado en Portugal, es imaginación, pues vemos que en venticinco años de guerra con el Rey Cristianísimo y que nos ha ganado en Flandes tantas plazas fuertes como se sabe, jamás ha alojado un hombre tan sólo en el país de V. M. fuera de las plazas que ha ocupado, y siempre se volvían sus ejércitos á alojar en Francia: pues ¿cómo se podrá en una campaña ocupar puestos y fortificarlos para alojar el ejército, ni parte de él? Y el ocupar la armada á Buarcos no nos dará mayor comodidad para lo que toca á alojar en Portugal, porque desde Abrantes á Buarcos hay más de veinte leguas, y es más difícil de alojar en ellas que entre Abrantes y Alcántara, pues aquí en fin habría un costado que con el Tajo se podría asegurar, y allá ninguno, ni hay ríos capaces de cubrir nuestros cuarteles, aunque en la carta figurativa parece que los hay, pues todos se secan en el verano ó quedan con muy poca agua.

Para poder alojar en el país enemigo, es menester que algún río caudaloso corte parte del país y que quede sin comunicación con la otra, como se hubiera podido conseguir si la guerra desde el principio se hubiera hecho sobre el Duero.

El haber tenido esta máxima de querer alojar en Portugal y de que se gane de golpe, ha destruído esta conquista; y así, cuando bien el enemigo nos deje libremente hacer esta operación de Abrantes (cosa que no creo), será fuerza que

nos retiremos á Castilla, y que dejemos una línea fortificada de diez y siete leguas, tan mal como es preciso sea habiéndose hecho en una campaña, no hablando en el dejar gente alojada entre Abrantes y Buarcos, porque se tiene por más que imposible; por lo cual podrá el enemigo, en retirándonos, ocupar algún puesto de los fortificados ó fortificar otros, con que nos deje cortados todos aquellos que quisiese y le fuese más conveniente. De manera que por todas las razones dichas, parece imposible esta operación; y aunque la del Tajo se juzga es una de las más importantes y convenientes, y que se podría conseguir más fácilmente por partes, que no yendo de golpe á Abrantes, nos lo imposibilita ahora el estar los víveres en el paraje que se ha dicho, y el corto número de infantería que se tiene, y el tiempo tan adelante, pues cuando no los calores, la falta de forrajes y agua nos obligará á retirar.

También se propuso la ocupación de los Algarbes, yendo nuestro ejército á ocupar á Béjar y los campos de Orique, y que en tanto la armada hiciese la operación, dándole alguna gente para ello de este ejército.

En esta se considera que el ocupar los Algarbes sería de gran conveniencia para facilitarse los víveres y excusar el sumo gasto de las conducciones; pero se tiene por difícil el pasar adelante por aquella parte, pues esta misma conveniencia de tener los víveres por mar nos obligaría á seguir la marina, pues si no, daríamos en casi los mismos inconvenientes que por aquí, y sería fuerza ir á Setubal, la cual plaza acabarían de fortificar, y no quedando con recelos de las que tienen en el Alentejo por quedar muy lejos de los Algarbes, no siendo fácil fortificar á

Béjar, y más difícil conservarla, ni tampoco tendrían que temer de lo de allá del Tajo; podrían poner en Setubal siete ú ocho mil hombres, con que se imposibilitaría la empresa, y sería más difícil que Lisboa; pero dejando estas consideraciones de lo por venir (pues en cualquier acontecimiento no fuera malo tener los Algarbes, y poder hoy continuar la guerra sin tan inmensos gastos como es fuerza hacer por esta parte), se considera que no se sabe cuándo estará junta nuestra armada, pues á 29 de este escribe el duque de Ahexo que no había sino seis bajeles, y sin marineros ni pilotos, y que las galeras, que son tan necesarias para cualquier desembarco, además de estar destinadas á otras cosas, se tiene noticia de que hasta fin de Junio no estarán en estado de zarpar, y sin certeza de que esté pronta la dicha armada no se puede intentar esto, y aguardar á que lo esté, estando tan adelante el tiempo, será perderle, pues en el país de Béjar y Orique se puede menos campear que en esta frontera en entrando Julio, porque allí los calores son mayores, y aunque es país de mucho grano, no hay otro forraje, y éste estará ya cortado ó seco; como asimismo la falta de agua es grande, no teniendo ríos ni arroyos aquellas campañas, ni Béjar fuentes, sino pozos; y el pensar que puede quedar en Béjar ni en los campos de Orique gente este invierno alojada, es más imposible que en otra cualquier parte de Portugal, porque todos juntos en Béjar no se puede, pues la falta de forrajes y de agua lo imposibilita; y si nos dividimos en cuarteles, ¿quién nos asegura que uno á uno no nos los vaya rompiendo el enemigo, no teniendo riberas delant ni montañas con que asegurarlos? Y el entrarno

en los Algarbes con todo, no hay forrajes, ni más comodidad que algún cubierto para poca gente; además de que para ir á Béjar y á los Algarbes es menester dejar tres ó cuatro mil hombres del ejército en esta frontera, siendo cosa lastimosa cómo están estas plazas; y cierto que yo no sé cómo dormían en esta con quietud los que estaban en ella, sino es teniendo el ejército aquí, pues aseguro á V. M. de toda verdad que no está libre de sorpresa, y que ninguna puerta tiene puente levadizo.

Alcántara está casi en el mismo estado, y Olivenza, aunque está muy bien fortificada, con todo eso, hay algunas murallas muy bajas y es de gran guardia; y así en estas tres plazas sería menester dejar por lo menos tres mil hombres viejos; en Jeromenha es menester dejar trescientos ó cuatrocientos, en Alburquerque y en Iguela siquiera ciento cincuenta, no pudiéndose hacer caso de los tercios que llaman de la provincia, pues son buenos solo para descansar á los otros en las guardias, pero no para pelear, pues es cierto que apenas saben manejar las armas, según lo he visto cuando se les ha hecho hacer los ejercicios; además de que no se puede hacer cuenta fija con ellos, porque á los principios de la campaña hay muchos y después muy pocos, según me han asegurado todos cuantos hay aquí, y aunque se han pedido los socorros de la provincia, y se ha ordenado vengan los Corregidores y Gobernadores con ellos, no hay que hacer fundamento en esta gente, así porque son pocos los que vienen y muy despacio, como porque se huyen luego, y más en tiempo de la siega; y lo peor es que ninguno de ellos sabe manejar las armas ni tiene brío ni valor para traerlas, de que

no hay que espantarse, pues cada año son diferentes los que vienen, y por fuerza, y muchos maniatados, cosa que es gran lástima y de gran daño á la provincia, y más en el tiempo de la siega, y de muy poco provecho para el servicio de V. M., por lo cual, apartándose con el ejército veinte y cuatro ó veinte y ocho leguas como hay de aquí hasta Béjar, que es el primer puesto, ya se ve que no se puede dejar menos que la gente vieja que se ha dicho, y dos mil caballos, por no dejar expuesta esta provincia á que, cuando bien no haga el enemigo otra operación, entre en ella y la saquee, pues á Mérida lo puede hacer por ser lugar abierto, y todos los demás que se le antojare, si no se deja la caballería que se dice: y si además de esto se han de dar mil quinientos ó dos mil infantes á la armada para que obre en los Algarbes, ¿qué gente nos quedará para podernos quedar en medio del país del enemigo? Pues aunque se hacía cuenta de tantos millares de gente, la que ha pasado muestra es once mil novecientos ochenta infantes y cinco mil ochocientos caballos, sin los oficiales; y si bien falta Fabry y Cherrok, y cinco compañías que hay en las plazas, estos no serán mil trescientos de muestra, y cada día serán menos, por los muchos enfermos que van cayendo, no habiendo tampoco los carruajes y bagajes necesarios para poder llevar los víveres que sería menester para la marcha y hasta que nos hubiésemos abierto el paso á Guadiana, pues con los que hay sólo se pueden llevar veinte días de víveres, de los cuales no será poco si se puede hacer cuenta de quince, por los que en las marchas se pierden y se hurtan; y así, por todas las razones dichas y otras que se podrían decir, se

tiene por impracticable este año esta empresa.

También se propuso á V. M. lo de las plazas que hay de acá de Guadiana; estas son tres: Serpa dista de aquí más de veinte leguas, que es la menos fortificada; ir á tomarla la primera, es dejar desguarnecida nuestra frontera, y sería menester mudar la guerra toda á aquella parte, que viene á ser hacerla por los Algarbes. Moura está quince ó diez y seis leguas de aquí, por el camino derecho, por el cual no pasan carros, y de las mejores fortificadas que hay en Portugal, y que es necesario un sitio real para tomarla, no pudiéndose ir á ella de golpe, porque queda entre Moyron y Serpa, y así no tendríamos con qué vivir ni de donde nos viniesen nuestros convoyes, pues aunque fuese posible llevar pan con nosotros, no lo es el llevar todas las demás cosas necesarias en un sitio que pase de ocho ó diez días, por lo cual sería menester tomar antes á Moyron, el cual es un castillo de cuatro baluartes, fortificado sobre una peña, habiendo desmantelado el lugar, y siempre será un sitio de veinte ó veinticuatro días; y hallándose el tiempo tan adelante, no sabremos si le tendremos para pasar á sitiar á Moura, ni el estado en que quedará el ejército después de haber tomado á Moyron, habiendo ya empezado á entrar los calores y á caer soldados malos, pues de un solo regimiento de esguízaros hay más de seiscientos, debiéndose también considerar que si el enemigo, ó desesperado de socorrer á Moura, ó por diversión, como vimos intentó cuando se sitió á Olivenza, se pusiese sobre esta plaza, está de manera que aunque dejemos mil quinientos soldados del ejército, la ganaría antes que nosotros á Moura, pues es cierto que si no es una estrada en-

cubierta, y una otra coronada en una eminencia, que hizo el Sr. D. Juan, no hay otra cosa que se pueda defender, y así sería menester dejar el sitio y venir á socorrerla, con que nos empataría la operación, que es lo que á él le basta, y por una empresa que no mira al todo, como es Moura, no parece debernos poner en este riesgo. También hemos discurrido por acá en Portalegre, con que se dejaban cortadas á Valencia, Marban y Alegrete, y tomando si se pudiese á Castel-David, que está bien fortificado, y á Montalbán, nos acercábamos al Tajo, que es el designio á que juzgo debiéramos encaminar nuestras operaciones, y tendríamos la comunicación con Alcántara sin riesgo, aunque con algún trabajo, por razón de la profundidad de los ríos que es menester pasar; pero esto es más superable por ser menos arriesgado que lo de los convoyes; pero también para este intento, no sólo dificulta el hallarse todos los víveres en este paraje, y no haber ninguno por la parte de Alcántara, como se ha dicho, y habiéndose visto la dificultad que se tuvo en fortificar y conservar á Arronches, no estando sino siete leguas de aquí, que hoy verdaderamente nos hace gran falta, se juzga la tendremos mucha mayor en mantener á Portalegre, aunque ganemos á Valencia, por no haber víveres en Alcántara.

Encontrándose, pues, las dificultades que se representan á V. M. en este despacho, y particularmente la de lo adelantado que está el tiempo, se ha juzgado que no debemos intentar empresa que la dilación en ella nos consuma y dé campo al enemigo de venirla á socorrer cuando lo estemos del trabajo y del sol, y él salga fresco de sus cuarteles, y que así intentemos lo de Villa-

viçosa, por si acaso el estar tan cerca de Extremóz, pues no hay sino tres leguas, le obligase á quererla socorrer, esperando que si lo intenta ha de dar Dios un buen día á las armas de V. M., y que cuando no lo intente y dejen perder la plaza (que aunque no es de gran consideración por sus fortificaciones, lo es para el sitio, pues está casi entre Elvas y Extremóz), y que tratando de conservarla, ya que este año por las razones dichas no se pueda hacer operación grande, si el que viene se quisiere hacer la guerra por esta parte, y no por el Tajo ni por los Algarbes, dejando este invierno dispuestas las cosas en buena forma, se podría intentar la empresa de Extremóz, que aunque la han fortificado bien, no es cosa insuperable como se haga con tiempo y en la forma que se debe, por no coger allí el ejército del enemigo, y después de lo de Villaviçosa se verá si se puede hacer alguna otra operación encaminada á abrirnos paso para otras, según la disposición que nos diese el enemigo.

Guarde Dios la Católica y Real persona de V. M., como la cristiandad ha menester. Badajoz 5 de Junio 1665.—D. Luís de Benavides.

(Archivo general de Simancas.)

Apéndice I.

COPIA DEL PARTE DETALLADO DE LA BATALLA DE VILLAVIÇOSA, OCURRIDA EN 17 DE JUNIO DE 1665.

Señor:

Recibo el real despacho de V. M. de 1.º de este, en que V. M. se sirve de responder á uno mío del 21 del pasado, en que representaba á V. M. cuánto convenía, para reparar este ejército, enviar dinero, vestidos, caballos, armas y municiones, y que se prevengan granos y harinas, diciendo V. M. que porque es bien se acuda á estas cosas con prontitud, ha ordenado V. M. se remitan con brevedad las cosas que he pedido; y en cuanto al suceso, bien que no hablo en esta carta de él, remitiéndome á lo que había escrito en la de 18, en que dice V. M. refería el caso por mayor, manda V. M. envíe una relación de los motivos que concurrieron para salir á dar la batalla, la forma en que se ejecutó, circunstancias que pasaron, qué gente llevaba yo, cuánta el enemigo, qué pérdida hubo de una y otra parte, con distinción de muertos y prisioneros, remitiendo una memoria de las personas particulares que han faltado, con especial noticia de la forma en que obraron, por ser justo tener presentes á los que obraron conforme sus obligaciones, y castigar á los que faltaron á ellas: sobre todo lo cual, lo que debo decir á V. M.

es que en cuanto á las cosas que he pedido, y dice V. M. se han mandado remitir, responderé en otro despacho, en respuesta del de V. M. que habla más distintamente sobre estas materias; y en cuanto á los motivos que hubo para salir á dar la batalla, diré á V. M. que en despacho de 5 de Junio, antes de salir en campaña, di cuenta á V. M. de las grandes dificultades que se encontraban en cualquiera de las empresas en que se había discurrido, refiriendo por mayor las razones que obligaban á la de Villaviçosa, á las cuales debo añadir que si Dios hubiera sido servido de que la hubiéramos conseguido, el intento era de ocupar asimismo el Redondo, Terena y Landroval, en los cuales, y en Villaviçosa y Borba, pudiéramos haber dejado una buena parte del ejército, puestos que con facilidad podiamos conservar, por la vecindad que tienen con Jeromenha y Olivenza, y que dejaban cortados á Monsaras y Morón, y á Elvas, con dificultad de tener socorros sin grandes convoyes: juzgando asimismo que si en el tiempo que hacíamos estas operaciones salía la armada y el ejército de Galicia, y obligaban al enemigo á que retirase las tropas del conde de San Juan, y las que habían traído de la marina, pudiéramos pensar en mayores cosas, llevando también la mira á desear pelear con el enemigo, pues según la opinión de todos, sin llegar á ganar una ó dos batallas, no se tiene por posible conquistar á Portugal; sitiamos á Villaviçosa, como di cuenta á V. M., y en seis días ganamos la villa grande y la pequeña, y nos alojamos en la contraescarpa, que nos costó alguna sangre, porque la intentamos tres veces, y fuimos rechazados las dos; el terreno alrededor de la plaza le hallamos en la

forma que son casi todos los de las plazas de esta frontera, con peñas, colinas, olivares y viñas: tratamos de fortificar algunos puestos, pero así en la dificultad que hay en poder elegirlos en donde hay colinas, si no es que sean dominados los unos de los otros, ó haber de extender mucho la circunvalación, como porque todas las noticias que se pueden tener en este país, que son de algunos villanos que se cogen en la campaña, concordaban en que el día de San Antonio, 13 del pasado, había de estar junto el enemigo y venir al socorro, nos obligó á pensar la forma cómo habíamos de embarazarle, pues no teniendo línea de circunvalación, ni habiendo podido hacerla en tan breve tiempo, si aguardábamos en un puesto, podía el enemigo torcer la marcha, y dejándonos en él, arrimarse á la plaza y cogernos por las espaldas; y así, en un consejo que se hizo, todos fueron de parecer que era necesario salir á encontrar al enemigo y pelear con él.

Eran dos caminos solos los que el enemigo podía tomar, sino es haciendo gran rodeo para venir á socorrer la plaza: el uno de Borba, y el otro que llaman del Redondo; y considerando que el de Borba tenía mayores dificultades, porque teníamos ocupado el castillo, que aunque no es fuerte se podía defender algunas horas y darnos lugar de socorrerle, y asimismo tenía más desfiladeros que por el otro, juzgamos que por donde vendría sería el camino del Redondo, pues hasta llegar á menos de media legua de Villaviçosa hay campañas donde poderse doblar, haciéndonos confirmar en esta opinión el que dos días antes que peleásemos había venido el enemigo á reconocer aquel camino. Discurrióse en el consejo que se hizo, cómo nos podríamos

poner para estar á la mano á uno y otro camino, y en particular para salir á las campañas que he dicho, y poder coger al enemigo en marcha y antes que se hubiese doblado en ninguno de aquellos puestos, y D. Manuel Carrafa dijo había reconocido un paraje que, abriendo caminos por las viñas y derribando las paredes de algunas tapiadas, se podía salir á las dichas campañas; y si bien yo había estado en aquellos puestos, no había pasado tan adelante como D. Manuel decía lo había hecho, y así nos pareció ponernos luego á caballo é ir todos á reconocerlo, como lo hicimos; y habiendo parecido muy á propósito el puesto, le encargamos que con cien soldados de cada escuadrón fuese á ejecutarlo, y que en aquel paraje pusiese el ejército en batalla, y nos fuimos á reconocer el estado en que estaban los ataques. Yo fuí, al amanecer el día antes que se pelease, á reconocer todos aquellos pasos, y hallé que, aunque había sido mucho lo que se había trabajado, aún no estaba perfecta la obra, pero que no faltaba más de dos ó tres horas de trabajo, y así, se volvió á encargar á D. Manuel que lo hiciese, lo cual no ejecutó, no sé por cuál razón, pues tuvo todo aquel día para hacerlo, y más de cuatro horas del siguiente, y cierto que siento decirlo, por el valor con que anduvo en la batalla. Miércoles por la mañana, habiendo dado orden que nadie saliese del cuartel, y que todos estuviesen prontos para marchar, estábamos en mi tienda el Maestre de campo general, el General de la caballería y el General de la artillería, aguardando noticias de las partidas que teníamos fuera, pues como he dicho, aquí no se tienen otras, según me han asegurado todos, sino las que traen las partidas co-

giendo algún villano. Las que teníamos fuera habían estado toda la noche á vista de Extremóz, y cuando vieron empezar la marcha del enemigo, vinieron á avisarnos. Hallábamonos juntos los que he dicho, y al mismo punto montamos á caballo, y yo ordené al General de la caballería que con toda ella, desfilando por el cuerno derecho, saliese á las campañas que he dicho, y al Maestre de campo general que asimismo, desfilando por el cuerno izquierdo, la infantería saliese á la misma campaña, y que si no se hubiesen puesto las bocas de fuego al costado izquierdo de la caballería que se había ordenado desde la noche antes, se pusiesen, llevando el fin, como se ha dicho, de encontrar al enemigo en la marcha y cogerle antes que se hubiese podido doblar en uno de aquellos puestos, y acometerle: y yo me adelanté con cuatro escuadrones de caballería á reconocer la marcha del enemigo, y viéndole que aún estaba distante de los dichos puestos, envié á dar gran prisa á la caballería con repetidas órdenes, porque reconocí que la del enemigo venía de vanguardia en dos filas y sin ninguna infantería, y esperaba, aunque no hubiese llegado toda nuestra infantería, atacarle en las campañas por donde venía marchando, juzgando que si rompíamos la caballería nos sería fácil después romper la infantería que venía en su retaguardia; pero por prisa que yo envié á dar orden á la caballería, no fué posible llegase á tiempo, porque como no se habían acabado de abrir los pasos que he dicho, fué fuerza que hiciese un gran rodeo para salir á la campaña, siendo cierto que si bien el enemigo tuvo el tiempo para marchar que hubo menester, la partida para venirnos á avisar, nosotros

el que necesitamos para montar á caballo y marchar á ocupar aquellos puestos, en que le podríamos coger en campaña abierta, hubiéramos llegado antes si los pasos estuvieran abiertos, pues en estas ocasiones, media hora de tiempo basta para dar ó quitar una victoria, como ha sucedido en este caso; en fin, cuando nuestra caballería llegó al puesto donde yo estaba, que sería poco más de tiro de mosquete del que el enemigo había empezado á ocupar, y que también llegó nuestra infantería, se fué el enemigo doblando, al mismo tiempo que nosotros lo hicimos. El poder describir la forma de la batalla con toda distinción, y el modo cómo se acometió, es casi imposible para hacerle comprender á quien no haya visto con particular atención aquellos puestos, y así diré á V. M, que habiendo llegado á ellos con la esperanza de coger al enemigo en la marcha, y antes que los hubiese ocupado, viendo que se iba doblando en ellos, fué fuerza doblarnos también nosotros en el paraje en que nos hallábamos, poniendo la infantería en el costado derecho, por ser puestos de colinas y algunos matorrales y peñas en que la caballería no podía obrar, la cual pusimos en el costado izquierdo, en donde nos podíamos servir de ella por ser campaña, menos tres ó cuatro batallones, que se pusieron al costado de la infantería; puestos ya en este estado, no fué posible dejar de pelear, porque detenernos allí no se podía, así porque el enemigo podía, marchando por su costado izquierdo, irnos á coger el camino de Borba y cortarnos fuera de Villaviçosa, como porque estando tan vecinos, y él con algunos puestos más eminentes que los nuestros, y que

dominaban mucha parte de nuestro ejército y trayendo veinte piezas de artillería, como lo reconocimos por las que puso y por las relaciones de los que se han vuelto de la prisión, y no teniendo nosotros más que ocho, pues las otras seis gruesas estaban en los ataques, nos hubiera batido de suerte con su artillería, que nos hubiera deshecho gran parte del ejército, atemorizando á los soldados, y después acometiéndonos, con que la pérdida hubiera sido sin duda mayor de la que hemos hecho, y con menoscabo de reputación y crédito; y así fué forzosamente necesario darle la batalla, y ver si lo alentada que estaba la gente podía superar la cantidad de la del enemigo, y si era cierto lo que en esa corte y aquí asentaban, de que no estaba el vencerle sino en acometerle, pues siempre se ha dicho que quitados ocho ó nueve mil infantes, todo lo demás era gente recogida por fuerza, muchachos y desnudos: lo cual, cierto, no se ha experimentado ahora. Púsose en ejecución el cerrar con el enemigo, é hízose con gran resolución. El decir todas las particularidades de una batalla con distinción, no es posible, pues uno no se puede hallar en todas partes, y más en un país doblado de colinas y llanuras como es aquél; nuestra infantería rompió los primeros escuadrones de la del enemigo, y peleó con gran valor, guiados los españoles del Sargento general de batalla el conde de Torresvedras, que, á caballo, cerró delante de ellos, y asimismo asistía en aquella parte el Maestre de campo general y alguna poca caballería, por no dar el terreno lugar á más, la cual obró también con gran valor; pero como la cantidad de la infantería era mucho mayor de la nuestra, volvieron á rechazarla, y

ocupar los puestos que habían perdido, y mantenerse en ellos, aunque otras veces se les acometió; la caballería asimismo cerró con mucho valor, y rechazó y fué rechazada muchas veces, porque el enemigo se rehacía al favor de su infantería, que como era mucha, pudo tenerla en una y otra parte, habiéndose faltado por la nuestra en poner al costado izquierdo de la caballería la infantería que yo mandé desde la noche antes y aquella misma mañana.

Es bien verdad, que habiendo ido yo á hacer volver á los valones y al tercio de Borri y á un regimiento de alemanes á ocupar el puesto de que les había rechazado el enemigo, y puéstome sobre una colina para ver lo que obraba la caballería, y viendo que se mantenía en el puesto y no volvía á cerrar, envié á decir á D. Diego Correa que hiciese cerrar aquella caballería, y me respondió que no era más que un hombre solo, aludiendo á que no tenía quien le ayudase. Estando en este estado, no se contentó el enemigo con conservar los puestos que tenía, sino fué avanzando con su caballería y con la infantería sobre nuestra caballería por encima de la colina, y aunque se le rechazó algunas veces, no obstante, empezó á ponerse en desorden nuestra caballería por verse separada de la infantería, habiendo cedido ya la de nuestro costado izquierdo; por lo cual, viendo que siempre iban perdiendo terreno nuestra caballería é infantería, enviamos á retirar los ataques y bagajes, y procuramos mantener lo más que se pudo el acometimiento del enemigo para dar lugar á esto, y así podíamos por aquellos pasos estrechos retirar también la infantería del cuerno derecho. Mantúvose algún tiempo en esta forma, porque si bien la caballe-

ría venía retirándose, siempre volvía á hacer cara; pero viendo que ya no tenía remedio el negocio, pues la caballería tomaba la carga en desorden, me retiré con el duque de Osuna, que siempre estuvo conmigo, y en todo con mucho valor, y con D. Luís Ferrer, que se hallaba con la artillería en la colina, haciéndola retirar primero, y no tomamos el camino que iba á Jeromenha, sino atravesamos la campaña hacia Villaviçosa, por ver si la infantería de los ataques se había retirado, y si se podía retirar la que he dicho, enviando á avisar á D. Diego Caballero lo que había sucedido, por si, como aquél es país doblado, no lo había podido reconocer, para que se retirase, que yo le aguardaría entre Borba y Villaviçosa; pero como ya el enemigo había derrotado nuestra caballería, según he dicho, y entrado en la villa y cortádonos por todas partes, quedó toda en derrota, y fué fuerza retirarnos por diferentes caminos, por no dar en manos de la caballería que por todas partes empezó á echar el enemigo, habiendo la nuestra tomado ya la fuga de todo punto. La infantería hasta cerca de Borba vino en razonable forma; pero habiendo entrado, como he dicho, caballería en Villaviçosa y vuelto á salir, siguió esta infantería, que no teniendo la constancia que hasta entonces, y teniendo cerca el bosque de la Tapada del Duque, se arrojó dentro en desorden y dejando las armas, de lo cual la mayor parte se ha salvado. Este es el suceso en cuanto se puede explicar; si bien, como tengo dicho, no es posible comprenderle bien mientras los terrenos no se conocen, y que la variedad de puestos que hay en este reino de Portugal le hace menos comprensible.

En cuanto al número de gente que nosotros llevábamos y la que traía el enemigo, diré á V. M. que por lo que toca á la nuestra, V. M. podrá haberse servido de reconocerla por la muestra que se envió al salir en campaña, á que añadiré que al pasar el puente de Caya la hicimos contar, y hallamos más de diez mil infantes y seis mil quinientos caballos, ejército que, aunque yo nunca le juzgué por capaz de conquistar un reino, fué fuerza salir con él en campaña, pues V. M. me ordenó, en despacho de 25 de Abril, que aunque fuese con dos mil hombres menos, lo hiciese, como se ejecutó, y siendo así que quien entra á conquistar un reino es fuerza se exponga á pelear todas las veces que el que le defiende lo quisiere hacer, pues sólo el rehusar una batalla ó retirarse de un puesto basta para perder la conquista, por el aliento que cobra el que se defiende y lo que se desanima la gente del que acomete.

La que llevábamos el día del combate no es fácil decirlo, porque en estas ocasiones es mucha la que suele quedarse con el bagaje, y más en un ejército que tienen por costumbre los oficiales dejar guardia cada uno en el suyo: la gente que dejamos en los ataques no era posible sacarla, porque, además de que dejaríamos expuestos á la inclemencia de los del castillo los heridos y enfermos que teníamos en los hospitales de Villaviçosa, y los hornos y harinas con que se estaba fabricando el pan, pues por el temple de este país es fuerza hacerle donde está el ejército, no pudiendo traerle del nuestro porque se gasta luego, y así era fuerza, además de lo dicho, si quitásemos los ataques, dejar un grueso muy considerable de infantería en defensa del tren de la

artillería y de los bagajes de la proveeduría y del ejército, que constaba de cuatro ó cinco mil cabalgaduras y más de quinientos carros y carretas, máquina que no podíamos llevar tampoco con nosotros yendo á pelear; la cual se mandó recoger en un puesto y se dejaron solo doscientos caballos de guardia, por lo cual hubiera sido muy poco lo que nos hubiéramos reforzado de infantería aunque hubiéramos quitado los ataques. De Borba se retiró también la que había, dejando solo ciento cincuenta infantes, por el recelo de que el enemigo no torciese la marcha y ocupase aquel puesto viéndole desamparado; á la gente dicha se añadió la que vino de Cataluña y Valencia, y el tercio del Borrí, que todos serían más de mil hombres, y cinco compañías del regimiento del barón de Ebro, que con algunos soldados que se habían remontado de la caballería que estaba en campaña, serían cuatrocientos caballos. En cuanto á la que traía el enemigo, como tengo dicho á V. M, aquí no se tienen más noticias que las que algunos villanos ó rendidos quieren dar; todos los días que estuvimos en el sitio cogimos algún villano de alrededor de Extremóz, y los avisos que nos daban, como asimismo algunos rendidos que vinieron, eran varios, pues unos decían que el enemigo tendría de catorce á quince mil infantes, otros de diez y seis á diez y siete mil, y algunos decían diez y ocho mil, y más de seis mil caballos; y asimismo decían que quitada la gente que ellos llaman de paga y los extranjeros, que los demás eran muchachos y traídos por fuerza; lo cual verdaderamente no se ha visto, pues todos pelearon bien.

La relación de la pérdida que hubo de una y otra parte, con distinción de los muertos y prisioneros, tampoco es fácil hacerla, pues la del enemigo son muy varios los avisos de los rendidos, y de nuestros soldados que han vuelto, algunos dicen que son tres mil, otros menos, y otros más; lo que puedo decir de cierto es, que el Gobernador de Elvas dijo á un Jesuita que fué á llevar dinero á unos prisioneros, que de su gente habían quedado muertos sobre la plaza más de mil hombres, y que eran muchos los heridos. De los nuestros, aunque por la muestra se puede saber los que faltan, no son todos los que se han perdido en la batalla, pues después de haber pasado á Guadiana es mucha la que se ha huído, particularmente de la caballería; pero estos son de la provincia, que volverán, y teniendo ya noticia de que lo hacían también de la infantería, he despachado correos á las villas para que los detuviesen, y han traído muchos; de los cuales se ha hecho morir alguno, y otros se han echado á galeras, con que ha cesado la fuga, y además han venido después de la muestra muchos, y en ella no se incluyeron los heridos y enfermos que estaban en los hospitales. Así como se pasó, mandé hacer una relación por las listas de los que faltan; pero como es menester ojearlas todas, y han estado también embarazados los oficiales en hacer las libranzas, me ha dicho el Veedor general que aún sería menester más de ocho días para acabarla; y si bien yo le he dicho que se hiciese ahora de solo los oficiales vivos y reformados, me dice también es menester mucho tiempo, porque como fué fuerza enviar gente á Alcántara y otras plazas, y fueron las listas con ella, ha sido menester enviar á cada

una a sacar esta relación, y así no es posible enviarla ahora con toda la distinción necesaria. De las personas particulares que tenemos noticia son las que van con la memoria inclusa; y lo que por mayor puedo decir á V. M., es que, como he dicho, al pasar el puente de Caya se hizo contar la gente, y se hallaron más de diez mil infantes y seis mil quinientos caballos, y que hoy bien podremos poner en campaña cerca de ocho mil infantes y más de cinco mil caballos, sin la gente de San Jorge; y en cuanto el haber obrado mal ó bien algunos, confieso á V. M. que no sabré decir que mal absolutamente lo haya hecho ninguno, pues en cuanto á la infantería, ya sabe cómo obró, pues rechazó en el primer ataque al enemigo y ocupó los puestos: si después no los pudo mantener ó pasar más adelante, debió de ser porque el enemigo tenía más gente, pero no por falta de valor: la caballería anduvo también con él, pues cuatro ó cinco veces rompió la del enemigo; pero, como he dicho, teniendo más infantería que nosotros, pudo guarnecer con más su caballería y rehacerse al calor de ella; bien es verdad que la tercera ó cuarta fila, aunque avanzó, no cerró con aquella resolución que convenía; y como uno no puede estar en todas partes, es imposible diga cómo obró cada uno, y decirlo por relación de otros no se puede hacer con seguridad, que es todo lo que se me ofrece decir sobre esta materia; suplicando á V. M. crea que, así como en treinta y seis años que he servido á V. M., he procurado adelantar su mayor servicio y conseguídolo en muchas ocasiones, que asimismo lo he procurado en ésta, aplicándome con todo el cuidado y desvelo que me ha sido posible, y que si no lo he

conseguido, ha sido desdicha mía y castigo de mis pecados.—Guarde Dios la Católica Real persona de V. M., como la cristiandad ha menester. —Badajoz á 10 de Julio de 1665.—D. Luis de Benavides.

(Archivo de Simancas.)

Apéndice *J.*

COPIA DE LA RELACIÓN DE LOS OFICIALES MAYORES DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA, Y OFICIALES VIVOS DE COMPAÑÍAS QUE QUEDARON PRESOS EN LA BATALLA DE 17 DE JUNIO DE ESTE AÑO, EN LOS CAMPOS DE VILLAVIÇOSA, MENOS LOS TERCIOS DE BELIOSO, CANZANO Y ORILLAS, Y LOS REGIMIENTOS DE LEDES. HESSE Y ROJAS, ESGUÍZAROS Y GRISONES.

El General de la caballería D. Diego Correa Pantoja.

El Sargento general de batalla D. Melchor de Portocarrero.

El Sargento general de batalla D. Francisco Alarcón.

El Sargento general de batalla, Nicolás Langre, murió de heridas en los ataques.

El Sargento general de batalla D. Manuel Carrafa.

El Teniente general de la caballería D. Joseph de Larreategui.

D. Gaspar de Haro, capitán de las guardias, murió de heridas.

El Comisario general José Roguera.

El Comisario general D. García Sarmiento.

El Coronel de la caballería, principe de Chalais.

El capitán de caballos D. Juan de Vargas.

El capitán de caballos D. Antonio Olea.

El coronel de infantería D. Francisco Franque.

El capitán Juan Díaz de Anguila, ayudante de Sargento general de batalla.

Los ayudantes de la caballería D. Jerónimo de Fonseca, Pedro de Aranda y Francisco Billes.

El ayudante D. Pablo Caja.

El ayudante Fernando Centeno.

El coronel de caballería, el conde Rabata, murió de heridas.

El capitán de caballos, el conde de Solmes, del dicho regimiento, murió de heridas.

El teniente coronel Ernesto de Rey, que lo fué del regimiento de Fabri, murió de heridas.

El capitán de caballos Federico Solsa, que lo era del dicho regimiento.

Infantería.

Tercio del marqués del Carpio, dos capitanes vivos.

Tercio de D. Rodrigo Mogica, un capitán vivo.

Tercio de D. Fernando de Vera, tres capitanes vivos.

Tercio de D. Anielo de Guzmán: el Sargento Mayor Nicolás García murió de heridas: dos capitanes vivos.

Tercio de D. Francisco de Alarcón, un capitán vivo.

Tercio del vizconde de Furnes, un capitán vivo.

Tercio de D. Jaques de Gumia: el Sargento Mayor Claudio Tubin; dos capitanes vivos.

Tercio de D. Francisco Franqué, el teniente coronel D. Juan de Bustos.

Tercio de D. Bernardo Oneil, un capitán vivo.

Regimiento del coronel Víctor de Noterman:

el teniente coronel Frederique Enrique, el Sargento Mayor Juan de Ival, tres capitanes vivos.

Tercio de D. Félix Pardo de la Casta: un capitán vivo, un ayudante vivo.

Regimiento del coronel el conde Alfonso Porcia, dos capitanes vivos.

Regimiento del conde Vombaldo Porcia: dos capitanes vivos, el teniente coronel del dicho regimiento, el Sargento Mayor del dicho regimiento.

Tercio de valones del marqués de Risbourg, dos capitanes vivos.

Caballería.

Compañías de la guardia de S. E. el gobernador D. Gonzalo de la Guerra.

Regimiento del príncipe de Chalais, un capitán vivo.

Fecha en Badajoz 9 de Julio de 1665.

(Archivo general de Simancas.)

Apéndice *K*.

COPIA DE PÁRRAFOS DE UNA CARTA ORIGINAL DEL MARQUÉS DE CARACENA Á S. M., FECHA EN BADAJOZ 25 DE JUNIO DE 1665, CON PORMENORES SOBRE LA BATALLA DE VILLAVIÇOSA.

Señor:

Desde Olivenza di cuenta á V. M. de lo que nos había sucedido en Villaviçosa, y desde aquí del estado en que se hallaban estas cosas; y ahora diré á V. M. cómo se ha pasado la muestra, y hallamos más caballería de la que pensábamos; pues es cierto que el día que pasamos de Jeromenha á Olivenza no llevábamos tres mil caballos, y hoy tenemos seis mil quinientos cincuenta y cuatro de muestra (no sé por dónde se escapó esta caballería); conque solos mil doscientos, poco más ó menos, son los que se habrán perdido: entre estos seis mil quinientos cincuenta y cuatro que han pasado muestra, hay muchos heridos, así caballos como soldados, y también las tramoyas de los capitanes; pero siempre espero quedarán cerca de cinco mil de servicio presentemente, y que los demás se irán remitiendo. En la infantería es mayor el golpe que hemos recibido, como sucede de ordinario en semejantes casos; con todo, es número considerable el que se ha recogido, porque de los españoles no son muchos los que faltan, pues á casi los más los dejaban venir; con los alemanes no hacían lo

mismo, porque esperan tomen partido y aumentar el regimiento que han formado de esta nación, que hoy es de novecientos hombres, entre los cuales dicen los rendidos y prisioneros que hay cien italianos; de éstos, pocos son los que nos faltan, y de esos, muchos se han huído después que llegamos aquí, particularmente del Borno y de la gente nueva de Canzano. Los esguízaros y grisones también han perdido gente; pero más son los que tienen aqui y en otros lugares enfermos, porque es mucho lo que les ha probado el temple del país. Los heridos y enfermos que quedaron del sitio y del combate, menos los oficiales de consideración, nos han restituído, y es cantidad considerable, con que el gasto del hospital se ha aumentado muchísimo; y aunque después que llegué aquí se dieron seis mil reales, además de veinte mil que se habían dado antes, para que se entregasen ochocientas ó mil camas de las mil quinientas que estaban concertadas, y se han entregado, son tantos los heridos y enfermos, que aún hay muchos por los suelos; y como no tenemos dinero para dar los diez mil reales á cumplimiento de treinta y seis mil en que estaban concertadas estas mil quinientas camas, no quiere darlas la persona que las tiene en Zafra, que á tenerlas aquí le hubiéramos obligado á que las diese, y es cosa que hace grandísima falta, como asimismo todo lo demás que representé á V. M. en mi despacho de 21, y vuelvo á suplicar ahora á V. M. se sirva de mandar se nos socorra prontamente con la mayor cantidad de dinero que fuese posible, para que esta gente se pueda vestir y tenga que comer. La relación de lo que era menester para un mes remití á V. M. con el de la muestra antes de

salir en campaña; y aunque, como he dicho, se ha minorado el ejército, son tantos otros gastos que se han aumentado, que no será bastante la suma que se pidió entonces, y será fuerza se aumente todo cuanto fuere posible; debiendo decir á V. M. que de las doce mil doblas que se nos enviaron, nos han quedado muy pocas, pues parte se gastaron antes de salir en campaña, y parte en ella, y así apenas hemos tenido para dar dos ó tres mil escudos á cada tercio de infantería que se han hecho marchar á algunas plazas. etc.

. . . . . .

. . . . . .

Badajoz y Junio 25 de 1665.—D. Luis de Benavides.

(Archivo general de Simancas)

Apéndice *L.*

CONSULTA DEL CONSEJO DE GUERRA EN QUE DICE LO QUE SE LE OFRECE, HABIENDO VISTO LA CARTA DEL MARQUÉS DE CARACENA DE 25 DE JUNIO DE 1665.

Conde de Peñaranda.—Barón de Hueby.—Marqués de Trocifal.—D. Fernando de Tejada.—Marqués de Montalván.—Conde de Rebolledo.

Señor :

Hase visto en el Consejo la inclusa carta del marqués de Caracena de 25 del corriente, como V. M. ha sido servido de mandar, y las relaciones que vinieron y vuelven con ella de la muestra que se ha pasado á la infantería y caballería del ejército, y lo que al Consejo se ofrece decir á V. M., así en cuanto á lo que consta de ellas, como en lo que el Marqués refiere con esta ocasión en su carta, es que de la infantería se hubo de perder mucha en la de la batalla, pues aun habiéndose recogido la que los enemigos han querido soltar, falta todavía número considerable; y por lo que toca á la caballería, aunque también no fué pequeña la pérdida de los mil doscientos caballos que se confiesan, se queda, sin embargo, en esto razonablemente, pues asegura el Marqués que antes de restaurarse los que no están de provecho por ahora, ó por heridos ó por muy trabajados, tendrá de presente cerca de cinco mil de servicio; de manera que con los que se irán componiendo y el regimiento de San Jorge que ha llegado y se trata de

remontar prontamente, volverá este cuerpo á ser considerable, y para luego se tiene el que es muy suficiente en orden á atender y embarazar los designios que tuvieren los enemigos sobre nuestro país.

Y porque el Marqués habla en esto con la incertidumbre que ocasiona la poca seguridad que se puede tener en las cortas noticias que se alcanzan de los intentos de los rebeldes, no habiendo podido penetrar ni colegir cuáles sean los que tendrán después de nuestra rota, y cómo se hallan en materia de fuerzas, pidiendo que se le asista con los medios y demás cosas que ha referido en las cartas antecedentes y solicita en ésta con nuevas instancias, no excusa el Consejo representar á V. M. se debe poner gran cuidado en asistirle con todo lo que pide, como, á lo que se tiene entendido, se ha hecho en gran parte y se continúa con toda aplicación, poniéndola muy particular en que vayan cuanto antes las picas y frascos que antepone á lo demás, y que sigan las armas y los otros géneros, pues para cualquiera accidente es preciso que la gente se halle armada, y en ello no es bien perder punto ni interponer la menor dilación; pero debiendo proporcionarse el gasto y demás disposiciones en cualquiera resolución conforme á la medida de la que fuere, y no pudiendo tomarse alguna con los fundamentos necesarios sin que primero se haya formado idea de la que ha de ser, parece al Consejo que es necesario preguntar al Marqués cuál es la que tiene hecha después del trance de la batalla, consideradas sus fuerzas, pues sabe las que son y el concepto que hace de las del enemigo, pues lo puede conjeturar con poca diferencia, y si piensa en que puede

volver á salir ahora ó al otoño en campaña, ó si por necesidad se ha de reducir á la defensiva y tratar de estorbar sólo que los enemigos hagan progresos, en caso que ellos se resuelvan á intentarlo; pues V. M. debe estar informado de todo, y mandar se ajusten y provean los medios conforme á la distancia de ofender ó defenderse; porque si bien se considera que son y cuáles estos dos casos en cuanto á sustentar la gente, y que es tan necesario esto, y aun más en el segundo que en el primero, se considera también que en éste se requieren otros géneros de gastos que se excusan en el otro, pues diferente tren y bagajes serán menester para salir á campaña que para acudir á la defensa de las plazas; diferente artillería y reserva de víveres, y al respecto en otras cosas; pero no por esto excluye el Consejo que se procure reemplazar al Marqués los bagajes que se han huido, pues es cierto que para la conducción de los víveres adonde fueren menester son inexcusables, y que este es el tiempo más propio para ello, y así parece que se escriba á D. Pedro Ronquillo que lo diligencie con toda actividad y remita con igual prontitud.

El Consejo ha representado á V. M., en vista de las dos cartas antecedentes del Marqués, que echaba menos no enviase relación de las personas particulares que hubiesen muerto y quedado prisioneros en la batalla, y no habiendo venido tampoco con la que envía de las muestras, parece se le deberá decir que V. M. quiere tener esta noticia muy individualmente, y saber cómo han procedido los Cabos y oficiales, pues en los que han obrado con valor y acierto y viven, será de gran desconsuelo que no se publique y

no les haga V. M. las mercedes que mereciesen, y á los mismos servirá también de aliento ver que se hace estimación de lo que obraron los que murieron, y que se gratifica su memoria, como el Consejo lo tiene por muy necesario y de buen ejemplo, por todas consideraciones. V. M. mandará lo que más fuere de su servicio. Madrid, 1665.—Hay cuatro rúbricas, y el decreto de S. M., que dice: «Hágase como parece, y he mandado se asista al Marqués con todo lo posible.»

(Archivo general de Simancas.)

Apéndice *LL.*

—

COPIA DE LA CARTA QUE ESCRIBIÓ EL DUQUE DE OSUNA Á LA REINA NUESTRA SEÑORA, SOBRE EL MODO DE HACER GUERRA Á PORTUGAL, POR MARZO DE 1666.

Señora:

Mi celo al servicio de V. M., y el particular amor á él y á cuanto conduce al crédito de las Reales armas, y deseo tan justo y preciso que V. M. ha mostrado á ver concluída la conquista de Portugal, como todos debemos tenerle, y poner para el efecto, no sólo nuestras haciendas y vasallos, sino hasta la última gota de sangre, por V. M., por el crédito de las armas, por el bien público, y por nuestra misma reputación, me obliga á manifestar á V. M. mi sentir, en cuanto mira á esta conquista, con la claridad que lo haré.

Cuatro partes de España confinan con Portugal: Galicia, Extremadura, Andalucía y Castilla la Vieja. Por la Galicia y Andalucía, es materia tan remota, que, además de no haberse jamás pensado en ello en ningún tiempo de guerra con Portugal, lo acredita el que si se hubiese de hacer por Galicia, después de muchos inconvenientes que vencer y plazas que ganar, se viene á dar al paraje por donde por Castilla se puede empezar; conque era ocioso el gastar en ello tiem-

po, gente y dinero: lo mismo por Andalucía. Respecto de Extremadura, si se hubiese de entrar por tierra, pues después de largas marchas se venía á dar en el mismo paraje por donde se podría empezar por aquella provincia, y si por la mar, topáramos en los propios embarazos, que después se verá hay en el paraje por la parte de Setubal. Conque, excluídas estas dos partes, sólo nos quedan la de Alentejo y la Vera, que son Extremadura y Castilla.

Así, Señora, que en el tiempo del señor Rey D. Felipe II se intentó y consiguió esta conquista, entrando el duque de Alba con el ejército por la parte de Badajoz, y quedando S. M. (que Dios haya) allí.

De esta misma entrada, el tiempo y forma en que se hizo, se saca cuál estaban los enemigos y sus plazas, y lo que sucedió me hace, no sólo pensar en si hoy puede ser posible por allí, pero impracticable tomarlo en la boca, como ahora tres años representé á S. M. (que haya gloria), mandándome lo hiciese; entró el duque de Alba con un ejército de diez y ocho mil infantes de todas naciones y tres mil caballos; esto y mucho más podrá juntar V. M. (Dios la guarde) hoy; conque no lo cito para la desigualdad, sino para ir corriente desde el principio.

No necesitó el Duque de gastar un hombre, ni una hora de tiempo, en que diesen la obediencia Elvas, Olivenza y Jeromenha, pues lo hicieron sólo á la representación que les hizo D. Pedro de Velasco; cada una de las plazas ha costado hoy una campaña, y la de Elvas costaría más tiempo y gente que entonces fué necesario para la conquista: no suponían en aquél Campomaior, Villaviçosa y Extremóz lo que hoy:

Villaviçosa se ganó por un artillero y con una escala rota; Extremóz á instancia de D. Cristóbal de Mora, y nadie toma en la boca á Campomaior, en que se ve no era plaza que suponía, y así estas seis se ocuparon de marcha, sin costar nada, y Evora tomó la voz de S. M. con sólo pasar allí D. Enrique Enríquez, con que se llegó á Setubal sin perder un hombre, y hoy, años costaría llegar á ella si hubiésemos de ocupar este país, y si le queremos dejar á las espaldas y enemigo, mucho arriesgaríamos los convoyes, siendo cierto fuera menester para hacerlos otro ejército tan grande como el que entrase á conquistar; y si llevásemos con nosotros lo necesario, como debía ser, fuera no de pequeño embarazo tanto carruaje, que sólo para cubrirle se necesitara de un grande ejército, tanto más, cuanto era preciso llevar reserva, para que si los víveres, que necesariamente se habían de conducir por la mar, faltasen después, sujetos á tantas inconstancias como ofrecen agua y aire, y siendo estas tan grandes dificultades, no son las que más fuerza me hacen, pues en fin lo que se puede vencer, aunque sea con suma dificultad, no se debe desesperar de ello, pero sí los imposibles.

Qué ejército, Señora, bastará hoy á tomar á Setubal, y á hacer un desembarco á la vista de otro como el que pueden juntar los enemigos, que no quiero darles más de quince mil infantes y cinco mil caballos, y con el calor de la gente de Lisboa, que es mucha, y habiendo de pasar artillería, caballería, carruaje, infantería y todo aquello que necesita un ejército, y á puestos fortificados, como hoy los tienen los enemigos, y tomar después á Cascaes, á San

Juan, á Cabeza Seca y á Belem, que todo esto hizo el duque de Alba, y es cierto que, siendo tan gran capitán, si hallara otro mejor ó más fácil desembarco, lo hiciera, y si no necesitara de tomar estos castillos no los tomara: tomólos, y consiguiólo porque ni estaban como hoy, ni hubo quien se lo defendiese, ni el desembarco. porque los enemigos ni tenían capitanes, gente, ni gobierno; y aun siendo así, le escribió el duque de Medinaceli al de Alba que no había sido acción de sus años y sus muchas experiencias el hacer aquel desembarco, y el duque de Alba no pudo satisfacerle con otra razón que decirle que no estaba de la otra parte el príncipe de Orange. Hoy, Señora, que tiene el rebelde soldados y Cabos, que se ve ayudado de tropas forasteras, no sólo es dificultoso dar estos pasos que dió el duque de Alba, pero tan imposible, que si el ejército de V. M. tuviere cincuenta mil hombres, se perdiera en ellos y se consumiera en estas operaciones, sin poder llegar á Lisboa, que es lo principal, á mi entender, y creo que en el de todos los soldados, ni desembarcar podía á lo opuesto de su ejército y de lo que podía sacar de Lisboa, fortificados los desembarcaderos: conque el ejemplar del duque de Alba juzgo es el que más nos aparta hoy de seguirle, y no dudo que si el Duque viviera dijera esto mismo, y que aun á menos fuerzas de resistencia de las que hoy tiene el rebelde, no se hubiera expuesto á pasar á su vista el Tajo por la Andalucía, ni atacarle después donde le atacó, que fué en la Puente que llaman de Alcántara, junto á Lisboa, que prueba la flaqueza de los enemigos en todo. Esto supuesto, Señora, no parece nos queda en qué escoger, sino que precisamente es menester

hacer la conquista de esta parte del Tajo, tomando sus dos orillas, una el ejército de la Extremadura, y otra el de Castilla, para asegurar por todas partes los convoyes y para que los enemigos no puedan estorbar el pasaje del Tajo al ejército de Extremadura por donde conviniere el hacerle, que hay harto en que escoger, pues si se quiere que el ejército de Extremadura no baje á la parte de Alcántara, puede entrar por Velver, porque Abrantes está demasiado de alto para incorporarse los ejércitos, y nunca pasaría tan seguro el de Extremadura sin tener otro que le cubra esta orilla, y lo más á propósito sería por el pasaje de las barcas de Montamblan, que es por donde los enemigos pasan al Tajo para venir de Alentejo á la Vera, ó por el castillo de Herrera, que es plaza nuestra, y se excusa el bajar el ejército de Extremadura á la puente de Alcántara, que es alargarse demasiado, y por Montamblan y Herrera se dan más aprisa la mano los ejércitos de Extremadura y Castilla.

Hecho el pasaje del Tajo, será bien ocupar á Pena Macor, plaza de poca defensa y muy buen sitio para determinar conforme al terreno á vista de ojos, que es lo más á propósito, pues si permite la orilla del Tajo el poder marchar con artillería y carruaje, como juzgo se puede, según me han informado, apartándose á poca distancia de los mismos arrives del Tajo, no es dudable será el más seguro y acomodado camino, pues gozábamos á un tiempo de llevar el río por costado y de la facilidad de los convoyes por el mismo río, pues aunque hay algunos que en un paraje que le llaman el salto de Roldán, le dificultan, no le imposibilitan, y se tiene también la ayuda de Castilla y de Extremadura, que por

una y otra parte del río pueden introducirse convoyes, siendo la mayor ventaja que se puede escoger en la guerra el que no sea una parte precisa por donde vengan: si estando la orilla del Tajo arrimado de él fuese imposible de hacer comunicable para el tren y carruaje, necesitábamos de tomar á Almeyda, que tampoco es dificultoso á un ejército como el que se ha de juntar, y se hará con él en veinte días, para no dejar plaza atrás en la entrada y asegurar los víveres mejor; no habiendo otra desde Ciudad Rodrigo á Lisboa, y tomando de marcha á la ciudad de La Guarda para lo mismo, que aunque el señor rey D. Juan I, cuando hizo la entrada por la Ciudad Rodrigo, ocupó á Celogico y no á la Guarda, fué porque S. M. se inclinó más á la mano derecha hacia Coimbra y Lergia, que fué un gran rodeo, por otros fines; y sin duda es mejor y más breve camino y más derecho á la villa de Tomar, que es irse arrimando al Tajo y el derecho para Lisboa, vía recta, y ya en Tomar el terreno es bueno, pues se llega á los campos de Santarem, espaciosos y abundantes para quien se ha de valer del país sin reserva.

No creo, Señora, puede haber otra entrada, ni que tenga más facilidad: en ésta, bien puede ser se llegue á una batalla: pero también es cierto que sin vencerla no se ha de conquistar Portugal en una campaña, y cuánto más fácil es ganar una batalla que tomar cinco ó seis plazas muy fortificadas y muy guarnecidas, como hay en Alentejo, y con un ejército á la vista que las socorra al tiempo que las convenga, y hacer el desembarco que hizo el duque de Alba, imposible hoy, á mi entender, y aunque se venciese el dejar atrás á Elvas, Campomaior, Extremóz,

Villaviçosa, que nunca podía ser seguro, sino de gravísimos inconvenientes, dejar plazas á las espaldas, y tales había que tomar á Setubal, Cascaes, Belem y Cabeza Seca, y hacer el desembarco; que ni gente, ni tiempo, ni víveres había de haber bastante, aunque se juntase todo lo que es menester, para vencer V. M. (que Dios la guarde) una batalla, como fío de Dios y su purísima Madre la vencerá, permitiendo sus Divinas Majestades se apliquen los medios para ello que convienen á la restauración de todo un reino, pues en ella consistiera el ganarse Portugal en una campaña, y así lo entienden amigos y enemigos, con la gran diferencia, Señora (que digo esto para que no estrechen el invictísimo ánimo de V. M.), que si la venciéremos de esa otra parte del Tajo, queda en ese mismo instante conquistado aquel reino, pues para llegar luego á Lisboa, ni hay plaza ni río que la embarace; conque todo el país es preciso que se entregue al ejército de V. M., y que no pueda socorrer con víveres ni otra cosa á Lisboa, y puesta la armada naval á su vista, queda sin algún socorro é imposible de mantenerse ocho días, pues cuanto más fuere el número de gente que tenga aquella ciudad, tanto será menos el tiempo que puede detenerse, y si Dios nos quisiere castigar por sus justos juicios, perderíamos una batalla no más, y V. M. (que Dios la guarde) tiene reinos y vasallos para formar otros muchos ejércitos y vencer con ellos; esto debe servir para no rendirse á ningún melancólico discurso de lo exhausta que se quiere representar á V. M. se halla su Monarquía, pero no para no hacer las diligencias y esfuerzos que se hicieran si fuese el último; que como se hagan, Señora, medios le sobrarán á

V. M. y tendrá para vencer, y es cierto que por esta parte del Tajo que digo no tienen los enemigos víveres para sustentar un ejército cual le han menester para oponerse á los de V. M., y que si los han de traer de Alentejo, y pasarlos el Tajo, le costará más que pueda superar, y es sin duda que una de las grandes conveniencias, tras la referida, que tenemos para hacer la guerra de esta parte del Tajo y por la provincia de la Vera, es tener los enemigos en Alentejo, de tantos años á esta parte, su plaza de armas allí, para víveres, trenes y carruajes, y todo lo necesario para la guerra, y haberlo de mudar todo les será casi imposible, tanto más, cuanto se muda del país más fértil que tienen al que no lo es tanto y al más desprevenido; y siendo Portugal de lo que más carece los carruajes, á este paso les será más imposible el transporte de todo lo que tienen en Alentejo y hubieran de llevar precisamente á la Vera, y otra es que sus ejércitos se pueden sustentar siempre pocos días en campaña, por no sobrarles víveres: si le hiciésemos la guerra en país donde tienen muchos menos granos que en Alentejo, podremos esperar que se le desharía mucho más aprisa la gente, y á los extranjeros no los ha de poder llevar á la parte de la Vera como á Alentejo, así por lo estéril de la tierra desde Almeyda á Santarem, como por lo desacreditado que sus mismos naturales tienen con ellos este país, y jamás han podido traerlos á él.

Si los enemigos excusasen dar la batalla que arriba digo, como se puede juzgar lo harán, pues pierden en ella todo el reino habiendo de ser tan en lo interior de su país, y que, rotos, no hay estorbo para llegar á Lisboa, como he dicho,

y si el tiempo de una campaña no fuese bastante á todas las operaciones que se han de hacer en ella y llegar á Lisboa, se puede ocupar y fortificar á Abrantes, á Puñete y Tancos, lugares á dos leguas el uno del otro, y que están sobre el mismo Tajo, y por esta razón, y la de haber de tener el ejército unido en ellos, necesitarán de muy poca fortificación, y son puestos de grandes ventajas para mantener y conservar el ejército todo el invierno en ellos, y en lo que más pareciere de aquel país, logrando las conveniencias de no alojarle en el nuestro, y á un mismo tiempo estar cubriendo á Castilla y molestando lo más interno de Portugal, donde respecto de no tener por aquella parte los enemigos plaza ninguna, es preciso que toda su tierra hasta Lisboa esté á la contribución y obediencia de nuestro ejército, tanto más, cuanto hemos de ser superiores, como siempre lo hemos sido, en la caballería, y ser ya aquella tierra llana y abierta, pues están ya estos lugares en los campos de Santarem, y el que más lejos á dos y á tres leguas de ellos; y será preciso que su ejército se mantenga también junto todo el invierno respecto de estar el nuestro, con que su tierra vendrá á padecer el tener dentro de ella y sobre sí entrambos ejércitos, y la siguiente campaña marchar la vuelta de Lisboa, que, habiéndosele desacomodado tanto la antecedente, y el invierno por tierra, y embarazándole con la armada los socorros por la mar, y hallándose ésta con un ejército á la vista, impidiéndole todo lo que por tierra le puede venir, y asimismo con la armada por la mar, no hallo cómo pueda mantenerse una ciudad de tanto consumo, y su mismo ejército, si se va arrimando á cubrir á Lisboa, es

el que más prèsto los ha de acabar; conque juzgo que si en la primera campaña nos quieren dar una batalla, y la vencemos, como se puede esperar de la justificación de la causa y de los medios que se deben aplicar á ella, se conquistará aquel reino en una campaña, y si no se pusieren á tiro de darnos la batalla en la forma dicha, en dos campañas se puede hacer esta conquista; y por otra parte, no la hallo posible ni en muchas. Siempre diré á V. M., y creo que lo harán así tan grandes y tan leales vasallos como V. M. tiene, que la conquista, no sólo es justa, sino precisa, por razón, por justicia y por reputación, que es el mayor tesoro de los Reyes; también creo no habrá razón de Estado que aconseje que se dilate una hora, pues cada una es un inconveniente más para conseguirla, y la destrucción de estos reinos el hallarlos como nos hallamos desarmados, y hoy nos ofrece la mejor ocasión el desavenimiento de franceses é ingleses; y si cuando no había éste, y V. M. tenía guerra en Flandes, Milán y Cataluña, la hicimos á Portugal, y le ocupamos, con un ejército compuesto de bisoños, á Olivenza, Morón y otras plazas, ¿qué abatimiento de ánimo sería, hoy que nos faltan aquellas guerras, cesar en ésta? Un esfuerzo, Señora, para traer los extranjeros que se pueda, los españoles viejos de Nápoles y Sicilia, y que vayan allá de estos bisoños que se levantan de los reinos de V. M. de España: juntará V. M. los españoles que fueren necesarios, si nos aplicamos todos á hacer lo que debemos, como lo haremos; ¿y cómo se puede dudar de esto, cuando vemos que faltándole al señor Rey D. Pedro los reinos de Aragón, Valencia, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Cataluña, Gra-

nada, Málaga y otras muchas tierras que tenían los moros, y no teniendo las Indias, habiendo perdido una armada de ciento y tantos navíos y ochenta y tantas galeras, echó otra á la mar más poderosa en brevísimos días; y el señor Rey D. Enrique, que faltándole los mismos reinos, y no teniendo muchas ciudades y lugares de Castilla entonces á su obediencia, juntó antes de la batalla de Olmedo ochenta mil infantes y cuarenta mil caballos? Y aunque se diga que hoy está más despoblada Castilla, no puede ser esto tanto que equivalga á los réinos que entonces tenía menos esta Corona, y que hoy posee S. M. (que Dios guarde), y acompañados estos soldados, aunque bisoños, de los otros viejos, y de las naciones, y la tierra adentro, donde no pueden con facilidad irse, serán muy buenos y de provecho, y el ejército no se deshará.

Medios de granos y bagajes para el ejército de Extremadura tiene la misma provincia, y la que confina con ella, que es Andalucía, para mucho más de lo que es menester.

A Castilla, para este otro ejército, valiéndose de toda ella, la sobran granos para otros dos ejércitos, y sólo Tierra de Campos los tiene para este ejército de Castilla; carreterías se pueden juntar cuatro ó cinco mil carretas para el de Castilla en ella sin gran trabajo, y mulas, acémilas y recuas de Cabaniles, muchas, y si á V. M. (que Dios guarde) la dificultasen en esto con lo estéril que quieren suponer es Castilla, yo haré viva demostración de lo contrario, y lo cumpliré, y quien en una ocasión así dejara, Señora, de imitar á sus pasados en las entradas y conquistas que hicieron los señores Reyes antecesores de V. M., acudiendo hasta con la última gota de

sangre de sus venas á cuanto conduzca al mayor servicio de V. M., nadie es posible que falte á ello con cuanto pueda, no siendo hoy menos la razón ni la fidelidad y amor en todos, que entonces. El reino de Galicia tiene medios y gente muy bastante para hacer una gran diversión por aquella parte y por Andalucía con parte de las milicias de ella y de la gente que se puede hacer en los lugares de la raya de Portugal, y con alguna caballería que se los puede dar, y juntar otra de aquellos naturales, se podrá á un mismo tiempo traer muy inquieto al enemigo, cubriendo con esto juntamente nuestro país, y obligándole á que no desampare el suyo por aquella parte, y obrando por todas á un tiempo, habrá el enemigo de acudir á todas, y dividirse por lo menos en cuatro partes, que ni tiene gente, ni medios, ni fuerzas para hacerlo, y si quisiera abandonar alguna, perderá enteramente aquella parte de país; y como las entradas que se hicieren por Andalucía no han de ser más que entradas y diversión, con los mismos granos de los lugares de donde saliera la gente se pueden sustentar, que no sólo para entradas así, pero ejércitos formados para operaciones, he visto yo sustentar á los portugueses en esta forma, porque con amor y celo acuden todos á lo que les toca, y si éste lo tienen ellos á un rebelde, ¿cómo se puede dudar con cuántas ventajas le tendremos á V. M. y á S. M. (Dios la guarde), los que somos sus vasallos, con el amor que experimentará V. M. en todo?

El mío me ha hecho poner á los pies de V. M. este breve discurso, acompañado de las noticias que tengo, habiendo servido á V. M. en estas dos provincias de Extremadura y Castilla con

deseo de reparar en lo más menudo para el acierto, y con las que he adquirido en los más seguros historiadores de los señores reyes D. Felipe II y D. Juan I, é informándome de los más prácticos de Portugal, que han andado muchas veces todo el reino.

(Colección de Varios de la Biblioteca de Toledo.)

Apéndice *M*.

—

RESUMEN DE UNA CARTA DEL MARQUÉS DE CARACENA, GENERAL DEL EJÉRCITO DE EXTREMADURA CONTRA PORTUGAL EN 1666, RESPONDIENDO Á LA QUE SE LE ESCRIBIÓ PREGUNTANDO LO QUE LE PARECÍA SOBRE LA FORMA DE HACER GUERRA Á PORTUGAL, Y DE LA CONSULTA QUE SOBRE ELLA SE HIZO AL CONSEJO DE GUERRA.

Habiéndose preguntado al señor marqués de Caracena la forma que se tomaría para asegurar los granos y las demás cosas necesarias para la conservación de aquel ejército, y ponerle en estado conveniente para obrar el año que viene, satisface en la forma siguiente:

Que el haber pensado se podría conquistar á Portugal en un año ha sido lo que lo ha embarazado, pues hoy están los pueblos más aguerridos que en tiempo del duque de Alba, que los halló sin víveres, sin gente extranjera y sin una plaza fortificada.

Que siendo Portugal tierra estéril de granos, no sólo para mantener un ejército, sino para sus naturales, tiene por más precisos que todo, una armada que embarace los víveres, lo cual obligaría á una conmoción, de que se pueden esperar buenos efectos, mayormente si se les cogiese una flota, que no lo tiene por imposible, y en tiempo que saben han podido conseguir una tregua de treinta años.

Que convendrá también asistan las galeras, para que el tiempo que no puedan estar con la armada, diviertan las costas, y obliguen al rebelde á guarnecerlas para minorar su ejército.

Que el pensar en un ejército de veinticuatro mil infantes, como algunos dicen, lo tiene por imposible; pero precisa se igualen las fuerzas con las del enemigo, y que sea superior la caballería para la guerra que se debe hacer, que es arruinar el Alentejo; con que, y no entrar socorro de mar, se reducirán á desesperación, que les obligue á ajustarse.

Que para esto juzga ser necesario un ejército de doce mil infantes y ocho mil caballos, y mil en Andalucía, en Castilla otros mil, y mantener el ejército de Galicia como hoy está, para que el enemigo no junte sus tropas á un tiempo; con que se podrá hacerle gran daño por todas partes, siendo cierto que no resistirán esta guerra mucho tiempo, y más con la ocasión que nos dan Inglaterra, Francia y Holanda, pues si durasen como hoy, se podría continuar en la conquista, y si no, nos hallaríamos armados para cualquier acontecimiento.

Que la caballería de Andalucía y Castilla debe estar pronta para acudir á Extremadura, como también debe estarlo la de Extremadura para aquellas partes.

Que es preciso no falte el pan, y cebada, y el socorro ordinario, respecto de ser más necesario en este país que en Milán, Flandes y Cataluña.

Que la artillería sea en número de doce cañones; y por no ser capaz de alojamientos Extremadura, ni convenir salga de las plazas la caballería, para tenerla á la mano y al pósito de la del enemigo, que la tiene en la frontera, juzgo

que debe hacerse el repartimiento en la Mancha, Andalucía y otras partes, como si se hubiese de ir á alojar, para que acudan á las plazas con sus contribuciones, y que si no lo hicieren, vayan las compañías á la cobranza de los partidos que se les señalaren.

Que se traigan cuatro mil ó cinco mil alemanes de infantería, á los cuales se podrán agregar italianos, valones é irlandeses.

Sobre cada punto de estos envía papel de por sí el Marqués, así de lo que se necesita para el tren, como cebada, trigo, dinero, y lo que importan las mesadas y primera plana.

Habiéndolos visto en el Consejo de Guerra, discurrieron por votos singulares en consulta, como se sigue:

D. Diego Sarmiento se conforma con el marqués de Caracena, y sólo se le hace dificultoso que pueda acuartelarse de invierno la caballería en Extremadura, si bien se remite en su ejecución al Marqués. Y en cuanto al repartimiento que se ha de hacer en los lugares fuera de Extremadura, para socorro de la caballería, y que pueda ir una compañía al partido que le tocare á cobrar, se aparta del sentir del Marqués.

Que se reformen las compañías de caballos, y se reduzcan los tercios de naciones á menor número.

Que la armada y ejército salgan á un tiempo, y se hagan también las demás operaciones, habiéndose hecho primero la cuenta con el caudal de la Hacienda Real.

El barón de Anchí, que se conforma con el Marqués, y que son necesarias tres cosas: una armada poderosa, con una prohibición severísima de comunicación con Portugal, y que se ex-

cusen gastos superfluos, particularmente en la reducción de los regimientos alemanes; y en cuanto á los cuarteles de invierno, es preciso mirarlo muy despacio.

El marqués de Trocifal, que lo principal es ver los medios que hay para hacer la guerra ofensiva ó defensiva, con el interés de la reputación ó descaecimiento que puede resultar de hacerla ó dejar de hacer sin sujetarse, como el año pasado, indignamente y sin fundamento, á la discreción de los enemigos; que la caballería de Castilla y Andalucía está resuelto se ponga en el número que pide el Marqués, y que los medios para Extremadura se pueden aplicar, si se inclina el ánimo á ello; que en cuanto á granos, después de hechos los asientos, se pueden poner de reserva setenta mil fanegas de cebada y cincuenta mil de trigo para fin de Febrero en Sevilla, sin hacer cuenta de lo que se ha pedido á los reinos de Italia, por estar aplicado á otros efectos; que la gente de naciones sea hasta cuatro mil infantes efectivos, y que las reclutas de españoles se empiecen desde Octubre, y se pidan tercios á los reinos, costeados desde el principio del año; que los alojamientos tienen inconveniente en la forma que dice el marqués de Caracena, por la carga de los pueblos y la confusión de las rentas; pero que le parece ganancia perder parte de la caballería haciendo mal á los enemigos y no molestando á los pueblos, por lo cual juzga se debe repartir en toda la frontera para que esté guardada, y los enemigos inquietos, socorriéndola bien de la Real Hacienda ó de los pueblos con media paga; que la armada conviene sobre todo, y en mayor número, hasta treinta bajeles, no sólo para esta

guerra, sino para nuestra defensa en tiempo que cruzan estos mares tantas armadas de naciones, y que las galeras, en número de veinticuatro, concurran también á esta operación, por ser la embarcación más importante á este fin.

D. Fernando de Rivera sigue al marqués de Caracena, con las limitaciones que D. Diego Sarmiento.

D. Fernando de Tejada, que esta es materia tan importante, que es necesario se vea en Consejo pleno, como lo dice en su voto el barón de Batevile, con quien se conforma en esto, y que es forzoso reformar aquel ejército, para ser manejable sin confusión.

El marqués de Montalbán, que en el punto de la armada se remite á lo consultado por el Consejo y por la Junta, juzgando se debe tratar de ella con diligencia para Abril, para que á un tiempo salga con el ejército y las galeras; que la guerra no se puede hacer hoy por el Alentejo, como en tiempo del duque de Alba, por lo mismo que dice el marqués de Caracena, y así le parece se haga por Beja y campo de Ovrique; que las reclutas de españoles y extranjeros lo tiene por necesario, y mucho más el que se reformen los tercios y la primera plana; que en cuanto á cuarteles, se remite á lo votado el año pasado.

El barón de Batevile, que aunque le parece muy bien lo votado por el Consejo y forma de hacer la guerra por Beja, es punto muy de Estado la resolución que se hubiese de tomar sobre la calidad de la guerra y modo de hacerla, adonde juzga se remita esta materia.

Luís Poderico, que la calidad del ejército que propone el de Caracena, juzga no es bastante para conquista; que en cuanto al alojamiento,

duda que pueda hacerse en Extremadura; pero que sería bien se tratase de ello, para llegar al conocimiento: en la armada y demás medios se conforma con el Consejo; y en la reforma del ejército, el conde de Rebolledo, que si S. M. se conforma con el modo de guerra que se propone, no se podrá ejecutar nada si primero no se aplican los medios necesarios para ella.

(Colección de Varios *de la Biblioteca de Toledo.)*

Apéndice N.

PARECER QUE DIÓ EL MARQUÉS DE CARACENA SOBRE EL AJUSTAMIENTO DE PAZ Y DE REY Á REY, QUE PRETENDÍAN LOS PORTUGUESES.

Señora:

Cosa muy ardua y difícil de resolver, y no menos de aconsejar, es la materia sobre que V. M. nos ordena digamos nuestro parecer; pues es cierto que desde que poseen los gloriosos progenitores de V. M. esta gran Monarquía, no creo ha habido caso en que concurran tantas circunstancias en pro y en contra, como en el presente. Hállase V. M. en el gobierno de una menor edad, con el Erario regio tan exhausto y consumido, como es notorio á todos. Los Estados de Flandes sin gente con que defenderlos; su frontera sin plazas fortificadas, y ellas sin las municiones y víveres suficientes. El Estado de Milán, asimismo, sin gente, aunque mejor fortificada la frontera; las de España contra Francia, aún en mucho peor estado que las de Flandes. Todas las plazas marítimas sin fortificaciones, sin municiones, sin víveres y sin gente con que defenderlas; las Indias con riesgo de ser invadidas, porque hay poco que fiar de la fe de ingleses, pues vimos que contra toda razón y derecho acometieron á Campeche y á Cuba, y apresan todos nuestros bajeles que pueden en aquellos mares; y en medio de todas estas desprevenciones y riesgos, se está con el recelo de ver armado tan poderosamente

al rey de Francia y con una guerra dentro de España, de más de cien leguas de fronteras, sin que casi en toda ella haya una plaza medianamente fortificada, menos las que se han ganado á los enemigos, ni gente con que guarnecer las que hay, y el ejército principal destruído y arruinado, por haberle tenido siete meses sin asistencias y casi sin pan; pues ha sido menester dar á los soldados el bizcocho que había de reserva, con que no hay ninguna de las plazas, y se hallan hoy en conocido riesgo por falta de víveres. Lo que esta guerra cuesta, es fuerza sea mucho, no sólo porque naturalmente son caras todas las cosas por razón de la moneda, sino porque las conducciones cuestan aún mucho más que las mismas cosas, con que es preciso emplear en ella la mayor parte de las rentas reales, y faltar á todo lo de afuera. Por lo cual, parece que, mirando á esta luz, este negocio obliga y aun necesita á V. M. á hacer una paz con Portugal. Pero considerando, por otra parte, el daño que recibirá esta Monarquía de la desmembración de una parte tan principal de España como Portugal, y de conquistas tan considerables como el Brasil, y lo que aquella corona goza y gozaba en la India Oriental, que se desposee á un Rey pupilo de parte tan grande de su patrimonio, y se le hacen ceder con la paz los derechos para siempre de tan grandes Estados, ¿qué queda haciéndose la paz con Portugal?

Esta espina siempre dentro de España, y que ha de desear, y aun procurar, el que fuere Rey de aquella corona, no se aumente ésta, ni se ponga en estado de poder volver á la conquista, con que todos los émulos y enemigos de esta monarquía tendrán fácil acogida en sus puertos

para damnificar los nuestros, así en España como en las Indias, procurándonos quitar aquél solo comercio que nos ha quedado, y que asimismo tendrán no pequeñas esperanzas de coligarse con portugueses en daño de Castilla, no pudiéndose dejar de hacer reparo en que si el rey de Inglaterra tuviese sucesión y no la tuviesen el duque de Braganza y su hermano, heredaría aquella corona, que unida con la Inglaterra, ya se ve de cuán gran perjuicio sería para estos reinos, además del grave daño que se puede temer resultase de introducirse la herejía en España, que por la misericordia de Dios ha estado exenta hasta ahora de esta pestilencia de las almas. Debiéndose también considerar el gran descrédito y desdoro que sería para esta Monarquía, y más particularmente al Gobierno de V. M., pues además de quitar para siempre á esta corona una piedra tan preciosa y estimable como todo el reino de Portugal, sería, haciéndose la paz y tratando de Rey á Rey, recibir V. M. absolutamente la ley del duque de Braganza, pues habiéndose ya hallado por conveniente el que V. M. se ajustase á hacer una tregua en la forma que estaba concluída, y no habiendo querido venir los portugueses en ella, y queriendo indispensablemente que sea paz, y que se trate de Rey á Rey, sería, como digo, recibir la ley de un tirano, cosa que no sé cómo se pueda aconsejar á V. M.; pues si bien algunos puede ser hagan poco reparo en el punto de paz ó tregua, y en el de tratar de Rey á Rey, diciendo que se ha de ir más á la justicia que á la apariencia, á mí me parece que es muy reparable tanto lo uno cuanto lo otro, pues aunque quieran decir que el dar título de Rey al tirano no

es sino una apariencia, no lo entiendo así, pues con él es fuerza ceder el derecho; conque además de este perjuicio se recibirá el del derecho que adquiere el rey de Inglaterra, cosa que no es de poca sustancia, y de mucho mayor lo es el hacer paz y no tregua, porque aquella enajena para siempre el reino, y con ella se cede el derecho que se tiene, y con la tregua no; además de que, habiéndose ya incluído en el ajustamiento con ingleses una tregua con Portugal en la forma que se ha hecho, el tratar ahora de paz y de Rey á Rey sería ceder demasiado en la reputación y crédito, que es lo que mayor autoridad suele dar á las Monarquías, y en los principios del gobierno de V. M. sería muy malo, á mi parecer, reconociesen tanta flojedad nuestros émulos y enemigos; y no veo, Señora, razón por la cual nos veamos tan necesitados á pasar por todo lo que ellos quieren. Pues el recelo de que sean asistidos de los émulos de esta corona parece que por algún tiempo no debe dar cuidado, pues Dios se ha servido de que en ocasión tan oportuna se haya roto la guerra entre aquellos de quienes podíamos temer este daño. ¿A qué más, Señora, nos podíamos ver reducidos cuando la Francia é Inglaterra se hallasen desembarazadas y con los ejércitos prontos para acometer á esta Monarquía, y aun ya después de haberla acometido, que á tratar de una paz perpetua y de Rey á Rey? ¿Qué más pueden pretender en ningún tiempo los portugueses, y qué menos podemos esperar nosotros? El lograr las ocasiones y el tiempo es la mayor ciencia de lo político y de lo militar: valgámonos del en que nos hallamos, y respóndase con resolución al rey de Inglaterra que mantenga

lo que su embajador capituló, y que si no lo quisiere hacer, no se ha de tratar en otra forma. Veamos qué hace cuando vea esta resolución, pues no veo que esté con tan sublime poder que no le haya de dar cuidado el dejar disgustada á V. M., y más hallándose con una guerra tan rota contra tres potencias tan considerables como la Francia, Holanda y Dinamarca; y si no obstante persistiere en lo que esta ahora, yo sacara absolutamente esta negociación de sus manos y buscara otro medio para introducirla, pues el de ingleses jamás lo he tenido por conveniente, porque, como he representado otras veces á V. M., la casa Stuarda ha sido siempre enemiga de la de Castilla, y aun antes de los últimos lances de desazones entre estas dos coronas, asistió la de Inglaterra al bastardo D. Antonio, y le dió una armada y un ejército con que pudo desembarcar y llegar hasta los puertos de Lisboa: el primer príncipe que reconoció por Rey al tirano de Portugal fué el difunto rey de Inglaterra: lo que obró con la armada de D. Antonio de Oquendo es bien notorio, y asimismo lo que en otras ocasiones ha hecho aquella corona contra ésta, y el haber pensado que este Rey podía estar obligado de los beneficios que recibió en Flandes, ha sido error manifiesto, pues fué en tiempo el admitirle en aquellos Estados que no había querido Cromwel ajustar la liga con nosotros, y nos había roto la guerra, y no puede haberse olvidado de que fué el Rey nuestro Señor (que esté en el cielo) quien primero declaró al Parlamento de Inglaterra por legítimo dominador de aquella corona y el haberle roto la guerra á él y sus secuaces, y no á todos los ingleses, cuando el príncipe Roberto acometió unos bajeles del Par-

lamento cerca de Vélez Málaga, no lo olvidará jamás, ni el castigo que se hizo al enviado del Parlamento olvidará el Canciller de Inglaterra, que se hallaba en esa corte por embajador, y no lo pudo remediar; y si no, véase lo que ha hecho este Rey después que recuperó su reino; y añadiéndose á todo esto el casamiento hecho con Portugal, ya se ve que ninguno puede ser peor medianero, pues ha de mirar las conveniencias del tirano como las suyas propias, y las nuestras, no sólo como ajenas, sino como de competidor, cuando no como de enemigo. Además, Señora, que la máxima fundamental de la política de Inglaterra ha sido siempre de procurar abatir la potencia de la augustísima casa de V. M. Así se lo persuadió el canciller de Inglaterra Francisco Bacon á su abuelo de este Rey en un tratado que hizo exhortándole á que rompiese la guerra á esta corona, y si bien una de las razones que alega para justificar la causa ha cesado con la restitución del Palatinado, y la otra pudiera cesar con haberse minorado tanto el poder de esta Monarquía, de que dice el dicho canciller debían recelarse todos los príncipes de Europa: la tercera, y en que más principalmente funda la justificación de hacernos la guerra, no ha cesado ni cesará hasta que Dios se sirva de quitarla, que es la de la religión, pues como protector el Rey nuestro Señor de la católica, dice este inglés que debe el de Inglaterra procurar abatir esta Monarquía, y que tiene justa causa de hacerle la guerra en cualquier tiempo á causa de la religión: pues siempre que pudiéremos, hemos de procurar abatir la suya, alegando otras muchas razones para fundar su intento, y añadiéndose á estas máximas funda-

mentales y universales de aquella corona, las particulares que he referido, y otras que pudiera decir, y dejo por no hacer más prolijo este discurso.

Ya se ve cuán poco conveniente medianero puede ser el rey de Inglaterra para el tratado con Portugal, y así soy de parecer, de que si no quiere ratificar y concluir lo ajustado con su embajador Fanchaso, se rompa esta negociación absolutamente, y mucho más la de la liga, pues aun cuando bien nos sacara grande conveniencia en el tratado con Portugal, y nos restituyera á Jamaica y á Tánger, era menester considerar con gran madurez cómo habíamos de entrar en esta liga, pues de conocido era entrar rompiendo con Francia y Holanda, y no creo que el rey de Inglaterra se halle con tan gran poder que podamos esperar nos resguarde de los daños que podemos temer recibir en Flandes, y más particularmente en Milán.

La mediación de Francia también la tengo por muy sospechosa, pues aunque no tenga tantas tachas como la de Inglaterra, tiene una de las principales, que es la que siempre ha procurado abatir la potencia de esta corona, y no me persuado haya de ayudar en nada á que recobre sus fuerzas; la liga que dicen propone su embajador, es cierto sería lo que mejor nos estuviese; pero por esto mismo dudo la proponga de veras, y temo no sea con fin de entretenernos con grandes esperanzas, para que no concluyamos nada con ingleses ni portugueses, ni que tampoco hagamos la guerra con vigor, sino que nos vayamos consumiendo lentamente; pero, cómo digo, si nos pudiésemos asegurar de su intención, es lo que mejor nos estaría, porque si

bien es mucho lo que tiene nuestro y con la liga perderíamos la esperanza de recobrarlo en muchos años, no nos hallamos ahora en tiempo de procurar reconquistar lo perdido, sino de conservar lo que nos queda.

Y así, Señora, el mejor medianero sería el Papa, si le quisiesen admitir portugueses ó resolverse á tratar sin medianeros, pues no faltaría modo de introducir la plática, y para todo, ya sea para hacer la guerra, ó ya para hacer la paz ó tregua, lo que más importa es el tener muchas fuerzas, por las razones que represento á V. M. en otro despacho de la fecha de este.—Guarde Dios la Católica Real persona de V. M., como la Cristiandad ha menester.—Badajoz 16 de Setiembre de 1666.—EL MARQUÉS CONDE DE PINTO.

(Colección de Varios *de la Biblioteca de Toledo.)*

ÍNDICE

—

CAPÍTULO XIV.

SEGUNDA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1663).

Intento de cercar á Lisboa por mar y tierra.—Confíase la armada al duque de Aveiro.—Incorpóranse al ejército los tercios españoles é italianos de Milán.—Aprestos de los portugueses, dirigidos por D. Alfonso de Braganza, ya de mayor edad.—Schomberg.—Los aventureros extranjeros ayudan á Portugal.—Excelente estado del ejército portugués, debido á su disciplina —Dilación de la guerra.—Generales que se incorporan á D. Juan de Austria.—Determina el de Austria internarse en Portugal.—Perspicacia del general portugués Sancho Manuel.—Acomete Villaflor á la retaguardia española.—Llegada del ejército á Évora.—Nombramiento de D. Manuel de Miranda para Gobernador de Évora.—Salida de las tropas de Évora.—Huída de la caballería portuguesa.—Toma del monasterio de San Antonio.—Distribución y mandos de las fuerzas para el sitio.—Asaltan los italianos el convento de Carmelitas.—D. Rodrigo Mogica.—Intímase la rendición.—Dilátase por las exhortaciones del obispo Sousa.—Nuevos esfuerzos para expugnar la plaza.—Condiciones de los sitiados rechazadas por D. Juan.—Entrega de la plaza de Évora.—Entrada de D. Juan de Austria..... Pág. 7

CAPÍTULO XV.

CONTINUACIÓN DE LA SEGUNDA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA.

Difícil situación del ejército castellano después de la toma de Évora. — Instrucciones del Rey Católico. — El parecer de D. Juan de Austria para su cumplimiento. — Observaciones en contrario del duque de San Germán. — D. Juan de Austria saca sus tropas de Évora. — Avístanse los dos ejércitos junto á Extremoz. — Es herido el Maestre de campo D. Gonzalo de Córdoba. — Encárgase la defensa de Évora á D. Francisco Galtinara, conde de Sartirana. — Retirada de D. Juan de Austria. — Combate de caballería. — Es herido el general portugués Manuel Freire por el conde de Espinardo. — Heroico comportamiento del conde Boetto y Bruno Borgoñés. — Combate de la infantería. — Schomberg anima á sus soldados. — Causas de la vergonzosa huída de los nuestros. — Oportuno socorro del duque de San Germán, que salvó al de Austria. — Refúgiase el ejército en Arronches. — Quiere resarcir las pérdidas el general Jácome Mazacán. — Número de víctimas por ambas partes en la batalla de Extremoz..... Pág. 27

CAPÍTULO XVI.

TERCERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1664).

Regocijados los portugueses por la victoria, tratan de recuperar á Évora. — Disposiciones del conde de Sartirana para la defensa de la plaza. — Interceptan los portugueses las comunicaciones de San Germán con Sartirana. — Fingen los portugueses una carta. — Intentos de D. Juan de Austria de tomar por sorpresa la plaza de Elvas. — Retíranse los espa-

ñoles con sensibles pérdidas.—Voladura del depósito de pólvora en Arronches.—Descargos de D. Juan de Austria ante la corte de Castilla, y formación de un Consejo para mejorar la suerte de nuestras armas en Portugal.— Renueva en 1664 el duque de Osuna la campaña.— Baluarte de Almeyda.— Escaramuzas entre ambos ejércitos.—D. Juan de Ayala acomete el campo enemigo y salva la caballería castellana.— Irrupción de la caballería portuguesa por nuestras fronteras. —Opónense á estas correrías los capitanes Fuentes y Olea, y son derrotados.—El Gobernador de Jerez sorprende á los portugueses.—El duque de San Germán viene á la corte.— Cumplida defensa de sus actos.—Es desposeído del mando. —Sustituye á San Germán en el mando de la caballería Alejandro Farnesio..... Pág. 53

CAPÍTULO XVII.

CONTINUACIÓN DE LA TERCERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1664).

Nuevas operaciones en la primavera de 1664.—El General portugués Cantañeda delante de los muros de Badajoz.—Sitio de Valencia de Alcántara.—Fabricio Rosseo, defensor de Alcántara. — Socorros enviados por D. Juan de Austria.— Frústranse los intentos de socorrer la plaza.—Heroica defensa de Valencia de Alcántara.—Treguas.—Correa enviado por D. Juan.—Condiciones para la entrega..... Pág. 73

CAPÍTULO XVIII.

DA FIN LA TERCERA Y ÚLTIMA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA, CON LA DERROTA DEL DUQUE DE OSUNA (1664).

El duque de Osuna.—Sus cualidades.—Frontera portuguesa llamada de la Vera.—Fuerzas y recursos de que disponía el

de Osuna.—Ataca la plaza portuguesa de Castel Rodrigo.—Asalto de esta plaza.—Cobardía de los soldados.—Retirada del duque de Osuna.—Encuentro con los portugueses.—La Ermita de Aguiar.—Disposiciones del Duque para la batalla.—Conducta del villanaje.—Funestas consecuencias para España de esta deserción y derrota.—Proceso contra el duque de Osuna.—Los cinco cargos por el hecho de Castel Rodrigo.—Examen de los cargos diez y once.—Cargos doce y trece.—Cargo catorce, fundado en la imprevisión de la retirada.—No recayó calificación por los cargos militares.—Cargos administrativos.—Examen del quince, que trata de los sustitutos por moneda.—El cargo diez y seis sobre la forma de reclutar las compañías.—Absolución del Duque por estos cargos..... Pág. 83

CAPÍTULO XIX.

PRIMERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA (1665).

D. Juan de Austria deja el mando del ejército.—El conde de Marsin le sustituye interinamente.—Destrucción del fuerte de la Concepción y plaza de Arronches—El marqués de Caracena.—Sus antecedentes y cualidades.—Nombramiento de D. Diego Caballero para Maestre de campo y de D. Diego Correa de General de la caballería—Revista Caracena el ejército.—Resuelve, después de oir á los Generales, atacar á Villaviçosa.—Situación de esta plaza.—El gobernador Brito fortifica los lugares próximos.—Lucha encarnizada.—Excesos de la soldadesca.—Conducta de Caracena.—Continúa con nuevo ardor el sitio de la plaza.—Voladura de las minas y hornillos.—Bravo comportamiento de los italianos.—Los castellanos en las murallas del Alcázar.—Brito, arenga á los portugueses.—Se suspende el asalto.—Pérdidas numerosas en ambos ejércitos.—Las nuevas de socorro.—Redóblase el esfuerzo para ocupar la plaza.—Samuel Carrafa gana por su valor la

plaza.— Intímase la rendición.—Brito, refugiado en el alcázar, trata de sacar partido de la idea religiosa. — Penetra en el castillo el capitán Carnero, emisario del General portugués Cantañeda.— Cargo que por este hecho resulta contra Caracena.—Consejo de los Generales portugueses.— Nuevos refuerzos de los portugueses..... Pág. 113

CAPÍTULO XX.

FIN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA (1665)

Disposiciones de Schomberg para la batalla.— Diverso parecer de los historiadores sobre el aviso que se dice dió Cantañeda á Caracena. — Consulta Caracena con sus Generales.—Influyen en las determinaciones de Caracena las órdenes recibidas de la corte — Separa la infantería de la caballería.— Schomberg acude con refuerzos.— Orden del ejército dispuesto por Caracena.— Arenga de Caracena. — Distribución del ejército portugués.— Alocución de Cantañeda.— Comienza la batalla.—Toca el honor de atacar primero á las fuerzas mandadas por Farnesio.—Previsión de los portugueses en el manejo de la artillería.— Dispersión de las tropas castellanas. —Arenga del conde de Rebat.—Renuévase la batalla con nuevo ardor.— Valor del tercio de los alemanes — No cumple Correa las órdenes de Caracena.— Arrecia el combate por ambas partes.— Cae prisionero el general Correa.— Se pasa al portugués el tercio de los suízos.— Declárase la victoria en favor de los portugueses.— Desesperado esfuerzo para la retirada. Son heridos Carrafa y el conde de Castrillo.— Entrégase al enemigo un cuerpo de cuatro mil hombres.— Pérdidas del ejército español..... Pág. 143

CAPÍTULO XXI.

PROSIGUE EL MANDO DEL MARQUÉS DE CARACENA.

Retirada de Caracena á Villaviçosa. — Continúa el ataque del castillo. — Es herido traidoramente Nicolás de Langres.— Socorro á los sitiados. — Retírase todo el ejército á Jeromenha. — Terror y consternación que la noticia produce en la corte de Castilla. — El duque de Pastrana engaña al pueblo. — Consideraciones deducidas de estos hechos. — Cartas de Caracena á Felipe IV.— Efecto que producen en el ánimo del Monarca.—Trátase en la corte de remediar este desastre.— Dificultades que se ofrecen.— Muerte del Rey.—Prosigue la guerra lentamente. — Entrada de los portugueses en Galicia al mando del conde del Prado. — Jefes de esta expedición.— Asalto del fuerte de la Guarda. — Saqueo de Busas. — Se opone á las devastaciones del ejército portugués el virey de Galicia, D. Luis de Poderico. — Queman los portugueses la villa de Porriño.—Cercan el castillo de la Guarda.—Heroica defensa de los sitiados. — Capitulación del castillo. — Incomprensible conducta de D. Luis de Poderico..... Pág. 181

CAPÍTULO XXII.

SEGUNDA Y TERCERA CAMPAÑA DEL MARQUÉS DE CARACENA. — FIN DE LA GUERRA (1666 Y 1667.)

Entrada de los portugueses, al mando de Schomberg, por la parte de Niebla. — Saqueo de Puebla. — Traición del Gobernador de la villa de Paimogo. — Vengan la afrenta los castellanos con la muerte del capitán Salomon.—Schomberg sitia á Sanlúcar de Guadiana. — Deshonrosa capitulación. — Sumisión á los portugueses de varios pueblos de Andalucía. —Invaden los portugueses las tierras de Gibraleón.— Sa-

queo de Trigueros, Gibraleón, Cartaya y Lepe.—Alboroto del pueblo en Sevilla.—Salida de Cádiz de la armada española.—Rendición de varios fuertes.—Desaciertos del Gobierno.—Nueva entrada de Schomberg en el condado de Niebla.—Schomberg es nombrado conde de Mertola.—Esfuerzos de Caracena.—Conciertos entre Caracena y el duque de Medinaceli.—Defráudanse sus intentos.—Alejandro Farnesio derrota al General portugués Silva.—Los portugueses le forman proceso por esta derrota.—Son arcabuceados los culpables.—Su escasa importancia.—Pequeñas ventajas para los españoles.—Escaramuzas de Elvas.—D. Carlos Tasso acomete al General portugués Crato.—Salidas á campaña de D. Íñigo Fernández de Velasco.—Talas de los campos por españoles y portugueses.—D. Baltasar Pantoja destruye villas y lugares.—Capitulación de Umbrales.—Termina la campaña..... ..... Pág. 197

CAPÍTULO XXIII.

PAZ DE LISBOA.

La Reina viuda doña Mariana de Austria.—Acusación del vulgo á los nobles.—Causas que movieron el ánimo de la Reina para ajustar la paz.—El duque de Medina de las Torres.—Sométese el asunto á los Consejos de Castilla.—Se opone á la paz el Consejo de Portugal.—Razonamiento del duque de Medina de las Torres ante el Consejo de Estado.—Contestación del P. Nitard, oponiéndose á la paz.—Dudas del Consejo.—Confían á D. Juan de Austria el gobierno de los Países Bajos.—El Rey de Inglaterra.—Decídese la Reina á entrar en tratos de paz.—Es nombrado mediador el Rey de Inglaterra.—Ajústase la paz en Lisboa entre el conde Sandwick y Eduardo Montagut por Inglaterra, y el duque de Cadaval por los portugueses..... Pág. 217

EXAMEN

DE UN OPÚSCULO PUBLICADO EN 1665 EN DEFENSA DEL MARQUÉS DE CARACENA.

Título del opúsculo, su objeto y fin. — Acusación de impericia que se hacía al marqués de Caracena. — Cargo primero, por haber marchado sobre Villaviçosa. — Cargo segundo, fundado en el poco uso que por la naturaleza del terreno se podia hacer de la caballería. — Tercer cargo, por no haber ocupado puesto sobre el Tajo. — Cargo cuarto, el tiempo que estuvo sitiando á Villaviçosa. — Se pasan por alto otros cargos, siendo el décimo el haber dejado tropas fuera de combate. — El undécimo se ocupa de los cuatrocientos caballos que dejó en Ardila. — El siguiente cargo se refiere á la caballería é infantería que dejó en los bagajes. — El décimotercio, por no haber enviado el bagaje a Jeromenha. — Examen de los cargos siguientes, fundados en la vacilación, que dió tiempo al enemigo para prepararse. — El décimoséptimo es el más importante, por referirse á la disposición del ejército para la batalla. — El cargo diez y ocho trata de los cinco cuerpos en que dobló la caballería. — Ligera reseña de los cargos siguientes hasta el vigésimotercio. — El último cargo es una inculpación á Caracena de todo género de desaciertos. — Consideraciones á que se presta la lectura desapasionada de los cargos, y su respuesta..... Pág. 251

APÉNDICES.

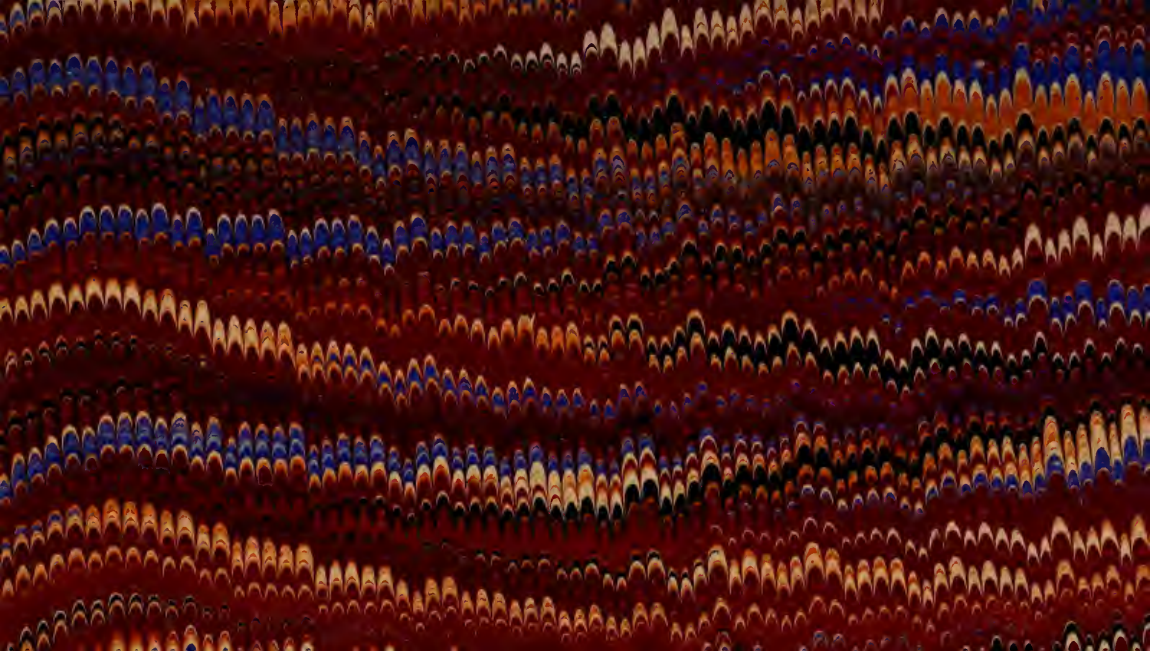
A. — Copia de carta del Sr. D. Juan de Austria, para S. M., representándole el estado en que estaban las prevenciones para la campaña que se ha de hacer en Portugal el año de 1663..... Pág. 285

B.—Algunas noticias sobre la capitulación y rendición de Évora por D. Juan de Austria en 1663..... Pág. 288
C.—Carta de D. Juan de Austria al rey D. Felipe IV, dándole cuenta de la derrota que había sufrido en Extremoz.—Página..... 291
D.—Noticia de la gente que se perdió en la batalla de Extremoz, ocurrida el día 8 de Junio de 1663..... Pág. 302
E.—Carta de D. Juan de Austria, en que dice el estado de su ejército después de lo de Extremoz..... Pág. 306
F.—Relación de lo sucedido á las armas católicas en Extremadura desde 6 de Mayo hasta 10 de Junio de 1663.—Pág. 308
G.—Copia de los cargos que hicieron al duque de Osuna, sobre abusos de autoridad en el cargo de Capitán General del ejército de Castilla.—Año de 1665..... Pág. 315
H.—Copia de una carta original del marqués de Caracena á S. M., fecha en Badajoz á 5 de Junio de 1665, con reflexiones sobre la campaña de Portugal..... Pág. 343
I.—Copia del parte detallado de la batalla de Villaviçosa, ocurrida en 17 de Junio de 1665..... Pág. 355
J.—Copia de la relación de los oficiales mayores de infantería y caballería, y oficiales vivos de compañías que quedaron presos en la batalla de 17 de Junio de este año, en los campos de Villaviçosa, menos los tercios de Belioso, Canzano y Orillas, y los regimientos de Ledes, Hesse y Rojas, esguizaros y grisones..... Pág. 369
K.—Copia de párrafos de una carta original del marqués de Caracena á S. M., fecha en Badajoz 25 de Junio de 1665, con pormenores sobre la batalla de Villaviçosa. Pág. 372
L.—Consulta del Consejo de guerra en que dice lo que se le ofrece, habiendo visto la carta del marqués de Caracena de 25 de Junio de 1665..... Pág. 375
LL.—Copia de la carta que escribió el duque de Osuna á la Reina nuestra Señora, sobre el modo de hacer guerra á Portugal, por Marzo de 1666..... Pág. 379
M.—Resumen de una carta del marqués de Caracena, General del ejército de Extremadura contra Portugal en 1666, res-

pondiendo á la que se le escribió preguntando lo que le parecía sobre la forma de hacer guerra á Portugal, y de la consulta que sobre ella se hizo al Consejo de Guerra. — Página..... 392

N. — Parecer que dió el marqués de Caracena sobre el ajustamiento de paz y de Rey á Rey, que pretendían los portugueses..... Pág. 398

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 30 *de Abril*
del año de
1885.



HSp
E 79d
257877
Author Estébanez Calderon, Serafin
Title De la conquista y perdida de Portugal. Vol. 2.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU